MANDATO PATERNO
El frágil hilo del recuerdo

Universidad Nacional del Comahue

MANDATO PATERNO
El frágil hilo del recuerdo

Hans Schulz

educo
Editorial de la Universidad Nacional del Comahue
Neuquén – 2011

MANDATO PATERNO
El frágil hilo del recuerdo

Hans Schulz

Schulz, Hans
Mandato paterno : el frágil hilo del recuerdo . - 1a ed. - Neuquén : EDUCO - Universidad Nacional del Comahue, 2011.
330 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-604-228-4

1. Biografía. I. Título
CDD 920

Educo
Director: Luis Alberto Narbona
Dpto. de diseño y producción: Enzo Dante Canale
Dpto. de comunicación y comercialización: Mauricio Carlos Bertuzzi
Corrección: Liliana Falcone

Impreso en Argentina - Printed in Argentina
©- 2012 – educo - Editorial de la Universidad Nacional del Comahue
Buenos Aires 1400 – (8300) Neuquén – Argentina
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin el permiso expreso de **educo**.

(“Die unausgesprochene Botschaft”)

“Sólo una cosa no hay. Es el olvido”
Jorge Luis Borges
“Everness”, de “El otro, el mismo”, 1964

“Los relatos son puentes.
Nadie se arrepiente de haber construido un puente.”
Henning Mankell
“Moriré, pero mi memoria sobrevivirá”, 2008

A mis padres
que aún viviendo bajo el signo de los tiempos,
me dieron la libertad de elegir.

A mis hijos, Jarred y Ailin,
para que transiten por la vida con los ojos abiertos.

"Todo el mundo viste un disfraz
para esconder lo que ha quedado detrás de sus ojos.
Pero yo no puedo esconder lo que soy
adondequiera que vayan los niños, yo los seguiré."
(Bob Dylan, 1975 - Abandoned Love –)

„Wenn man sich erinnern will, was uns in der frühsten Zeit der Jugend begegnet ist, so kommt man oft in den Fall dasjenige, was wir von andern gehört, mit dem zu verwechseln, was wir wirklich aus eigner anschauender Erfahrung besitzen. Ohne also hierüber eine genaue Untersuchung anzustellen, welche ohnehin zu nichts führen kann, bin ich mir bewußt, daß wir in einem alten Hause wohnten, welches eigentlich aus zwei durchgebrochenen Häusern bestand“.

„Aus meinem Leben. Dichtung und Wahrheit“
Johann Wolfgang Goethe

“Cuando queremos recordar qué es lo que nos sucedió en la temprana juventud, podemos encontrarnos con el caso de confundir aquello que otros nos contaron con aquello que forma parte de nuestra propia experiencia. Por ello y sin querer profundizar este tema, algo que de todas formas no nos llevará a ninguna parte, soy conciente de que vivíamos en una vieja casa, que en realidad formaba parte de dos casas...”

„De mi vida. Poesía y Verdad“
Johann Wolfgang Goethe (1749-1832)

ÍNDICE

I PARTE

Una amalgama de recuerdos / 13
Mandato paterno. Entre historias y memoria / 15
Ultimo tango / 21
La aldea / 27
Yo conozco una calle que hay en cualquier ciudad / 32
Antepasados / 46
Abuelos paternos / 52
Abuelos maternos / 68
De Buenos Aires a Bariloche / 74
El pueblo / 79
Libros, música y cine / 85
Escena americana / 90
Horror sin reflexión / 98
Juan Maler / 102
„Krieg ist Krieg“ / 108
Historia viviente / 114
Calidoscopio / 125
Las bibliotecas familiares / 131
Las banderas / 135
Lo que va quedando / 141

II PARTE

1937 / 149
La bitácora del Ford deluxe / 170
Guerra civil ideológica / 179
1969 / 191
Los tiempos están cambiando / 198
El fin de la niñez / 214
Buenos Aires / 221

1976 / 230
El hombre y sus obras / 233
Ragnarok / 244
1982 /253
Perramus / 259
USA / 263

III PARTE

„Diese ganze Politik" / 271
Una historia alemana / 289

IV PARTE

Los cazadores de sombras / 303
Modern Times / 310
El anillo / 314

V PARTE

2009 - Cabos sueltos / 319
Redención a través de la memoria / 327

UNA AMALGAMA DE RECUERDOS

¿Cuál es la música que suena en las palabras, las imágenes y las evocaciones a las que invita Hans? Dar respuesta a ese interrogante es quizá la clave para iniciar el prólogo que me ha sugerido componer.

No es un desafío menor, y sin embargo, puedo reconocer el compás de esa melodía ni bien comienzo la lectura de su libro a punto de edición. Lo que sucede es que su autor, su mirada y su tacto, lo impregnan todo en este texto tan intimista, evocativo e inteligente.

Intimista pues su lectura nos remite al Bariloche de su infancia y que su memoria reconstruye desde el presente. Evocativo porque el aire que recrea es preferentemente el de sus primeros pasos y adolescencia. Inteligente debido a que es capaz de recordarnos que los tiempos históricos ensamblan tensiones en pugna, costados risueños, anfitriones con sangre en su pasado.

Y si ello es así para todo ser humano, pues aquí la amalgama de recuerdos se multiplica al infinito, dejando entrever las huellas que el transcurso del paso del tiempo ha dejado en su autor. Los hitos, personajes, músicos y escritores que han marcado la piel sensible de Hans, que se han hecho el mismísimo autor, a punto tal de confundirse con él, de doblarlo en su genio, y de abonar al antropólogo cultural que es desde todas las perspectivas posibles.

El mérito del texto que el lector está a punto de abordar radica en su carácter biográfico e histórico. Sus letras traducen los avatares del autor, pero, simultáneamente, también los misterios y los fantasmas que lo habitan. Tan es así que, con la autosuficiencia propia del pintor, nos ilustra acerca de un tiempo y de un lugar, nos convoca a seguir la trama que conformó la comunidad alemana de la cual fue parte en un Bariloche acaso iniciático, onírico, isla europea dentro del gran mar en la Patagonia austral.

Por allí circulan las personas y sus líneas argumentales. Las tensiones existentes entre lo dicho y lo callado en un Bariloche que replicaba, a modo de sombra China, los subterfugios de la segunda posguerra. Lo que acaso escondían algunos de los recién llegados, las angustias y las expectativas, sus crímenes y complicidades, y todo el peso de aquello que debía ser decodificado del meta o subtexto ofrecido por sus mayores.

Hans logra destejer esa madeja de recuerdos, de intuiciones y de frases oscilantes en las voces proferidas por sus padres, vecinos y conocidos. Arma una historia con cada una de las piezas de su rompecabezas existencial. Dibuja un rumbo, lugar de partida y de llegada de su experiencia vital.

El lector, a poco de comenzar su lectura, lo podrá comprobar por sí mismo.

Martín Lozada

Bariloche, diciembre de 2009.

ENTRE HISTORIAS Y MEMORIAS

Sobre el autor, un viajero…

Comienzo este prólogo al poco tiempo de volver de Chile y de intentar aproximarme, aunque sea brevemente, al estado actual de la memoria colectiva de la dictadura militar pinochetista y a mi interés particular por observar el avance en América Latina de los juicios contra los represores y las condenas sociales a los regímenes dictatoriales.

Algo apesadumbrada por observar el tiempo y las intensas luchas que las sociedades deben darse –como en la nuestra- por lograr que las memorias de las victimas de horrorosos procesos traumáticos y violatorios se hagan visibles y legítimos generando un umbral común de sanción colectiva además de la judicial, regresé a San Carlos de Bariloche, la ciudad en la que vivo hace veinte años.

Me esperaba la lectura de Mandato Paterno y un intercambio interesante y lúcido con Hans, sobre mi viaje, sobre su libro. Puntos de contacto.

Hans suele viajar, atrapar cientos de imágenes en su cámara fotográfica para luego con todas ellas escribir cierta celebración y gala del detalle. Hans elabora notas periodísticas, colabora con capítulos de libros o piensa libros enteros, como éste.

Pero los viajes de Hans no son siempre iguales, el de este libro es

un viaje hacia su interior. Al interior de su pueblo natal y al mismo tiempo al de la historia de su comunidad cultural ancestral.

Experiencia y memoria: una díada.

La experiencia es el punto de partida para una ética de la memoria y de la alteridad.

Sostiene Michel Pollak que la mayoría de los autores que han realizado estudios sobre la memoria colectiva enfatizan la fuerza que los puntos de referencia tienen para estructurarla: los objetos materiales, los paisajes, las fechas, los personajes importantes, las tradiciones y las costumbres, la música y hasta las prácticas de la vida cotidiana.

Nada de todo lo anteriormente dicho ha quedado fuera de "Mandato Paterno". Pero su "Frágil hilo del recuerdo" es mucho más que eso.

Hans Schulz nos permite entrar en diálogo con su vida narrada, con la complejidad de su mundo identitario y afectivo laboriosamente reconstruido a partir de álbumes de fotos y de recuerdos propios y familiares, de sus sentimientos y de la importante labor de situarlos en contexto a través de los conocimientos históricos y sociales que posee y en verdadero proceso de investigación.

Como se arma un puzle, trabajosamente por partes, por fragmentos significativos que se van encastrando y dan coherencia a un mensaje que se desea transmitir, Hans enarbola en él, entre piezas que faltan, en una trama de hilos a veces tensos y otras veces rotos, una memoria "prohibida" que se anima a discutir en el espacio público algunos de los puntos más álgidos de la historia de la comunidad de habla e identidad alemana de San Carlos de Bariloche.

Es una memoria *subterránea*, una memoria valiente, que elaborada y escrita, se revela del silencio mantenido por sus miembros respecto del nazismo, de los sectores adherentes implícitos o explícitos al régimen racista y antisemita, del Holocausto, de la presencia de un criminal de guerra entre sus miembros honorarios…

La mayoría de los cientistas sociales coinciden en sostener que pocos períodos históricos han sido tan estudiados como el nazismo.

Sin embargo, y a pesar de la profusa bibliografía y del lugar emblemático que se le fue otorgando en la historia y la memoria global, el regimen nazi continúa siendo un tema altamente espinoso para muchos grupos e individuos cuando no imposible de abordar en las conversaciones familiares de los que estuvieron directamente implicados del lado de los "perpetradores" o del de las "víctimas" y/o todo el conjunto de grises que por acción u omisión también formaron parte de la generación que lo vivió o de la que le sucedió.

Ambos posicionamientos centrales configuran una oposición irreductible. Hans Schulz nos recuerda que hay una responsabilidad histórica después de Auschwitz, una memoria ejemplar a transmitir a las sucesivas generaciones, una obligación moral, una lección.

Y la lección, como sostiene Joan-Carles Mélich, es inseparable de la lectura; porque dar una lección significa *dar a leer* y transmitir, abrir la interpretación, mantener viva la pregunta, la lectura infinita, el deseo de que el interrogante no deje de plantearse.

Entonces Hans, introspectivo y consiente de las necesidades de su presente histórico y de lo que se hace menester abrir en su comunidad y en su pueblo natal nos dice:

"Sacudido por tantas reflexiones que me arrojaban de un lado a otro en búsqueda de identidad fue tal vez la conciencia de mi propia paternidad la que me llevó a este punto ¿No es acaso el mandato paterno, en el sentido que he intentado darle a este libro, algo que parece venir de la noche de los tiempos y que se revela con más intensidad cuando debemos elegir lo que hay que trasmitir? ¿Qué es el mandato sino un idioma, una cultura, una identidad, un destino? ¿Cuánto margen nos queda dentro de ese mandato para comenzar a descubrir nuestras propias pasiones, las que nos hacen libres? ¿En qué momento comienza a filtrase la luz a través del anillo? ¿Qué es lo que debemos conservar del antiguo legado y cuánto debemos desechar para ser nosotros mismos y cuanto deberán desechar nuestros hijos para ser ellos mismos?"

Los imperativos de los tiempos actuales…

A los climas de época y a las razones políticas de quebrar silencios y olvidos deben agregarse siempre las motivaciones personales, aquellas que vinculan padres a hijos, los que unen a una generación con la siguiente y al deseo de dejarles algo importante, una ofrenda que valga la pena, la obra de un alfarero.

Hans eligió el relato de su vida, y con él, lo no-dicho, aquello que primero se confesó a sí mismo, lo derrumbó, lo conmovió, lo interpeló para luego salir a transmitirlo al mundo exterior desde la propia experiencia, lejos del "montaje" ideológico, por definición precario y débil.

"Mandato Paterno. El frágil hilo del recuerdo" es su verdad, su biografía entramada con la de sus antepasados y entre todas las otras posibles historias que lo envolvieron, pensadas siempre desde su pueblo. La aldea que lo vio nacer y crecer, la pequeña ciudad que lo despidió en su juventud y lo reencontró en la decisión de quedarse en ella y la importante urbe de hoy donde nacieron y crecen sus hijos.

"Mandato Paterno. El frágil hilo del recuerdo" es su trabajo con las heridas y las imágenes luminosas y oscuras que lo pueblan, su responsabilidad social frente a las tensiones y las contradicciones de un discurso oficial de la comunidad de habla alemana local que confronta con sus propios recuerdos, una memoria sostenida por inquebrantables principios ético-morales.

Fabiana Marcela Ertola

San Carlos de Bariloche, febrero de 2011.

I PARTE

ÚLTIMO TANGO

Submarino amarillo, 1968.

Nací el 14 de Julio de 1955 en Bariloche, la ciudad que el imaginario colectivo vincula con uno de los últimos refugios nacionalsocialistas. Si hubiera sido 166 años antes y en Europa, la fecha hubiera sido memorable, a pesar de que el año, en estas latitudes, también tenía lo suyo. Dos meses después de mi nacimiento se produjo la Revolución Libertadora y los años dorados de la máxima protección a

aquellos exilados nacionalsocialistas refugiados en este país llegaron a su fin. En Israel, unos años después y antes de subir al patíbulo, Adolf Eichmann proclamaba: "Larga vida a Alemania, larga vida a Argentina y larga vida a Austria", dándole, a la sospecha generalizada de que en Argentina se ofrecía un refugio seguro a todo tipo de prófugos internacionales de dudosa reputación, su definitiva confirmación. La cultura popular de la década del 60 lo expresó a través de un corto dialogo de la película de dibujos animados "El submarino Amarillo" que tenía como protagonistas a los Beatles. Al finalizar la misma, el líder de los "Malvados azules", los representantes de una especie de dictadura que ha convertido al mundo en un páramo, vencido por el poder de la música y las fuerzas del bien, se pregunta cuál sería el lugar al que finalmente podrían ir ahora. La irónica sugerencia por parte de otro de los malvados no se hace esperar: ¿Argentina? Algunas décadas después, Homero Simpson, el protagonista de otra popular serie de televisión, al querer hablar por teléfono con Australia, habla por equivocación con Argentina y lo atiende Hitler en persona. Otro ejemplo mordaz, que de alguna manera retoma el comentario de aquella película y la cruda ironía de la llamada de Homero al hemisferio sur, es una nota del año 2007 del diario suizo "Neue Züricher Zeitung" que ha caído en mis manos y que lleva el sugestivo título de "El último tango de Del Ponte". En esta nota, el autor se hace eco de la propuesta oficial de enviar a la temible fiscal general del tribunal penal internacional de La Haya, la suiza Carla Del Ponte, a estas tierras, como un último destino antes de su retiro definitivo. Con un comentario irónico final que ilustra nuestro argumento, el autor aclara que esto debería hacerse solo con un previo acuerdo entre la fiscal y el gobierno argentino para que se limite a sus funciones diplomáticas y no comience a buscar aquí también, fiel a la obsesión adquirida a lo largo de sus años como fiscal, a olvidados lacayos de la junta o a sobrevivientes nazis. En 1955, se publicó también una de las obras más emblemáticas de la antropología moderna: "Tristes Trópicos", que por dos razones particulares tiene una relación con lo expuesto en este libro. Levi Strauss, su autor, que comienza el libro con la memorable frase de "odio los viajes y los exploradores", relata, en sus primeros tres capítulos, su huida de la Europa ocupada por el régimen de aquellos que, una vez que hubiese

concluido su triste reinado, escaparían a todos los rincones del globo, incluido mi pueblo. La segunda razón es más intelectual, pero también guarda una estrecha relación con lo sucedido en la Europa de aquellos años y cuyas consecuencias todavía eran perceptibles en algunos de los que me rodearon en mi niñez y juventud: la obsesión con la raza como fundamento de cualquier análisis político o incluso cultural. El lúcido antropólogo francés, convocado por las Naciones Unidas, había, unos años antes y en varios escritos, invertido la forma en que el público en general utilizaba esos conceptos, poniendo a la raza en función de la cultura y no la cultura en función de la raza. A muchos de los que me rodean aún hoy, la inversión les quedó ajena. Tal vez deba agregar una tercera razón que vincula los años de mi juventud con la obra del francés publicada en el año de mi nacimiento. Al final del capítulo tres, "Antillas", esboza una reflexión sobre la influencia de las primeras impresiones. Dice allí que a los EE.UU. los encontró primero en Puerto Rico y a Inglaterra en la India, es decir, la copia antes que el original. En mi caso sucedió lo mismo. Me encontré primero con las réplicas y algunos emigrados originales y luego con Alemania, algo que evidentemente condicionó mis percepciones del original.

En relación con todo esto y simplificando un poco las cosas, debo decir que a lo largo de mi vida me he encontrado con dos tipos de personas: las que viven en un eterno presente, despreocupadas del pasado y transitando por la vida sin mayores reflexiones intelectuales sobre el origen del mundo que los rodea, y aquellas otras que, plenamente concientes de que están inmersas en el constante flujo histórico producto de la acción de los hombres, la transitan con actitud crítica e incluso de vez en cuando intentan cambiar él al parecer inmutable estado de las cosas. Son las que cuestionan, analizan y se preocupan por el pasado, concientes de que allí se esconden muchas claves del presente. Junto con estos últimos, sostengo que desconocer nuestra esencia histórica es un verdadero acto de miopía, ya que sólo recorriendo nuestra vida personal y familiar desde una perspectiva histórica comenzamos a descubrir los fragmentos perdidos que dieron forma a nuestra identidad actual. Tanto en términos personales como sociales, una vida solo cobra sentido cuando su

compleja trama se proyecta sobre un marco temporal y se la vincula con la época y los otros hombres y sus acciones. Y es a veces, ese marco temporal arbitrario que define una vida, el que contesta las preguntas que nos vamos haciendo a medida que pasan los años. Un detallado análisis de un libro del gobierno alemán, "Deutschland Heute", editado en el año de mi nacimiento, 1955, con prólogo del canciller Konrad Adenauer, es un excelente documento para explicar muchas cosas que se irán describiendo a lo largo de este libro. Más de 40 páginas se dedican al tema de las víctimas alemanas de la guerra, incluyendo a "los desplazados del este". La palabra Holocausto no aparece y tampoco la palabra Auschwitz. Los pocos párrafos dedicados a las comunidades judías alemanas terminan declarando lapidariamente: "Ya no se puede hablar de la existencia de una comunidad judía alemana como era el caso en 1933. Sólo el desarrollo futuro dirá si volverá a existir o si se extinguirá para siempre". Las causas se omiten. Evidentemente no fue difícil, para los alemanes y sus descendientes que me rodearon en mi juventud en Bariloche, encontrar sustento a sus argumentos en este tipo de literatura del propio gobierno alemán, tan obsesionado en crecer y tan olvidado de los imperativos morales de su propia historia en aquellos años de la reconstrucción. Cuando, finalmente, a fines de la década del 60, una nueva generación alemana exija explicaciones, la larga sombra del silencio se extenderá sobre mi comunidad en Argentina, prolongando la agonía hasta la actualidad.

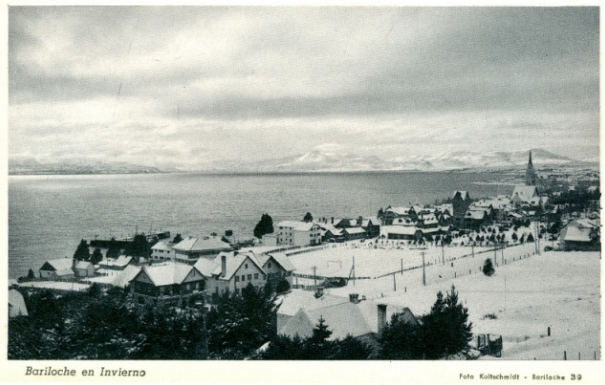
Desde aquellos años, el olvido se ha apoderado de las almas de muchos de los habitantes de mi pueblo, que viven sin saberlo bajo el hechizo del sueño, el hermano gemelo de la muerte. Amnésicos, se consuelan entre sí del terror de la historia, cultivando los viejos rituales atemporales. Entre ellos hay, además, algunos que, por diferentes razones, llevan su pasado como una pesada carga y piensan que esa maldición es común a todos, pero no lo es. Cultivando reflexiones y sentimientos no resueltos, callan y quieren extender el silencio y la incertidumbre que les es propia, sobre aquellos que han resuelto mirar la historia con otros ojos. Parecen vivir en un presente cargado de constantes amenazas y han convertido a los habitantes del pueblo, su indiferente y silencioso hogar,

en cómplices del reino de su silencio. Al igual que para aquel grupo de indígenas de la novela de Saer, que cobijó durante 10 años al triste entenado Francisco Del Puente en las islas del Delta, el exterior informe y lleno de sombras salvajes se ha convertido en su principal problema y no logran, como aquellas criaturas ancestrales, "verse nunca desde afuera". La aldea de los comienzos, remota y aislada, impregnó, con su filosofía, la vida cotidiana de todos ellos. Son cultores de la filosofía del "olvido permanente" y fieles promotores de la ilusión del olvido. En mi caso y a pesar de haberme criado entre ellos, nunca pude comulgar con sus ideas. Tal cual delata mi apellido, pertenezco a la comunidad de habla alemana, tengo 54 años y dos hijos y creo que llegó el momento para comenzar a recobrar la memoria, despertar, ponerse reflexivo y actuar. Además, hay que admitirlo, los acontecimientos que de alguna manera se relacionan con mi vida pasada se precipitaron en los últimos años, no lo podemos negar. Luego de mi separación, volví a vivir en la casa de mi madre y pude, así, por las extrañas circunstancias de la vida, volver a vivir, en parte, en la atmósfera que impregnaba mi infancia y mi juventud. Rodeado de recuerdos y viejas fotos, cuyo significado secreto iba develando mi madre, volví a recrear los tiempos perdidos de mi juventud y me volvieron a atormentar los viejos fantasmas. Además, mis hijos ingresaron a la Escuela Alemana, que fue, a lo largo de todo el siglo XX, el centro alrededor del cual giró una gran parte de la compleja y contradictoria vida de esa comunidad. Una larga entrevista para un documental que versaba sobre uno de los capítulos más oscuros de la historia de mi comunidad, agregó también una cuota de necesaria reflexión. Diría que repentinamente se acumularon las revelaciones y las señales. La muerte de mi madre, el 20 de julio del año 2008, también estuvo envuelta en extrañas premoniciones y rupturas. Unos días antes, Efraim Zuroff, un funcionario del centro Wiesenthal, visitó Bariloche en busca de uno de los últimos ejecutores del régimen nacionalsocialista, al que presumía todavía con vida: el médico Aribert Heim. Además, el diario regional "Río Negro", publicaba el mismo día en que mi madre murió, un suplemento dedicado al tema, en el que yo realizaba un aporte. Sobre una mesa, junto a los demás libros que ella estaba leyendo en los últimos meses de su vida, la autobiografía en alemán de Amos Oz, *Eine*

Geschichte von Liebe und Finsternis (Una historia de amor y oscuridad) parecía querer decirme algo que aún no llego a descifrar. Con mi madre en vida, la casa y los objetos acumulados a lo largo de 80 años de vida que llenaban sus espacios tenían un sentido; ahora, repentinamente, tienen otro. Hojear en casa un antiguo Calendario del Estudiante Argentino (Calendario Pestalociano) de 1914, o el viejo pasaporte de 1937 de mi padre, con su águila y su svástica; la libreta de estudiante de mi madre de la Escuela Nacional de Comercio Nº 6 de 1941; los carnés de los diferentes clubes; los diplomas entre los cuales se destacan los de las fiestas deportivas de los años de la guerra con la firma del controvertido embajador de Alemania Von Thermann; las viejas biblias en alemán e inglés; los libros más variados con sus dedicatorias, y observar las colecciones de fotos que resumen en mínimos fragmentos visuales las pasiones de toda una vida, es ahora un ritual diferente, como si toda esa parafernalia que se fue acumulando con los años se hubiera desprendido finalmente de tierra firme y navegara ya en otro mar.

Todos estamos siempre en ese punto en el que la vida del individuo roza la historia, pero pocos lo sabemos. A mí me tocó vivir entre los remanentes nostálgicos de la última gran conflagración mundial. Es por ello que decidí escribir estas memorias, un relato que sólo pretende, a través de una sucesión de recuerdos personales y destellos del pasado, ser un aporte a la historia de mi pueblo.

LA ALDEA



Un paisaje de ensueño, 1940.

La aldea que me vio nacer se extiende sobre un inmenso lago de un país marginal y en el año en que nací, no tenía más que diez mil habitantes. En comparación con Europa y las ciudades del Noroeste argentino, tenía una historia corta que se remonta a fines del siglo XIX. En 1895 sólo tenía 76 habitantes urbanos, de los cuales sólo el 21% declaraba ser argentino. Si bien esos porcentajes fueron cambiando con los años, en el imaginario colectivo se mantuvo la percepción de que, a diferencia de cualquier otra ciudad del país, Bariloche era algo así como una tranquila y

remota isla centroeuropea dentro de un inmenso e inestable mar argentino. Los mitos del comienzo nunca hablaron de los habitantes originarios o incluso de los criollos. El Dr Christoph Martin, testigo de los inicios de la colonización, describe, en el año 1958, lo que todo el mundo piensa: "Fritz Hube, Carl Wiederhold, el ingeniero Fohmann, Carl Röschmann, Horn, Brauning, Hans Hancke, el suizo Roth, Christian Boock, un grupo de entusiastas e idealistas, hombres llenos de energía y sentido práctico llevaron a cabo esta obra. Fueron Carl Wiederhold y Fritz Hube junto a otros comerciantes de descendencia alemana, los que en ese entonces fundaron Bariloche". Difícil es, sin embargo, pensar que de las 800 personas que describe viviendo en el pueblo en el año 1905, la mayoría sean europeos. Un emigrado esloveno, el Dr. Arko, comentaba con ironía a un periodista en los años 90 que, 60 años después de su fundación, "Bariloche no era muy argentino y entre todos sus habitantes, los más criollos eran los chilenos". La leyenda de la ciudad centroeuropea no se resignaba a morir, especialmente entre los habitantes europeos. En la actualidad, es decir a más de cien años del desembarco de Wiederhold en estas costas, la ciudad europea es sólo un fantasma, una ficción de los cultores de ese mito inicial, ciegos a la sucesión de rupturas y fisuras que vinieron después. Ciertamente, no podemos negar que, muchos años atrás, era un lugar remoto y, sin ninguna duda, una isla. Sin embargo, como escribió Joseph Conrad en su novela *Victoria, un cuento de las islas*, los enviados del mundo exterior, al igual que a la solitaria isla de Axel Heyst, y para desgracia de los nativos y no tan nativos, irían llegando a este pueblo una y otra vez, como "un tipo de fatalidad, una venganza que espera su momento" ("a sort of fate, the retribution that waits its time"). Para completar la analogía, los nativos, es decir, aquellos habitantes que deambularon por estas latitudes mucho antes que nosotros, serán para cierta historiografía presas del mito centroeuropeo, siempre en esta tierra y al igual que lo son en la isla de la novela de Conrad, sólo una escenografía de fondo, sombras sobre las cuales va a transcurrir la trama europea. Y es de Europa de donde también viene mi familia, la mayoría de Alemania y algunos de Italia, como debe ser para todo argentino que se precie de tal. Yo nací en el pueblo y viví siempre en él, a sólo tres cuadras del centro, que en esos años eran las pocas cuadras de una calle Mitre

asfaltada que comenzaba en el Centro Cívico, el lugar mítico de la primera fundación, y se alejaba desde allí hacia el Este. En lo que ahora es la plaza, funcionó, a fines del siglo XIX, el viejo almacén de ramos generales del pionero chileno de origen alemán, Karl Wiederholdt, el fundador que bajó de un barco. Más allá, hacia arriba, alejándose del lago, estaba el barrio alto. No eran los barrios de arriba o del alto, que hoy ya ocupan una gran parte de lo que en ese entonces era la desolada pampa alta de Huenuleu. Era solamente el "Barrio Alto", que más al sur, recostándose sobre la falda este del cerro Otto, se transformaba en el barrio "la Cumbre", el barrio de los chilenos. Chilenos eran muchos de los habitantes de mi pueblo, porque Chile era en ese entonces un país con mucha gente y poco espacio y nosotros un país con poca gente y mucho espacio. En ese entonces, la aldea ya albergaba en su interior las simientes de su dualidad: un rostro centroeuropeo que, gracias al turismo y a las expectativas de algunos de los que iban llegando, volvía constantemente a cumplir la profecía de ser una anhelada Suiza argentina, y otro rostro, latinoamericano, que conformaban los barrios del sur con su extraña mezcla de pobreza y ruralidad. En ese entonces, o por lo menos en mi imaginación, ambas partes parecían tener una distribución equilibrada en el espacio. Hoy, el sur se me hace inmenso y la pobreza interminable. En una nota periodística actual, algo subjetiva, pero que coincide con mi percepción de estar viviendo en un pueblo de frontera, leo que comparan esos barrios de la periferia con el lejano oeste "porque algunas cosas allí se resuelven a tiro limpio". Muchas de las cosas de los barrios de abajo se dirimen de la misma manera pero nuestra percepción, que es selectiva, lo ve de otra manera. En la nota también comienza a aparecer una nueva designación para una parte de esos suburbios perdidos de la mano de Dios: "los asentamientos". Si realmente están perdidos de la mano de Dios, sólo lo sabremos el día del juicio final. La crónica periodística, una especie de anecdotario histórico que se construye día a día y que no debemos subestimar, hasta establece en la actualidad un límite preciso para estas dos geografías: la calle Almirante Brown. En mi niñez, todo eso era campo y el arroyo Ñireco, que baja de las montañas del sur, marcaba el límite impreciso de los comienzos de la estepa y sus estancias. Con el tiempo y empujados por esa implacable forma de distribuir territorio de la

nueva globalización, también llegarían a mi pueblo muchos desplazados rurales. Estos mantienen todavía hoy, con los lejanos parajes de los cuales provienen, intensas relaciones cotidianas y son ahora parte de una cultura en transición entre el campo y la ciudad. En ciertas festividades y celebraciones suelen aparecer desde las sombras con sus caballos, sus trajes camperos y sus danzas como una legión de aparecidos, fantasmas de un mundo invisible que existe más allá de las apariencias de una ciudad que parece haberlos querido hundir en el olvido. Entre ellos también hay muchos mapuche, pero no los imaginados por los turistas ávidos de espectáculos exóticos, sino los seres que sobrevivieron el cataclismo cultural y el genocidio, los que quedaron a mitad de camino entre el progreso prometido y su mundo destrozado. De habitantes originarios que deambulaban libres en esas tierras que luego serían públicas y, finalmente, hábilmente distribuidas, la base de la fortuna de nuestra nobleza, pasaron a ser los marginales de nuestro pueblo, parecidos, tal vez, a los europeos descastados de la frágil primera república alemana de los años 20, que también expulsó a algunos a nuestras latitudes. Un autor alemán llamó a estos últimos "los remanentes insignificantes de la sociedad desintegrada" y Zigmunt Bauman, a los de ahora: "los sobrantes humanos de la modernidad". En pos de historias de vida de los marginales, un periodista brasilero los imaginó acumulándose en el "cuarto de los despojos". Hasta aquí llegaron los remanentes europeos y los otros se siguen acumulando.

Desde el centro y hacia el Oeste, serpenteaba, a lo largo del lago, la "Ruta al Llao Llao", una de las pocas rutas asfaltadas de la región, que llevaba al famoso hotel de Parques Nacionales, la gran obra del arquitecto Bustillo, una de las joyas de la abuela. Con el tiempo terminó siendo "la Bustillo". Para nosotros, sin embargo, fue siempre "la ruta al Llao llao". Hacia el Este, del lado de la estación, se extendían las mesetas y la estepa, lo que los porteños, desde otra latitud y con cierta indiferencia, llamaron en su momento "el desierto", un concepto que encerraba naturalmente una voluntad geopolítica, ya que si lo hubiese sido, no habría sido necesaria una campaña de exterminio y desplazamiento compulsivo de sus habitantes. La distribución posterior de aquel desierto ilusorio fue, con el tiempo, el origen de la riqueza de muchas familias de mi tiempo. Sin

embargo, algo de ese sentimiento de estar frente a un paisaje hostil había quedado entre los habitantes del pueblo, porque casi no se salía para ese lado, salvo por alguna conexión con las grandes estancias o los humildes pobladores de las tierras fiscales, en su mayoría indígenas. El mundo conocido, en clara similitud con los universos míticos de los pueblos originarios que venían de la noche de los tiempos, eran, para la mayoría de los pobladores del pueblo, el lago, las montañas y los bosques, un pálido recuerdo de otros bosques y otros lagos. Cuando en aquellos años sesenta, en la oscuridad de las laderas cubiertas de nieve del cerro Otto, saltábamos sobre el fuego para celebrar como nuestros antepasados la llegada de un nuevo solsticio de invierno, estábamos, exceptuando evidentes connotaciones políticas, mucho más cerca de nuestros propios habitantes originarios de lo que creíamos.

YO CONOZCO UNA CALLE QUE HAY EN CUALQUIER CIUDAD

Bariloche, calle 20 de Febrero. A la izquierda, Edificio "Club Andino", 1935. A la derecha, edificio Haenggi/Blaya, 1939. En su parte inferior, durante las décadas del 60 y 70, funcionó la fiambrería "Viena" de Erich Priebke.

En toda ciudad, hay algunas esquinas desde las cuales podemos, con cierta información, hacer una lectura histórica relevante. Tal vez para algunos se trate sólo de relevancias intrascendentes, pero todos sabemos que una mirada más profunda a algunos rincones de la propia aldea reconstruye la historia del mundo. Estos rincones que todos conocemos están a veces a solo unas pocas cuadras de donde nacemos. A lo largo de una de esas calles, que en los años de mi niñez era de tierra y bajaba en

pendiente hacia el lago, nos deslizábamos en trineo o en esquíes, luego de las nevadas, hasta el Centro Cívico. En el verano bajábamos caminando para comprar helados en la "Heladería Suiza" o para pasear por las pocas cuadras que conformaban el reducido centro de aquel pequeño pueblo. Nuestra casa original, sobre la calle Emilio B. Morales, todavía existe y es ahora un "alberge para la juventud". Al lado estaba la casa de mis abuelos, que luego se vendió. En realidad, mis padres vendieron ambas propiedades para comprar otra, un poco más abajo, que luego convirtieron en una hostería. Le pusieron el extraño nombre de Madinette, una combinación de partes de los nombres de tres de las dueñas anteriores, Maria Luisa, Ditta y Jeannette. Ahora, visto desde la distancia de los años, hasta el detalle del nombre parece, además de original, bastante alejado de la costumbre, tan extendida en el pueblo, de poner a los negocios u hoteles, nombres que remiten a los pueblos o a las regiones de origen de sus dueños europeos. Sobre una de las calles laterales, que se abría desde aquella que bajaba al centro, estaba, en la primera esquina, el almacén Gorizia. A mitad de cuadra, hacia el oeste, recuerdo la bicicletería de la familia Baratta, en una vivienda que hizo construir el colono chileno de origen alemán Otto Goedecke en 1907 y que ya forma parte del patrimonio arquitectónico protegido de la aldea. En la siguiente esquina se levantaba la casa de la familia Arnaiz, en ese entonces una especie de almacén al que se ingresaba por una escalera de cemento y en el cual se vendían las más variadas cosas. Las dos primeras viviendas todavía existen, la tercera desapareció hace poco y es hoy un centro comercial. En el vértigo de las demoliciones de aquellos rincones de mi ciudad, también cayó otra vivienda de estilo alpino que llevaba grabado en su portal, y vaya a saber por qué, el nombre centroeuropeo de "Elfriede". Vivienda familiar en sus orígenes, fue luego hostería y finalmente restaurante y se la recordaba en el pueblo como el lugar en que, luego de algunos meses de muerto, se encontraron los restos del "holandés de los perros", víctima de un crimen que hasta el día de hoy no ha sido resuelto. Como estas demoliciones sucedieron en los últimos tiempos, pude documentar fotográficamente, y a lo largo de las últimas semanas, la desaparición de todas estas viviendas que fueron parte de mi infancia y presenciar junto a mis hijos el nacimiento de la nueva escenografia que será el telón de

fondo de sus vidas en los próximos años. En aquella bicicletería de mitad de cuadra de la familia Baratta, además de reparar nuestras bicicletas, también compramos nuestros primeros esquís, aquellos que todavía adornan una pared interior de mi casa materna. Tablas pesadas de madera de lenga, provistas de herrajes de hierro que, comparados con los modernos de hoy, parecen haber salido de una tardía edad de piedra. En el negocio de Arnaiz, comprábamos artículos de librería, juguetes, figuritas, historietas y caramelos de goma, que guardadaba en aquellos extraños botellones de vidrio que hoy solo existen en museos o en restaurados almacenes turísticos. Si tuviera el don de dibujar, podría recrear hasta el mínimo detalle de los interiores de todos esos negocios, incluyendo las expresiones y los gestos de sus dueños cuando nos atendían detrás de aquellos antiguos mostradores, que para nosotros, niños aún, parecían tener un tamaño descomunal. Entre la vivienda de la familia Baratta y el nuevo centro comercial, todavía corre hoy, y a cielo abierto, el arroyo que nosotros llamábamos "sin nombre" y que antiguamente fue el "Arroyo del Molino". Todo esto estaba solo a dos cuadras de la plaza Belgrano, que a lo largo de los años se fue rodeando de casas de familias alemanas. Una cuadra más arriba, en la esquina, en una casa que todavía existe, vivía mi amigo Alexis. Era una casa de artistas y por ello tenía un aire algo bohemio y una atmósfera distinta a los demás hogares que conocía. A medida que iban transcurriendo los años, fui percibiendo cómo el interior de aquellas casas del pueblo, con sus más variados y espontáneos altares hogareños, eran un fiel reflejo de las filosofías de vida de sus habitantes. A la de la familia de Alexis, la recuerdo llena de cuadros, plantas y libros. Tomar el té allí era algo parecido a estar en un castillo francés anterior a la Revolución Francesa. De otras, como la casa de la familia Ruberti, nuestra profesora de Educación Democrática que falleció hace poco, solo recuerdo los largos pasillos cubiertos de libros. En la casa de Ruth o en la casa de alguna familia del Centro Atómico, siempre conectadas con el lejano mundo exterior, descubría esos preciosos discos de vinilo importados, tan difíciles de conseguir y que hasta aquí no llegaban: Simon & Garfunkel, Pete Seeger o Nina Simone. En la casa de la familia Girón dí, en un disco que la familia había traído de su estadía en Saint Louis, Missouri, con el cantante norteamericano Burl Yves. Cada casa del pueblo

era un universo único y todas almacenaban, en su interior, una mínima colección de retazos del mundo, junto a los cuales esa familia había transitado por la vida. En el interior de la casa de Edith, por ejemplo, rodeada de álamos y en donde juegan mis hijos a orillas del río, todavía se respira el aire de leyenda vaquera que envuelve a la familia. Allí, entre otras cosas, descubrí, hace años, una antigua y completa colección de la revista National Geographic y varios volúmenes encuadernados de la revista Look de la época de la II Guerra, que en mis frecuentes visitas hojeaba con interés. Por otro lado, la cocina era a su vez una perfecta síntesis del estilo inglés de una parte de la familia y de las raíces norteamericanas de la otra y todo envuelto en la clara atmósfera de los tiempos de los pioneros blancos, en la que ellos fueron protagonistas. En las casas de familias alemanas, libros, tazas, cortinados, manteles y demás decoraciones cuentan otra historia. Como los alemanes del Wolga o los judíos en sus interminables viajes, todos acumularon objetos y recuerdos, que desde algún rincón de la casa son, para aquel que los descubre, un mudo testimonio de los anhelos, los sueños y las tragedias que acompañaron a las familias a lo largo de sus viajes por las más variadas y distantes geografías del tiempo histórico.

Antes de que Alexis y su familia se mudara a Buenos Aires, solíamos recorrer estas calles. Cuando ahora pienso en nosotros, nos imagino como aquellos dos jóvenes de “La feria de las tinieblas”, que “solo querían correr para siempre, en la amistad de las cercanas sombras”. Todos, a lo largo de esas cuadras, nos conocíamos, al igual que la mayoría de los que vivían en el pueblo. Los epitafios de nuestras lápidas, como las de aquel cementerio de Spoon River imaginado por Edgar Lee Masters, seguramente contarán, en los próximos años, las historias de nuestras vidas y la forma en que se entrelazaron nuestros destinos. Hablarán de nuestros miedos, nuestras esperanzas, nuestras cotidianas alegrías y también de nuestros pesares. “Los preciosos detalles de nuestras vidas” los llamará Emily, cuando en aquella extraordinaria obra de teatro de Thornton Wilder se le permitirá volver del reino de los muertos el día de su cumpleaños numero doce, la edad de mi hija Ailin en el momento en que escribo estas líneas. Todavía recuerdo los personajes de la obra del

elenco del IVAD, parados sobre el escenario de la sala de la Biblioteca Sarmiento, simulando ser los muertos de aquel solitario cementerio de pueblo del mediooeste norteamericano. Una imagen difícil de olvidar, incluso para alguien tan joven y tan alejado de ver su nombre en la lista del libro de los muertos. También recuerdo a Caram en su papel de Esopo o al "chiquito" Vaieretti en el de su amo griego. Las demás obras, como "Todos eran mis hijos" de Arthur Miller o "La Nona" de Tito Cossa, se van desdibujando con la precariedad de la memoria, pero las reflexiones que suscitaron permanecen. No hay duda de que el tiempo se va devorando nuestra historia cuando los antiguos habitantes ingresan al mundo de las sombras y se llevan con ellos una gran parte de sus secretos.

Es eso lo que intuí en el reciente entierro de un buen amigo de mis padres. En nuestros viejos álbumes familiares, ambas familias posan felices en inmóviles fotos en blanco y negro en Lago Hermoso, Pichi Traful, Valle del Sol y Bariloche. Hoy, toda esa geografía ha cambiado y ya la habitan otros hombres. Aquel tiempo ya ha pasado. Durante el entierro, en un gesto que rompió el hechizo de la prohibición siempre latente, mi amigo Ronny me pidió que sacara una foto. Yo recordé en ese momento el entierro legendario del padre de Carol, Andrés, el abuelo de mis hijos, en aquel familiar cementerio de estancia a orillas del gran lago. Fue aquello un verdadero cuadro de época y toda la historia del pueblo se hizo presente repentinamente, y por un fugaz instante, en esa triste jornada. Como en la emblemática foto de los vecinos que se habían reunido para homenajear a Karl Wiederhold, fundador de mi pueblo en el recreo de Runge en 1925, la escena reclamaba urgentemente un fotógrafo. Sin embargo, allí la prohibición se mantuvo y nadie se atrevió a sacar una foto. Ahora, los recuerdos de aquel día se desvanecen rápidamente con los habitantes que van dejando esta tierra. La foto que saqué en este otro entierro, en cambio, me la imagino en el futuro en los álbumes familiares de nietos y biznietos, en un tiempo que ya no será el mío. Recordarán así el paso del tiempo, nombrando sobre el papel a los que ya no están entre ellos.

Mina “Pico Quemado”, Rio Negro. Década del 70.

Hacia arriba de mi casa, a la vuelta de la esquina de Morales y Tiscornia, todavía está la casa de la familia Lamuniere, la casa de los padres del “Chule”, cuya madre también es alemana. Fue construida a principios del siglo XX y la calle, que hoy, asfaltada, lleva hacia la plaza Belgrano, era en ese entonces una calle sin salida que terminaba en un descampado que rodeaba al arroyo sin nombre. Desde allí salimos a caballo un día de verano, a lo largo de la avenida Gallardo, hacia la mina de “Pico Quemado”, una antigua mina de carbón abandonada en plena estepa, que en ese entonces todavía conservaba muchos edificios y una vieja carreta de ruedas inmensas al cuidado de un gringo llamado Popper. Hoy, la salida de una expedición de ese tipo desde este lugar del pueblo sería impensable. Todo se lo devoró el progreso con el asfalto y el incesante ir y venir de los coches. Desde mi casa, bajando a lo largo de esta calle y frente a la antigua casa de madera de la familia Sánchez, que hoy ya no está más, está el colegio alemán que fuera fundado en 1907. Ya no es ese primer colegio de la fundación mítica que visitara el ex presidente Theodore Roosevelt en 1913, y tampoco el que yo conocí. Hoy es un edificio mucho más grande y más moderno. El edificio original de madera de los años fundacionales, cubierto de tejas de alerces, estaba en la otra esquina. Una pared cubierta de tejas es el único retazo del edificio original de principios de siglo que sobrevivió a los estragos del tiempo, junto con las fotos y los recuerdos. Su lugar lo ocupa ahora la

construcción de un nuevo edificio de hormigón que amplía la antigua escuela original. El constante crecimiento del edificio es un testimonio elocuente del crecimiento de la ciudad. La entrada principal está ahora sobre la avenida Gallardo, desde la que partimos a caballo a la mina abandonada, en aquel lejano fin de semana. Desde este ángulo se podía ver, hace apenas un año, el cartel del Club Alemán, un nombre que apareció en los últimos años y que, en realidad, es un acceso al comedor del colegio. Algunos escritores locales refieren que fue fundado por nacionalsocialistas, algo que no tiene fundamento, ya que el club nunca existió como tal. En sus escritos, se remontan a los testimonios de aquellos que visitaron estas latitudes a lo largo de los años y le agregan el triste componente ideológico que comenzara con los idealistas de la década del 30 y luego continuara con la llegada de los emigrados nostálgicos de los años 50. Todos ellos, incluyendo al argentino de apellido prusiano, Roberto Arlt, que visitó la ciudad como corresponsal de un diario porteño en la década del 30, hablan de los "mozalbetes rubios" que hablan alemán y pueblan sus calles. Después de la guerra, los autores que describen la vida cotidiana en esta ciudad creyeron ver, en oscuras noches de tormenta y a través de las ventanas iluminadas del salón de este imaginario club, las siluetas de los nostálgicos del Reich, que en reuniones políticas secretas y en idioma alemán, conspiraban a puertas cerradas. Pero eso es una ilusión o tal vez sea solo una expresión de deseos de aquellos que quieren que esto suceda y de aquello que las harían si pudieran. A los primeros, al tejer estas teorías conspirativas locales, seguramente les falta información y a los segundos les agradan, porque aumentan su poder invisible en las sombras. La idea de que Hitler en persona caminó por nuestras calles o se escondió en mansiones y estancias de la zona, también es parte de estas teorías pintorescas que sirven para desviar la mirada de lo esencial: la terca persistencia de la ideología. La idea de que, en nuestras calles, caminaron o siguen caminando "hombres grises", ejecutores anónimos y desconocidos de los tantos proyectos de exterminio de los diferentes y sin los cuales ningún tirano pudo o podrá realizar sus siniestras visiones, es, a mí parecer, una idea mucho más aterradora.

Al bajar desde la escuela a lo largo de la calle Morales, dos

residenciales de nombres europeos, “Portofino” y Venecia”, delatan las raíces ancestrales de sus dueños, un aporte a la ansiada profecía local de querer volver a ser, siempre, una isla europea. Sobre los ventanales del último, los creativos dueños han dibujado un escudo de su propia invención. En él, gondoleros y esquiadores se unen para crear un novedoso emblema de la unión de ambas tierras. En los salones interiores, un enorme e implacable cuadro en blanco y negro de la Plaza de San Marcos no deja morir en paz a los recuerdos del terruño, ni a sus dueños ni a los turistas que los visitan. La osamenta que decora otro sector de la sala, si bien recuerda a los habitantes de los bosques de nuestro Parque Nacional, no deja de evocar reminiscencias de los bosques de otras latitudes, ya que se trata también de ciervos europeos. Al llegar a la esquina y cruzando la calle, se levanta un edificio histórico que originalmente no estaba allí. En 1940 fue trasladado a esa ubicación sobre un trineo de troncos tirados por yuntas de bueyes, una costumbre muy común de aquella época. Es la “Ex Oficina de Tierras y Colonias”, construida en madera en 1928 por Primo Capraro y Santiago Castillo y desde la cual se administraba la antigua “Colonia Agrícola Ganadera del Nahuel Huapi”. Hoy es un Monumento Histórico Nacional. Más abajo, se llega a una serie de edificios entre los cuales se encuentra aquel viejo residencial Candeago, cuyos muros fueron reemplazados por mampostería, en el año 1942.

Bariloche, calle Morales, 2011.

Hoy al edificio lo ocupan comercios y un pintoresco restaurante mejicano. Antes de llegar a ellos, hay una especie de puente de piedra desde el cual, mirando hacia el este y entre un grupo de arces, se intuye, en un claro entre las casas, se intuye la antigua existencia de un arroyo en un claro. Es el "arroyo del molino", aquel que nosotros llamábamos "sin nombre" y que fue desapareciendo con el tiempo, sepultado por el cemento y los burócratas sin imaginación, en este jardín abandonado de jardineros. Unas cuadras más arriba todavía se lo ve en la superficie, acá sus aguas corren ocultas. En nuestra infancia, cuando bajábamos o regresábamos del centro, nos parábamos en ese puente para ver correr sus aguas y tirar piedritas. También tengo la leve sospecha de que, más abajo del ex residencial Candeago, existía en aquella época otro edificio de madera en donde, en unas piezas que yo recuerdo algo desordenas, atendía un sastre de nombre Roberto. Llegando a la esquina, una moderna estación de servicio reemplazó a la antigua YPF de la familia Boelcke y, antes de llegar, un hotel de arquitectura posmoderna y algo fuera de lugar agrega, con su nombre de tinte aristocrático: "Kenton Palace", un toque de necesaria globalización al conjunto de edificaciones que componen el abigarrado cuadro. En cuanto a los antiguos dueños de la esquina, es increíble cómo nuestra imaginación adscribe algunos personajes de la infancia o juventud a ciertos ámbitos. Este es el caso de Carlos Boelcke, que era en aquellos años cónsul de Alemania y al cual no puedo dejar de recordar sentado con sus amigos detrás de los ventanales en aquellos sillones verdes de la legendaria confitería de la calle Mitre, que sin ocultar la noble aspiración de sus parroquianos, llevaba el apropiado nombre de "Status". Con respecto a parroquianos y vecinos de aquel Bariloche, hay un hábito que comencé a cultivar al empezar a escribir este libro y que es el de la lectura detenida de agradecimientos y recordatorios de los diarios o de los epitafios de una tumba. Son testimonios mínimos y frases escuetas que, con el pasar de los años, se convierten en un documento cargado de significados revelando una trama oculta que subyace a la apariencia de los hechos. Algunos, incluso, envían algún mensaje a aquellos que los sobrevivieron. Con respecto a aquel cónsul alemán que falleciera en el añó 1988, mi padre le dedicó un sugestivo recordatorio en el diario alemán, en el cual le agradecía a "Don Carlos", entre otras cosas,

“el de haber sido un gran apoyo en los difíciles años de la primera etapa de la historia de la escuela, desde la inauguración del jardín de infantes hasta la de la secundaria en el año 1980”. Hoy, en el lugar que ocupó Status, existe una elegante chocolatería con un nombre ruso y, en la esquina opuesta, una confitería de nombre “Friends”. El mar de objetos que pueblan el techo de dicha confitería es como un altar en las alturas. Los pequeños recuerdos fueron traídos por sus dueños desde los más remotos lugares del planeta. Tomar un café allí es casi como tomarlo en un museo. La confitería Gambrinus, anterior a la chocolatería y a “Status”, ya pertenece a una historia más antigua y al imaginario de otra generación de descendientes de alemanes del pueblo, a los que todavía aquel barbado santo del pueblo, con vestimenta de rey medieval y patrono legendario de la cerveza, remitía a la cultura popular de una época histórica pasada. En ese entonces, el nombre y la atmósfera que suscitaba todavía cargaba con algunas connotaciones étnicas. Basta con visitar la ya clásica confitería de ese nombre en la ciudad de Bahía Blanca y observar su profuso decorado para saber de qué estoy hablando. Para las globalizadas generaciones actuales, una cervecería Gambrinus es, junto con los *pubs* irlandeses, solo una confitería temática más.

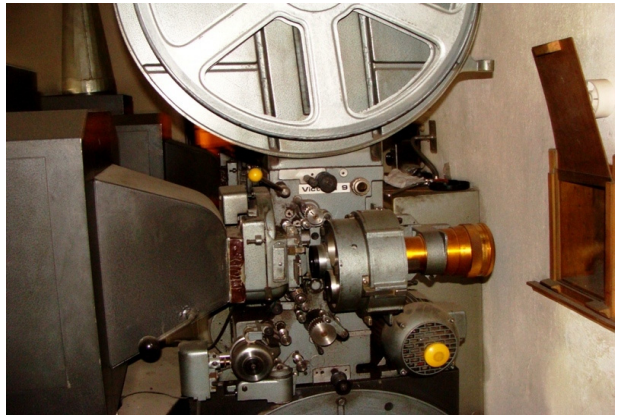
Pero volvamos a la esquina “de la YPF del centro”, ubicada frente al edificio de Parques Nacionales. Hacia el lago y frente a ella, se levanta el Edificio “Capraro”, construido en 1952, y que a pesar de su dimensión y de haber sido construido en mampostería, sigue siendo, en su estructura general y con sus techos de fuertes pendientes y su revestimiento de madera, un claro ejemplo de cómo una nueva generación de arquitectos mantuvo la continuidad de estilo con la arquitectura tradicional de los pioneros chilenos. Hacia el oeste de esta construcción, comienzan las plazas que rodean el Centro Cívico y toda una serie de edificios históricos que no vamos a enumerar. Ocupan el lugar mítico sobre el cual, según los decretos de la burocracia oficial, fue fundada la ciudad europea, es decir, el lugar en el cual se construyó el antiguo almacén de Karl Wiederhold y, unos pocos años después, el aserradero de Primo Capraro. Aquí no hubo un árbol de la justicia ni un Garay que lo plantara, como en Buenos Aires, y nadie blandió su espada a las cuatro direcciones ni dio un tajo a la tierra

para señalar la posesión y comenzar a repartir las tierras. Fueron colonos chilenos de origen alemán los que aquí descendieron de los barcos, se asentaron y comenzaron con el comercio. Hace muchos años, cerca de allí, sobre la calle Mitre y un poco escondida todavía, estaba la antigua casa de madera de Carl Wiederholdt, algo que recuerdo como uno de los rincones más pintorescos del imaginario perdido de la ciudad. Pero desde la esquina que describo ya no se ven esas casas. A mis espaldas está el edificio de la Administración de Parques Nacionales, una obra del arquitecto Bustillo inaugurada en 1936 y que es hoy Monumento Histórico Nacional. En una esquina de sus jardines se conserva, algo escondido, uno de los clásicos señaladores de caminos diseñados por aquel legendario arquitecto. Es el kilómetro 0 de los caminos del Parque Nacional Nahuel Huapi y un ejemplo del afán del arquitecto en darle una identidad estética uniforme a la región del Nahuel Huapi, durante la segunda o tal vez tercera fundación de la ciudad. Mirando hacia el sur, se levanta la pequeña edificación del Club Andino Bariloche, fundado en 1931, construida en el año 1935 en un claro estilo alpino por el arquitecto Godofredo Hacker. Mirando hacia arriba, un edificio similar se levanta en la esquina de la siguiente cuadra, casi como un reflejo del primero. En cuanto al edificio del Club Andino, este encierra en sus paredes, al igual que el colegio alemán, una gran parte de la historia de la ciudad europea. Los destinos de las familias se entrelazan entre ambas instituciones. Ingresar al salón de reuniones de la planta baja del Club es como comenzar un viaje en el tiempo. Pareciera que allí nadie se atrevió a molestar a los espectros que convocaron a la montaña sagrada. Sobre el antiguo hogar reposa un cuadro de uno de sus legendarios fundadores, Otto Meiling. Los estantes de las vitrinas que ocupan algunas de las paredes albergan una interesante colección de libros que versa sobre los más diversos temas, con especial énfasis en el montañismo. Muchos de ellos, delatando el origen de una gran parte de los integrantes de aquella primera etapa, están escritos en alemán. Una gran mesa de madera ocupa el centro del salón. En las tardes, a través de las pequeñas ventanas, se filtran los rayos del sol, iluminando con suave luz los fantasmas de los pioneros que dejaron, en aquel salón, una gran parte de su vida. Son rincones de mi ciudad en los que, a juzgar por el inmóvil orden que

mantuvieron los objetos, la tradición pudo más que las ideas de los innovadores. Cuadros, libros, cartas y demás implementos del temprano alpinismo todavía irradian sobre los presentes su extraño hechizo. La historia de los fundadores, que una vez fue solo presente vivo y dinámico, se convirtió en pocos años en la tradición obligada de los herederos del mandato, mientras afuera todo iría cambiando. Más atrás, sobre una calle trasversal, todavía se conserva el triste simulacro de la que algún día fuera la primera vivienda de la familia de Don Primo Capraro, uno de los pioneros europeos de la región del gran Lago y personaje emblemático de la colonia agrícola, ganadera y forestal de las primeras décadas del siglo XX. En antiguas fotos, esta vivienda estaba rodeada de bosques y a su costado corría el arroyo del molino. En la actualidad, el simulacro histórico y la serie de edificios modernos de departamentos que la rodean convierten, a ese sector de la calle Neumeyer, en un triste ejemplo del desorden estético que se está devorado a la ciudad. Hacia el oeste, se extendía hace años una serie de colinas cubiertas de vegetación. Hoy, estas colinas, milagrosamente, han conservado algo de ese antiguo paisaje, a pesar de las construcciones que han poblado una parte de sus laderas. Hacia el este, la antigua casa de la familia Perner, en un claro ejemplo del signo de los tiempos, se ha convertido en el albergue "Cóndor andino". Más atrás, al fondo de los jardines y casi en el centro de la manzana, está la antigua vivienda de la familia Meyer, un lugar que el tiempo parece no ha haber tocado. Hacia el oeste de la esquina del Club Andino, corre una callejuela más angosta, a lo largo de la cual, yo solía pasear de joven en busca de reminiscencias europeas, porque su diseño era angosto e irregular. Sobre ella todavía se conserva el edificio en el que funcionó la escuela alemana en los años 50, la etapa que históricamente se denomina "de la calle Juramento". En aquellos años, en comparación con las pocas ciudades de nuestro país que conocíamos, las reminiscencias europeas no había que buscarlas mucho. Todos teníamos clara conciencia de que nuestro pueblo era diferente y que era innegable la impronta centroeuropea que lo subyace, exceptuando naturalmente a los barrios marginales del alto, que para muchos de los habitantes era donde comenzaba la barbarie americana. Muchas mañanas yo caminaba al que en ese entonces era el único Colegio Nacional por las solitarias calles a lo

largo del lago y no puedo olvidarme de que, en algunos días de niebla, la catedral gótica de Bustillo, envuelta en brumas, me traía recuerdos de esas otras ciudades que solo había visto en libros o de las cuales me habían contado los que llegaron de las tierras ancestrales de mis abuelos. Los vitrales de la Catedral, en cambio, contaban otra historia, una historia muy americana, imposible de imaginar en las catedrales europeas, en donde privaban las imágenes religiosas y los héroes medievales. También las catorce estaciones de arcilla que componen el Vía Crucis, realizadas por el artista Alejandro Santana en tiempos más recientes e interesante contrapunto a la mirada etnocéntrica de Thomas, el artista de los vitrales, serían difíciles de encontrar en una catedral europea. Pero esto ya es otra historia. Subiendo hacia el Barrio Belgrano por la calle que va bordeando la antigua colina que en los primeros años todavía estaba cubierta de bosques y frente al Club Andino, está el edificio en cuya planta baja funcionó hace años la fiambrería "Viena", de Erich Priebke, miembro activo durante la guerra de los SS, elite ideológica del régimen nacionalsocialista. El edificio fue construido por los hermanos Oertle, un apellido que me remonta a los primeros años de esquiador de mi temprana infancia, una etapa de la cual conservo mi carné del Club Andino y pocos buenos recuerdos. Debido a toda la antigua y pesada parafernalia de esquíes, sogas de *ski lifts*, camperas permeables al agua, mal clima y rudos instructores, fue poco placentera. Los historiadores dicen que en ese edificio también funcionó una sucursal de la "Casa Lahusen", en tiempos que yo ya no recuerdo. Este último dato, vinculado a la futura existencia de la fiambrería en el mismo lugar, seguramente se les escapó, como coincidencia relevante, a los hábiles generadores de conspiraciones locales. De chico compraba en aquel local muchas cosas que nos hacían falta en casa y mis recuerdos, en un claro ejemplo de cómo las imágenes resignifican la realidad, son ahora estremecedoramente similares a los que recrea el documental de Echeverría. Ahora y en mis recuerdos, la atmósfera del lugar se me ocurre algo densa. El cambio vertiginoso de la ciudad, que destruye sin contemplaciones su propio pasado, ha transformado la antigua fiambrería en una agencia de viajes. Mis hijos no conocieron la calle de tierra que bajaba al centro, ni el arroyo sin nombre, ni la fiambrería "Viena". Ellos transitan las calles de otra ciudad. La vieja

YPF del centro, en donde funcionaba también el consulado alemán, es ahora una moderna estación de servicio con confitería. Los sábados se transforma en el lugar obligado de encuentro de la juventud, junto al único cine de pueblo que ha sobrevivido, exceptuando el conglomerado de salas de la calle Onelli, en donde ir al cine ya no es la experiencia mágica de los comienzos sino sólo un vacio *tour* de compras.



Bariloche, cine Arrayanes. Antiguo proyector.

Sentados en la sala oscura de este cine grande y antiguo y a solo una cuadra de aquella casa de artículos del hogar, donde a comienzos de los 70 yo compraba ansioso los últimos discos de una famosa banda inglesa, mis hijos, más de 30 años después, conocieron a su guitarrista millonario transformado en un viejo pirata. Jack Sparrow, el nuevo ídolo de las nuevas generaciones, rendía tributo allí a uno de los ídolos de la mía, el más marginal, el más frágil y el más humano.

ANTEPASADOS

Buenos Aires, familiares, 1910.

Mi padre, Juan Pablo Fabián Schulz, nació en el año 1920 en el barrio de Flores y mi madre, Norma Ribet, en 1927 en el barrio de Núñez, suburbios ambos de la ciudad de Buenos Aires. La madre de mi padre ya había nacido en Argentina en el año 1893 y su familia remontaba su estadía en estas tierras al año 1860. En la tumba familiar del cementerio alemán de Buenos Aires en donde reposan sus restos, el epitafio de mi bisabuelo paterno reza: “Fdco Guillermo Bachem 30.7.1833 - 16.6.1916”.

La tumba señala, así, a uno de los primeros muertos de la familia en estas tierras. Allí también yacen mis otros bisabuelos, los Glab. De ellos se cuenta que en las primeras décadas del siglo XX vivieron un tiempo en Mendoza y que mi abuela, su hija, participó, junto con otras jóvenes mujeres mendocinas, en la primera restauración de la gloriosa y raída bandera de los Andes, aquella que llevó el General San Martín en su largo periplo liberador de pueblos y que hoy descansa en una vitrina de la casa de gobierno de esa capital. En una de mis visitas a Mendoza, visité el lugar con una amiga suiza, tomé fotos y busqué información. Me gusta mostrar a los viajeros los lugares de nuestro país en donde sucedieron los hechos que dieron forma a la república que cobijó a lo míos cuando abandonaron Europa y también los otros, en donde se guardan las banderas, los restos de los héroes, las cartas, las espadas y todos los demás fragmentos con los que se construyeron sus significados simbólicos. De mis bisabuelos paternos conservamos los 20 tomos de la edición de 1902 y en letra gótica, del *Meyers Grosses Konversationslexikon*, una enciclopedia que sus editores catalogaron como "una obra de consulta sobre conocimientos generales". Hojearlo y disfrutar de sus ilustraciones, antiguos mapas y láminas, verdadero catálogo de miradas europeas de otra época, siempre fue para mí un ritual cargado de magia y una puerta abierta a todo aquel que quiera soñar con la diversidad infinita del planeta: países que ya no existen, detalladas descripciones ilustradas de herramientas caídas en desuso, catálogos raciales de una etnología arcaica y mapas de ciudades que mutaron en el tiempo. Ellos nunca hubieran imaginado que estos ahora antiguos volúmenes iban a formar parte de las vivencias de juventud de un bisnieto, en alguna remota aldea de la Patagonia, y que con los años pasarían a formar parte de su biblioteca. Además, como si fuera un mandato, con el tiempo me convertí en un coleccionista de enciclopedias, ya que para los que estamos interesados en la historia, no hay documento más revelador del espíritu de la época que esas "colecciones de definiciones". Es así como objetos antiguos que parecen haber perdido su valor con el tiempo vuelven a cobrar nueva vida en las manos de lejanos e impensados descendientes. Con la muerte de mi madre, el recuerdo del cotidiano ritual de consulta que ella practicaba se ha incorporado al sentido íntimo de aquella colección. Inmóvil en la

biblioteca, la enciclopedia centenaria esconde mucho más de lo que aparenta. Los 4 increíbles tomos de la obra traducida del Jesuita Florian Paucke: *Hacia allá y para acá. Una estadía entre los indios mocovíes, 1749-1767.* que trajo mi padre a la familia en los años de la guerra, tuvieron sobre mí, en esa pequeña biblioteca familiar y con su estética de etnografía clásica, una influencia similar a la de la enciclopedia.

Ailin en el cementerio alemán de Buenos Aires, 1979.

El año 2007 visité el cementerio alemán de Buenos Aires por primera vez con mi hija Ailin de 11 años, para que supiera adónde yacen algunos de sus abuelos y bisabuelos y a lo largo de algunas horas caminamos entre las tumbas. Muy cerca de la de nuestra familia está el cerco que divide el cementerio alemán del británico y le comenté que seguramente algunos de sus parientes maternos o sus amigos están descansando del otro lado del alambrado, como si aquellas lejanas guerras europeas hubieran sucedido acá, pero acá, como todos sabemos, no pasó nada. Además, los muertos difícilmente seguirían peleando en el más allá, lo que hace parecer al muro aún más inútil. El resto del tiempo mi hija se

lo pasó poniendo flores en la tumba de sus bisabuelos y limpiando las inscripciones que el tiempo había hecho ilegibles. Dentro del clima nórdico y grave de las lápidas, su alegre vestido azul y su presencia infantil daban a la escena una cierta atmósfera irreal, algo que yo interpreté como la vida mostrándose indiferente frente a la muerte. Al irnos, le señalé el sombrío monumento a los caídos en las guerras mundiales y lo miró con un visible desagrado. Ella ya es parte de una nueva generación que se aleja rápidamente de aquellos tristes años. Las celebraciones que todavía hoy se realizan en el cementerio frente a la tumba de los caídos en las guerras y frente a la del capitán de navío Hans Langsdorff y que alguna vez tuvieron una fuerte carga política, hoy sólo convocan a un grupo reducido de personas. Sin embargo, un hecho ocurrido a fines del año 2008 pareciera indicar que algunos muertos de aquel cementerio no terminarán nunca de hundirse en el sueño eterno al que están destinados. Un grupo de jóvenes neonazis argentinos volvió a desplegar sobre ellas banderas con el símbolo del horror, apropiándose de un espacio que no les corresponde y reafirmando, en pleno siglo XXI, la persistencia de la ideología que en este país sedujo a tantos de los míos. Mientras tanto, la tumba del Capitán de navío Hans Langsdorff, aquel que en claro contraste con sus acompañantes, incluidos los religiosos, se negó a hacer el saludo nazi en el entierro de sus marineros en Montevideo y que a lo largo de su accionar en el mar mostró con sus enemigos una nobleza pocas veces vista en tiempos de guerra y finalizó sus días en esta tierra con la lacónica frase “voy en paz al encuentro de mi Dios”, espera todavía un desagravio.

Con respecto a todo este tema de cementerios, tumbas y epitafios, no hace mucho tiempo que comencé a esbozar un mapa mundial que abarcara las tumbas de todos los antepasados de mis hijos, para que supieran de las increíbles ramificaciones familiares. Mirando hacia atrás a lo largo de los siglos, se puede reconstruir, con esos mudos testimonios, el largo deambular de las familias por el mundo. En nuestro caso, lápidas remotas de epitafios escritos en las más variadas lenguas se yerguen sobre tumbas que cubren una extensa geografía que va desde las lejanas islas de Gran Bretaña hasta los valles alpinos, pasando por las planicies del norte

alemán hasta las vastas y áridas praderas del oeste de Texas. Las últimas, las que cuentan la historia argentina, están en Buenos Aires, Bahía Blanca y a ambos lados del lago Nahuel Huapi, donde se extiende mi ciudad natal. Las que corresponden a mi familia, en los cementerios de Bariloche, y las que corresponden a la familia de su madre, en los cementerios particulares de las estancias que rodean la orilla norte del lago. Allí yacen ellos, los pioneros, en pequeños cementerios rurales, bajo lápidas con poéticas inscripciones en inglés, al lado de otros vaqueros norteamericanos, delatando su exótica procedencia. La visita al Cementerio Alemán de Buenos Aires parecía ser, así, para mi hija y para mí, una original forma de comenzar a dilucidar nuestras complejas identidades.

De este primer viaje a Buenos Aires con mi hija Ailin, tendría que comentar muchas otras cosas, como la visita al Abasto para fotografiar la maqueta del pulqui II del artista plástico Daniel Santoro, que colgaba del techo, o las fotos que nos tomamos juntos frente al monumento a Gardel. La maqueta, que era la réplica artística de un avión real, símbolo de los sueños del país industrial y componente esencial de la película "Pulqui, un instante en la patria de la felicidad" de Alejandro Fernández Mouján, tenía, sin que yo lo intuyera en ese momento, una relación cercana con los temas de este libro, ya que "los grupos alemanes" de ingenieros y técnicos llegados después de la II Guerra y nucleados alrededor de Kurt Tank o Reimar Horten fueron también un componente importante en la mística que rodeó el tema de los refugiados alemanes en el país. En este último caso, fue también el año 1955 un año decisivo ya que la mayoría de ellos dejó el país con la Revolución Libertadora. A pesar de las vueltas posteriores a lo largo de varios países del mundo, las cenizas de Kurt Tank fueron arrojadas sobre el Río de la Plata a expreso pedido suyo. Mi hija, sin embargo, poco sabía de estas cosas y poca atención le prestó a la maqueta que colgaba del techo. Como joven habitante de una ciudad más bien pequeña del interior del país, estaba más interesada en el despliegue comercial que ofrecían las vidrieras de los negocios del moderno centro de compras por el cual caminábamos. Mi idea era familiarizarla con todas aquellas cosas que a lo largo de mi vida me ayudaron, no sin cierta

dificultad, a construir una identidad y a descubrir la geografía que me rodeaba y sus secretos. Mis padres lo habían hecho con reticencia en su momento, guardando siempre, en algún recóndito lugar de su alma, una distancia que hacía imposible la entrega definitiva. La isla europea que llevaban en el interior de su alma no les permitió ver nunca a su entorno como su morada natural y siempre prevaleció en ellos la percepción de que era exótico. Ellos no quemaron los barcos como lo hiciera Cortés en su tiempo ni cruzaron esa última frontera, dejándome a mí la difícil tarea de continuar con el proceso para que finalmente mis hijos o tal vez mis nietos lo concluyan. Ellos seguramente se liberarán de la pesada carga de la nostalgia y los mandatos que oprimen el alma de los invisibles universos interiores de los inmigrantes.

Si de símbolos se trata, los chicos tienen una intuición especial para percibir lo esencial de las cosas y no creo que mi hija olvide muy fácilmente la sonrisa del “morocho del abasto” y el rostro de Borges, el ciego, en una foto del Malba. Esas eran mis intenciones en aquel viaje. Con respecto a Borges y Gardel, en los mismos días de mi primera visita a Buenos Aires con mi hija Ailin, aparecieron en la prensa unos escritos perdidos sobre un encuentro casual de ambos en una pulpería de Tacuarembó. En ellos, el escritor describe al músico templando una guitarra “en un local de campo, entorpecido por bolsas, cueros y barricas de yerba". Toda una escena.

ABUELOS PATERNOS

Buenos Aires, familia paterna, 1950.

Entre algunas cartas y fotos antiguas que encontré de mi abuelo paterno Hans Schulz en mi casa, había una pequeña libreta en la cual constaban las mínimas referencias temporales de sus viajes anteriores a la inmigración definitiva a la nueva patria. Comienzan con una fecha y una frase reveladora: "Junio 4 1892. Murió mi amada e inolvidable madre, Margarethe Christ. Schulz nacida Harmsen, al cumplir los 30 años de edad" ("Juni 4 1892. Es starb meine liebe und unvergessliche Mutter Margarethe Christ. Schulz geb. Harmsen im 30en Lebensjahr"). Mi abuelo

tenía apenas 10 años y en aquel hecho y los sucesos familiares posteriores que ocasionó, seguramente están las claves de su temprano y definitivo alejamiento de la tierra en la que nació. Según aquel austero diario personal, dejó Alemania a los 20 años, el 19 de abril de 1902, rumbo a Valdivia, continuando luego viaje a Valparaíso, a donde llegó en diciembre del mismo año para trabajar en la empresa "Neckelmann Hnos.". Quedaría en aquella ciudad hasta mediados del año 1905, escapando de esa manera del catastrófico terremoto que sacudió a la ciudad el 16 de Agosto de 1906 y que dejó un saldo de más de 3000 muertos y una ciudad devastada. Insinúa en el Diario que, ya en Chile, se había puesto en contacto con la "Sociedad Colonial Alemana para África del Sud-Oeste" ("Deutsche Colonial Gesellschaft für Süd West Afrika") para continuar viaje hacia esas latitudes. Describe con pocos detalles el viaje desde Chile a Buenos Aires a través de la cordillera. Una vez allí se embarca hacia Ciudad del Cabo en el vapor inglés "Surrey", para luego proseguir viaje al puerto de Swakpmund en el "Hispania". Allí llegaría durante los levantamientos de la población nativa africana de esos territorios, los "Nama" y los "Herero", y la consecuente represión. Luego de una estadía de tres años en aquel enclave colonial alemán de África, regresaría en 1908, por un corto tiempo, a Alemania, para emigrar definitivamente a Argentina en el mismo año. Aquí se casaría en 1912 con Ida Glab y formaría con ella una familia. Con los años se convirtió, en Buenos Aires, en un exitoso importador de juguetes. Debido a esta última actividad, realizó algunos viajes de negocios a la famosa feria internacional del Juguete de la ciudad de Nuremberg, visitando también a los familiares en la madre patria. Nuremberg, la ciudad natal de Durero que mi abuelo visitaba, a pesar de su famosa feria, su tradicional mercado de Navidad y el museo del juguete, ha quedado vinculada fatalmente con el nacionalsocialismo a partir de que, en 1933, fuera declarada por Hitler "Ciudad de los Congresos Partidarios del Reich" y que, una vez finalizada la guerra, se llevaran a cabo allí, por parte de los aliados y a lo largo de cuatro años, los "Procesos de Nuremberg por Crímenes de Guerra (1945-1949)". La ciudad, sin embargo, ha revertido esa etapa de su historia, creando un centro de documentación y otras iniciativas, que hicieron que recibiera, por ellas, el premio de la UNESCO por la Educación en

Derechos Humanos. Muchas veces pienso que iniciativas de este tipo, lideradas por la comunidad de habla alemana de mi pueblo natal, sumida en un peligroso silencio sobre todos estos hechos, también podría ayudar a revertir algunas oscuridades de su propia historia frente a la opinión publica. Cerca de Nuremberg se encuentra, también, la fábrica de juguetes "Schuco", que se hizo famosa fabricando coches, barcos y submarinos a escala, los que en la actualidad son la estrella de los coleccionistas. Todavía hoy es muy común encontrar algunos de esos modelos a escala en las casas de familias de origen alemán de Argentina, como una clara evidencia de que hasta en materia de juguetes, en aquellos años, se seguía una cierta tradición nacional.

Postal de época que promovía a Nuremberg
como ciudad emblemática del movimiento

El negocio de mi abuelo desapareció con la crisis de los años treinta y la familia de mi padre, que en aquel entonces tenía apenas 10 años, sufrió una verdadera bancarrota de la cual nunca pudieron recuperarse totalmente, pero eso ya es otra historia. De la estadía africana de mi abuelo paterno queda en casa un pergamino de membresía a un club de fútbol de Swakopmund, algunas postales y las historias, que diluidas en el tiempo, hablan de los horrores de la represión al levantamiento Herero y Nama, en aquel apartado lugar de mundo, que los alemanes, invitados

tardíos al reparto colonial europeo, llamaron con orgullo "Deutsch-Südwestafrika". Bajo la mirada actual, la represión, con casi 100.000 víctimas en su haber, casi todas africanas, no es un hecho menor en la historia de ese continente y sus secuelas persisten hasta la actualidad. Un hecho a destacar y que, puesto en perspectiva frente a los oscuros sucesos en los que se vería envuelta Alemania en la II Guerra, es el debate que dicha represión en la colonia suscitó en la Metrópoli. El 2 de Octubre de 1904, el controvertido general prusiano Lothar von Trotha distribuyó una proclama al pueblo de los Herero que decía que a partir de esa fecha ya no serían considerados como ciudadanos de la colonia y que, de allí en adelante, los cazarían como ganado. En la historia se conoce a esta proclama como la "orden de exterminio" ("Der Vernichtungsbefehl"). La reacción en el parlamento de Berlín no se hizo esperar y la oposición logró, tras un largo debate, que la "orden del carnicero von Trotha" sea anulada. El general, que en varias cartas confiesa que se propuso el exterminio de aquel pueblo nativo, fue finalmente alejado del cargo. El canciller le había escrito al Emperador que dicha proclama se contradecía con los principios cristianos y humanistas y que iba a contribuir a quebrar el prestigio de Alemania frente a las otras naciones civilizadas. El Emperador Guillermo II nunca recibiría al general von Trotha a su regreso a Alemania, como clara declaración de contrariedad con la forma en que éste dirigió aquella infausta guerra colonial. Todavía en el año 1906, una famosa elección del Parlamento Alemán llevó el nombre de "Hottentottenwahl", en referencia al nombre que se les daba despectivamente a los nativos de aquel territorio. Analizando las discusiones políticas y morales que suscitó aquella guerra colonial, parece increíble que, sólo algunas décadas después, triunfara en Alemania una filosofía que, retomando la proclama del general Von Trotha, la aplicó con el mismo criterio sobre un pueblo europeo que convivía pacíficamente con los demás, el pueblo judío. Si la elite del poder alemán, a principios del siglo XX, no quiso quedar vinculada abiertamente al genocidio colonial, a partir de mediados de la década del 30, los ideólogos y ejecutores del genocidio paradigmático salieron del corazón mismo del poder político de la nación. A la distancia y en términos generales, parece haber habido, por parte de la opinión pública alemana, más compasión con los africanos de

principios de siglo que con los judíos durante la II gran Guerra. El salto "fuera de la historia" que los alemanes decidieron no dar a principios de siglo, lo dieron finalmente cuatro décadas después. Es probable que las consecuencias de estos últimos sucesos fueran una de las causas del alejamiento de mi abuelo de esas costas, en donde la paz social estaba comprometida y el clima político, enrarecido.

Rebelión de los Nama en las colonias africanas, 1906.

En relación con toda esta historia africana de mi abuelo paterno, me gustaría agregar que, hace poco, en un negocio de mi ciudad, volví a ver, envuelta en un fino estuche y a todo color, la edición en un DVD de colección y en pantalla ampliada de la superproducción "Zulú", un clásico del cine de acción del año 1964. La contratapa la anuncia como "una película grandiosa, una aventura épica de coraje frente a toda adversidad. La asombrosa historia de 100 soldados británicos que permanecieron de pie resistiendo valientemente el ataque de más de 4000 poderosos guerreros zulúes en 1879". Curiosamente, 1879 es el mismo fatídico año en que comenzó aquí la "Conquista del Desierto". Soldados y zulúes, las

cifras finales de las víctimas del colonialismo europeo en África, incluyendo las que produjo el tráfico de esclavos, no están muy lejos de ese patrón numérico: muchas vidas africanas por unas pocas vidas europeas. Como por arte de magia, al ver aquella caja, volvieron a surgir, desde algún oscuro lugar de mi memoria, las imágenes de aquellos escenarios épicos y los miles de estilizados guerreros africanos inundando la pantalla de aquel viejo cine de pueblo, hoy convertido en supermercado, evocando la visión europea de las cosas de mi temprana juventud. En ese entonces, al igual que muchos de los que me rodeaban, no me hacía la pregunta del porqué de la presencia de los valientes soldados británicos en esas latitudes, sólo admiraba su heroísmo. Con los zulúes, en cambio, solo se tenía compasión porque parecía que su suerte ya estaba echada de antemano, como la de los otros nativos, cuyo destino de parias en su propia tierra también pudimos vislumbrar en ese mismo cine de pueblo, en aquella otra gran película de John Ford, estrenada en forma casual el mismo año 1964 y que incluía en su título, la apropiada palabra "ocaso". Paradójicamente, el ocaso de los nativos de mi tierra lo descubriría después. Con el paso de los años, las imágenes que llegaban desde todos los rincones del mundo se irían acumulando en nuestra cabeza y, con su terrible poder, determinarían nuestras percepciones. Era un sutil anticipo de la era mediática que nos esperaba en el futuro al final del camino. Ya en ese entonces, era más fácil entretenerse y tratar con la ilusión de mundos lejanos que con la realidad que nos esperaba a la vuelta de la esquina. El otro cine, más intelectual y más complejo, lo descubrí de las mano de los universitarios del Centro Atómico, todos los viernes en el "Cine Club" del kilómetro 10. Todavía hoy me admiro de cómo aquellos estudiantes –creando, junto al cine, aquella artesanal discoteca que funcionaba después de las proyecciones, "El Electón Fou"- habían inventado una original combinación para seleccionar mujeres a su medida.

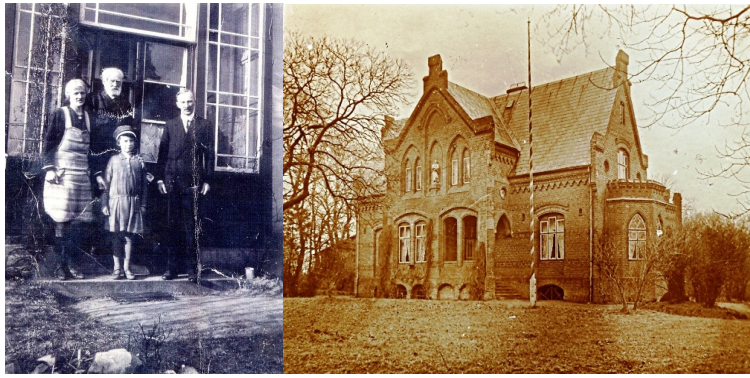
Alemania, mi abuelo, su hermano Otto y sus hermanas, 1908.

De mi abuelo paterno descubrí, en una caja en casa, una foto que muestra a los dos hermanos y sus dos hermanas en Alemania, algunos años antes de la primera guerra, alegres, casi felices, posando para el fotógrafo en el jardín de su casa natal. Imágenes de una Europa civilizada antes de la hecatombe. Nadie sabía que estaban ante el final de la civilización burguesa del humanismo liberal del siglo XIX y su visión optimista del mundo. Cuando la catástrofe llegó, se llevó a su hermano en las refriegas iniciales de la primera gran guerra europea. Ya en Argentina, mi abuelo apoyó el advenimiento del nacionalsocialismo y luego su discurso belicista. Lo hizo con ingenuo idealismo y, claro, desde un país al que las guerras apenas rozaban y en el cual prevalecía una filosofía liberal de país abierto a la inmigración. Aquí, la adhesión formal al partido Nacionalsocialista por parte de la población de habla alemana durante la década del 30 no fue, según los investigadores, mayor al 4 % de la comunidad de habla alemana. Claro que para poner en contexto esta estadística debemos aclarar que el gobierno alemán solo permitía el ingreso a las filas del partido a los "Alemanes del imperio" ("Reichsdeutsche"), evitando de esta manera tener problemas con el gobierno argentino, por aquellos que en la jerga de la época se los llamaba "Alemanes étnicos" ("Volskdeutsche"), es decir, ciudadanos argentinos de origen alemán ("Deutschstämmige fremder Staatsangehörigkeit"). Este

último concepto, utilizado frecuentemente por los ideólogos del nacionalsocialismo en su afán de pangermanismo global, no fue ni es muy popular dentro de la comunidad de habla alemana de nuestro país, ya que a grandes rasgos, parece encerrar una connotación despectiva, como la que aplicaban los ingleses a los habitantes de las islas Malvinas. La idea de que, dentro de las jerarquías raciales y nacionales en que se movió el nacionalsocialismo, los "Volksdeutsche" fueran considerados de alguna manera ciudadanos de segunda aún prevalece. Allí, el concepto se utilizaba sin ningún reparo para designar a los alemanes del este de Europa, que ante las continuas anexiones proclamaban con orgullo que estaban volviendo al "Imperio" bajo la premisa: "Heim ins Reich". El concepto de "alemanes étnicos" parecía, en cambio, fuera de lugar, cuando se hablaba de los orgullosos alemanes de Argentina, que preferían llamarse "Auslandsdeutsche" (alemanes del exterior). Paradójicamente, en la Argentina, la denominación "alemanes étnicos" la aplicaban a una gran parte de los alemanes rurales como eran, por ejemplo, "los alemanes del Volga", que algunos autores incluso consideran un "pueblo campesino" con pocas conexiones con el resto de los alemanes ("Eine Art bäuerlicher Volksstamm"). Cuando después de la II Guerra fueron llegando también a la Argentina los alemanes desplazados del Este, como ser "los alemanes de los Sudetes" ("Sudetendeutsche") o los "Suabos del Danubio" ("Donauschwaben"), con sus pintorescas costumbres folklóricas y dialectos varios, muchos de los alemanes de Argentina los miraron con desdén. Mi madre, educada entre alemanes de Buenos Aires, todavía utilizaba, cuando se refería a ellos, un concepto muy común dentro de la jerga del régimen, como era el de "los alemanes de los estados fronterizos" ("Randstaaten"). Heinrich Volberg, testigo de aquellos años, escribió en el año 1981: "Se cultivaba una actitud de superioridad no sólo frente a los argentinos en general sino también frente a los alemanes recién llegados después de las guerras, naciendo así un tipo muy particular de alemanes". En Argentina, lejos de la tierra de los abuelos, todos compartían una vasta cultura, pero había sutiles diferencias y parecía que la nueva tierra no terminaba nunca de asimilarlos. A mí, personalmente, me gusta usar el incómodo concepto de "alemanes étnicos", porque de alguna manera pone las cosas en su lugar e invita a una reflexión sobre

verdaderas identidades. Me detuve en este tema porque, en el análisis de la historia de mi familia en la Argentina de aquellos años y en base a fotografías, cartas y recuerdos personales, se pueden seguir a grandes rasgos las hipótesis actuales de los historiadores. Aquella parte de la familia que residía en el país desde el siglo XIX se mostró siempre algo distante de las ideas radicales a que adhirieron aquellos inmigrantes del siglo XX. Estos últimos, más jóvenes y por ende con menos años en el país, también traían consigo, de Europa, muchas frustraciones económicas, sociales y políticas y algunos de ellos, una guerra perdida. En palabras del joven historiador alemán Georg Ismar, una gran parte de las organizaciones alemanas de Argentina sufrieron, en la década del 30, un deliberado recambio generacional. Esto sucedió muchas veces bajo una fuerte presión social del grupo de jóvenes que, creyendo formar parte de una revolución que iba a llevar a Alemania, después de algunas décadas de frustraciones, a una nueva era dorada, reemplazaron a argentinos de origen alemán con muchos más años en el país y, por ende, más integrados en su tejido social, la "alteingesessene Gemeinschaft", y que seguramente por esa razón, se mostraban mucho menos permeables a las ideas racistas provenientes del régimen imperante en Alemania. El Dr. Wilhelm Lütge, al final de su obra "La Alemanidad en Argentina" ("Das Deutschtum in Argentinien") del año 1955, agrega algunos conceptos interesantes al panorama general anterior a la II Guerra cuando dice: "La mayoría de los alemanes y sus descendientes en Argentina miró a la República de Weimar con gran desconfianza e incluso nunca la reconoció como tal. Los cambios producidos en el año 1933 con la llegada de Hitler al poder provocaron al principio ciertas reticencias entre ellos, pero a medida que el movimiento tomó forma, lo que al principio fue tibio reconocimiento se convirtió rápidamente en frenético entusiasmo. La razón de ello no es difícil de comprender: más allá de cualquier consideración racional, existía entre ellos la firme creencia de que el nuevo régimen iba a devolver a Alemania aquel gran brillo y poder perdido con el que estos inmigrantes alejados de su patria hace años imaginaban su idealizado pasado a través de sus recuerdos algo imperfectos". Sin embargo, el autor es también conciente de lo que ocurrirá después, cuando dice: "Esa pequeña fisura entre los

desencantados de Weimar y los firmes republicanos que se podía intuir en la comunidad en el año 1933, se convirtió con los años y con el accionar de los nacionalsocialistas en Argentina, en un profundo abismo". En el año 2008, la investigadora alemana Anne Saint Sauveur-Henn vuelve sobre el tema y retoma el análisis histórico de las continuidades y las rupturas entre las "dos ciudades de la comunidad" ("Die zwei Dörfer der deutschen Gemeinde") en las que los testigos de la época vieron partirse a la comunidad alemana, llegando a la interesante conclusión de que "el grado de polarización entre los miembros de la comunidad alemana de la argentina persistió mucho más allá de la caída del III Reich. La división entre las 'dos ciudades' persistió y recién en los años 90 comenzaron los contactos entre la Embajada Alemana y la comunidad Judía". Las viscicitudes que acompañan la publicación de este libro y las experiencias que describe son una clara confirmación de los dichos de la investigadora.



Mildsted, Alemania, Años 30. Mi bisabuelo y abuelo frente a la casa del Pastor.

Mi bisabuelo paterno fue, en su comunidad y a lo largo de treinta años, un prominente pastor luterano y, como era usual en aquellos años, estuvo comprometido también con la educación en la región. Había estudiado en Jena y Heidelberg y ejerció su cargo como tal hasta el año 1889 en la ciudad de Husum y luego en la pequeña comunidad cercana de Mildstedt hasta el año 1917. Como pastor fue un reconocido orador y a

sus prédicas asistían familias de toda la región. En el año 1902, fue también uno de los fundadores del "Nordfrisischer Verein für Heimatkunde und Heimatliebe", del cual fue presidente desde el año de su fundación hasta 1922. Escribió, además, innumerables crónicas históricas de la región en que vivió. En el discurso inaugural, sentó los objetivos de la Asociación, cuando decía: "No es suficiente difundir conocimientos, también es necesario difundir comprensión. Dos cosas necesita el ser humano para una vida digna: Pan y Educación. El pan es imprescindible, pero no es suficiente. Luchar sólo por el mejor lugar en la mesa, significa llevar la vida de seres inferiores. Educación para todo el pueblo es la última misión de toda cultura. Y no hablo de conocimientos superficiales sino de la auténtica, la que hace que podamos 'ver' y también 'comprender', para luego enseñar a comprender a otros sobre cómo y por qué llegamos aquí y para que el hombre también entienda que sólo es un eslabón más entre el pasado y el futuro. A eso llamamos "conocimiento histórico" y es el conocimiento más noble de todos." Las fotos lo muestran siempre patriarcal. De acuerdo a las crónicas de la época, oficiaba 100 bautismos, 50 casamientos, 70 a 100 confirmaciones en casas de familia y hasta 70 entierros al año. En una de las tantas anotaciones que hice en uno de mis viajes en el año 1979, transcribí el epitafio de su tumba, que dice: "Aquí yace C.H.A. Schulz, (Carl Heinrich August), pastor en Mildstedt, n. 11.11.1847 in Hohenweststedt, + 11.12.1936 in Husum. Yo he peleado una lucha noble. He terminado esa lucha. He mantenido mi fe". ("Ich habe einen guten Kampf gekämpfet. Ich habe den Kanpf vollendet. Ich habe den Glauben gehalten".) La tumba de su amada esposa reza: "Aquí yace Margarethe Chr. Schulz, geb. Harmsen, n. el 1.Oct 1862, + 4. Junio 1892. Pastora en Mildstedt. Sé fiel hasta la muerte y así yo te daré la corona de la vida eterna." ("Sei getreu bis in den Tod, so will ich dir die Krone des ewigen Lebens geben."). A un costado está la tumba del hijo, Otto Schulz, caído a los 26 años en cumplimiento de su deber, en 1915, en el frente ruso. A mi bisabuelo lo recuerda una calle de casas de ladrillos rojos y un retrato en una de las paredes de la austera iglesia medieval, de aquel pueblo cercano a Husum, sobre el Mar del Norte.

Ahora, que voy construyendo este relato con retazos de recuerdos e

historia, leo cómo otro alemán, con alguna influencia en Argentina durante la Segunda Guerra Mundial, también tiene su modesta calle en un pequeño pueblo sobre el Mar del Norte. Se trata de Gerhard Tjarks, ciudadano ilustre de la ciudad de Carolinensiel, fundador en Argentina, junto con su hermano Hermann Tjarks, de la "Deutsche La Plata Zeitung" (1880-1944). A diferencia del diario "Argentinisches Tageblatt", fundado en el año 1889 por Johann Alemann, otro inmigrante llegado al país desde Suiza en 1874 gracias a una invitación del presidente Sarmiento, y que a lo largo de la oscura etapa de la II Guerra siempre defendería la democracia y el respeto a los derechos humanos, el diario "Deutsche La Plata Zeitung" sería recordado en estas tierras, a lo largo de aquella misma guerra y hasta su clausura definitiva en el fatídico año 1944, como el gran defensor del nacionalsocialismo. Un miembro de la familia Tjarks, Hermann, asistía junto a mi madre a la antigua Cultural Inglesa de la calle charcas en Buenos Aires y otro, Emil, el director del diario, fue recibido en Alemania en 1933 por Hitler y Goebbels personalmente. En esos años previos a la guerra y a lo largo de varias entrevistas bien documentadas durante su estadía en aquel país, declaró que en Argentina no había problemas raciales, sentenciando: "cómo podía haberlos con tanta mezcla de sangre". En Alemania, en cambio, en donde al parecer no había tanta mezcla de sangre, los dirigentes parecían obsesionados con el tema. Con el tiempo, de la obsesión por crear una "comunidad exclusiva del pueblo", definida por arbitrarios criterios biológicos, pasaron a un complejo sistema de clasificaciones raciales y luego, a la acción. Como consecuencia de esa filosofía, se comenzó a promover en todos lados "el regreso a casa" ("Heim ins Reich") de los alemanes étnicos que vivían en otros países de Europa y también de los austriacos, y se comenzó a segregar brutalmente a los ciudadanos judíos, tratándolos como elementos extraños al pueblo alemán. La igualdad no se basaba en la legalidad sino en la homogeneidad racial, algo que, observando a algunos de los dirigentes del régimen, no deja de ser paradójico. La ideología pasó a la acción cuando el 15 de septiembre de 1935, dentro de la espectacular escenografía de la multitudinaria reunión anual del partido que ese año llevó el nombre de "el día de la libertad", ("Reichsparteitag der Freiheit"), se anunciaron las "Leyes raciales de Nuremberg", que, una vez

promulgadas, fueron la base para resolver los supuestos problemas raciales, en forma cada vez más radical. “Leyes para la protección de la sangre y el honor” que condenaban los matrimonios “mixtos” de judíos y alemanes, y “leyes de ciudadanía”, que establecían una distinción jurídica entre ciudadanos alemanes “arios” e individuos judíos bajo protección del Estado alemán. Basta con observar los precisos esquemas genealógicos que el régimen elaboró para determinar la pureza racial, para intuir la demencia en la que estaban envueltos aquellos europeos. Todavía hoy, escuchar conceptos como “judío puro” (Volljude), “medio judío” (Halbjude) o “un cuarto de judío (Vierteljude), producen en muchos de nosotros un oscuro estremecimiento. La cultura en función de la raza, un anticipo de lo que vendría. Una vez creado el problema, la solución, que luego se llamaría “final”, se extendería como un reguero de pólvora a toda la Europa ocupada por los alemanes, abrevando en lo que el historiador Golo Mann llamó “el antiguo y malvado instinto que anidaba en todos los pueblos europeos: el odio a los judíos.” “Los entusiastas ayudantes de Hitler” (“Hitlers willige Helfer”) llamó el seminario “Der Spiegel”, en una de sus ediciones recientes (2009), al fenómeno continental de colaboracionismo. En estas latitudes, el antisemitismo también estaba presente, pero hasta aquí no llegó el mandato político del exterminio.

Pero volvamos a las declaraciones del alemán Tjarks, el inmigrante europeo a nuestras tierras. Como “la obsesión por la raza” no dejaba de ser el corazón mismo de la filosofía del régimen alemán de esos años, surge la natural pregunta de cómo habrían resuelto los alemanes y sus descendientes esta “cuestión” en Argentina, si hubiesen ganado la guerra. ¿Habrían segregado las razas consideradas inferiores? ¿Habrían comenzado aquí también con el exterminio de los judíos? ¿Habrían utilizado el modelo sudafricano? ¿Nos hubiéramos convertido nosotros, los descendientes de alemanes de estas tierras, en los ejecutores nativos de los segregados? Muchos, aún hoy y viviendo ya por generaciones en Argentina, no han podido deshacerse todavía de aquel increíble paradigma racial que sostiene la supremacía de una raza sobre otra, aunque el antisemitismo ideológico ya volvió a su cauce normal del antisemitismo tradicional. Cuando se habla de la Alemania actual, siguen visiblemente

preocupados por el tema de la creciente diversidad, como si el inevitable cambio de rostro de esa distante sociedad estuviera destruyendo el paraíso original del cual llegaron sus antepasados. Escucharlos es volver a hacerse la pregunta: el verdadero país ¿es el que está todavía grabado en su memoria? Probablemente. Por eso no es difícil imaginarse el entusiasmo con que apoyaron, en aquellos años, las ideas que proponían un regreso definitivo al tiempo mítico de la igualdad absoluta, algo así como la hermandad del Asgard de antaño, el refugio de los dioses legendarios. En esos años, cuando aquellas ideas europeas radicales amenazaban la convivencia pacífica de un país que no temía mezclar la sangre, el dilema que se les planteaba a estos alemanes, trasplantados a tierras extrañas y rodeados de una infinidad de culturas y en franca minoría, no era algo que parecía poder resolverse con facilidad. Además, mientras que en Europa los judíos se desvanecían, aquí iban llegando. Tal vez muchos de ellos ni siquiera tomaron conciencia de que no había ningún futuro posible para esas ideas en este mundo tan distinto en el cual vivían. Tal vez, incluso, lejos del horror y la sangre y siempre aislados en este distante rincón sudamericano, nunca visualizaron la tremenda influencia que los hechos europeos iban a tener en cualquier futuro posible de ellos y sus descendientes. Hasta poco antes de la muerte anunciada del régimen, siguieron febrilmente entusiasmados y, como simpatizantes, iban a cargar, como todos, con las culpas y las responsabilidades de su pueblo. ¿No había sido acaso Sudamérica una tierra ideal para una futura expansión alemana de ultramar? ¿Se imaginaron tal vez, en aquellos años y en un tiempo cercano, como administradores coloniales de un país ocupado? ¿Y los judíos? ¿Qué planes tenían para los judíos?

Cuando todo finalmente pasó y yo ya estaba en mi juventud, en Europa los jóvenes alemanes procesaron aterrados su reciente historia. Aquí ni rastros. Allí, Paul Celan hablaba de “la muerte como maestro de ojos azules de Alemania” y de “sombríos violines que con su música acompañaron las cenizas que subían a las tumbas en el cielo”. Aquí se negaba la existencia de los campos de exterminio como si fueran todavía una parte de la propaganda tardía de los vencedores. El silencio frente a la derrota y los crímenes se hizo impenetrable y la persistencia de una cierta

obsesión se convirtió en un hecho. Allí, Nelly Sachs hablaba, en *El coro de los salvados,* de los huecos huesos en los cuales la muerte ya había comenzado a tallar flautas" y de las carnes en las que todavía "se alimentaban los gusanos del miedo". Acá, se recreaba la guerra heroica y se comenzó a desarrollar, entre los descendientes desencantados, una tradición oral que hablaba de ejércitos que habían recorrido gloriosos los campos de batalla del mundo, cuando en realidad habían perdido casi todas las batallas y, finalmente, la guerra. Allí, Rudolf Leder hablaba, en *Las cenizas de Birkenau*, de "la liviandad del olvido" y del "denso peso de la ceniza de los quemados sobre los labios". Aquí, nunca comprendieron que detrás del ejército se desplegaban los asesinos y que la dimensión más criminal del régimen, es decir, el genocidio judío, le dio al cuadro general su sentido definitivo.

Muchas veces me he preguntado: ¿cómo habrá visto mi bisabuelo pastor, una figura prominente de su comunidad y con más de 90 años de historia alemana en su haber, con su hijo Otto muerto en la primera gran guerra y con nietos argentinos, el ascenso al poder de Hitler y sus simpatizantes? Murió en 1936, un año antes de que mi padre viajara a Alemania y dos décadas antes de que yo naciera. La pregunta quedó sin respuesta y como tantas otras cosas que nuestros antepasados se llevan consigo cuando dejan este mundo en su viaje sin retorno, él se llevó esas respuestas, tan imprescindibles para mí ahora, a su tumba alemana. Sin embargo, en una corta biografía que antecede a la publicación de su ensayo sobre las consecuencias de la Guerra de los treinta años en la región en que vivió, se dice de él que era de "mentalidad localista" y "políticamente un nacionalista liberal". También dice allí que nunca perteneció a ningún partido, ya que sostenía que "esto era incongruente con la profesión de pastor". Termina diciendo que "después de 1918, siempre se mantuvo fiel al emperador", algo que hace pensar que tal vez profesaba una cierta desconfianza al falso líder que asomaba en la arena política de aquellos años. También puede ser que todo esto sea sólo una expresión de deseos de su bisnieto argentino, porque también la iglesia luterana había comenzado, en aquellos años, a recorrer un camino que la iba a alejar peligrosamente de sus raíces cristianas y del cual, a la larga, nadie iba a salir indemne y sin la

necesidad de tener que dar explicaciones. Su esposa, Margarete Harmsen, mi bisabuela, como mencionáramos al comienzo de este capítulo, había muerto enferma de tuberculosis en 1892 a los 30 años. Los retratos de mujer joven con su rostro enmarcado en largas trenzas que de ella conservamos en casa, irradian un espíritu de determinación y una clara actitud de bondad. Gracias a su muerte prematura, permanecerá así para siempre, eternamente joven entre el resto de los integrantes de la familia, que los álbumes muestran envejeciendo inexorablemente, a medida que transcurren sus vidas. Entre las cajas de fotos de casa, descubrí también unas cartas que intercambiaron su marido el pastor y ella en las fases finales de su enfermedad: "El dolor nos ha unido más fuerte de lo que nos hubiera unido el brillo del sol de la vida". Allí están, en Bariloche, en una tierra lejana, los fragmentos del dolor de otros tiempos. Una foto de 1865 la muestra con sus hermanos y su padre, Hans Harmsen, en una clásica foto familiar. También conservamos, luego de su increíble paso por diferentes hogares y continentes, un pequeño libro de bolsillo de las obras del romano Cornelius Tacitus, con el nombre manuscrito de mi bisabuela y una fecha: 1884. Como siempre, de aquella época y con el correr del tiempo, ya no quedaron frases, conversaciones o actos cotidianos para recordar, sólo una pequeña selección de fotos, unas pocas cartas y algún libro dedicado. La vida de todos ellos se fue hundiendo en las oscuras sombras del olvido.

Mi bisabuela Margarita, Alemania, siglo XIX.

ABUELOS MATERNOS

A la derecha, mi abuela y abuelo, 1922.

La madre de mi madre, Ida Strübing, era alemana y el padre, Alberto Ribet, que con 28 años de edad había llegado a la Argentina en el año 1902, era italiano. Ella venía de Sternberg, un pequeño pueblo de la provincia de Mecklenburg, al norte de Berlín. A la Argentina la trajo una hermana con la promesa de matrimonio con un italiano, algo que a la lejana familia que quedó en Europa, imbuida de ciertos prejuicios culturales, le costó aceptar. Sin embargo, el marido, es decir, mi abuelo

materno, había estudiado en Alemania y hablaba el alemán, junto con varios idiomas más, y era un hombre extremadamente culto y educado. Mantuvo siempre, y a lo largo de las décadas oscuras, una cierta independencia de pensamiento frente a las ideas que cautivaron a muchos de su entorno, algo que seguramente influyó en la apertura mental que siempre demostró mi madre. El libro del escritor austriaco Stefan Zweig, *Die Welt von Gestern. Erinnerungen eines Europäers (El mundo de ayer. Recuerdos de un europeo*), un regalo con dedicatoria del año 1946 es tal vez un indicio de que, también en aquellos años, su mente recorría los caminos que una gran mayoría de los habitantes de habla alemana de este país, siguiendo los dictados del régimen lejano, habían dejado de leer de autores alemanes de origen judío. De él heredé innumerables colecciones de libros en diferentes idiomas, como *La decadencia y caída del imperio romano* de Gibbon, en inglés, y las obras completas de Goethe, Schiller y Heine en alemán, entre otros. Al igual que Zweig, Heine, en algo que hoy parece increíblemente anacrónico, no solía estar en las bibliotecas de los alemanes de la aldea, por su origen judío y por sus convicciones políticas liberales. Los libros de aquel que en el siglo XIX predijo que "en el lugar en que se queman libros, finalmente se quemará gente", también fueron objeto de prohibiciones en la Alemania Nacionalsocialista y luego quemados públicamente. Con respecto a Gibbon, recuerdo que en los días de la secundaria tuvimos en Bariloche un maestro norteamericano, de apellido Dilliberto, que cuando supo que yo tenía en casa la edición inglesa de las obras de Gibbon, una verdadera rareza, me dijo que los leyera atentamente, porque en su opinión, a su país le iba a suceder exactamente lo mismo que a Roma, en su lenta pero segura decadencia. Seguí su consejo de leerlos y, viendo los acontecimientos actuales, presiento que la historia parece estar dándole la razón. Mis abuelos maternos vivieron sus últimos años en Bariloche y yacen en estas tierras bajo lápidas con inscripciones en alemán. La cordillera y sus valles, seguramente, le recordaban a mi abuelo su Piamonte natal. Hace algunos años visité el pueblo en que había nacido y me interné en aquellos valles alpinos y sentí, en aquel rincón de Europa, en claro contraste con los lúgubres cielos de las llanuras, la misma luz diáfana de nuestra cordillera. Hace poco me detuve a mirarlas nuevamente. Forman parte de una

pequeña colección de fotos que documenta una visita que hice a mi hermana en Europa en el año 1979. Pequeños poblados de montaña, rústicas moradas de campesinos, viñedos y angostos senderos que serpentean a lo largo de los valles rumbo a Francia. Mi sobrina Andrea, que ahora vive en Alemania, tenía apenas 2 años. Fue en aquel viaje en el que visitamos "las cinco tierras" y caminamos todo un día por aquella senda que a lo largo del mar va uniendo antiguos poblados medievales hoy considerados patrimonio cultural por la UNESCO. A juzgar por las fotos, todo parece estar muy lejos de Alemania. A mi abuela materna, llegada en la segunda década del siglo XIX desde la pequeña ciudad de Sternberg, en las llanuras sembradas de lagos que rodean el mar Báltico, difícilmente las mesetas y la estepa patagónicas le recordaran esas fértiles planicies natales. Debido a la guerra y la división posterior de Alemania, pocos son los vínculos que han quedado con su familia, sólo algunas cartas y fotos en blanco y negro, entre las cuales parece haber una de la casa paterna. Poca relevancia tuvo su idílica ciudad natal en la historia de Alemania. Sin embargo, se la recuerda por un hecho oscuro de finales de la Edad Media. Allí, en 1492, luego de ser acusados de "profanadores de hostias", una acusación común que sufrieron los judíos a lo largo de la Edad Media, fueron quemados vivos 27 judíos en un lugar que luego se llamaría el "Judenberg", cerca de lo que es hoy el cementerio. La creencia de que las hostias profanadas sangraban convirtió a la iglesia del pueblo en un importante lugar de peregrinación de fines de la Edad Media y todavía hoy conserva la "capilla de sangre sagrada" ("Heiligblutkapelle"), que remite a aquel infausto hecho. Si bien lo ocurrido se inscribe dentro de los innumerables hechos similares ocurridos en toda Europa a lo largo de los siglos, lo que lo diferencia de otros es que, en el año 1922, en plena crisis inflacionaria, el gobierno de la ciudad emitió una serie de "billetes de emergencia" ("Notgeld") que describían, en tres escenas, lo ocurrido, reeditando sin mediar crítica alguna y más de 400 años después, el antisemitismo que produjo aquella injusticia.

Billete de la hiperinflación, Sternberg, Alemania, 1922.

En todas las fotos, mis abuelos maternos posan siempre con un cierto aire de gravedad, algo que se puede interpretar como tristeza. Su vestimenta, siempre formal y seria, los muestra europeos y antiguos, un claro indicio del desarraigo que parece envolverlos. Los tres álbumes familiares de casa, que en prolijas fotos registran esta primera etapa de la familia, la muestran como perteneciente a la clase media urbana. A juzgar por la cantidad de registros, los contactos con la familia en Alemania parecen mucho más fluidos antes de la Segunda Guerra que después de ella, como si la guerra no sólo hubiera acabado con todos los posibles ideales sino también con los antiguos vínculos. Por otro lado, observar cualquiera de las fotos de los familiares de Europa de aquellos álbumes significa hablar siempre de las huellas que la guerra ha dejado en todos los retratados, como es el caso de la muerte de Otto, el hermano de mi abuelo en la Primera Guerra, o el destino de una parte de los familiares de mi madre, en Mecklenburg.

De estos últimos hemos conservado varias fotos y tal vez la más representativa de un destino signado por la fatalidad sea la serie de fotos de Günther, el pequeño primo de mi madre. En la primera de 1936, es apenas un niño que posa junto a sus padres y abuela en el patio trasero de su casa durante la confirmación de su hermana Rosemarie. Otra lo muestra con sus escasos 9 años posando sobre un prado frente a un

sombrío monumento de piedra al héroe mártir del nacionalismo alemán: Albert Leo Schlageter. En la foto, niño aún, está extendiendo orgullosamente su mano en un saludo nacionalsocialista junto a sus padres y una mujer desconocida. Su padre, Karl Huth, vinculado al régimen, vería en el destino de su familia la atroz consecuencia de las políticas que fomentó el partido al cual pertenecía. La última foto del joven Günther es aquella del año 1943 en la que aparece de uniforme junto a su hermana y padre en una de sus visitas al hogar desde algún frente de la guerra. En el reverso de la foto, su madre escribió: "Günther, Rosmarie y Karl en la orilla del arroyo torrentoso" ("am rauschenden Bach") y con ese romántico nombre pasó la foto al folklore de mi familia. Günther moriría en la guerra como soldado en aquel mismo año y su hermana daría a luz a fines de la guerra, y fruto de una violación, a un hijo de un ruso, algo que ocurría con frecuencia durante el avance de las tropas hacia Berlín. En otra foto del año 1946, Else, la hermana de mi abuela y madre de ambos, parece una figura espectral que vuelve del infierno.

Familiares alemanes. Los imperativos del régimen.

“Am rauschenden Bach”

En Europa, todos salieron de aquellos años heridos o mutilados, mientras que en Argentina todo fue muy distinto. Y en este sentido, la foto más representativa es la que retrata a una gran parte de la familia de mi padre en 1950, en Buenos Aires. Es la celebración de la boda de diamantes de los abuelos Glab, en su señorial casa del barrio de Flores. A sus pies y de rodillas posan los bisnietos. Ya hay cuatro generaciones argentinas y ninguna lleva las huellas trágicas de los parientes europeos. Aquí, como siempre, no pasó nada.

DE BUENOS AIRES A BARILOCHE

Buenos Aires, calle Rivera Indarte, años 20.

El eje de la vida de todos mis familiares fue, en aquellos años, la ciudad de Buenos Aires, una ciudad muy distinta a la actual, algo que se deduce a simple vista observando esas fotos. Casas y calles de los barrios porteños en que vivían recuerdan los pequeños poblados actuales de la pampa gringa. Parecen sacadas en un ambiente casi rural. Tal vez sea producto de la sensación subjetiva que producen las antiguas fotos en blanco y negro o la de impresión que trasmiten las sonrisas en los rostros

de todos los retratados, al posar siempre bajo el precepto de que nada es más verdadero que la apariencia, que en ellas todo parece más apacible, como si nadie tuviera problemas económicos o nadie sufriera ninguna enfermedad. Suburbios suspendidos en el tiempo, imágenes de un mundo lejano, que pareciera no tener mucho en común con el actual. Allí tuvieron sus hijos y allí transcurrió su vida. Allí también transcurrió la niñez y la juventud de mis padres, hasta que en los primeros años 50, se mudaron al sur con su hija recién nacida, mi hermana Regina.

La guerra fue para todos ellos como un huracán lejano, una tormenta que observaron y sufrieron intactos, sin que cayeran bombas en sus casas y sin que tuvieran que delatar a nadie. Los judíos siguieron viviendo en el barrio y nunca nadie los tuvo que ver subiéndose a lúgubres trenes de ganado partiendo a un destino incierto. La existencia de los campos de concentración permaneció siempre, para todos ellos, incluso después de la guerra, envuelta en un oscuro cono de sombra al que no quisieron siquiera asomarse. Fue un tema del que no se habló, un daño colateral de una idea que, a la distancia y lejos del mundanal ruido, parecía haber sido buena. Nadie aquí tuvo que mirar hacia atrás y escribir cuentos como *La excursión de las muchachas muertas,* de Anna Seghers. Entre ellos, sólo quedaron circulando las historias legendarias, como la del hundimiento del Graf Spee, el suicidio del capitán Langsdorff, al cual en el monumento a los caídos en la guerra del cementerio alemán, algunos todavía rinden un homenaje anual, o la de aquellos dos submarinos alemanes que, una vez concluida la guerra, vagaron como el holandés errante a lo largo de meses por los mares del mundo, entregándose finalmente en puertos argentinos. Todo suceso cercano de aquella guerra lejana se rodeó aquí, y con el tiempo, de un halo de inmaculado heroísmo. Incluso las batallas navales de la Primera Guerra Mundial, como la Batalla de Coronel y la de las Islas Malvinas, o la exitosa huida del cruzado Dresden a lo largo de los canales fueguinos y su posterior hundimiento frente a las costas de Chile, era recordado como parte de ese pasado glorioso de la nación de los abuelos, que veneraban como propia. Cuando en Alemania arreciaron los juicios que iban develando la enormidad de los crímenes del nacionalsocialismo, aquí, entre los que ya estaban y los

nuevos exilados, se siguió viviendo la tranquila vida de los que no fueron tocados y que por ello nunca necesitaron asumir responsabilidades. Habían estado con Alemania para la gloria, pero no la iban a acompañar en la desgracia y en la ardua tarea de recoger los restos. Siguieron buscando en el complejo entramado político de la posguerra a los viejos enemigos, con la certeza de que la guerra perdida era sólo una batalla en la eterna lucha entre los iluminados y los que debían ser sentenciados a la oscuridad eterna. Muchos hasta esperaban una nueva guerra futura en la que se irían a aclarar definitivamente las cosas. Eso creó la mentalidad especial de aquellos entre los cuales me crié. No se hablaba de ciertas cosas y tampoco se investigaba. Se hacía silencio sobre algo de lo cual no se tenía en realidad una idea muy precisa, exceptuando, naturalmente, a los nostálgicos y convencidos ideólogos que editaban, en alemán y en Buenos Aires, revistas como "Der Weg" o diarios como "La Plata Ruf", o escritores convencidos y obsecuentes, como Juan Maler, que en mi propia ciudad natal seguían escribiendo libros antisemitas y de corte conspirativo, que en otros países se hubiesen prohibido. En algunos casos, cuando en las conversaciones asomaba la verdadera característica de los hechos que estaban siendo juzgados, parecía surgir en ellos una barrera emocional que hacía imposible poder continuar con la discusión, como si, a pesar de que prevalecía la inmaculada ideología, en algún oscuro lugar de su alma presintieran, con oculto horror, la verdadera dimensión de aquel crimen. La mayoría no había estado en la guerra, pero defendía posiciones con el convencimiento de los que habían estado. La ignorancia deliberada del lado desagradable de las cosas hacía que pudieran seguir simpatizando con ciertas ideas, en un juego que no dejaba de ser meramente intelectual, porque sus familias estaban intactas, las bombas habían caído en otro lado y los campos de exterminio habían estado en Europa. Por otro lado, los sobrevivientes que llegaron a estas costas parecían habitar en un universo diferente. Era difícil saber qué pensaba cada uno en su fuero interno. En el caso de algunos, me hubiese gustado saberlo. No importa cuál era la relación familiar que uno tuviese con ellos, había lugares del alma de aquella gente a los cuales no se llegaba. Y así marcharon a sus tumbas.

Desde ese mundo en Buenos Aires y sin heridas, mi familia llegó al sur a comienzos de la década del 50. Esta fecha es importante porque marca la antigüedad de mi familia en la región, pero, debo aclarar, que lo menciono no para afirmar mi orgullo de nacido y criado, sino para afirmar nuestro advenimiento tardío, ya que entre los que viven acá están los que estaban de antes, es decir, las familias que podían remontar sus antepasados a comienzos del siglo XX o incluso a fines del siglo XIX y los otros. Eran algo así como los "habitantes originarios de los europeos". En base a esto, muchos de los descendientes de estos antiguos habitantes de la aldea esgrimen la antigüedad de su familia en la región como una especie de título nobiliario, a pesar de que estos, en esta tierra, fueron abolidos en la Asamblea del año 1813. Ellos y muchos de los que llegaron después, todas familias de origen europeo, le pusieron fechas a la fundación del pueblo y decretaron que con ellos comenzó la historia y finalizó la barbarie. Para unos fue el año 1895, el año del desembarco del alemán Wiederholdt; para otros, el Acta de Fundación de la Colonia en 1902. Si para los originarios la geografía había sido unidad cósmica y puro paisaje, con los recién llegados cobró importancia inmobiliaria. La creación de la "Colonia Agrícola Ganadera del Nahuel Huapi" trazó, sobre estepa, bosques y lagos, los límites precisos de la propiedad privada y la pública. Con el tiempo, y como siempre sucede en estos casos, fueron definiendo, dentro del relato histórico, los fundamentos simbólicos de la apropiación, que celebran con festejos oficiales y conmemoraron con placas y monumentos, con los que fueron cubriendo la geografía de la ciudad. Todas ellas conforman un catálogo de las fechas míticas y memorables de la historia de la ciudad europea y son un reducido museo de ideologías pasadas, que en algún momento deberemos revisar. Allí están, repartidos en plazas estratégicas, los monumentos al Perito Francisco P. Moreno, al pionero italiano Primo Capraro y al general Julio A. Roca. Los que quedaron de esa era anterior, considerada oscura por los "civilizados", se volvieron invisibles o, mejor dicho, invisibles a los ojos de los que habitábamos la aldea. En ese entonces, cuando yo era joven, había muchos de ellos que todavía hablaban su lengua y vivían, a través de ella, su ancestral cultura. Habitaban los márgenes rurales, los bosques y algunos sectores de la aldea. Si se los veía, parecían sólo figuras exóticas

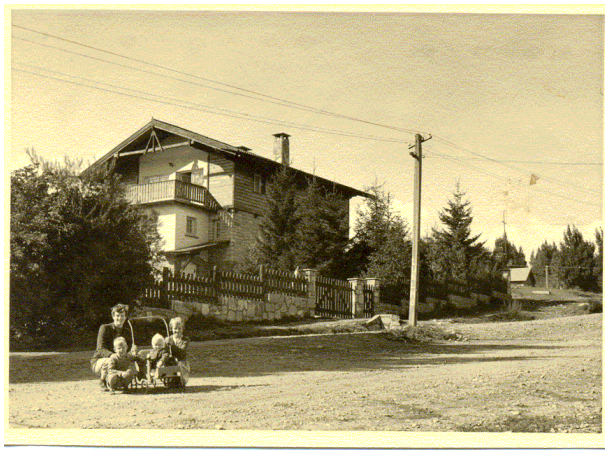
de un mundo que desaparecía. Eran como sombras que, con los años y junto con su cultura, se irían desvaneciendo como en un lento atardecer de verano, llevándose con ellos, y sin saberlo, también una parte de nosotros, en algo así como una "crónica marciana invertida" de Bradbury, el relato de la tercera expedición triunfante, en donde los marcianos no tienen la más mínima posibilidad de sobrevivir. Los viajeros que desde Buenos Aires y desde Europa visitaron la región a lo largo del último siglo describieron, indiferentes a su trágico destino y como una rareza a la que había que registrar antes de que desapareciera, la presencia de algún poblador originario en aislados rincones del Parque Nacional. Eso se deduce con sólo mirar las fotos que tomaron y los libros que escribieron. Muchos de los originarios, con la creación de la Colonia Agrícola y Ganadera, pasaron de habitantes a intrusos y, en la década del 30, la Administración de Parques Nacionales terminó con la tarea. Sus días estaban contados. "Villa Tacul", "Brazo Machete", "Lago Gutiérrez", "Lago Mascardi", "Paso Cohiue" y "Lago Correntoso"; allí estaban y allí quedaron, en las fotos. A casi todos ellos se los tragó, junto a sus tierras, la codicia y el progreso. Cuando mis padres llegaron, el proceso no había concluido y, al finalizar mi juventud, todavía se tenía la impresión de que vastas regiones de esta tierra eran de todos. Hoy, esto ha cambiado y todos se pelean por las últimas migajas del festín de la tierra pública.

EL PUEBLO

Bariloche, década del 60, desfile de carrozas.

La mudanza a Bariloche, en los años 50, fue seguramente para mis padres, un paso más de desarraigo del cual, a mi entender, mi madre nunca se repuso. A pesar de que Irma, su única hermana, vivía aquí con mi tío Willy Ommerborn y sus tres hijos, las inclemencias del clima y la lejanía de la gran ciudad y sus centros de cultura, seguramente pesaron sobre ella en aquellos primero años de inmigración. Mi padre se adaptó rápidamente y creo intuir, a través de las actividades que emprendió, que comenzó a querer esta tierra. Digo esta tierra porque lejos estaban estos paisajes del mundo

urbano del que venían ellos eran casi otro país. Aquí nacimos mis hermanas y yo y aquí transcurrió nuestra infancia y juventud. A los ojos de un chico, en la infancia y en un pueblo de sólo diez mil habitantes, todo parecía tener un lugar, como en una constelación de estrellas. Estaba el zapatero, la modista, el peluquero, el almacenero y hasta un limpiador de chimeneas alemán con el inquietante nombre de Frankensteiner. Todos en aquel mundo parecían estar donde tenían que estar. Recordarlo es como hojear las pinceladas ingenuas de los libros de Graciela Pino: *Boleto a 1965* y *El Picadero*, con sus fotos de las familias posando frente a sus casas, los chicos subidos al capó de un camión o la "barra de carozo" caminando por la calle Mitre. Después, al ir creciendo, me di cuenta de que no era exactamente así, que ese aparente estado de las cosas era mucho más frágil de lo que parecía a primera vista y que el entramado que unía las vidas de esa gente se desgarraba a cada instante. En contraste con los tiempos actuales, puedo todavía recordar la textura de la ropa hecha a mano por alguna modista del pueblo: los pulóveres que usábamos en el colegio, las medias, los guantes y los gorros de lana y la sensación de que siempre hacia frío. Si pienso en esos primeros años de mi vida, veo todo en blanco y negro, como las fotos de las vestimentas, las casas, los negocios y el viejo aeropuerto y sus aviones. De aquella ciudad quedó muy poco y a la luz de aquellos documentos todo parece haber sucedido hace mucho tiempo. Mi amiga Mónica, mudada como muchos a Europa y luego a Buenos Aires, me decía que le fascinaba volver y ver cómo su casa paterna mutaba con el tiempo. En cada viaje era otra cosa: restaurante, mueblería, parrilla. Ahora, de la casa original en la que transcurrió su infancia y temprana juventud, ya casi no quedan paredes, es todo ventanal, un despliegue abarrotado de electrodomésticos de los más variados tipos. Mónica, claro está, es una artista contemporánea, hace extrañas instalaciones y podemos decir que ve las cosas de otro modo. A los antiguos habitantes de la aldea, los que remontan sus ancestros a la era de los pioneros, no les gusta el cambio y miran con secreto terror lo que a Mónica le resulta fascinante. Quisieran, como en el "Perjurio de la nieve", cerrar la puerta y que el tiempo se detenga. Bueno, si fuera por la ambientación de aquel cuento de Bioy Casares, en el sur y con nieve, incluso geográficamente están más cerca de él de lo que creen.



Calle Emilio B. Morales 534, Bariloche.

La calle de mi casa paterna lleva el nombre del periodista, escritor y fundador de diarios Emilio .B. Morales. En los años de mi niñez era de tierra y descendía en forma pronunciada hasta el centro. En invierno, la nieve lo cubría todo y no dejo de asombrarme de que, en aquellos años, con esquíes y trineo, bajábamos hasta el Centro Cívico, algo que hoy, a causa del tráfico, es absolutamente impensable. A juzgar por todos estos recuerdos que vienen hoy a mi mente, debo reconocer que, en base a unos pocos lugares del centro que solíamos frecuentar en nuestra infancia, los niños construimos un imaginario que todavía perdura en nuestras mentes. El crecimiento desmedido de las últimas décadas no ha logrado deshacerlo, y cuando hoy de adulto recorro sus calles, conviven superpuestos en mi memoria los diferentes imaginarios geográficos que fui construyendo con los años. Estos imaginarios invisibles, que como verdaderos archivos históricos intangibles que guardamos en nuestra mente también delatan la antigüedad de los habitantes del pueblo y confirman su pertenencia. En relación con esto, la ignorancia de la antigua geografía urbana que profesan los recién llegados es algo que suelen utilizar algunos lugareños de mi ciudad cuando, atormentados por el aluvión interminable de nuevos inmigrantes, quieren presumir de pioneros. Basta con la mención de algún comercio ya desaparecido, la de

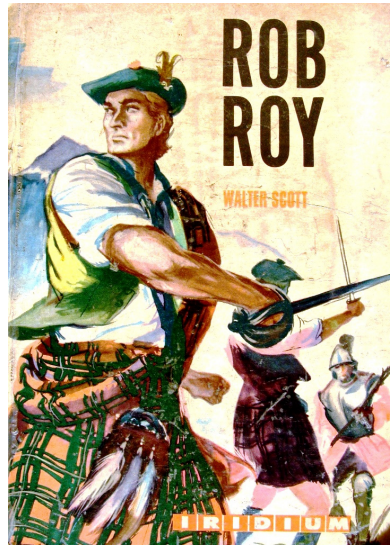
algún edificio demolido hace años o la puesta en práctica de la artimaña de pactar un futuro encuentro en la esquina de lo que fuera el antiguo "Ski-bar", para reconocer al recién llegado y dejarlo al descubierto. Los viejos imaginarios, sin embargo, no resistirán mucho tiempo. Los nuevos que llegan y las jóvenes generaciones que nacen traen consigo las semillas del olvido de lo que una vez fue. Los nostálgicos que advierten y se lamentan por la aldea que se desvanece con ellos, predican en el desierto. La suerte ya esta echada y no hay nada que podamos hacer para detener los cambios que se avecinan. Ya nadie se acuerda de la gran tienda "Casa Valles", uno de los lugares memorables de mi niñez. Allí comprábamos desde zapatos hasta los uniformes completos del colegio. Puedo, todavía hoy, recorrer las instalaciones en mi mente y recordar con claridad los nombres y los rostros de todos los vendedores. En un primer piso del mismo edificio funcionaba también el Instituto Hudson de la profesora Ruth Spagat, en donde aprendíamos inglés. Si hoy queremos recordar los nombres y las vidrieras de todos los negocios que a lo largo de los últimos años fueron reemplazando a esa tienda, seria imposible. En los últimos tiempos hasta desapareció el antiguo revestimiento de madera que le daba a todo el edificio un cierto carácter alpino. Fue reemplazado por otro más moderno, un simulacro del antiguo. Frente al edificio, en la calle Mitre, estaba el antiguo Hotel Italia con su vieja confitería Tronador. Tomar un café en el bar del hotel, de clara ambientación norteamericana, era como ingresar al decorado de una película de los años 50. Solo faltaba, en algún rincón, al lado del piano, la presencia del imperturbable Humphrye Bogart. En el subsuelo del Hotel, funcionó en mi juventud la discoteca "Aku Aku", adonde podíamos ir a bailar por las tardes los fines de semana. Esto, en la actualidad, es algo inconcebible, porque hoy, a esa hora, los jóvenes están durmiendo, preparándose para ir a bailar después de la medianoche. Luego y algo más lejos, se inauguró Grisú, una discoteca con estética de mina de carbón a orillas del lago, que todavía existe. También desapareció el viejo mercado y sus pintorescos habitantes, de cuyo interior, con sus pescaderías, carnicerías y verdulerías, podría trazar todavía hoy una detallada descripción. Ese espacio lo ocupa hoy una plaza, una feria y un centro de exposiciones. Las antiguas casas de madera, aisladas y dispersas a lo largo de las calles del centro, van

cayendo una tras otra como árboles bajo el hacha de algún leñador despiadado y selectivo. Ahora florecen las galerías y nuevos centros comerciales reemplazan a otros rápidamente de una esquina a otra. Lugares en donde hace años terminaban nuestros paseos son ahora pleno centro. Los suburbios se extienden hacia todas las direcciones y el crecimiento de la ciudad parece no tener fin. Tal es la magnitud del cambio que no da respiro. A veces me pregunto cómo será el imaginario de la ciudad que están construyendo mis hijos. Ellos, a medida que transcurren los días de su niñez, viven entre fugaces fragmentos del pasado ahogándose frente a lo nuevo, que se impone sin clemencia. Lo nuevo, claro, de la mano de los mercaderes del templo. En cada paseo con ellos, a lo largo de las calles del pueblo, observamos juntos cómo desaparece el que alguna vez fue el decorado de mi vida y cómo nace el de ellos, precario e inestable. Los utileros, incansables creadores y artífices de la nueva modernidad, trabajan sin pausa para que perdamos todo tipo de referencia. La vida, que en la aldea se vivía en un marco casi inmutable, hoy parece transcurrir dentro de un obrador. A la inestable globalización se le suma ahora la constante remoción de las raíces, algo que se percibe en el cruce entre los comentarios de los nostálgicos y las opiniones de los recién llegados.

Así, también, recuerdo al viejo colegio alemán, que estaba a menos de una cuadra de nuestra casa, y al que hoy llaman con preferencia "el Instituto Primo Capraro", porque los alemanes de aquel entonces, al igual que los de la aldea, también se van desvaneciendo. El "crisol de culturas", que alguna vez y equivocadamente se llamó "de razas", está cobrando su inevitable y tardío tributo. Claro que van quedando algunas piezas sueltas del antiguo rompecabezas, algunas fiestas, bailes, rituales y otros retazos, que más tienen que ver con el pasado imaginado de los inmigrantes, que con el complejo entramado mundial del momento, algo que bien podríamos llamar "la persistencia del mundo mítico". Muchos de los alemanes de mi pueblo entre los cuales me crié vivían, en parte, presos de un cierto pasado, mezclando vivencias propias con algo de realidad y mucha imaginación. De esa manera, crearon en sus mentes una precaria estructura, que a medida que pasaban los años, se fue pareciendo cada vez

más a una mera expresión de deseos. Con poco sustento en la implacable y cambiante realidad, la isla y el mito bajo el cual vivieron a destiempo los fue devorando. Debemos reconocer, sin embargo, que en Alemania, la tierra de nuestros ancestros, las conexiones con los retazos míticos de otros tiempos también persisten, como si, ante la abrumadora presencia de la diversidad, un cierto pasado allí tampoco se resignara a desaparecer. Ya lo había advertido a comienzos de los 70 el cantante alemán Franz-Josef Degenhardt en su balada "Lobos en mayo": "Augusto el pastor vio lobos, lobos en el mes de mayo, eran sólo dos, pero el pastor lo jura. Cantaban juntos las canciones de los viejos tiempos. Vayan por sus herramientas, por la guadaña y las palas antes de que sea demasiado tarde" ("August, der Schäfer, hat Wölfe gehört, Wölfe mitte im Mai, zwar nur zwei, doch der Schäfer der schwört, sie hätten zusammen das Fraßlied geheult, das aus früherer Zeit, rasch, holt die Sensen, sonst ist es zu spät. Schlagt sie tot noch ehe der Hahn dreimal kräht"). Los grupos radicales de derecha, cultores tardíos del "alma nórdica", han creado en Alemania, con monumentos de guerra como el de Gräfenberg, en el norte de Baviera, o con tumbas como la de Rudolf Hess, en el cementerio de la pequeña ciudad de Wunsiedel, una nueva "topografía simbólica" para llevar a cabo en ella sus acciones políticas. En estos pequeños poblados de provincia que, rodeados de bucólicos paisajes, parecen salidos de un tiempo sin historia, sigue latiendo el oscuro corazón de la irracionalidad étnica. La larga sombra de aquellos tiempos, que nos cubrió a todos por igual, parece no querer dejar en paz a los que vivieron en el infierno, a los que lo observaron desde lejos y a los que sueñan con recrearlo. Todos tenemos que lidiar con su pesada herencia, incluso aquí.

LIBROS, MÚSICA Y CINE



De mi infancia quedan los recuerdos de una vida apacible de pueblo chico. En mis recuerdos, los paseos por el pueblo transcurren a lo largo de grandes ventanales sin rejas y con cortinas americanas. Había más sol y recién hace poco, observando detenidamente fotos de archivo, se me reveló la causa: no había edificios altos. También había menos autos.

Visto a la distancia, la vida cotidiana en las casas y las calles de aquel pueblo transcurría lenta y entre grandes espacios. Intuyo ese pasado, cuando los viajes me llevan a aquellos pequeños poblados del interior de mi país que se quedaron en el tiempo. Pocos autos, poca gente y mucho tiempo. Tiempo para caminar, tiempo para conversar y tiempo para reunirse y dejar que pase el tiempo. Las puertas al mundo eran, para mí, el cine, la música y, sobre todo, los libros, a través de los cuales yo conocí lo que mis hijos conocen hoy a través de la televisión y el cine. Mi madre, la gran promotora de la lectura, un legado de su padre, nos arrullaba todas las noches con cuentos en alemán. Suelo imaginarme de esa manera cómo, a muchos de nosotros, hijos de familias europeas de los más diversos orígenes, el sueño nos sorprendía bajo el hechizo del idioma de nuestros abuelos. El poder de la lectura perduró y los libros se fueron acumulando en los anaqueles y en las mesitas de luz. Hace poco comencé la búsqueda de algunos de ellos, que creía definitivamente perdidos en algún oscuro rincón de mi inconciente. En el mercado de San Telmo me tropecé con una vieja versión de la editorial Kapeluz del clásico de Walter Scott *Rob Roy* y la clásica ilustración del héroe escocés en su tapa me llevó, en un instante, a recordar el mundo perdido del living de mi casa. Una amiga suiza, Madeleine, me trajo *Babar* y pude volver a reconstruir, con él en mi memoria, la historia de aquel elefante, de la cual sólo recordaba la triste escena de su madre muerta por un cazador y la de su viaje en auto a través de Nueva York. Las vivencias duraderas de la temprana infancia. Cuando comenzamos a intuir su extraño poder, ya las hemos dejado atrás y estamos recorriendo otro camino. En mi caso, pareciera que allí nació la especial atracción por los cuentos folklóricos, las leyendas y la mitología en general, como si esos años del comienzo, en los que mi alma navegó en las extrañas y mágicas aguas de mundos tan diversos, hubiesen hecho crecer en mí la creencia de que, detrás de este mundo de apariencias, acecha otro, más rico, más denso y más complejo, en donde se encontrarían la respuestas definitivas a todas las preguntas que quedan sin resolver a medida que transcurre nuestra vida. La magia de aquellas noches cargadas de misterio en mi casa paterna cedió, finalmente, ante la mirada científica. Los libros de los investigadores del cuento folklórico, como los del investigador ruso Vladimir Propp, los del suizo

Max Luthi y los del austriaco Bruno Bettelehim, fueron luego el material de consulta obligado para dilucidar los misterios de la eterna persistencia de aquellos relatos. Demás está decir que la vida de este último, "el psicoanalista que bebió la leche negra de la aurora", nacido en Viena en el año 1903, con una estadía en los campos de concentración de Dachau y Buchenwald antes de la II Guerra y finalmente exilado en los Estados Unidos, no fue precisamente un cuento de hadas. Todos buscamos en las metáforas del inconciente alguna explicación. El misterio de lo que una vez nació con la voz de mi madre en las noches de aquel pueblo, no pudo todavía ser develado y ahora que la presencia de la muerte cortó los hilos de la infancia, lo que fue una vez sembrado espera ser cosechado.

Mientras que en mi casa paterna todo estaba envuelto en una atmósfera muy europea, afuera acechaba América. La intersección de los mundos enriqueció mis percepciones, pero también hizo que muchas veces anduviera perdido por el entramado de los diferentes idiomas y las culturas, buscando una raíz sobre la cual crecer definitivamente. Cuando comencé mis estudios universitarios seguí acumulando libros y por ello mis lugares preferidos en la ciudad fueron siempre, junto con las casas de ventas de discos, las librerías. Este amor a la lectura me lleva a recordar también con bastante claridad las pocas librerías de mi pueblo, parte esencial del imaginario antiguo de la aldea en la que una vez viví. Allí estaban la librería "Alemana" de la familia Naumann, sobre Quaglia, un edificio enteramente construido en madera, y la librería "Mitre", sobre la primera cuadra de la calle del mismo nombre, del matrimonio Stampfel. Esta última duró mucho más tiempo. De la primera recuerdo espacios amplios, el piso de madera que crujía, los libros sobre la mesa y clientes conversando apaciblemente, casi como en un café. Es extraño cómo, de aquel pueblo, ciertos ámbitos y ciertas atmósferas, que al parecer no tenían especial relevancia, la cobran con los años. A medida que estos pasan, algunas cosas se desvanecen definitivamente en nuestra memoria mientras que otras van cobrando nitidez, revelando significados que quedaron ocultos mientras las cosas ocurrían. En uno de los libros de Graciela Pino, una foto muestra el antiguo edificio de madera de esta librería sobre la calle Quaglia. Hoy, en su lugar, se levanta un Hotel de

varios pisos y, en la planta baja, un restaurante de comidas rápidas. Allí, en su piso superior, vivía Hermann Wolf, personaje del Bariloche de mi infancia. Queda, sin embargo, a su costado sur, ignorada por los pasantes, una vieja vivienda de madera cuyo fondo daba, en aquellos años, sobre el "arroyo sin nombre", cuando éste, en aquel tramo, todavía no corría debajo de la tierra. La pequeña casa ha pasado del antiguo negocio de *souvenirs* de aquellos años a ser una agencia de viajes. Tal vez yo ya era más grande cuando quedó una sola de las librerías con literatura alemana, porque de la segunda, hasta recuerdo adónde estaban las historietas "Fix und Foxi" que desde Europa llegaban regularmente, y los "Calendarios de Adviento" (Adventskalender), que los niños esperábamos con gran expectativa todos los años. Venían de Alemania y cada puertita que se abría, a medida que pasaba el mes, tenía un regalo. Todavía podría describir con asombrosa exactitud sus ilustraciones navideñas tan europeas y sus ventanitas cubiertas de brillantina que abríamos a medida que se acercaba la fecha de Navidad. Los calendarios, retazos de ese otro mundo del cual nos hablaban nuestros padres, venían de un lugar que aquí solo ocupaba esa pequeña parte invisible y europea de nuestras almas, porque el mundo que nos rodeaba contaba otra historia.

En ese pueblo no había televisión, solo radio y a través de ella nos llegaban las noticias. Recuerdo una tarde somnolienta en que los rostros de mis padres mostraron preocupación, cuando en la radio trasmitieron que habían asesinado a un joven presidente norteamericano que parecía prometer cambios a escala americana. Yo apenas tenía 8 años. Paul Simon, el músico, escribiría, en relación con este hecho, la canción "Los sonidos del silencio". Al comparar el silencio con un cáncer que lentamente va creciendo, imprimió a la palabra silencio una acepción muy distinta a la que le dio una gran parte de la comunidad de habla alemana de Bariloche a lo ocurrido en la Segunda Guerra, o por lo menos anticipó los peligros de esa actitud. Algunos años antes, también recuerdo el terremoto de 1960 y puedo verme con toda claridad en aquella tarde en el jardín observando mis autitos de juguete que no dejaban de moverse sobre el suelo y la salida precipitada de mis padres de la casa. Sé que luego fuimos todos a ver el muelle destruido, pero yo solo recuerdo los autitos

que se mueven. Es extraño que no tenga recuerdos de cómo la tragedia golpeó a uno de mis compañeros de curso, Heini, que en aquel infortunio perdió a su padre. No tengo tampoco recuerdos del golpe de estado del año 1966, año en el cual yo ya tenía 11 años. Seguramente la ciudad y sus habitantes ya estaban inmersos en ese clima de distanciamiento ante todo lo que ocurría en el lejano mundo, como si viviéramos suspendidos en una congelada escena en blanco y negro de una vieja película norteamericana.

ESCENA AMERICANA

De la primera casa en que viví y que hoy es un alberge para la juventud, recuerdo ciertos rincones que hoy, como adulto, no parecen tener ningún significado especial, como si la percepción de los espacios en los que transcurrió mi niñez perteneciera a otra persona. Las fotos de aquella época muestran a una familia en una etapa feliz. Mi abuela materna falleció en Bariloche en 1957 y mi abuelo materno, Alberto Ribet, vivió con nosotros algunos años más y aparece en varias de las

fotos. Yo tengo vagos recuerdos de él, caminando con su bastón por la casa o sentado en una silla en el jardín, leyendo. Era demasiado joven para apreciar la riqueza de sus conocimientos y las increíbles vivencias que había acumulado a lo largo de su larga vida. Como siempre me sucedió durante toda mi vida, llegué tarde a las citas con el destino. Cuando finalmente estuve preparado para escuchar, la vida de aquellos que tenían las respuestas se había acabado.

En invierno, la nieve siempre cubría el jardín y la calle. En las fotos y en los recuerdos siempre hay trineos y muñecos de nieve. Desde nuestra casa, hacia el Oeste y más allá del zanjón del "Arroyo sin nombre", la geografía urbana se deshacía en terrenos baldíos y comenzaban los prados y los bosques que se extendían desde la plaza Belgrano hasta el cerro Otto. Allí estaba el "campo de las margaritas", más allá del bosque que rodeaba el puente negro. Era el lugar predilecto de reunión de muchos habitantes del pueblo. Desde el colegio y a lo largo del año, hacíamos varias expediciones hasta allí. En casa, una foto emblemática de fines de la década del 60 retrata, sobre aquel prado, a muchas de las familias de

descendencia alemana que formaron parte de esa etapa de mi vida junto al maestro de alemán Schneider, que había enviado el gobierno alemán. La vieja escuela, como siempre, los unía a todos a través de sus hijos. La foto es memorable y resume una época en la historia de los alemanes del pueblo. Todos hablaban todavía la lengua de los abuelos, compartiendo por ello una identidad europea heredada y, si bien todos enviaban a sus hijos al colegio alemán, los sucesos que rodearon la II Guerra, los resabios ideológicos de la misma y la necesidad de confrontar ciertos temas, ante las inquietudes que planteaban las nuevas generaciones, no dejaba de generar malestares entre una comunidad que, a la distancia y a juzgar por las fotografías, parece mucho más homogénea de lo que en realidad era. Con el tiempo, algunos regresaron a Alemania, otros pocos se fueron a vivir a diferentes lugares del país y otros seguimos viviendo aquí, algunos incluso en el mismo barrio. La apacible pradera en el límite oeste de la ciudad, que cubierta de flores se extendía sobre las laderas del este del cerro Otto, ya está cubierta de casas. La ciudad lo ha devorado todo.

Recuerdo las noches en que la única radio del pueblo, LU8, trasmitía radionovelas. A una hora determinada, con mi madre y mi hermana, nos sentábamos frente a ella para sumirnos en un trance radiofónico: “Calfucurá, el terror de las pampas”. Era como la televisión pero sin imagen. Sonidos de caballos galopando sobre la pampa, voces, gritos y el alarido de la “barbarie” retumbando en nuestro living. La barbarie y los descendientes de los inmigrantes europeos. En aquellos tiempos nadie me contó que la “barbarie” tal vez no era tal y que los sobrevivientes del despojo y sus familiares vivían tan cerca de casa. Sólo a algunas cuadras de distancia, hacia arriba y alejándose del lago, todavía se hablaba mapuche, una de las lenguas que se hablaron en estas latitudes mucho antes de que los europeos como nosotros llegáramos a la región. Allí estábamos, la familia en nuestro living, mis padres en los sillones y los chicos sentados en el piso, una escena que, en mi cabeza y con el tiempo, se va pareciendo cada vez más a una imagen de una lejana publicidad de una revista norteamericana.

Mi padre, mientras tanto, como viajante de comercio, recorría la Patagonia a lo largo de solitarios caminos de tierra representando a

empresas europeas. De esos viajes quedan algunas fotos que lo muestran en el camino parado frente a un Rambler, detrás de un cartel de la ruta 40 en la provincia de Santa Cruz, o frente a su viejo chevrolet en un paisaje nevado, antes de cruzar una tranquera. La Patagonia era, en ese entonces, un enorme territorio de pequeños poblados dispersos unidos a la distancia por rutas desoladas. De chico pude acompañarlo en algunos de los viajes, que para un niño eran, en ese entonces, verdaderas expediciones de aventura. Lo recuerdo apoyado en los antiguos mostradores de los ramos generales negociando con los dueños o en los austeros comedores en los que compartíamos la cena con otros solitarios viajantes y en los desvencijados cines de pueblo en los que asistíamos a proyecciones de viejas películas de vaqueros en blanco y negro. La inmensidad de aquellos paisajes ya comenzaba a formar parte de nuestro ser y era como si lentamente todo ese disperso enjambre de rutas solitarias y espacios vacíos se fueran convirtiendo definitivamente en una parte indisoluble de nuestras almas.

También había en casa muchos discos, algunos de música clásica, otros de música popular en general y navideña y varios de músicos alemanes, como los de Freddy Quinn, un cantante de madre austriaca y padre irlandés, extremadamente popular en Alemania, y que con una vida llena de vicisitudes terminó logrando su fama irónicamente, ya que venía

de un país sin mar, con canciones de marineros. Años después, al investigar su historia, descubrí que, además de haber vendido millones de discos, también había viajado a lo largo del mundo trabajando en circos y cantando frente a combatientes alemanes de la legión extranjera. En un punto de su larga carrera, versionó "La balada de las boinas verdes", aquel clásico tributo que Robin Moore y el sargento Barry Sadler le dedicaron al grupo de elite del ejército americano a mediados de la década del 60, transformando, bajo el inocuo nombre de "Cien hombres y una orden", una feroz balada patriótica en una canción contra todas las guerras. Todo un personaje ese Freddy Quinn. Todavía hoy, junto con mis hermanas, podemos cantar muchas de sus canciones. Demás está mencionar que el sargento Barry Sadler, autor de aquella famosa canción patriótica, terminó sus días en Guatemala, según la crónica periodística, de un tiro en la cabeza, por su participación en algunas oscuras operaciones comerciales típicas de su antigua profesión. Como extraña coincidencia, en sus años en Guatemala, el sargento Sadler solía tomarse unos tragos en el "Freddies Bar", un nombre que hacía referencia a un propietario alemán. Con los años se fue agregando la música que incorporamos los jóvenes: Beatles, Bee Gees, Joan Baez, Bob Dylan, que con el tiempo comenzó a ser una parte sustancíal de la vida cotidiana. Con cada vinilo de Dylan o Baez que llegaba a mis manos, yo repetía el ritual de leer detenidamente el reverso de las carátulas del sobre, mientras el disco giraba en el combinado y la música que llegaba desde lo que parecía ser la vanguardia de los movimientos juveniles del momento llenaba la casa. En este campo, los hermanos mayores educaban a los demás. Mis hermanas menores, a las que habíamos convencido de que detrás de los acordes de aquella balada de amor de Bobby Goldsboro, "Honey", se podían escuchar a los ángeles llevarse a la amante al cielo, pasaban tardes enteras sentadas frente a aquel viejo combinado, obsesionadas con la canción, tratando de descubrir cuál era exactamente el ruido misterioso de los ángeles al que hacíamos referencia. Mantovani, Freddy, Sadler, Vivaldi, Mendelsohn, Seeger, Baez, Simon y Garfunkel; tan ecléctica era en aquel entonces la banda de sonido de nuestras vidas. Una de las tapas de los tantos discos mostraba una pintura ingenua de la conquista épica del oeste, con sus ferrocarriles, sus búfalos, sus indios y sus colonos con sus características carretas. Era

de la orquesta de Paolo Mantovani y se llamaba "Escena Americana". Aquí faltaban los búfalos, pero la esencia era similar porque el pueblo y sus alrededores, a pesar de lo que digan algunos, parecían salidos de una película norteamericana. Basta con hojear aquel libro de fotos antiguas "Bariloche, mi pueblo" para saber de lo que estoy hablando. Una de sus primeras fotos es la de un cowboy tejano, primer poblador blanco del gran lago y bisabuelo de mis dos hijos. En mis recorridas por los archivos digitales, muchas veces me encontré con fotografías históricas del oeste norteamericano que reflejaban una similitud asombrosa con las de la Patagonia. Recuerdo una fotografía, del siglo XIX, de los archivos de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, que muestra a un grupo de alumnos con su maestro frente a una solitaria escuela de Dakota del Norte, que bien podría representar la misma escena de una escuela argentina de las colonias galesas del sur, como aparece en las fotos de HE Bowman, de principios del siglo XX, en la investigación fotográfica sobre aquella colonización, editada por la Fundación Antorchas en el año 2003 y que lleva el apropiado nombre de "Una frontera lejana". Podríamos agregar que, en aquellos años, para crear nuestro sistema de educación pública, gratuita y obligatoria, hasta maestras importamos de aquel país. En varias de las escuelas normales de las provincias del norte están sus bustos en los salones y en los patios de entrada. Algunas, como la Escuela Normal de Mujeres "Clara J. Armstrong", en Catamarca, o la Escuela Nº 67 "Isabel King, en Goya, sobre el río Paraná, hasta llevan sus nombres, tan ingleses, en abierto contraste con todo lo que las rodea. En aquel tiempo, ambos países estaban creando una nación y habían abierto su geografía a los desamparados del mundo, cuyos destinos ya poco tenían que ver con el continente que los expulsaba. Basta con leer los preámbulos de sus constituciones o recordar los versos de la inscripción en bronce en la base de la Estatua de la Libertad, en el puerto de Nueva York, de la poeta norteamericana de origen judío Emma Lazarus y que llevan el título de "El nuevo coloso", para reconocer similitudes. Allí la escritora describe a la legendaria estatua, "madre de los exilados", como una "poderosa mujer con una antorcha, que alza su lámpara detrás de la puerta dorada" y que, a diferencia de las viejas naciones europeas, abre sus brazos, al igual que los abrió nuestro país, a "las cansadas, pobres y hacinadas multitudes,

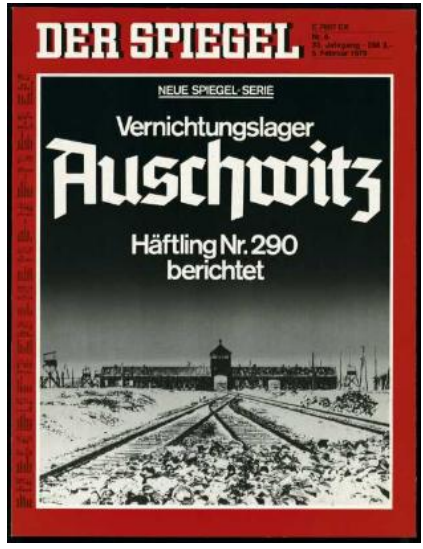
anhelantes de respirar en libertad" y a los "desdichados desechos" y "desamparados que botó la ola". En esas pocas frases se percibe la abismal diferencia con las "antiguas tierras de pompa legendaria", que a lo largo de los siglos no terminaban nunca de expulsar a sus descastados y lo seguirían haciendo a lo largo del siglo XX, cuando nuevamente se sumieron en la barbarie del racismo y la guerra. En América, como siempre sucedió en la historia, los europeos desamparados y anhelantes de libertad, en su obsesión por crear una nueva nación, se convirtieron en verdugos de los que ya estaban y en el proceso los convirtieron a ellos, en "desamparados desechos que botó la ola". Sin embargo, mientras que la mirada de los inmigrantes se volvía a Europa, el país se hacía americano.

Aquí, al igual que en los Estados Unidos, había, además de habitantes originarios, también descendientes de europeos, de los cuales algunos eran rubios y otros morochos, es decir que entre todos eran el equivalente de indios, gringos y mejicanos. Cuando, en compañía de mis hermanas o amigos, asistía a las proyecciones de clásicas películas norteamericanas en el antiguo cine del pueblo, no dejaba nunca de percibir el parecido de ambas escenografías, muy diferentes a la lejana ciudad que mis padres habían dejado atrás a mediados de la década del 50 y a la que viajábamos de vez en cuando para visitar a abuelos y amigos. En mi cabeza comencé entonces a esbozar una dualidad que tenía su corolario en el norte: Buenos Aires igual a París, Bariloche igual al lejano oeste. Y si a esto le sumamos la atracción que ejercían sobre mi padre y sobre mí, la épica legendaria de las películas de vaqueros, el cuadro se completa. Con mis hijos Jarred y Ailin continuamos con la tradición familiar de la pasión por aquellas películas, especialmente las clásicas, como las que componen la trilogía de los ríos del director Howard Hawks, las dirigidas por John Ford y las que tienen como protagonista o director a Clint Eastwood, incluyendo a los "westerns italianos" de su primer etapa. Por otro lado, no podemos negar que el aporte familiar tejano del lado materno, ha contribuido positivamente a este enraizado hábito, que a mi entender, tiene sus raíces en la similitud de ambas geografías. No son pocos los escritores argentinos, como es el caso de Jorge L. Borges o el de Roberto Payró, que intuyeron esas similitudes. El primero, en su corta estadía en Texas,

cuando escribe: “Aquí también, aquí como en el otro confín del continente, el infinito campo en que muere solitario el grito, aquí también el indio, el lazo, el potro”. El segundo, en las crónicas de su viaje de 1898 tituladas “La Australia Argentina”, en donde traza una similitud conceptual y real entre el “lejano oeste” y el “lejano sur” patagónico. Continuando con esta línea de pensamiento, podemos afirmar que, aún hoy, el sur, al igual que el lejano oeste para los norteamericanos, ocupa un espacio mítico en nuestro imaginario, algo así como el lugar de las posibilidades ilimitadas y de la libertad absoluta, el lugar en donde los caminos se pierden definitivamente en el horizonte.

En mi niñez realizábamos en familia largos viajes a aquella ciudad lejana en donde habían nacido mis padres, para visitar a nuestros parientes. Eran verdaderas expediciones a lo largo de interminables caminos de tierra, cruces en balsa, vados, arenales, pueblos perdidos en las planicies y tormentas de polvo. Muchas veces en los viajes participaban varias familias con sus respectivos autos. Descubrir el asfalto y los primeros carteles luminosos en Bahía Blanca siempre quedará en mi mente como un ejemplo más de cuán lejos estábamos de esa otra Argentina. No hay nada que hacerle, vivíamos en el lejano oeste o por lo menos eso era lo que yo creía. Con el paso de los años y ya establecido por un tiempo en Buenos Aires, yo también buscaría, allí, ignorando el aire claramente europeo de gran parte de la ciudad e inspirado en las películas policiales norteamericanas, sus canciones y los cuadros de sus pintores, los mismos paisajes urbanos cargados de soledad y aislamiento que caracterizaban a ese país. En mi cabeza, la isla europea se estaba desintegrando.

HORROR SIN REFLEXIÓN



A medida que el pueblo creció, aparecieron otras librerías. En una de ellas, Mileno, atendida por Tomy y Miriam, yo reservaba puntualmente la revista alemana de actualidad "Der Spiegel". Su contenido, un lucido análisis de la actualidad de esos días, tenía muy poco que ver con el discurso que circulaba entre la mayoría de los alemanes que me rodeaban

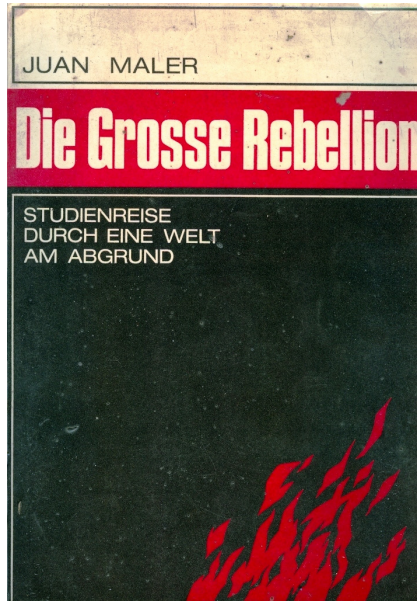
y sus descendientes. Había temas de los cuales con ellos no se hablaba, fotos que se ignoraban, reflexiones que no se hacían. Las tapas de aquellas revistas, en las cuales el tema de la II Guerra no parecía tener un fin previsible, también prolongaban las discusiones sobre la misma en estas latitudes. Los crímenes de guerra y las reparaciones de guerra ("Wiedergutmachung") eran temas recurrentes entre ellos. El disgusto y la vehemencia con que argumentaban sobre estas últimas hacia pensar que las estaban pagando ellos. Si algunos judíos pensaron que era inmoral aceptarlas, ellos pensaban que era inmoral pagarlas, claro que por razones muy distintas. Como joven, se tenía la sensación de que para muchos de ellos los libros y las revistas que venían de Alemania, al mostrar con acentuada gravedad algunos hechos e ignorar otros que para ellos parecían esenciales, manipulaban la realidad. La realidad histórica, en verdad, es siempre una reconstrucción, sólo que cada uno la reconstruye en forma distinta. En mi opinión y de acuerdo a sus comentarios, esa literatura parecía representar, para ellos, la historia escrita por los vencedores o la que los vencedores le obligaban a escribir a los escritores y periodistas de Alemania. Para hacerse una idea de aquel ambiente, basta con imaginar que estás viviendo en una comunidad de "revisionistas históricos alemanes", esa categoría tan particular de investigadores actuales que ponen en duda todo lo que se ha escrito hasta el día de hoy sobre la guerra en general y el genocidio judío en particular. Tenían otros recuerdos, callaban y omitían otros hechos y en la forma que argumentaban no había duda de que eran hijos de una dictadura. El hecho de que algunos de ellos habían estado allí y hacían valer información de primera mano para sostener el debate, los hacía correr con ventaja frente a los demás. ¿Cómo sostener los argumentos frente a testigos presenciales de los hechos? ¿No eran ellos, acaso, los mensajeros más recientes del mundo de nuestros abuelos? En general, muchos temas estaban inmersos en un halo de silencio. Cuando se hablaba era a través de testimonios personales muy subjetivos que no permitían ninguna revisión racional de los trágicos sucesos que habían sacudido a Europa en el siglo XX y que tuvieron como epicentro a Alemania. Tal vez debiera, para continuar con el argumento esbozado en un capítulo anterior, mencionar, que el hecho de que negaran deliberadamente la dimensión inconmensurable del holocausto hacía que

las discusiones entre ellos se centraran siempre y solamente en "lo hechos de guerra". Sin holocausto y sin crímenes de guerra, se estaba frente a otra de las tantas conflagraciones europeas más. Tampoco reflexionaban en profundidad sobre los afanes imperiales de Alemania y las causas últimas del conflicto, aunque sobre el tema también esgrimían algunas teorías algo trasnochadas. Los invadía la frustración por el heroísmo olvidado de los soldados alemanes. Por otro lado, no puedo negar que algunos, como soldados que fueron arrastrados a la tragedia, habían recorrido un camino plagado de horror. Manuscritos que caen de vez en cuando en mi poder no dejan de conmoverme. No hay duda de que tres o cuatro años en esa guerra pueden perturbar emocional y definitivamente a más de uno. Sin embargo, ninguno de ellos pudo, a la distancia y con el tiempo, desprenderse de sus historias personales para comprender el cuadro general de situación y analizar todas las implicancias ideológicas del mismo. La mayoría de ellos trasmitió a sus hijos "el horror sin reflexión" y al hacerlo no aportaron mucho a la comprensión y la prevención de nuevos posibles genocidios y futuras guerras. Muchos de sus hijos, desinteresados en el tema, siguieron con los años cultivando esta actitud y fue así como ese silencio que parece indiferencia impregnó a las siguientes generaciones. Sin embargo, todos sabemos que no se puede anular la historia y por ello, todo, en aquellos años, parecía estar entre nosotros, envuelto en una tensa calma. A la aparente indiferencia de la gran mayoría, siempre parecía acecharla alguna nueva revelación. Ellos esperaban, como dijo Borges, "que el olvido no se demore"; yo tenía la esperanza de que, finalmente, la memoria se instalara y reconocieran el crimen, algo que hasta hoy no han hecho.

No hay duda de que esta isla de descendientes de europeos veneraba a Alemania en otra versión, una versión mucho más legendaria y más tribal, aquella que se forjó en las entrañas de la Europa nacionalista del siglo XIX. Reprodujeron, así, y en este lugar al cual los arrastró el naufragio europeo, un nuevo "centro del mundo" en el cual parecían vivir a salvo, pero rodeados siempre de una periferia incierta al acecho. El centro del mundo, sin embargo, estaba en otro lado y todos nosotros éramos, en realidad, la periferia incierta, pero tardé algunos años en darme

cuenta. El enorme caudal de información que circulaba sobre la guerra en todos lados, parecía llegar hasta aquí en cuentagotas. Crímenes, juicios, delaciones y huidas llenaban los titulares de la prensa en Alemania, cuyos diarios y revistas habían asumido responsabilidades y se habían decidido por el camino democrático. A excepción del diario argentino en idioma alemán "Das Argentinische Tageblatt", la prensa argentina en idioma alemán, como "Die Freie Presse" y la revista "La Plata Ruf", seguía simpatizando con las ideas totalitarias y el conflicto parecía continuar a destiempo en estas latitudes. Como en una de esas películas sobre remotas colonias europeas africanas, en donde el tiempo parece haberse detenido y los colonos solo parecen comprender la realidad bajo el lente distorsionado de una visión política que en la metrópoli ya ha quedado sin sustento, en mi pueblo, los inmigrantes y sus descendientes se aferraban a las antiguas convicciones como si nada en el mundo hubiera cambiado. Hoy algunos de ellos todavía creen que habitan el centro indiscutido de los acontecimientos y que el resto del mundo es penumbra. Recurren a la madre patria para solicitar pasaportes, pero no comulgan con la filosofía que subyace a su república. El antisemitismo visceral todavía yace dormido en la mayoría y despierta de vez en cuando en algunas frases dichas al pasar o en charlas informales entre ellos. Delatando la vieja ideología y en un último intento de salvación de sus almas, esgrimen con decidida convicción el viejo argumento de los "crímenes de guerra israelíes", queriendo ver a los palestinos, como escribía Simon Wiesenthal en su libro de 1989, como "nuevos judíos" para poder olvidar por fin a los judíos muertos por el nazismo. Cuando los tiempos exigen que debemos tratar el Holocausto para preservar la memoria, ponen sobre la mesa, con la clásica estrategia de los antisemitas, libros escritos por autores judíos que hablan del "Holocausto como negocio" y declarando que ya es hora de que dejemos de lado nuestros sentimientos de culpa. Ven las películas de los nuevos directores de la madre patria con recelo y leen los libros de sus autores contemporáneos a regañadientes y sin ocultar su desagrado frente a la dirección que han tomado los acontecimientos.

JUAN MALER



Con el tiempo, también percibí, en aquellos años, que entre algunos de ellos, los más radicales, circulaban extraños libros y panfletos que describían los hechos políticos del momento bajo una luz absolutamente maniquea. El análisis histórico en esos escritos estaba impregnado de

subjetivas visiones políticas que rayaban lo esotérico y en las que los judíos, en una prolongación pretendidamente "aggiornada" de las teorías esbozadas por Hitler en *Mi lucha*, siempre aparecían como un oscuro poder en las sombras. A juzgar por aquellos escritos y citando a Carlos Echeverría en su documental, parecía que su propia existencia solo cobraba algún sentido si se la podía contraponer a la de sus "enemigos fraternales". Si bien es difícil saber cuál es exactamente el sustento ideológico que subyace a sus obras, uno de los autores vinculados a este tipo de literatura vivía en la ciudad y se llamaba Juan Maler. A diferencia de muchos otros que murieron sin dar testimonio, de Maler conservamos sus libros escritos en alemán. Esto, sin duda, ha sido beneficioso para él ya que, si hubiesen sido escritos en español, su vida no hubiera sido tan plácida como lo fue en la aldea. Leer a Maler es un buen ejercicio para aquellos que quieran saber qué tipo de historia hubiesen escrito los perdedores si hubiesen ganado la guerra. ¿Qué imágenes habrían quedado de Auschwitz si la historia hubiese tomado otro rumbo?

Juan Maler, ex Reinhart Kopps, ingresó a la Argentina en el año 1948. En Buenos Aires fue redactor político de la revista "Der Weg" durante los primeros años de su publicación, pero se alejó de la dirección antes de que esta revista, en el año 1951, comenzara su giro hacia un antisemitismo más declarado. En Bariloche, muchos años después, pasaría a la notoriedad pública -a mediados de la década del 90- como el delator del SS Erich Priebke. Una delación cuyo sentido, a mis ojos, no ha quedado del todo clara, a pesar de que en panfletos en idioma alemán, que circularon asiduamente en la comunidad alemana de Bariloche a fines de la década del 60, mostraba sin tapujos lo que ya en ese entonces era un secreto a voces entre los alemanes del pueblo: "si de organizaciones criminales se trata, el ex SS y secretario de la Asociación Cultural seguramente podría sentar cátedra". En la misma entrevista con Sam Donaldson, Maler reconocía que su nombre había sido Reinhart Kopps y afirmaba que los nazis lo habían perseguido por haber salvado a 25 judíos de ser enviados a Auschwitz. Sus libros están presentes en la mayoría de las bibliotecas de las familias alemanas de la Argentina, lo que sólo tiene dos explicaciones: o era muy leído o tuvo muy buenos distribuidores. Al

decidirme a escribir este libro, me he tomado el trabajo de leer con atención algunos de ellos. Unas pocas páginas bastan para vislumbrar, a través de la caótica maraña de fechas, hechos y referencias a autores desconocidos y algunos no tanto, la terca persistencia de una cosmovisión plagada de irrealidad y la manipulación de la historia al servicio de una ideología. Todo en esos libros parece moverse en un verdadero mundo paralelo, muy alejado del marco racional en que se mueve la investigación histórica usual. Las caricaturas políticas que incluyen se leen hoy como parte de un interesante museo de prejuicios políticos, aunque para algunos actualmente confirman sus distorsionadas visiones. Sin embargo, hay claros indicios de que ideológicamente lo vinculan con los movimientos de extrema derecha globales. Las referencias a autores revisionistas como el inglés David Irving, para citar sólo al más conocido, y las citas de diarios neonazis como la "National-Zeitung" son recurrentes en todos sus libros. El constante énfasis puesto en la negación del Holocausto ("Auschwitzlüge") y el reclamo por los alemanes desplazados del Este, los bombardeos de Dresden y las bombas atómicas lanzadas por los norteamericanos sobre Japón, me recuerdan las conversaciones y justificaciones de los alemanes entre los cuales me crié: "La superada postura de Yalta, Potsdam y Nuremberg sólo se puede mantener con terror en la justicia y una dictadura económica, reemplazando con 'la mentira de los 6 millones' las verdades comprobadas que van desde Bromberg, Dresden e Hiroshima hasta las matanzas de mujeres y niños alemanes en los territorios del este, Checoslovaquia y Yugoslavia". Maler es, sin duda, un ideólogo más de los tantos que promueven las peligrosas teorías conspirativas actuales y para las cuales un oscuro poder en las sombras, sean los judíos o la francmasonería, teje desde tiempos inmemoriales los hilos de la política internacional. Al referirse al Apartheid y las razas en general, en uno de sus libros de 1984 comenta: "Esta lucha maliciosa contra la raza blanca es un hecho a lo largo de todo el globo" y advierte: "La conciencia racial y el orgullo sobre su origen está siendo extirpada de los blancos, para que de esa manera se destruya su fuerza cultural y social para siempre". También su hábil uso de citas, algo muy común en los conspirativos de todas las épocas, es una forma de deslindar responsabilidades en cuanto a lo que se escribe. Así cita a un tal John

Davis, que dice: “El mundo del Islam debe tener en claro que la lucha no es sólo contra los judíos que viven en Palestina, sino contra toda los judíos del mundo”. El antisemitismo declarado merece un capítulo aparte ya que, en todos sus libros y panfletos, unas superficiales contradicciones parecen esconderlo. Sin embargo, su obra es el más claro documento de la mentalidad de una gran parte de los descendientes de alemanes de estas latitudes. Los que dudan de que esto sea así o sostienen lo contrario deberían preguntarse por la razón de que en estas regiones nadie nunca formulara una crítica pública y concreta a sus contenidos o incluso utilizara esta invaluable herramienta educativa para un análisis crítico en las aulas. Del panfleto antisemita “Los protocolos de los sabios de Sión” dice al final de su libro del año 1971: “En la reunión de Reichenhall se estableció que los Judíos y los Francmasones son los verdaderos responsables de la rebelión anticristiana en el mundo y de sus consecuentes guerras. Todavía hoy los Protocolos son la llave para el cabal entendimiento de nuestro tiempo. En la controlada Alemania ocupada de hoy (“besetzten Deutschen Reich”) solo se los puede recomendar de padre a hijo o de amigo a amigo”.

Cuando a mediados de los 90, el autor dejó Bariloche para vivir definitivamente en Chile, quedó al descubierto una sombría trama internacional de delaciones y lealtades nacionalsocialistas muy ligadas al Bariloche de posguerra en la que Maler seguramente jugó un papel preponderante. Los tres libros de Maler que obran en mi poder -*La gran rebelión, viaje de estudios a través de un Mundo al borde del precipicio (Die Grosse Rebellion, Studienreise durch eine Welt am Abgrund*) de 1969, *Contra Dios y la Naturaleza. Contribuciones al análisis de nuestra situación histórica y política (Gegen Gott und die Natur. Beiträge zu einer Analyse unserer historisch-politischen Situation)* del año 1971 y *Cuando cantaban los bosques (Einst sangen die Wälder*) de 1985-, delatan, a través de las fechas de ambas ediciones y del domicilio del autor (Avenida Belgrano 165, Bariloche) una clara continuidad temporal y un referente geográfico que invita a la reflexión. Todos ellos incluyen en su interior panfletos antisemitas editados en alemán, con detalles de cuentas corrientes en bancos alemanes para efectuar depósitos en pos de “la

causa": la interminable lucha contra el capital judío internacional y el esclarecimiento sobre "las verdaderas" causas de la II Guerra. "Iniciativas ciudadanas para el salvataje del honor del pueblo alemán" llevan como título algunas de esas hojas. Lo que sorprende es que pudieran circular con tanta libertad entre nosotros. Claro que esta literatura de argumentos antisemitas esgrimidos con continuidad por los exilados en los años inmediatos de la posguerra, sigue publicándose hoy en el mundo entero. A autores alemanes como Wilhelm Stäglich los acompañan el norteamericano David Hoggan, el francés Paul Rassinier o el inglés David Irving, que juntos siguen desarrollando algunos de los argumentos clásicos de una cierta historiografía, como "la mentira de Auschwitz" (Die Auschwitzlüge) o el de "la guerra provocada" ("Der erzwungene Krieg"). En Alemania se los conoce actualmente como "los revisionistas" y sus teorías, según el investigador Wolfgang Benz, son hoy el sustento ideológico de la extrema derecha mundial. Según él, esta literatura es una "torpe imitación de la ciencia por intermedio de la apropiación de sus formas, que apoyadas en la inseguridad del público frente a los problemas morales e históricos, retoman los antiguos estereotipos contra los judíos, especulando hábilmente con las teorías conspirativas y apelando a las emociones nacionalistas". Intuyo que, lejos de mis ojos, aún siguen pasando de mano en mano, en algún lugar de mi ciudad. Lo afirmo porque hace poco cayó en mis manos una copia de los "Huttenbriefe", un panfleto editado en Alemania por una organización de extrema derecha, que incluso hace una referencia a los sermones del obispo inglés Richard Williamson, un negador del holocausto que predicaba en Argentina. Se percibe, en algunos de ellos, que ciertas leyendas ancestrales y teorías conspirativas sin fundamento son más atractivas que los fríos y perturbadores hechos históricos, fehacientemente documentados.

Hace unos días, en un entierro, mientras caminaba sobre el pasto del cementerio que se extiende al sur del cerro Otto, al oeste de la pampa alta de Huenuleu, descubrí accidentalmente al pasar una placa de metal con un pequeño grabado de un libro y una pluma en uno de sus márgenes superiores. Un nombre y las fechas que enmarcan una vida: Juan Reinhard Maler 1914-2001. A solo diez pasos de aquella placa, descansan, entre

otros, algunos integrantes de la familia Grünstein, cuya placa lleva grabada en su extremo derecho la estrella de David. Vivían frente al colegio alemán en una casa que hoy es un café y eran los vecinos de nuestra casa paterna, a solo dos cuadras de la casa de Juan Maler y tres de la de Erich Priebke. No son las únicas placas con estrellas de David en ese cementerio y algunas, como la de Alex Waters, que aclara haber nacido como Alex Frischwasser en 1927, delatan en unas pocas palabras todas las penurias del siglo XX. Hijos, madres, padres, abuelas y abuelos nacidos en estas tierras y en otras arrasadas por las guerras y los crímenes. Allí descansan ahora mis padres: él bajo unas frases en alemán del salmo 23: "Der Herr ist mein Hirte, er führet mich zum frischen Wasser", y mi madre bajo un fragmento en inglés de una poesía de Alfred Lord Tennyson: "and may there be no sadness of farewell when I embark". Una caminata a lo largo de las placas de los alrededores de sus tumbas parece un paseo por las calles de la aldea de mi niñez, una aldea argentina en la que todos convivían en paz. En nuestro país felizmente no hubo lugar para aquella "otra historia alemana", aunque algunos tal vez lo hubiesen deseado.

KRIEG IST KRIEG – LA GUERRA ES LA GUERRA

Niños en un campo de concentración.

Las fotos de los saludos nacionalsocialistas, que algunos amigos de Walter Rauff, el inventor de los "camiones de la muerte", le dedicaron al camarada fallecido, en el cementerio de Santiago de Chile en 1984, no dejan de ser, con respecto a este tema, un documento revelador del clima que se vivía en esos años y en estas latitudes. No es tanto la presencia de estos exilados políticos de la guerra la que sorprende sino la persistencia en ellos y a lo largo de tantas décadas, de las simpatías hacia una ideología

que proclama el postulado de la primacía de una "raza" y el deseo abierto y sin remordimientos del exterminio de los judíos, todo esto sumado al poco interés con que la comunidad que los rodea se interesó en esta historia. Claro que el núcleo más numeroso de nostálgicos estaba en Buenos Aires. La revista "Der Weg", como ya lo dijera, fue un compendio de artículos periodísticos editado en Buenos Aires a partir del año 1947 que en sus análisis de los acontecimientos del momento, todavía reflejaba la visión nacionalsocialista, hasta que dejó de existir en 1957. Otras publicaciones como "La Plata Ruf" (1967-1977) o incluso "Die Freie Presse" (1945-1978), ambas en idioma alemán, tomaron, en forma un poco más moderada, su lugar. Con respecto al semanario "Der Weg", vale la pena citar aquí las conclusiones del interesante ensayo sobre el mismo que escribiera el historiador Holger M. Meding en el año 1977: "Con su visión del mundo ("Weltbild") maniquea, con su cosmovisión absolutamente biologista, sus representaciones míticas belicistas de "sangre y suelo" ("Blut und Boden") y su idolatría del Reich, "Der Weg" representaba un eslabón más en la larga fila de ancestros, que espiritualmente se prolongaba más allá del nacionalsocialismo, hundiéndose profundamente en el pasado no solamente alemán sino también europeo. La revista se vinculaba concientemente con los resabios tradicionales de ese pasado y se proponía, como uno de sus objetivos principales, mantener en vida la continuidad de esos idearios ("Gedankenwelten") después del año 1945." En cuanto a las revistas y diarios que en Argentina retomaron su labor después del cierre de "Der Weg" en el año 1957, especialmente "La Plata Ruf" mostraba, en sus editoriales y notas en general, un costado más militante. Delatando claras posturas ideológicas, en un ejemplar de 1976 traducía con ironía las siglas en alemán de República Federal de Alemania ("Bundes Repubik Deutschland") por las de "Resto de Alemania bajo ocupación" ("Besetztes Rest-Deutschland") y contaba con orgullo que en las fiestas de la colectividad en Argentina, siempre se volvía a cantar la estrofa "prohibida" del Himno, "Deutschland, Deutschland, über alles", frente al malestar evidente de las autoridades alemanas. A la distancia, esto último parece una especie de rebelión anacrónica de adolescentes mal informados, pero también demuestra la obsecuencia con que un grupo

mayoritario de descendientes de alemanes en Argentina mantuvo vivas a lo largo de los años sus antiguas convicciones. En el caso particular de esta comunidad, el hecho de que los más nostálgicos admiradores muchas veces se hayan apropiado de la transmisión de la cultura y la memoria histórica de Alemania frente a las nuevas generaciones, sumado a las dos publicaciones que llegaban por suscripción a gran parte de la comunidad de habla alemana de la Argentina, explica la persistencia de los viejos paradigmas hasta la actualidad. Basta con hojear la primera para comprender la clara filosofía política con que algunos seguían interpretando los hechos contemporáneos. A casa llegaban todas. La esencia de la filosofía nacionalsocialista persistía y se trasmitía a las nuevas generaciones. Primaba una idea central, que era el odio visceral al comunismo, el enemigo ancestral de lo que ellos entendían por "civilización europea" y que anacrónicamente identificaban todavía con los Bolcheviques, un concepto que ya había caído en desuso hacía muchos años. Estos, de alguna manera y con el paso del tiempo, habían tomado el lugar que en la propaganda nazi habían tenido los judíos. Estos últimos, sin embargo, seguían presentes en conversaciones y escritos como representantes de un poder oculto que manejaba los hilos de la nueva política alemana y de la economía mundial en general. "Aggiornaron" su filosofía, pero seguían abrevando en las antiguas fuentes del discurso milenario de la derecha política. La "civilización europea" era, para ellos, claro está, algo muy distinto a lo que era para la mayoría de nosotros, sus contemporáneos, y especialmente para la mayoría de los mismos europeos. Cuando en panfletos actuales como los "Huttenbriefe", imbuidos de una clara filosofía de extrema derecha, se habla de luchar para la libertad de Europa, me pregunto qué pensarán los habitantes de los países vecinos de Alemania, que seguramente recuerdan todavía con horror las consecuencias que tuvo la misma idea cuando fue puesta en práctica por los mismos ideólogos alemanes sólo unas décadas atrás. Estos últimos, por otro lado, probablemente miran con espanto a la nueva derecha actual, que dentro del estrecho círculo de los verdaderos europeos y frente al nuevo enemigo, ya incluyen paradójicamente a los rusos, los enemigos ancestrales de entonces.

También la República Federal de Alemania, al igual que lo sigue haciendo hoy en día, enviaba una de sus revistas a la Escuela Alemana y a los integrantes de la comunidad a través del consulado. En esos años se llamaba "Scala" y también existía una edición para la juventud, que era la "Jugendscala". Hoy se llama "Deutschland Magazin". Eran revistas que mostraban la actualidad del país y como en un informativo radial o televisivo oficial, eran inocuas y algo superficiales y de alguna manera continuaban con la filosofía de "país ideal" que cultivaban los descendientes. Como parte de la estrategia propagandística del país de los abuelos, era y todavía es, una buena herramienta para promover, a hijos y nietos, las bondades del "paraíso original", una nueva tierra prometida en la cual refugiarse si acaso ésta, por alguna razón imprevista, deja de serlo. Acá la vida transcurre entre las complejidades de la vida cotidiana real, mientras que aquellas revistas solo parecen traer las noticias de la superficie que seduce. También llegaban a la escuela, y por ende a mi casa, unas revistas de la República Democrática de Alemania, que eran tratadas con desdén y que lamentablemente no hemos conservado. La revista mensual "Sudamérica" (1950-1970), editada desde su casa en la Península San Pedro por el algo excéntrico escritor alemán R. Franke, era otra historia, ya que se mantenía lejos de cualquier filosofía política en términos particulares y con su amplia temática latinoamericana estaba dirigida a un público más académico. Sin embargo, no dejaba de ser el resultado de una mirada muy europea, siempre distante, sobre su objeto, una antropología de vieja escuela, sumida en la eterna búsqueda de lo exótico, algo impensable en la actualidad. Mientras tanto, los descendientes de alemanes y austriacos, que no se vinculaban con este núcleo de nostálgicos de la aldea, y los otros, que vinculados a ellos, simplemente callaban o parecían despreocupados de todo este tema, estaban convencidos de que el tiempo iba a curar todas las heridas. Todos ellos no llegarían nunca a entender la absoluta necesidad de un pronunciamiento claro frente a la comunidad de estos temas tan graves que nunca perderán vigencia. Callados, estrechaban filas, reflejando una engañosa homogeneidad. De alguna manera, había triunfado, aquí, la lúcida tesis que expuso Hannah Arendt en su artículo "Culpa organizada", publicado en el año 1944 en la revista "Jewish Frontier", en la que

sostiene que el régimen nacionalsocialista logró, a fines de la guerra, que triunfara la estrategia política de sus dirigentes, cuya finalidad última y dirigida tanto a sus enemigos como al frente interior, fue la de que, al final del camino, no hubiese ninguna diferencia entre nazis y alemanes y de que todos estrecharan filas detrás del gobierno, para que, al finalizar la guerra, fuera imposible separar a los criminales del resto del pueblo.

"Krieg ist Krieg", "la guerra es la guerra", era la frase común que utilizaban, y todavía utilizan hoy, aquellos que me rodean en Bariloche, cuando la discusión sobre la guerra se torna íntima. Algunos incluso agregan frases algo obvias como: "Si en la guerra no matás, te matan a vos", fingiendo así, y con falsa ingenuidad, desconocimiento de las incontables matanzas de civiles, prisioneros de guerra, niños y otros inocentes que no esgrimían arma alguna ni tenían intenciones de matar a nadie, que hubieron. Todos discuten como si hubiesen estado allí o como si fueran sobrevivientes de ella. "En la guerra siempre mueren inocentes" repiten y, delatando simpatías y frustraciones, agregan: "Los vencedores siempre escriben la historia". Se pone fin, de esa forma, a cualquier debate posible sobre las responsabilidades de los verdaderos criminales, confirmando con esa al parecer ingenua frase, la validez de la tesis expuesta por Arendt, que al igualar a todos los alemanes en la difusa bruma de la guerra, finalmente, se hace imposible distinguir a los culpables de los inocentes. Además, era común, y lo digo por propia experiencia, que en los círculos alemanes locales se hablara de los nazis refugiados como de "alemanes injustamente perseguidos y dignos de lástima". Cabe aquí citar a Simón Wiesenthal cuando escribe: "En alguna ocasión llegué a denominar a la Argentina 'Cabo de la última esperanza', y lo fue realmente en todos los sentidos. Los criminales nazis podían esperar encontrar allí su último refugio y los emigrantes alemanes se aferraban desesperadamente a la convicción de que los nazis no habían sido criminales". Arendt, por otra parte, dice: "Es evidente que sólo una declaración pública que señale diferencias y reconozca responsabilidades del accionar criminal, separa al alemán del nazi, algo que en Alemania, la revisión histórica responsable a lo largo de décadas ha expuesto con total claridad". Aquí, lejos de los campos de batalla, fue más fácil mecerse en la

cuna de la duda y el olvido, bajo la dulce melodía de los cuentos de hadas de la guerra legendaria. Claro está que, para comenzar con una reflexión crítica sobre lo sucedido, tampoco ayudó la situación local, que alternaba breves períodos democráticos con constantes pronunciamientos y golpes militares que ocurrían a la sombra de la guerra fría internacional, en la que la amenaza del comunismo parecía confirmar lo que los nazis y los refugiados venían diciendo hace años sobre su enemigo ancestral, los "bolcheviques". Es por ello que el semanario "Der Spiegel" fue, para mí, con tantas preguntas que estaban quedando en el tintero, una invalorable ayuda para saber que había otras miradas, más modernas, más lúcidas y más críticas.

HISTORIA VIVIENTE

Libro de Historia, tapa.

Mi paso por la primaria en la escuela alemana de Bariloche se confunde con la de mis hermanas. Mi padre era, en ese entonces, el presidente de la Asociación Cultural que gestionaba la escuela y por eso parecía, a nuestros ojos, como una prolongación de nuestra casa. En ella

confluían los chicos de gran parte de las familias de habla alemana, junto a muchos otros, de las más variadas extracciones. Nosotros, en casa, hablábamos alemán y nos parecía inevitable concurrir a ese colegio. Pero había diferencias, no sólo entre los que hablaban el idioma y los que no lo hacían, sino entre nosotros, los que todavía compartíamos una cierta identidad centroeuropea. Todos parecíamos estar bajo la imperceptible influencia de algo que Carlos Echeverría, en su documental sobre la comunidad alemana, definió como el "mandato paterno", algo que venía con el idioma en su acepción más atávica. Hijos todos de la era de los nacionalismos europeos, era ese mandato el que inconcientemente marcaba diferencias. En un país abierto como el nuestro, que en su constitución proclamaba abrir las puertas a todos los hombres de buena voluntad que quisieran poblar esta tierra y les daba libertad política y de culto, era previsible que existieran tantos mandatos irracionales como inmigrantes o acaso tribus europeas. Los alemanes eran una de esas corrientes, como lo eran los eslovenos, los italianos o los rusos. Como si fuesen exiliados cada uno con su idioma, sus organizaciones, sus comidas, sus costumbres y, claro está, su mandato paterno, reprodujeron en mi pueblo el mismo mosaico ancestral europeo y la repetición interminable del paradigma. Acá convivían, mientras que allí, y durante siglos, habían intentado suprimirse entre ellos sin éxito, aunque casi lo lograron con algunos otros. Y es así como, a lo largo de todas las historias personales que componen estas comunidades desarraigadas de sus territorios ancestrales, se percibe la intranquila desazón de no saber exactamente a qué tierra se pertenece, porque el mandato irracional sigue vigente. En el caso de nosotros, los hijos y nietos de alemanes, se sumaba otra pesada carga a la transmisión de cultura europea y sus mandatos: la dictadura nacionalsocialista y el holocausto. En Europa, donde sucedieron las cosas, las heridas sangraban, cicatrizaban y se volvían a abrir. Acá, no había heridas, o si las había, eran solo "intelectuales". Desde el viejo continente, sin embargo, los que llegaron con un pasado envuelto en un pesado manto de deliberado olvido e inmersos en un confuso caos de papeles fraguados y falsos nombres, que se perdían en la nueva geografía europea que surgía sobre regiones y países ya casi irreconocibles, las trajeron.

No soy un especialista en estos temas, pero después de analizar con cierta profundidad uno de los libros de historia de una importante editorial alemana, que utilizábamos en los años 60 en la escuela alemana, creo que tampoco allí el tema había cobrado en esos años la importancia que tendría en las décadas siguientes. De acuerdo a los historiadores, la revisión de aquel pasado comenzó recién a fines de la década del 60, cuando una nueva generación alemana pidió explicaciones a sus padres.

Una revisión somera de conceptos como "Guerra Mundial" ("Weltkrieg"), "Judío" o "cultura judía" ("Jude" o "Judentum") o "Genocidio" y "Holocausto" ("Genozid", "Holocaust") y su contenido en la enciclopedias alemanas a lo largo del siglo XX, es sin duda revelador de los cambios ocurridos en Alemania en cuanto a la percepción, el análisis y la interpretación de los hechos vinculados a la Segunda Guerra Mundial. El "Herders Zeitlexikon", editado en dos tomos en Friburgo en el año 1922, es un verdadero compendio de arquetipos racistas y prejuicios antisemitas cuando se trata de definir o explicar a la cultura judía en Europa y un preciso catálogo del cual se nutrirá la derecha xenófoba. "Una inmigración de judíos del este debe impedirse a toda costa, no por ser judíos, sino porque esos elementos son instigadores de revueltas y quieren explotar al pueblo alemán." "El estado debe proteger al pueblo de las influencias disociadoras del desarraigado judaísmo internacional." ("Eine vermehrte Einwanderung der Ostjuden sollte aber verhindert werden, nicht weil es sich um Juden handelt, sondern weil diese Elemente nur auf Unruhestiftung und auf Ausbeutung des deutschen Volkes ausgehen. Vor allem aber ist es die Pflicht des Staates, Seine Bürger gegen die demoralisierenden Einflüsse des entwurzelten Judentums zu schützen"). No hay dudas de que se trata de las semillas del genocidio por venir. En la edición del año 1931 del "Grosser Brockhaus", el universo de la cultura judía, que sin lugar a dudas ocupaba un lugar prominente en Alemania, se analiza en profundidad y con profusión de fotos y comentarios enriquecedores y, paradójicamente, sin los prejuicios de la enciclopedia "Herder" del año 1922. El concepto "Campo de concentración" (Konzentrationslager") aparece, pero con una mención insignificante y vinculado a los campos de prisioneros de guerra en las

colonias de África o Asia. Lamentablemente, no obra en mi poder ninguna enciclopedia de los últimos años de la década del '30. En la edición del año 1950 ya se habla del genocidio del pueblo judío y los campos de concentración y la política racial de los nacionalsocialistas. En la edición del año 1970 y a diferencia del manual de historia utilizado por la escuela alemana de Bariloche en la década del 60, la información es completa y profusa. El destino de los judíos europeos ocupa lugares destacados bajo los conceptos de "Antisemitismo", "Campos de concentración", "Nacionalsocialismo" o incluso bajo subtítulos como "Los judíos europeos después de 1933". Evidentemente, una gran parte de los alemanes estaban comprometidos con la construcción de una historia responsable bajo el análisis de evidencias históricas irrefutables. En Bariloche, la selección del material didáctico utilizado en la escuela daba indicios ciertos de que no se adscribía a esa visión histórica de los hechos, algo que tendría consecuencias futuras indudables sobre los protagonistas de esta historia. Me estoy refiriendo a la serie "Historia Viviente" ("Lebendige Geschichte"), manual de historia cuyo nombre, a juzgar por la forma en que la aborda, está en abierta contradicción con su contenido. El subtítulo es revelador: "Cuadernos de trabajo sobre el hogar ("Heimat"), la tierra de tus padres ("Vaterland") y el mundo ("Welt"), a lo largo de los siglos". En realidad, aquel título, con una intención no tan inocente, insinuaba que mi patria estaba en Europa y que la historia debía verse desde esa óptica. Parecían ser lecciones de historia alemana destinadas a los alemanes étnicos de otro tiempo, es decir, a la diáspora de la "Comunidad del pueblo" ("Volksgemeinschaft"). Al igual que su complemento de geografía de la misma serie, "Kleine Deutschlandkunde von Hans Mann", cuya tapa muestra todavía un mapa de lo que alguna vez fue la "Gran Alemania", incluyendo a Prusia y otros territorios ya vacíos de alemanes y cedidos después de la II Guerra a los vencedores, ambos libros expresaban seguramente las visiones históricas de muchos de los descendientes de alemanes de mi pueblo y de los alemanes que habían llegado después.

Alemania. Década del 60, Ilusión y realidad.

Porque los mapas no son, como lo es el de la tapa de aquel libro, solo mudos e ingenuos trazados de fronteras sobre un papel, sino parte de una visión política que perdura con el tiempo en la mente de sus contemporáneos, a pesar de que la realidad ya no coincida con ellos. En Europa, el tema es aún más complejo que en nuestro continente. Al igual que con los conceptos de las enciclopedias, he hecho un pequeño relevamiento de la representación de Alemania en mapas posteriores a la II Guerra Mundial y los resultados son sin duda interesantes. Hasta el tratado firmado entre Polonia y la República Federal de Alemania en Varsovia en diciembre de 1970, la mayoría de los Atlas alemanes incluyen los territorios perdidos del este como propios, pero bajo el concepto de "bajo administración polaca o rusa". A la firma del tratado que cedía los territorios perdidos a Polonia, el porcentaje de los que abrigaban la ilusión de que la frontera de los ríos Oder y Neisse podría todavía negociarse, era todavía mayor al 50%. Estas cifras reveladoras y el activismo de numerosas asociaciones de desplazados en Alemania y en el exterior mantuvo viva la llama de la esperanza de las fronteras de "la gran Alemania" hasta la década del '70, algo que también se sintió entre la comunidad de habla alemana de la Argentina. Para los libros de geografía

argentinos de la década del ‘50, en cambio, ya todo es claramente territorio polaco o ruso. ¿Acaso había dos formas de ver la realidad para los alumnos de origen alemán de las escuelas alemanas en Argentina? Otro caso particular es el de los mapas de la “Gran Alemania” (“Grossdeutschland”) que cuelgan en clubes, escuelas y organizaciones del vecino país de Chile. Muestran la procedencia histórica de los inmigrantes desde mediados del siglo XIX. Si con la misma intención reemplazáramos hoy en día ese mapa por uno de la Europa Moderna, la mitad de los colonos ya no serían alemanes. Considerando la singular mentalidad de la comunidad de mi pueblo, no hay ninguna duda de que aquel antiguo mapa en la tapa de un libro de historia de la década del ‘60, cumplía otra función: era la oculta expresión de deseos de los perdedores. Títulos y textos en su interior también dejaban traslucir la frustración de la nueva partición de Alemania después de 1945, al llamar “tierra ancestral alemana” a los territorios cedidos definitivamente a Rusia y Polonia. En el libro en cuestión, las regiones de Prusia oriental y las planicies del Báltico todavía son descriptas como parte de la geografía de Alemania. Hasta los nombres alemanes de las ciudades, que ya habían desaparecido en el mundo real, todavía figuraban en aquel libro. Ante tantos cambios ocurridos en las últimas décadas en el mundo, es casi imposible imaginarse, hoy, lo que pasaba por la cabeza de un alumno argentino de habla alemana en aquellos tiempos, frente a un texto de esas características. Una vez arrojado al mundo real, se encontraría primero con el nuevo muro ideológico que separaba a las dos Alemanias y luego con la irreducible frontera polaca. El mapa que había creado en su mente en las aulas de aquella pequeña escuela de pueblo no encontraría un correlato cierto en la geografía verdadera. Debo reconocer que, tal vez por influencia de aquella educación, por muchos años perduraron en mi mente ambos mapas, el “ancestral” y el de la Alemania real partida en dos que veíamos en revistas de actualidad, en la televisión y en otros libros que pasaban por nuestras manos. Por cierto que la gente y los paisajes de esta isla europea ayudaban a mantener, en nosotros, un vínculo emocional con aquellas otras tierras y su historia en la forma más inusitada. Evidentemente, el libro en cuestión tampoco ayudaba a crear una actitud crítica entre los alumnos frente a los nuevos escenarios mundiales,

proyectando, sobre ellos, la expresión de deseo de las familias de los nostálgicos. En la actualidad, es casi imposible confrontar a la juventud con textos de similares características y de la misma manera. El lazo atávico se ha roto y el vínculo afectivo hacia una tierra que los abuelos y bisabuelos dejaron hace mucho tiempo se ha desvanecido o ha cambiado de carácter. Incluso el concepto tan alemán de "Vaterland", país de los ancestros, con el cual designábamos a Alemania en aquellos años, es hoy prácticamente inaplicable para nosotros. Un largo y complejo proceso de cambio global ha transformado al país idealizado, del cual llegaron los abuelos, en un lugar más real: la Alemania contemporánea. Pero en aquellos años, en Bariloche, las sombras del pasado, la resistencia a la reflexión responsable sobre la guerra y la negación de los crímenes ocurridos, junto con la persistencia de fragmentos de la ideología romántica y ancestral que subyacía al régimen, prolongaron la ilusión de que nada había cambiado y de que todos éramos, todavía, parte de la "comunidad de pueblo" de esa otra "Gran Alemania".

Los libros de texto como el mencionado no hacían otra cosa que ayudar a que todo quedara igual y que los verdaderos procesos económicos y sociales de la historia quedaran ocultos para las nuevas generaciones de alumnos. Los capítulos que versan sobre la segunda gran guerra europea del siglo XX hablan con tibieza de sus causas y hay constantes menciones a la tragedia de los alemanes desplazados del este a causa del diseño posterior a la Segunda Guerra Mundial del mapa europeo. No hablan del proyecto anterior, planificado originalmente por los geopolíticos del Tercer Reich Alemán como "un nuevo orden de las relaciones etnográficas", y que al decir del editorial del año 1942 de una revista publicada en Argentina para la población de habla alemana de nuestro país, era "una lucha titánica en pos de la libertad y el reordenamiento de los espacios vitales de los pueblos europeos". De los detalles al parecer insignificantes, de cartas, postales recibidas y fotografías que obran en mi poder, se deduce la filosofía general, bajo la cual transcurrió la vida cotidiana de los alemanes en aquellos años y bajo la cual la sucesión de hechos vinculados a la expansión alemana hacia el este parecía corresponder al inevitable curso de un destino manifiesto.

Postal de época, Checoslovaquia, 1939.

Una postal de Checoslovaquia, fechada el 18 de marzo del año 1939 y destinada a familiares de uno de mis cuñados en Quilmes, lleva un sello revelador que dice: “15 de Marzo 1939 – La Patria está libre” (“Die Heimat ist frei”). La estampilla es todavía checoslovaca y en el texto los parientes europeos expresan su alegría de que ya son parte de la hermandad del pueblo del “Reich”. Tal era su entusiasmo, que parecían no tener clara conciencia de que su “liberación” significaba la opresión de otros. Pueblos en busca de su identidad y que, sacudidos por sucesivas invasiones de todo signo, perderían, al final del recorrido, como les sucedió a los “Alemanes de los Sudetes”, patria y hogar. Casi podríamos decir que estaban todos inmersos en un evidente clima de mesianismo político. Libros como *Der Sieg im Osten* (*La victoria en el Este*), del año 1940, que abunda en bibliotecas de argentinos de origen alemán, para algunos ya son piezas de museo, para otros, confirmación de sus convicciones: “El soldado alemán se ha vuelto a colocar su corona de laurel que le había sido robada subrepticiamente en el año 1918”. El espacio “vital”, sin duda, se estaba reordenando y finalmente se reordenó de una forma distinta a la imaginada por los autores del editorial de aquella revista argentina del año 1942. Los parientes europeos que escribieron aquella postal perdieron a su patria para siempre, ante el fatídico transcurrir de los acontecimientos; y los generales prusianos que invadieron Polonia en septiembre de 1939, propensos a precoces declamaciones heroicas y a cerrar sus ojos ante los crímenes de “las tropas

especiales" que les seguían sus pasos, parte de la suya. El espacio que reordenaron por los vencedores, de una forma que tampoco se vislumbraba como definitiva, algo común en la historia europea desde tiempos inmemoriales.

Pero lo más revelador en el contenido de este libro, es la ausencia del Holocausto. Ni uno solo de los campos de concentración es nombrado. Sólo al pie de una de las páginas que trata la Segunda Guerra con el poco comprometido título de "La joven república se rinde ante la dictadura", se lee: "La cifra de los judíos en Alemania: 1933: 503.000; 1939: 214.000; 1941: 169.000; 1942: 132.000; 1943: 32.000; 1944: 15.000". Y a continuación, con un visible dejo optimista dice: "A principios de 1963 ya eran nuevamente 30.000", como si hubieran regresado de algún lugar en que permanecieron ocultos en todos esos años o como si con solo esperar unos años más, volverían a ser los 503.000 del principio. Propone luego un trabajo para la clase: "Dentro de tus posibilidades, investiga el destino de las familias judías de tu región", una tarea que para los alumnos de las escuelas alemanas de Argentina, no era posible o si se hiciera no mostraría muchos cambios en el vecindario, a excepción de una comunidad de judíos crecida. En la página siguiente y también como nota de pie de página se lee: "millones son las víctimas de la persecución a lo judíos por el Tercer Reich y más de 12.8 millones de Marcos ha pagado la República Federal como compensación a las victimas hasta el año 1960, de lo cual una gran parte ha ido a Israel. En el año 1961-63 se le agregaron 9.5 millones. ¿Es plata la única compensación posible? ¿Qué otra cosa podemos hacer?". Esto es todo lo que se dice sobre el tema. En la Argentina hay muchas cosas que la comunidad de habla alemana podría haber hecho al respecto ¿o acaso las víctimas del Holocausto no vivían en los mismos barrios? El libro era parte de la literatura oficial enviada desde Alemania para el aprendizaje de su historia y los docentes enviados por la República Federal lo utilizaban. El texto era sin duda ideal para los alemanes de mi pueblo, ideal y muy conveniente. Tal cual comentara el Dr. Schad en una entrevista televisiva, se podía seguir de esta forma enseñando un cierto tipo de historia, sin necesidad de entrar en conflicto con las visiones que podían llegar a tener las diferentes familias de habla

alemana de la ciudad, que en ese entonces todavía representaba un importante porcentaje dentro del alumnado de la escuela. Con ese pié de página no era necesario detenerse en el estudio de los campos de exterminio. “No es tema” seguirían repitiendo muchos años después, algunos de los integrantes de la comunidad alemana local educados en esa filosofía y vinculados a la educación de las nuevas generaciones. ¿No es tema? Los responsables de la institución y sus docentes, junto a los padres y sus hijos, rehuyen de esa forma, sus responsabilidades sociales frente a la transmisión cierta del conocimiento histórico, agregando otro tema más, a los tantos temas no resueltos que una gran parte de la comunidad de habla alemana de Argentina, ha acumulado con los años. No haber asumido esa responsabilidad, aportó seguramente algo a la cuota de indiferencia que como ciudadanos iríamos a mostrar en el futuro, frente a los hechos similares que ocurrirían en nuestro propio país, en los años que luego llamaríamos “de plomo”. Por otro lado, el análisis de este texto no deja de ser una contribución a una de las tantas líneas de discusión que ya plantearan Esteban Buch en su libro “El pintor de la Suiza Argentina”, Cecile Patingre y Graciela Barrault en su documental del año 1988, “Misieur Priebke” y Carlos Echeverría en su documental “Pacto de Silencio”. Aportes que buscaron expresar la forma en que la comunidad en la cual vivo, fue construyendo su precaria percepción de los sucesos europeos del siglo XX, retrasando así por años el debate necesario.

En el año 1969, la comunidad de habla alemana y la “Asociación Cultural” vivieron una de sus crisis mas profundas, un hecho que se repetiría en el futuro y del cual no son ajenas las divisiones ideológicas en su seno. Aquel conflicto fue calificado por el entonces director de la Academia de idiomas, el Dr. Werner Schad, como una reyerta entre “nacionalistas” y “liberales” y algo de este clima enrarecido, en que se vio envuelta una gran parte de la comunidad, se insinúa en unas frases del libro que el esloveno Vojko Arko escribió sobre O. Meiling en 1991. Allí curiosamente hace referencia, en su estilo tan medido al tratar temas políticos, a un grupo de habla alemana que ya en el año 1965 pujaba por imponer sus puntos de vista en el seno del Club Andino calificándolos como “disidentes que hacían gala de sus sentimientos nacionalistas”. Sin

embargo, la lectura atenta de actas, escritos, panfletos y extensa documentación de aquella época, dan la pauta del clima de abierta confrontación que existió entre los integrantes de la comunidad de habla alemana en aquellos años. En la década del 90, cuando la comunidad fue sacudida nuevamente por las implicancias políticas del caso "Priebke", un vecino de origen inglés de la ciudad, respondió a la pregunta de un periodista sobre la posible existencia de relaciones conflictivas entre los habitantes del lugar y los descendientes de alemanes, con el acertado comentario de que los verdaderos conflictos había que buscarlos en el interior de la propia comunidad alemana.

CALIDOSCOPIO

Integrantes comunidad alemana de Bariloche, Campo de las Margaritas, 1969. Familias Baumeister, Von Knüpfer, Kamerer, Welleschick, Naumann, Tutzauer, Groth, Perner, Maahs, Schulz, Pfister, Von Lücken y otros. En el extremo derecho, el profesor Dieter Schneider. La diversidad oculta detrás de la apariencia uniforme. Archivo personal.

Pero, para hablar con claridad, debo decir que la época de oro de la inmigración europea de la post-guerra ya había pasado cuando yo comencé a tomar conciencia de algunas diferencias que había entre aquellos que rodeaban a mis padres. Una carta que recibí en el año 2007, escrita por uno de los testigos de aquella época, revela detalles interesantes de la multifacética comunidad de origen alemán del Nahuel

Huapi en los años ‘50. Los inmigrantes, a juzgar por esa carta, parecían ser una muestra de las más variadas ideologías y filosofías que produjo la historia alemana de los siglos XIX y XX. Para empezar, estaban los de antes, que remontaban sus orígenes a la inmigración alemana al sur de Chile del siglo XIX y que, luego, cuando la tierra se acabó, cruzaron los Andes en esta dirección. Con el tiempo y por varias razones, la filosofía liberal inicial de sus líderes, como fue el caso de Karl Anwandter, que antes de emprender la colonización chilena, solicitaba libertad política y de culto al país que les abría sus puertas, fue sin lugar a dudas, volviéndose más conservadora. Muchos de ellos, luego de años de residencia en Chile, recordaban solamente los ducados o principados de un país anterior a la unificación que promoviera el canciller Otto Von Bismarck, artífice de la creación del II Imperio. En el sur de Chile, basta visitar los clubes alemanes de las pequeñas ciudades o algunas de las casas de familia para descubrir los íconos simbólicos de esta antigua Alemania en todos los rincones de las casas. El tiempo político europeo, en esos lugares, parece haberse detenido hace mucho tiempo. Allí, donde la migración es más antigua, aún hoy es común encontrarse con un enorme retrato de Bismarck, el canciller de hierro, que nos saluda desde algún rincón de la casa. Aquel infatigable viajero, el ex presidente norteamericano Theodore Roosevelt, al visitar la remota escuela alemana de Bariloche en 1913, también se sorprendió de ver allí colgados el retrato del emperador Guillermo II junto al de Martín Lutero. Todavía hoy, cuando nos tropezamos con alguna biblioteca de libros en alemán, donada por nietos que ya dejaron de hablar la lengua de sus antepasados y cuyos libros se volvieron indescifrables para ellos, nunca falta, como un claro indicio de la época en que esta familia dejó Alemania, una edición en tres tomos y en letra gótica de las memorias del legendario canciller, verdadero padre fundador de aquella lejana patria.

A principios del siglo XX vinieron los otros, como mi abuelo paterno, y luego, una vez finalizada la Primera Gran Guerra, los que dejaron la patria desangrada y derrotada. En los años 50 todos ellos, según este testigo presencial, todavía soñaban con la Alemania Imperial de Guillermo II. Esta nostalgia y admiración de aquellos alemanes por aquel

mundo idealizado y cargado de nacionalismo y pompa imperial, que había dejado de existir con la gran guerra, también atrapó en ese tiempo a habitantes de otras extracciones y de otras latitudes, que no podían imaginar a alemanes democráticos y sin emperador. Esto queda reflejado en nuestra literatura, en el prólogo que da comienzo a las "Aguafuertes porteñas", escritas entre 1928 y 1935 por el escritor Roberto Arlt y que lleva el título de "Yo no tengo la culpa". Si bien el título es una ironía sobre las consecuencias de llevar un apellido con una sola vocal y tres consonantes, también puede vincularse sin ninguna duda al tema al cual nos estamos refiriendo. En el relato, cuando al reconocerse al autor como descendiente de prusianos, una directora de escuela de Buenos Aires le confiesa que ella también admira al emperador, como si la asociación entre alemanes e imperio fuera siempre una asociación política inevitable. Demás está decir que, en la época en que transcurre la anécdota, el emperador se encontraba en el exilio desde hacía años y Alemania era una república. Por otro lado, que el título casualmente se refiera a la culpa, es una coincidencia que no está en relación con lo tratado en este libro, a pesar de que, a lo largo de los años, se me ha acusado de que esa es la razón por la cual escribo. Entre los llegados años después de terminada la Primera Gran Guerra, también estaban los que vivieron la gran crisis del año 29 y los últimos días de la República de Weimar, el primer fallido proyecto democrático del país en el siglo XX. En realidad y exceptuando a los alemanes democráticos y la casi totalidad de los judíos alemanes, la mayoría de los integrantes de esa primera gran ola de inmigración, que comenzó a mediados del siglo XIX y finalizó a fines de la década del 30 del siglo XX, cultivaba una clara postura monárquica, pensamiento que en su esencia no reconocía la soberanía popular, algo que, en su sentido más autocrático, posibilitó en el futuro una clara alineación con la filosofía del líder del nacionalsocialismo. Lo increíble de estos emigrados a la Argentina es el hecho de que pudieron, a lo largo de tantas décadas, mantener, en términos políticos y en cuanto a la herencia cultural alemana, un pensamiento monárquico esencialmente antidemocrático, mientras que su vida cotidiana y la de sus hijos ya transcurría en un entorno abiertamente republicano. Incluso hoy en día, en muchos casos, no es fácil saber exactamente qué lugar ocupa en su mente el país imaginado y qué

lugar el real y, por consiguiente, en cuál de ambos viven en verdad. Conversaciones casuales delatan rápidamente la confusión política en la cual están inmersos, delatando la razón por la cual el país en el que viven junto a su gente no termina nunca de convertirse en su patria o, en su defecto, en un lugar de fuerte pertenencia. En ese entonces, las viejas generaciones seguramente mantenían reservada, en algún lugar de su alma, una cuota de ancestral veneración por la antigua soberanía que desciende de algún lugar celeste y da poder a los reyes o a líderes de dudoso historial, para el momento en que pensaban en alemán. Para los más jóvenes no fue muy difícil reemplazar al ansiado emperador de sus padres por el nuevo líder del movimiento nacionalsocialista, el que con el tiempo fue casi venerado como un nuevo Mesías de una arcaica mitología, cuya misión, al decir de un conocido historiador alemán, no fue ya "la ansiada restauración de los conservadores" sino la realización de "ancestrales, novedosos y salvajes sueños racistas"("völkische Gruppen deren Ziel nicht Restauration war, wie das der Konservativen, sondern die Erfüllung uralter oder ganz neuer, fremder, wilder Reichs und Rassenträume"). Sin embargo, sus hijos, sentados en aulas argentinas, aprendían en base a la constitución liberal de 1853, mucho más antigua que la de la nación alemana, cómo el poder político se construye, en democracia, en base a la soberanía popular. A pesar de todo lo mencionado anteriormente, no debemos olvidar, sin embargo, que también fueron alemanes los que, a comienzos de la década del 80 del siglo XIX, en la cervecería Bieckert del Paseo de Julio de la ciudad de Buenos Aires, fundaron la primera organización obrera socialista en nuestro país, el "Verein Vorwärts"; y que también en años previos a la II Guerra, un sector minoritario de los alemanes y sus descendientes, junto con un grupo de judíos alemanes generaron alrededor del diario "Argentinisches Tageblatt" y la escuela "Pestalozzi", un ámbito de discusión democrático en un verdadero mar de oposición nacionalsocialista. Con respecto a este tema, vale la pena leer el detallado libro de Hermann Schnorbach: *Für ein anderes Deutschland. Die Pestalozzischule in Buenos Aires (1934-1958),* editado en el año 2005 en Buenos Aires por la Asociación Cultural Pestalozzi. Este movimiento, que se generó en la ciudad de Buenos Aires y que, como indica el libro, llevaba el acertado nombre de "Das Andere

Deutschland" ("La otra Alemania") es todavía hoy poco conocido en nuestro país, porque el nacionalismo exasperado de gran parte de la comunidad alemana local, antisemita y cargado de irracionales sentimientos ancestrales, finalmente ganó en aquellos años la partida.

Dentro de esta primera ola de inmigración, en la segunda década del siglo XIX, también llegó Otto Meiling, fundador del Club Andino Bariloche y que cobró una cierta notoriedad política después del documental de Carlos Echeverría y las fotos que lo muestran, junto a una gran parte de la comunidad de habla alemana, como activo simpatizante del nacionalsocialismo. Sin embargo Meiling, como muchos otros que habían abandonado Alemania en los años de la hiperinflación, no participó del advenimiento del movimiento nacionalsocialista en Alemania ni de la Segunda Guerra Mundial. A juzgar por los documentos de época, no hay duda de que desde la lejanía simpatizó con sus ideales, pero su vida transcurrió entre los salvajes e inexplorados paisajes patagónicos, como si hubiera buscado aquí lo que no pudo encontrar en Europa o lo que, como tantos otros, perdió allí en su temprana juventud. En el increíble calidoscopio que componía la comunidad de habla alemana de mi pueblo, también había marineros sobrevivientes del acorazado de bolsillo Graff Spee, hundido en el Río de La Plata a principios de la II Guerra, y que comenzaron aquí una nueva vida.

Después de la II Guerra, llegaron los otros, mezclados entre austriacos, eslovenos, croatas, polacos, rusos e italianos, aquellos a los que, en la Argentina, según las palabras de Jorge Priebke, "se les ofrecía una patria sin el pasado ("Eine Heimat ohne Vergangenheit")". Todos, con las cicatrices de la "guerra civil ideológica" a cuestas. Batallas y crímenes, con sus muertos y tullidos, quedaron en Europa. La mayoría llegó con un gran deseo de olvidar. Reconstruyeron aquí sus vidas, agobiados por recuerdos que, en algunos casos, no los dejarían en paz. Difícil fue, para los que ya estaban aquí y para los que nacimos en la aldea, imaginarnos cómo influyeron sobre sus vidas los años pasados en el infierno de aquella guerra lejana. Sin embargo, algunos no quisieron olvidar y con su pesada carga de nostalgia ideológica a cuestas influyeron con su accionar, como escribe el investigador Michael Frank, para que las simpatías que la

comunidad de habla alemana de Argentina había mostrado con el régimen se mantuvieran vivas unos cuantos años más y no murieran, de una tranquila muerte natural. En diarios, clubes y escuelas, su influencia hizo que poco se hablara de los crímenes cometidos y que se creara, además, un clima bastante hostil hacia cualquiera que lo quisiera hacer, algo que no ha cambiado hasta la actualidad. Recrearon entre muchos de ellos un microclima de antisemitismo y nacionalsocialismo anacrónico, que pareciera continuar con las nuevas generaciones cerrando las puertas a la filosofía de la integración con que se construyó este país.

LAS BIBLIOTECAS FAMILIARES

Los inmigrantes también trajeron sus libros y revisar las bibliotecas de los primeros tiempos es encontrarse con una literatura que abarca memorias de personajes políticos de la época, superficiales novelas sentimentales, colecciones de poetas románticos, obras seleccionadas de caricaturistas de la era de Weimar y algunos volúmenes de autores clásicos como Schiller o Goethe. Son retazos de la cultura burguesa europea que hunde sus raíces en el siglo XIX y que en la nueva tierra no

se actualizó, quedando ese otro país sólo en la memoria. Lejos de casa, en una tierra distante y en una época de comunicaciones lentas, conservaron los fragmentos que de ese mundo trajeron y fueron envejeciendo con ellos, mientras que la patria lejana y el mundo alrededor de ellos no dejaban de cambiar. Analizar las bibliotecas de los que llegaron después de la II Guerra es una actividad más interesante, porque las comunicaciones se habían acelerado y los libros siguieron llegando año tras año. En los últimos tiempos, por el azar de la vida, pude acceder a varias de las bibliotecas familiares de estos náufragos europeos y puedo afirmar con causa que todas ellas reflejaban las predilecciones ideológicas de sus dueños. En muchas, como primer indicio, escasean los autores de origen judío, que en la literatura alemana ocupan, en realidad, un lugar bastante prominente. Casi todas incluyen libros de clara filiación nacionalista y un volumen de *Mi lucha*. Sin embargo, hay algunas excepciones. En una de ellas, que llegó a mis manos hace menos de un año, pude encontrar algunos libros, desconocidos por mí, que delataban claras posturas críticas al régimen: *Ejército esposado* (*Herr in Fesseln*), de Siegfried Westphal, un relato sobre las profundas presiones que sufrió el ejército alemán por parte de las SS durante la guerra; *De la otra Alemania* (*Vom andern Deutschland*), de Ulrich von Hassell, los diarios de un miembro de la resistencia alemana ejecutado en 1944 y *El Estado SS - El sistema de los campos de concentración alemanes* (*Der SS Staat - Das System der deutschen Konzentrationslager*), de Eugen Kogon. Aquella biblioteca familiar era mucho más extensa y abarcaba todo tipo de temas, pero estos pocos libros eran una clara evidencia de que la mirada del dueño había trascendido las limitaciones ideológicas de los que lo rodeaban o no las compartía. Las casas de los emigrados y sus libros son, sin duda, un verdadero museo de las ideologías y las actitudes que profesaban sus dueños, frente a la larga y sangrienta guerra ideológica que los tuvo a todos como protagonistas. Manuscritos personales hay pocos, pero no hay duda de que algunos de los que pude leer aportan a la comprensión del calidoscopio de las múltiples experiencias de los exilados de la guerra de mi pueblo. Uno de ellos describe la situación de Prusia oriental en los últimos tiempos de la guerra, antes de la huida final: "…a través de ellos supimos del avance de la soldadesca rusa, cuáles eran

los pueblos ya caídos en sus manos y cómo habían sido saqueados con la voracidad de terribles langostas. Nos contaban de las violaciones de niñas y jovencitas, junto a toda clase de crueldades. Contó además que en los trenes morían niños aplastados o por causa de frío, sepultándose diariamente en Lauenburg más de 50 cadáveres infantiles, extraídos de los vagones hacinados. Sólo existían miedo, dolor, desamparo y muerte. En poco tiempo nosotros también éramos fugitivos de la Prusia Oriental". En otro, los recuerdos del frente fluctúan entre descripciones de belleza espectral y recuerdos del horror cotidiano. "Éramos la unidad más alejada de Alemania y 4 meses estuvimos allí entre el barro, las ratas y las pulgas. Alrededor nuestro la estepa era absolutamente plana y cubierta de escaso pasto pero delante de nosotros, a sólo 50 kilómetros, se levantaba una inmensa pared cubierta de bosques y glaciares. Era la cordillera del Cáucaso cuyo pico principal era el Erebus de 6000 metros de altura. Yo estaba fascinado y nunca me voy a olvidar cuando desde mi trinchera en las noches de luna se la veía a la distancia. Ni pensar en escalarla. Era la guerra y sólo si sobrevivíamos íbamos a pensar en el futuro. (…) Ese mismo día, mucho más al norte, mi hermano Günther recibía un tiro en el estomago. Pudo vivir 5 horas más hasta que murió. Mi madre recibió una linda carta en donde se hablaba de la muerte heroica y de la patria ¡–maldición -!" Sin duda que cada uno tenía su propia historia y también sus opiniones, pero poco fue lo que contaron.

La carta que mencionáramos al comienzo de este capítulo incluye, también, como una instantánea curiosa de esos años y con minucioso detalle, la intención de un grupo de aquellos alemanes recién llegados a este remoto lugar del planeta, de llevar a cabo una acción política audaz pero algo anacrónica. Estos nostálgicos de una causa perdida, para demostrar con quién estaban sus simpatías, propusieron ocupar el predio que el Estado Nacional había devuelto recientemente a la nueva "Asociación Cultural", con las banderas blancas, negras y rojas del antiguo imperio. De acuerdo al cronista, antes de que peligre la segunda fundación de la escuela, gran parte de los habitantes de habla alemana, impulsados por un sano sentido común, rechazaron la propuesta, aceptando, tal vez a regañadientes, que la bandera actual era la negra, roja

y amarilla, con todo lo que eso implicaba. Este incidente no era novedoso en la historia de los alemanes de Argentina. En su libro sobre los alemanes de Argentina y su relación con el nacionalsocialismo, H. Volberg relata un hecho similar acaecido en el año 1922, durante la inauguración del monumento a los caídos en la I Guerra Mundial en el cementerio de la Chacarita de Buenos Aires. Los integrantes de la comunidad de habla alemana de la Argentina en Buenos Aires les habían dicho a los representantes de Alemania que la bandera republicana de color negro, rojo y dorado no era bienvenida en la ceremonia. El representante de Alemania no concurrió, pero envió una corona con un detalle de colores republicanos que frente a los más de 1500 participantes fue arrojada al piso y pisoteada.

LAS BANDERAS

La tricolor alemana flamea durante las revoluciones europeas del año 1948.

En consideración a las anécdotas anteriores, tal vez sería oportuno aclarar aquí que la bandera y sus colores fueron, en Alemania y a lo largo de los siglos XIX y XX, un fiel reflejo de la cambiante situación política. Su accidentada historia complementa lo que hemos dado en llamar el calidoscopio de la comunidad local. Los colores de la bandera tricolor actual, -rojo, negro y dorado-, ya habían sido utilizados durante las

guerras de liberación contra el ejército de ocupación de Napoleón Bonaparte a comienzos del siglo XIX. Fue en el año 1832, en los alrededores del castillo de Hambach, cuando una multitud los utilizó por primera vez en una bandera, reclamando democracia y unión para el pueblo alemán. Dicen que aquella bandera original, con la inscripción tejida a mano de "Deutschlands Wiedergeburt" (Renacimiento alemán), se puede ver todavía en un museo de una localidad cercana. Al igual que la bandera utilizada por el Ejército Libertador de los Andes, expuesta en el edificio de la gobernación de Mendoza y custodiada por granaderos, contiene un claro simbolismo político al representar las reivindicaciones democráticas y populares del siglo XIX. Por ello, también flameó a lo largo de los levantamientos democráticos de marzo del año 1848, quedando grabada en la memoria histórica a través de una famosa litografía de época, que recuerda a la que hiciera el pintor francés Delacroix sobre los levantamientos del 27 de julio de 1930 en París. Flameó luego, en el mismo año, en la primera Asamblea General o Parlamento del pueblo alemán, que se realizó en la "Paulskirche" de Frankfurt. Lo que comenzó con la revolución francesa en el siglo XVIII y que tanto influyó en nuestra propia historia americana, también en Europa se esparció como un reguero de pólvora. La lucha, que a lo largo de todo un siglo se tradujo en levantamientos armados, ejecuciones sumarias y exilios, fue sólo el reflejo de una confrontación de ideas más profunda sobre el gobierno ideal de los pueblos, una lucha que no ha terminado aún. La frase de un testigo de los acontecimientos de 1848 en Europa, que exclamó aterrorizado "Ahora sólo falta la guillotina", refleja anticipadamente los terrores que invadirían a los ciudadanos de la República de Weimar frente al avance de lo que los nacionalistas llamaron la "marea roja". En el siglo XIX, los colores democráticos solo brillaron esporádicamente y no duraron mucho, porque aquellos símbolos de la lucha por los derechos civiles y la democracia fueron reemplazados rápidamente por los colores de aquellos que defendían los viejos valores monárquicos e incluso imperiales, es decir, el viejo orden. Estos colores eran el negro, rojo y blanco y la bandera con estos colores alternó su existencia con la de colores "democráticos". Fue la bandera del II Imperio, que nació en Versalles al finalizar la guerra Franco-Prusiana en

1871. Duró hasta el final de la I Guerra, cuando en el año 1922 fue nuevamente reemplazada por la tricolor original, que flameó hasta el final de la frágil república democrática de Weimar en el año 1933. La marina mantuvo los colores imperiales y en el año 1933 los nacionalsocialistas, en una hábil maniobra para convocar la lealtad de los nostálgicos de la monarquía, volvieron a utilizar la bandera imperial hasta el año 1935. En ese año y a la muerte de Hindenburg, fue reemplazada definitivamente por una bandera roja que llevaba en su interior un círculo blanco con una svástica de color negro, como única bandera del país hasta la hecatombe final del año 1945. Pocos recuerdan hoy las palabras con que Hitler, en el segundo volumen de su libro *Mi Lucha,* del año 1927, describió el significado simbólico de aquella bandera: "Como nacionalsocialistas vemos en nuestra bandera nuestro programa. En el color rojo vemos los pensamientos sociales del movimiento, en el color blanco los nacionalistas, en la svástica la misión de la lucha para el triunfo del hombre ario y también la victoria de la idea del trabajo creativo que siempre fue antisemita y seguirá siendo así". El partido y su ideología totalizadora, en los años que algunos secretamente añoran, se devoraron así los colores de la democracia que habían flameado inicialmente en las barricadas de los revolucionarios. Luego, se devoraron a sus habitantes y al final nadie pudo, como dijo Hannah Arendt, separar la paja del trigo. La bandera roja, color que paradójicamente se vinculaba a todos los partidos que reivindican los derechos de los trabajadores, decorada con su tenebroso símbolo, flameó en Embajadas y escuelas alemanas del mundo en la década del '30 y también lo hizo en la escuela de mi pueblo y en algunas fiestas de familia. Sin embargo, a medida que el régimen nacionalsocialista iba mostrando su rostro más criminal y la svástica se convertía, a lo largo del mundo, en un símbolo aterrador, muchos gobiernos comenzaron a prohibir su exhibición pública y la mayoría de los alemanes de estas latitudes, para los cuales el verdadero país estaba en la memoria, se limitaron a exhibirla sólo en ámbitos privados. El brazo local del partido nacionalsocialista fue prohibido en Argentina el 15 de mayo de 1938, fecha a partir de la cual también las organizaciones alemanas en Argentina comenzaron a utilizar aquella bandera con recelo, ya que incluía el terrible símbolo del partido de la dictadura y era difícil

negar que comenzaba a evocar en la opinión pública un futuro de sombríos presagios. Finalizada la guerra en el año 1945, los fundadores de las nuevas repúblicas recurren, en 1949, nuevamente a los colores de la democracia, que serán hasta la actualidad los de la bandera de Alemania.

Es así cómo las cambiantes banderas alemanas acompañaron, a lo largo de las décadas, la historia de las comunidades alemanas en el extranjero, las cuales no pudieron sustraerse del peso simbólico de sus colores. En la actualidad, la bandera tricolor en un mástil de una escuela, remite a una Alemania democrática muy alejada de aquella otra Alemania de los años oscuros. El memorable registro fotográfico de la antigua escuela alemana de Bariloche del fotógrafo Kaltschmidt, tomada en el año 1935 y en cuyo mástil flamea una bandera con una svástica, publicada en el libro "Bariloche, mi pueblo", editado por la Fundación Antorchas en el año 1989, es, sin duda alguna, un precioso documento de época y un testimonio más de que la comunidad de habla alemana local permanecía fiel al país de sus abuelos. Por otro lado, y dada la simbología que representan sus colores y su cruz ancestral, no deja de despertar, por parte de la comunidad toda, una cierta sospecha sobre las verdaderas lealtades de aquellos alemanes a los valores liberales del país que los cobijó. Sin embargo, a pesar de que muchos de los testimonios de aquellos años atestiguan, por parte de un gran grupo de pobladores del gran lago, claras simpatías nacionalsocialistas, la bandera alemana flameando en aquel mástil junto a la bandera nacional argentina no significa necesariamente que todos los integrantes de aquella comunidad estuvieran alineados con todas las políticas del partido alemán, que destruyendo todo tipo de oposición comenzaba a gobernar a la "Alemania del III Imperio". Lejos estaba esa tierra y, seguramente para muchos, ya envuelta en un manto de olvido y nostalgia. Además, a juzgar por los testimonios orales de los protagonistas, los diarios de la época y algunas publicaciones especializadas, lo que hasta aquí llegaba en información había pasado por las manos de los manipuladores del régimen, que poco dejaban entrever, en esos años, sobre la naturaleza de sus propios crímenes. Lo sucedido en décadas más cercanas, cuando las sombras del nacionalsocialismo volvieron a cubrir a los descendientes de alemanes de mi pueblo y a su

escuela, ya reviste otro carácter. Difícil era entonces negar la dimensión del genocidio e imposible esgrimir los ideales sin tener en cuenta sus terribles consecuencias. Al igual que en la actualidad, sin duda hubo, en aquellos años de pos-guerra, más claroscuros de lo que se supone y también una gran cuota de ignorancia. Algunas organizaciones locales todavía se consideran interlocutores válidos de la cultura alemana, algo que, con el pasar del tiempo, parece comenzar a carecer de sustento. En mi pueblo, la verdadera discusión sobre los alcances de la cultura heredada, la responsabilidad histórica de una comunidad y su pueblo y las reflexiones sobre la verdadera identidad, recién ha comenzado. Frente a la irremediable evidencia histórica, algunos simplemente callan, otros reflejan alguna íntima decepción frente a ideales tan caros y el resto balbucea alguna explicación insuficiente. Mientras la "tricolor" de la democracia, que flameó en las barricadas en el siglo XIX, aspiraba a valores universales, las banderas de los dos imperios pasaron a la historia como íconos del nacionalismo extremo con fuertes connotaciones étnicas que sólo entusiasmaron a los alemanes. Es por ello que, todavía hoy, son los colores preferidos por los activos grupos de derecha en Alemania. Intuyo que los nostálgicos de esta última filosofía política que habitan mi pueblo cultivan, todavía hoy, una cierta aprehensión a la bandera de la República Federal Alemana, como si presintieran que en sus colores se esconde un cierto significado histórico que no comparten. Ansían tal vez los otros colores, con los cuales se sentirían más a gusto. Un claro ejemplo vernáculo y por demás pintoresco al respecto es el caso del héroe aviador Hans Ulrich Rudel, asiduo visitante de la aldea en la década del 50, que, al escalar, en el año 1953, el volcán Llullaillaco en la puna de Atacama, colocó en su cima, junto a una bandera argentina, un banderín negro, blanco y rojo, y escribió luego, en sus memorias, que lo hacía porque "simbolizaban los colores del primer sueño de la unidad alemana en tiempos de Bismarck". Preso de la mitología histórica que creó el régimen y de la cual fue víctima y luego entusiasta promotor, se olvidó de que, en primera instancia, los que aspiraron a la unidad alemana a principios del siglo XIX cultivaron valores más universales, además de exhibir otros colores. Lejos de su casa y del lugar de los hechos y sin información suficiente, el aviador alemán, condecorado con la "Cruz de Caballero con

Hojas de Roble en Oro y Espadas y Diamantes", dejaba, sin embargo, sobre los místicos y ancestrales santuarios incas de aquella solitaria cumbre de los Andes, un recuerdo europeo lleno de complejos significados. Algunas décadas después y como un claro ejemplo del devenir de los tiempos y la de-construcción de los nacionalismos, Reinhold Messner, el alpinista iconoclasta, respondía, a un periodista que preguntaba si había dejado en la cumbre del Monte Everest la bandera del sur de Tirol, que su bandera era su pañuelo. Por cierto que en el caso de nuestro país los colores de la bandera no sufrieron tantos cambios y nunca dejaron de tener, a lo largo de los siglos y a pesar de las más variadas vicisitudes históricas, una íntima relación con valores republicanos y democráticos.

Basándonos en el interesante testimonio de época de aquella carta, podemos concluir que, en Bariloche, en mis años de juventud, se podían intuir las simpatías políticas de los integrantes de la comunidad de habla alemana, escuchándolos hablar, observando sus bibliotecas, hojeando sus álbumes de fotos, averiguando el año de la inmigración y preguntándoles por las generaciones de Argentina que se tenían a cuestas. Hoy, cuando ya todos son argentinos, los mismos temas han mutado por las circunstancias históricas, pero muchas preguntas todavía permanecen sin respuesta. El dilema ahora se plantea entre las concepciones de los alemanes europeos y las de las organizaciones de ese origen, en esta lejana isla. A todos los cubre el manto de la misma identidad, pero las diferencias a veces parecen abismales. Si rasgas la superficie, lo que desde afuera parece tener una uniformidad casi absoluta comienza a develar, en toda su complejidad, heridas que son más profundas de lo que parecen.

LO QUE VA QUEDANDO

Mi familia en Bariloche, 1966.

Mudas e indiferentes descansan las fotos en las casas de las familias de mi pueblo. Cobran vida cuando alguien al azar las descubre y comienza a observarlas con atención. En ese momento evocan recuerdos y entonces, puestas en contexto, enriquecen infinitamente cualquier discusión. Como

suele suceder muchas veces, es el análisis sistemático de imágenes fotográficas en otros ámbitos el que me llevó a prestarles más atención a los álbumes familiares que había en mi casa materna y así descubrir, a través de ellos, los fragmentos perdidos de la historia de mi propia vida y la de mi familia. Todavía hoy, luego de la muerte de mi madre, sigo encontrando en armarios, cómodas y repisas las cajas con los retazos visuales de la vida ida. Pequeños álbumes encintados que describen episodios trascendentes en la vida de las personas retratadas, como nacimientos o casamientos y también viajes. Están los más antiguos, con sus colecciones en blanco y negro de fotos formales de elaborada composición y los más recientes, con imágenes en color más casuales y menos formales. Cartas, recortes de diarios, fotos, anotaciones personales y algunos pocos recuerdos es todo lo que va quedando a medida que los años nos van robando la memoria.

Las fotos ordenadas por mi padre a lo largo de su vida con cierta coherencia, dan indicios claros no sólo de lo que ha pasado sino también de cómo ha querido interpretar lo que ha pasado. En el orden general de las cosas, pareciera que las que describen viajes le dan a la historia familiar su íntima coherencia. Algunos de esos incluso parecieran preceder a decisiones que significaron cambios fundamentales en la vida familiar y ayudan a descubrir, cuando todas las partes del rompecabezas de aquellas vidas pasadas se ordenan en un cuadro definitivo, un significado secreto que escapa a una mirada más superficial. Allí están los viajes de mis abuelos y abuelas abandonando Europa, el viaje de mi padre a Alemania en 1937, el viaje de mi padre con sus amigos a lo largo de una parte del país y con destino final Bariloche en 1946, el viaje definitivo de mis padres desde Buenos Aires al sur, en 1952, el viaje de toda la familia a Europa en 1969 y así sucesivamente. Todos estos registros visuales, vistos ahora a la distancia, son sin duda puntos de inflexión en los destinos de los protagonistas. Por varias razones, las del viaje de mi padre por el país en noviembre de 1946 parecen ocupar en la vida de él un lugar legendario. Con el tiempo, fui descubriendo que las fotos del viaje, todas ellas en blanco y negro y de una composición artística excepcional, estaban repartidas en todos los rincones de nuestra casa paterna. En realidad, el

viaje era una continuación lógica de las excursiones más cortas de comienzos de la década, que mi padre hiciera con sus amigos motociclistas a lo largo de diferentes partes de las provincias de Buenos Aires y Córdoba y Santa Fe. Era como si poco a poco y a medida que fue creciendo la geografía interior del inmenso y vacío país de aquellos años, lo llamara para que cumpliera su destino. El auto, las rutas, los cinco amigos, la llanura, los bosques, las balsas y las solitarias estaciones de servicio del viaje del 46, siempre volvían a aparecer en algún álbum o en alguna caja. Incluso una carta de uno de los integrantes del grupo, Franz Appel, enviada a mi padre en el año 1996, recordaba el viaje a 40 años de transcurrido y adjuntaba una nueva foto del grupo en Mendoza. Pero fue solo hace algunos meses que mi madre me mostró el segundo álbum, el definitivo, uno que nunca había visto antes. Se trataba de una cuidadosa selección de fotos, un verdadero recorrido visual del viaje, ordenadas cronológicamente bajo un nombre en alemán que traducido reza: "Viaje al Oeste – del 1ero al 30 de noviembre de 1946 – Notas de la bitácora del Ford De Luxe 241-348". Toda una definición y un verdadero anticipo familiar de *En el camino,* de Jack Kerouac, que con los años se convertiría en uno de mis libros de cabecera. Casi como un dictado del destino, encontré, en la misma época y en otro armario, otro álbum desconocido, el del viaje organizado por la empresa Siemens que mi padre realizara a Alemania en 1937. Yo sabía del viaje, pero solo había visto unas pocas fotos y mi padre nunca lo mencionó. El año, sin duda, es parte de una década que, para los alemanes y sus descendientes con memoria histórica, no pasa desapercibida. Es tal vez por ello que mi padre pocas veces en su vida habló de él, como si perteneciera a un pasado muy remoto, algún lejano sueño de la juventud, un fragmento de algo que luego estalló en mil pedazos. Además de los álbumes, es decir, de la serie ordenada con un cierto criterio, también abundaban en casa las fotos sueltas, que, repartidas en algunas cajas, habían superado con éxito la prueba del tiempo. Pertenecían al mundo de mis padres y mis abuelos, un mundo con el cual yo todavía tengo una relación. A mis hijos, exceptuando los personajes familiares legendarios como el bisabuelo pastor y su joven y bella mujer, la mayoría de los rostros ya les son ajenos. Con cada nueva generación, otra porción de irrelevantes y mudos registros visuales de una familia, se

hunde en el olvido. Sin embargo, debo decir que, con la ayuda de algunos testigos de la época, siempre existe la posibilidad de algunos rescates memorables. Tal es el caso de la fotografía del grupo familiar del primo de mi madre, que posa frente a un sombrío monumento en Alemania, unos pocos años antes de que comenzara la II Guerra Mundial. La foto es un testimonio familiar de la larga y tenebrosa sombra que el régimen proyectó sobre la vida de una parte de mi familia en esas latitudes. Una primera mirada solo registra tres figuras anónimas que posan para un fotógrafo en otra geografía y en otro tiempo. Mi madre agregó los nombres y describió las relaciones familiares y el grupo comenzó a tomar entonces una cierta consistencia. Al digitalizarla, aparecieron datos más relevantes. Sólo de esta manera se distingue que el brazo levantado del pequeño primo de mi madre es un claro saludo nacionalsocialista y que el monumento a sus espaldas está dedicado a la memoria del mártir nacionalista Albert Leo Schlageter. Además de haber dilucidado, a partir de la foto y de las charlas con mi madre, los trágicos destinos del pequeño grupo, la foto también arroja luz sobre la propaganda y los ritos del régimen. Schlageter fue un nacionalista alemán que, como saboteador durante la ocupación francesa del Ruhr, fue ajusticiado en 1923 por las autoridades francesas, convirtiéndose así, con los años y dentro del intenso culto a los héroes muertos en aras del glorioso destino colectivo del pueblo alemán, en un ícono de la propaganda del régimen nacionalsocialista. Llegó a haber más de cien monumentos a aquel mártir repartidos en todo el país, de los cuales la mayoría desapareció después de la guerra. Es frente a uno de ellos, en lo que parece ser una extensa pradera bajo una colina, que una parte de la familia posa en la foto. Pero el análisis minucioso de la imagen y el significado de esta envejecida fotografía me llevó a otra revelación: Schlageter sigue siendo venerado. Los pocos monumentos que han sobrevivido a la guerra en Alemania atraen, todavía en la actualidad, a grupos de simpatizantes del nacionalsocialismo, que se reúnen clandestinamente cerca de ellos para recordar al héroe saboteador y "primer soldado del III Reich", al que el autor de teatro Hans Johst le hizo decir en una de sus obras**:** "El individuo es solamente un crepúsculo en el total de la Sangre de un Pueblo". La muda foto que por décadas permaneció herrumbrada en una caja en

Bariloche, reveló así, a partir de una exhaustiva investigación y en el contexto de este libro, su íntimo sentido, delatando no sólo el destino de algunos integrantes de mi propia familia en tierras europeas sino también la persistencia en la Europa actual de esos oscuros ideales que hace sólo algunas décadas la hundieron en las sombras. Y es aquí donde debo insistir con la idea de que los acontecimientos se precipitan. Ya han pasado tres años desde que publiqué un libro sobre los habitantes de habla alemana de Bariloche y su escuela. Pretendía ser un ordenamiento cronológico de la institución a la que mi padre, junto a muchos otros miembros de la comunidad de habla alemana, le había dedicado una gran parte de su vida. El libro incluía también algo de información sobre la influencia que la comunidad de habla alemana había tenido en la Patagonia en general. Los comentarios de los lectores fueron medidos. Los descendientes de alemanes, acostumbrados a callar y escribir poco, prefirieron no hablar de él. Además, al ser una comunidad que poco ha reflexionado sobre su relación con el pasado, exceptuando el folklórico, nunca ingresa al debate público y prefiere el silencio, que otorga. Pero hubo otros que sí me hicieron llegar sus críticas. En el libro no se habla de los nacionalsocialistas, como si estos nunca hubieran existido y como si la comunidad alemana de Bariloche no hubiera tenido nada que ver con los acontecimientos europeos y la Segunda Guerra Mundial. Bueno, en realidad, la mayoría no tuvo nada que ver, lo que sucedió en este campo sucedió en Europa, una tierra acostumbrada a la barbarie y a las guerras. Pero lo que sucede aquí, en esta isla distante, es que el mundo siempre nos vuelve a visitar y los que nos han visitado no han sido sólo las víctimas sobrevivientes del horror, sino también algunos ejecutores. Las primeras hablaron poco y los segundos reinventaron su vida en un proceso que la crónica periodística llamó “la segunda vida de...”, como si esta ciudad remota estuviera en un lejano planeta de otra constelación o como si cambiar de sitio te liberara de tus responsabilidades históricas y de tus antiguas torpezas y como si la vida de las personas se pudiera separar en segmentos inconexos en base a las diferentes geografías en que han vivido. Es verdad, de todo esto yo no hablé en mi primer libro. Fue una omisión deliberada porque me había enfocado en otra cosa. Sin embargo, las nuevas vivencias y la nueva documentación que llegó a mis manos

comenzaron a reclamar un lugar. Se agregó a esto mi participación en una larga entrevista de ese documental, tan temido por algunos, que llegó a mi pueblo en el año 2006 y que abrió definitivamente la discusión con respecto a todos estos temas. Las jornadas organizadas por el INADI y el Museo del Holocausto y la proyección del documental "Mujeres de la Shoa", en el mes de octubre del año 2008, también agregaron lo suyo. A mi entender, ya no hay más forma de evitarlo, el tema se instaló y los acontecimientos se precipitan. Mientras tanto, las fotos, junto con otras evidencias, se van acumulando en todos lados. Diarios, revistas, sitios digitales, museos y archivos las van publicando profusamente a lo largo de todo el mundo. Sin mis padres en casa, los libros de nuestra biblioteca, los pequeños altares hogareños que se formaron con los años, las cartas dispersas, las historias que se cuentan y las fotos, son todo lo que ha quedado.

II PARTE

1937

Buenos Aires, oficinas de la empresa Siemens, 1937.

En un reciente artículo del diario Frankfurter Allgemeine (enero 2008) sobre la exposición en la "Casa Alemana de la Emigración" ("Deutsches Auswandererhaus"), en la ciudad alemana de Bremen, y que lleva el título de "Hacia Buenos Aires – emigrados y desplazados alemanes del siglo XX" ("Nach Buenos Aires –Deutsche Auswanderer und Flüchtlinge im 20. Jahrhundert"), la autora sentencia que "Buenos

Aires no fue un destino soñado". Por otro lado, la entrevistada, Catalina Giermann, una argentina de origen alemán y residente actual de Alemania, aclara, en la misma nota periodística, que nunca "volvió" a Alemania, solo emigró al país de sus padres. Evidentemente, ambos comentarios encierran mucho más de lo que sugieren a primera vista. El catálogo de la muestra, con sus descripciones y testimonios, es un amplio recorrido por los claroscuros de la inmigración a nuestro país, al que se le agrega un completo conjunto de testimonios sobre la política y las actitudes enfrentadas entre los miembros de la comunidad de habla alemana frente a los hechos europeos. Esa era, sin duda, la atmósfera que envolvía, en 1937, a la comunidad en la cual se forjaba el destino de mi padre. Con 17 años de edad, viajó en ese año a Alemania en un viaje organizado por la empresa Siemens, la empresa alemana en la que comenzaba a trabajar. En algunas de las fotos que muestran a mi padre y sus colegas en las oficinas de la empresa en Buenos Aires, abundan las svásticas. En los testimonios de algunos de los más de 40.000 inmigrantes alemanes que llegaron a estas tierras en la década del 30 y entre los cuales se encuentran muchos de origen judío y también opositores al nacionalsocialismo, abundan las críticas a la cruz y al régimen que representa. "Destino soñado", "País de adopción", "Tierra de los Padres", "Patria": todos ellos, conceptos que intentaban definir las pertenencias, explicar las emociones y describir las sensaciones encontradas de aquellos que viajaban de un lado a otro en aquellos años. Viajes que no solo se manifestaban en kilómetros recorridos o en océanos surcados, sino también en reflexiones mentales, nostalgia y demás estremecimientos emocionales. El panorama en la Argentina era, en aquellos años y no sólo en el sentido político sino también en el emocional, mucho más complejo de lo que parece a primera vista. Podríamos citar innumerables ejemplos, como el de Tamara Bunke, que cobraría fama como guerrillera y moriría en Bolivia con el Che y que, coincidentemente, el mismo año del viaje de mi padre, nacía en Buenos Aires. Sus padres habían emigrado de Alemania hacia Argentina, escapando del horror, como disidentes políticos. Volverían a Alemania Oriental después de la guerra y su hija ingresaría a la escena política latinoamericana de los 60, gracias a su rica carga de cultura europea y argentina, que fue acumulando con el tiempo. Evidentemente, en aquellos

años, todos estaban viajando hacia algún lado, algunos en una dirección y los demás en otra.

Del viaje de mi padre a Alemania en 1937 queda un álbum con más de 230 registros familiares junto con algunas cartas. A medida que pasan los años, las fotos van adquiriendo una singular relevancia, no sólo como documentos de época, sino también como una clara evidencia de ciertas decisiones personales que mi padre estaba tomando casi inconcientemente en aquellos años y que sin duda definirían su vida futura y la de todos nosotros. Un detallado análisis del mismo nos ayudará a comprender mejor la historia que sigue.

Mildsted, Alemania, 1937. Mi padre con tía y prima.

Toda interpretación de un registro fotográfico familiar es subjetiva y si bien en este caso yo ya desperdicié la oportunidad de interrogar al testigo, bien vale el intento de recuperar su sentido. Para comenzar, cabe

hacer algunas preguntas de rigor: ¿qué hacía un joven de 17 años viajando a Alemania desde la Argentina en el año 1937?, ¿qué sucedía en Alemania en ese año? y, finalmente, ¿qué fue lo que vio mi padre en Alemania ese año? Yo no pude preguntarle, porque todo ese tema, cuando lo abordábamos, despertaba en ambos una cierta tensión. En el caso de mi padre, la causa parecía ser la de un sueño de juventud convertido en pesadilla y, en mi caso, una actitud de crítica implacable. El momento del encuentro no llegó nunca. Pasaron los años y cuando finalmente estuve preparado para escucharlo, había muerto. Sin embargo, tengo las fotos en mis manos e intentaré una interpretación. Las dos primeras preguntas se responden fácilmente en forma entrelazada. Trabajar en una compañía alemana como Siemens Schuckert S.A., en aquellos años, suponía seguramente el pago de algún tributo a los mandatos ideológicos del régimen, ya que así lo muestran muchas de las fotos de otros álbumes. El afán por conquistar las almas y de crear en los jóvenes de origen alemán una identidad que abrevara en la pertenencia global a un mismo pueblo, hacía que jóvenes de todo el mundo viajaran a Alemania para seducirlos con las bondades del nacionalsocialismo. Como escribe un testigo de la época: “En los viajes a Alemania de aquellos años todo se veía con ojos de turista (“Urlaubsaugen”). Uno contaba con muchas ventajas y con pocas desventajas. Además, todo ideal es directamente proporcional a la distancia que lo separa de los hechos”. El álbum es, en este sentido, un documento revelador y seguramente similar a muchos otros de familias argentinas de origen alemán de aquella época. Vestido con ropas de calle y frecuentemente con uniforme de las juventudes hitlerianas, su vida durante el viaje en el barco, en los campamentos de entrenamiento, visitando los parientes del norte del país y en celebraciones políticas de los más diversos tipos, transcurre rodeado de amigos alemanes. Viajaba para conocer la tierra de los abuelos, pero también es evidente que su estadía era parte del adoctrinamiento político. Alemania, en esos años y en las palabras del historiador inglés I. Kershaw, “se encaminaba, bajo el gobierno de un líder que hablaba en tono apocalíptico de poder mundial o destrucción y con un régimen basado en una ideología de odio racial totalmente repulsiva (a un proyecto de dominio mundial en el que) “términos como ‘Lebensraum’ (espacio vital) sirvieron, durante mucho

tiempo, como eslóganes de propaganda y como metáforas ideológicas, antes de aparecer como objetivos concretos y alcanzables." Todavía no se vislumbraba la dimensión que tomaría la conflagración mundial ni la forma y la escala que iba a tomar el exterminio de los judíos europeos y de otros pueblos considerados "desechables". En términos ingenuos, podemos afirmar que, desde los ojos de la comunidad de habla alemana de una tierra lejana como era Argentina, se vivía con entusiasmo el ascenso a potencia mundial de un país que se presumía que lo merecía y que, según esa misma mirada, había sido humillado durante demasiado tiempo. Esto lo puedo afirmar porque viví entre ellos, escuché sus opiniones y pude preguntarles. La mayoría de ellos, a pesar de haber nacido aquí, habían quedado anclados en una especie de limbo, ese lugar que la iglesia católica abolió en su sentido teológico hace solo algunos años. Sin embargo, y en el sentido más mundano, este concepto es el más indicado para describir el lugar mental y emocional en que posiblemente se encontraba una gran parte de los miembros de la comunidad de habla alemana en los años previos a la guerra y a lo largo de ella, y explica, en forma bastante elocuente, su forma de percibir la realidad y entender los eventos políticos que daban sustento a su mundo. Por un lado, estaban todos esos fragmentos de la vieja Europa, con los cuales trataban febrilmente de reconstruir una interpretación histórica, por cierto bastante subjetiva, del mundo del cual provenían sus ancestros y, por el otro, estaban las visiones delirantes del venerado nuevo líder y sus promesas de un resplandeciente futuro. Para colmo, no se encontraban viviendo en su tierra ancestral, sino en una especie de "intemperie" exótica, con una acentuada nostalgia por su lugar de origen, algo que no dejaban de tener en común con muchos otros argentinos. Claro que, en el caso de ellos, se le sumaba la exaltación ideológica de la metrópoli, que convertía la natural nostalgia de los inmigrantes de origen alemán en un componente nada despreciable de una nueva y peligrosa ideología. Si conversar hoy con ellos sobre nuestra tierra es como compartir una constante excursión a los indios Ranqueles, no es difícil imaginar cuáles eran sus convicciones en los años previos a la II Guerra. A pesar de los nacionalismos de diversa índole que florecían en el ambiente vernáculo y las no tan sutiles alianzas que entre ellos y la "Nueva Alemania" tejía la delegación diplomática

alemana en Argentina, en general, la gran mayoría de la comunidad de habla alemana del país parecía separar los tantos. Para muchos de ellos, sin ninguna duda, el verdadero país estaba en otro lado. En Alemania, en esos días oscuros, pasaban otras cosas: el antisemitismo, fomentado por el gobierno, comenzaba a tomar formas extremas. Los asesinatos políticos estaban a la orden del día, se construían los primeros campos de concentración y el rearme proseguía a toda marcha. A todo esto subyacía naturalmente la filosofía ancestral de que todos los alemanes pertenecían a una misma raza o pueblo, el círculo ancestral de la "comunidad del pueblo", la "Volksgemeinschaft". Casi todos ellos y sus descendientes recuerdan el concepto y su densa carga emocional y algunos incluso lo añoran, comentando que fue tal vez la mejor época de sus vidas, mientras que todos sabemos, en cambio, que no lo fue para otros.

Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei

Landesgruppe Argentinien

Buenos Aires, Leandro N. Alem 168, III.

Die weltpolitische Rede des Führers und Reichskanzlers vor dem Deutschen Reichstag

(21. Mai 1935)

(Voller Wortlaut nach dem stenographischen Protokoll)

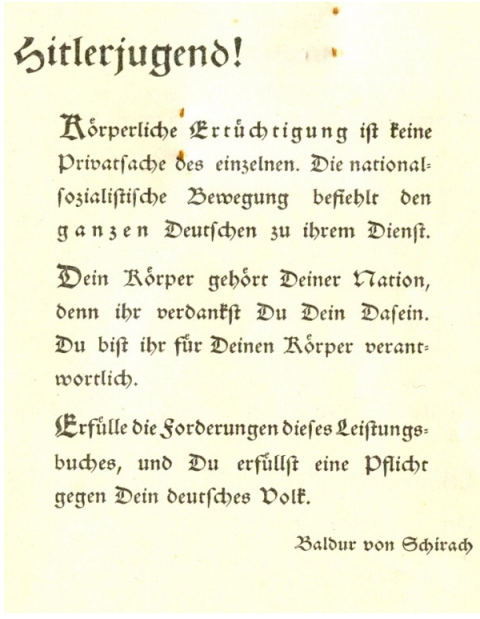
Abgeordnete!

Buenos Aires, "La Plata Zeitung", 21 de Mayo 1935. Discurso de Hitler.

Para la mayoría de ellos fue imposible permanecer indiferente ante frases como las aparecidas debajo del majestuoso retrato de Hitler, en la tapa de la edición del 20 de abril de 1939, fecha del cumpleaños del

Führer, en el diario argentino "Deutsche La Plata Zeitung", que decía: "Un pueblo, un imperio, un líder" ("Ein Volk, ein Reich, ein Führer"); o frente al slogan utilizado comúnmente en los rituales anuales de Nuremberg: "No eres nada, tu pueblo lo es todo". De esa manera, los ideólogos del régimen fueron impregnando con su filosofía totalitaria la cultura y el idioma, simbolizando aquellas frases, en su momento, la esencia misma de aquella filosofía. La "Libreta de logros" ("Leistungsbuch") que mi padre recibió en Alemania a su llegada, en el año 1937, es un documento revelador con respecto a todo este tema. Como parte de la juventud alemana, el partido establecía una serie de actividades con sus respectivas metas que los jóvenes debían realizar a lo largo del año, actividades que, vistas a la distancia y desde una mirada actual, eran una verdadera antesala al entrenamiento militar. Basta con observar las fotos de los desfiles de jóvenes *boy scouts* que se realizaban en aquellos años, regularmente en el barrio de Palermo, para saber de qué estamos hablando. Es, sin embargo, el postulado ideológico de Baldur Von Schirach, que oficia como prólogo a la libreta, que me gustaría citar en este contexto, como un aporte más para entender los postulados con los cuales el régimen intentó robarse el alma de mi padre. "La preparación física no es un tema privado", dice el funcionario y concluye: "el movimiento Nacionalsocialista requiere de la totalidad del alemán. Tu cuerpo pertenece a tu nación, porque a ella le debes tu existencia. Tú eres responsable frente a ella de él. Cumple con las exigencias de esta libreta y cumplirás con tus obligaciones frente al pueblo alemán." ¿A qué pueblo pertenecía mi padre?

Los postulados iniciales, formulados por el que en ese entonces era el líder absoluto de las juventudes hitleristas, seguramente eran luego parte de la "enseñanza de la cosmovisión" ("Weltanschauliche Schulung"), uno de los tantos requisitos del entrenamiento general que establecía aquella libreta. Difícil es saber cómo pudo mi padre, a su regreso, conciliar todas aquellas enseñanzas con su vida cotidiana posterior, en la tierra en la que viviría por el resto de su vida.



Hitlerjugend!

Körperliche Ertüchtigung iſt keine Privatſache des einzelnen. Die nationalſozialiſtiſche Bewegung befiehlt den ganzen Deutſchen zu ihrem Dienſt.

Dein Körper gehört Deiner Nation, denn ihr verdankſt Du Dein Daſein. Du biſt ihr für Deinen Körper verantwortlich.

Erfülle die Forderungen dieſes Leiſtungsbuches, und Du erfüllſt eine Pflicht gegen Dein deutſches Volk.

Baldur von Schirach

Mi padre había nacido en 1920 en el barrio de Flores, un suburbio de Buenos Aires, Argentina. Era porteño. Acá no se hablaba en los mismos términos porque esto, en comparación con los ancestrales nacionalismos europeos, era "un crisol de razas" y había de todo, ya se lo había dicho Emil Tjarks a Hitler personalmente en 1933. Además, en la familia y a juzgar por las fotos que se fueron acumulando, todavía parecían tener un cierto peso las opiniones de los abuelos, que ya llevaban muchos años viviendo en este país bajo la filosofía de la tierra abierta a toda la gente de buena voluntad que quisiera habitarla, exceptuando, claro está, a una parte de los originarios, pero eso ya es otra historia. Sin embargo, y a pesar de toda la multiplicidad de nacionalidades, las fotos del álbum de mi padre revelan que, en su temprana juventud, en la Argentina, lo rodeaba un círculo de amigos estremecedoramente parecidos. Las jóvenes mujeres argentinas de la comunidad alemana, con sus clásicos vestidos y sus trenzas, posando en el Tigre, en Quilmes, en Hurlingham o en Villa Ballester, pueden intercambiarse con las alemanas, como figuritas. Los

jóvenes, también. Ciertas comunidades de origen europeo mantenían aquí sus identidades y se agrupaban en sus propias escuelas y organizaciones sociales y deportivas. Como lo muestra claramente el álbum del 37, la influencia de las mismas era más fuerte durante la juventud, porque afuera esperaba otro país y todos lo sabían. Debido a las vicisitudes políticas de aquellos años, en el caso de la comunidad de habla alemana, tratar el tema de la persistencia de las herencias culturales no es sencillo y se corre el peligro de no distinguir ciertas complejidades, algo que todavía sigue vigente hoy. Los nacionalsocialistas, desde Alemania, apelaban a la unidad del pueblo alemán y a una identidad popular única con la cual aquí se estaba de acuerdo en términos generales, pero esto no significaba que individualmente aprobaran todas las políticas que los líderes nacionalsocialistas estaban llevando a cabo en Alemania. Mucho se ha escrito al respecto y no es necesario profundizar el tema aquí. Pero tal vez debamos volver a aclarar que Argentina no era Alemania y que, si bien la comunidad de habla alemana adhería en términos generales a la filosofía general del movimiento, el país imponía limites precisos a esta minoría de argentinos, entusiasmados con una ideología por cierto bastante extraña a los fundamentos políticos de la tierra en que vivían y nacían sus hijos. A esta juventud, en base al testimonio de muchos contemporáneos, le gustaba participar en las actividades deportivas de los campamentos, que fueron utilizados para su adoctrinamiento por los jerarcas de turno. Estos, además, sabían que la revolución que proponían era parte de un cambio generacional y que a la juventud había que adoctrinarla con juventud ("Jugend soll durch Jugend geführt werden") y fue así como el régimen los sedujo. Los campamentos de *boy scouts* ("Pfadfinderkorps") y *girl scouts* ("Bund deutscher Mädl") alemanes fueron muy populares entre los jóvenes argentinos de habla alemana. Mi padre, en las notas escritas que acompañan las fotos de un viaje posterior a Bariloche, menciona con entusiasmo el campamento de verano que las juventudes de habla alemana frecuentaban sobre el Lago Moreno, en Bariloche, y en una carta que su hermana le envía a Alemania, ésta describe con visible excitación que ya ha sido aceptada como miembro del BDM. Los jóvenes, en realidad, solo querían estar entre ellos, conocerse, practicar deportes y participar de activos fines de semana en los suburbios o en el campo. Como afirmaba

irónicamente el escritor alemán Horst Krüger, en los recuerdos de su paso por la escuela en el Berlín de la década del 30: “Podríamos imaginarnos el comienzo del nacionalsocialismo como una eterna y joven fiesta deportiva con marchas y canciones como música de fondo”. Probablemente, a muchos, como también sucede hoy en día, ni siquiera les interesaba la política. Eran parte de un movimiento que aquí solo mostraba su rostro más resplandeciente. Una especie de mundo ideal en que se podía, gracias a la generosidad del país, seguir hablando el idioma de los abuelos y continuar practicando las costumbres de su cultura, sin tener que participar de los rituales más oscuros, los que manchaban las manos con sangre. Eso sólo sucedía en Alemania. Así se leen esas fotografías de mi padre y sus amigos, un grupo de jóvenes en busca de vivencias típicas de su edad. Solo vistas desde la perspectiva actual y en base al otro rostro develado, cobran ese otro sentido que prevalece.

Para ese entonces, mi padre había terminado de cursar sus estudios en un colegio del estado y las fotografías posteriores del álbum, sobre las cuales volveremos en un instante, indican con toda claridad que era un argentino y que la tragedia europea con toda su demencial locura lo obligaría a tomar decisiones que, tal vez para él, no fueron siquiera concientes. Entre las primeras fotos del álbum hay un Zeppelín, unas banderas y las repetidas imágenes de los campamentos de los “Pfadfinderkorps” en Argentina y en Alemania. Al mirar la foto del Zeppelín, no puedo dejar de recordar que, precisamente en el mes de mayo del año en que mi padre visitó Alemania, en Lakehurst, Nueva Jersey, se incendiaba una de esas naves, el “LZ 129-Hindenburg”, dando fin a la época de oro de los dirigibles.

El álbum de mi padre.

Un efecto colateral que produjo el viaje fueron las cartas escritas en ambas direcciones y que describen la vida familiar cotidiana a ambos lados del océano. Una carta de una de sus hermanas habla del orgullo de haber ingresado a una organización alemana de adolescentes en Buenos Aires, que nucleaba a las mujeres. El padre, mi abuelo, en otra carta, cuenta al hijo la inauguración de una "Casa Alemana" en Villa Devoto por parte del "grupo territorial" alemán ("Ortsgruppe") de ese barrio. Los "grupos territoriales" en el exterior debían tener por lo menos 50 miembros del partido. En Argentina, esto no se cumplió. En Buenos Aires, además, cada grupo estaba dividido en células, como era el caso del "grupo territorial Belgrano" y sus células de Vicente López, Olivos hasta Martinez y San Isidro hasta Tigre. A su vez, las células se dividían en otros grupos más pequeños. De esa manera, y algo que parece inconcebible en la actualidad, el omnipotente régimen alemán extendía su poder sobre sus ciudadanos a lo largo de todo el mundo. El concepto de "grupo territorial", a la distancia y bajo la perspectiva de los sucesos posteriores, no deja de despertar una cierta sospecha sobre los propósitos últimos de esas organizaciones políticas de origen alemán que se estaban creando en tierras argentinas. Su accionar, bajo la imagen y semejanza de las alemanas tuvo, a veces, connotaciones claramente absurdas. Los

inmigrantes celebraban aquí y con cierto entusiasmo los rituales políticos de la madre patria, que poco tenían que ver con la realidad que los rodeaba y sus rituales. Paradójicamente, muchas de las celebraciones en las que participaban con entusiasmo conmemoraban hechos de esa otra historia europea, que habían sido la causa de la expulsión de sus padres o abuelos a esta tierra. Claro que bajo la nueva filosofía que reinaba en Alemania, esos hechos históricos, cuidadosamente elegidos, se convirtieron en eventos míticos, sobre los cuales el pueblo alemán se iba a proyectar a un futuro de gloria. Las multitudinarias marchas a Bella Vista de 1935 o las del año 1937, que tenían como destino a Burzaco, suburbios ambos de la ciudad de Buenos Aires, se celebraban para conmemorar el "Langemarckmarsch" ("La marcha hacia Langemarck") del 11 de noviembre de 1914, cuando un grupo de jóvenes soldados voluntarios alemanes se lanzó a la lucha en Langemarck, Flandes, bajo el cántico eufórico de "Deutschland, Deutschland über Alles", cosechando un número incalculable de bajas. No hay ninguna duda de que lo que no unía la geografía, lo unía la ideología. Así marchaban estos argentinos nostálgicos por tierras americanas, en patriótico recuerdo de las guerras europeas de sus padres. Pocos se ocuparían de la política local, a la que observaban con ojos de espectadores externos, algo que la mayoría todavía practica en la actualidad. La inmigración emocional no había sucedido y no deja de ser cierto que vivían en dos mundos.

Una de las cartas también explica que los jóvenes forman parte de un viaje que la empresa Siemens Schukert SA ofrecía a sus empleados, lo que no se desprende de ninguna de las fotos que, por otro lado, recuerdan a las miles de fotografías y testimonios escritos que comenzaron a ser procesados y publicados en Alemania, en los últimos años, como parte del proyecto de reconstrucción de la "Historia de la vida cotidiana" de la guerra, es decir, la historia desde el punto de vista de la gente común. De ellas se deduce que gran parte de la población civil vivió los primeros años de la misma sin sobresaltos y con la mirada puesta en los quehaceres de todos los días, sin una visión más amplia de lo que ocurría a su alrededor. La guerra parecía suceder siempre, como en la novela de Orwell, en una frontera lejana. Solo desde la mirada posterior parece

inconcebible que gran parte de la gente común haya ignorado lo que estaba sucediendo en lugares, que, geográficamente, no estaban a gran distancia de sus propias casas. Si muchos testimonios europeos trasmiten una sensación de tranquila indiferencia frente al horror que se desplegaba a su alrededor, ¿qué podemos esperar de los testimonios de la comunidad local, aún más distante y menos involucrada, incluso de mi padre? Las organizaciones alemanas de acá, aisladas y repartidas en un país de dimensiones impensables, solo eran un fragmento más del vasto mosaico de culturas diversas de esta tierra y no parecen, por ello, haber tenido la relevancia que los historiadores les asignan. En Alemania, sin embargo, junto a las fotos de las procesiones de Nuremberg y el, al parecer, interminable desfilar de los uniformes, el pequeño grupo de argentinos de origen alemán que integraba mi padre cobra otro sentido, uno mucho más aterrador. Es difícil creer que nadie comprendiera el cabal sentido político de lo que estaban viviendo. Dos fotos del álbum indican que es muy posible que mi padre haya participado del acto anual del partido en aquella ciudad, el gran ritual que, con la impresionante parafernalia usual de discursos, banderas y disciplinados desfiles, proclamaba la pertenencia mítica de los alemanes a una gran comunidad étnica. La directora alemana de cine Leni Riefenstahl había filmado, con fines propagandísticos, el mismo ritual en el año 1934, que ese año se celebró bajo el lema del "Triunfo de la Voluntad" y así se llama también su documental. Las sobrecogedoras escenas de esa película quedaron en el imaginario colectivo como un ejemplo clásico del sometimiento del individuo a la voluntad de la masa. Muchos años después, la directora de cine respondió a los analistas que criticaban, en aquellas escenas monumentales, la total ausencia de otros motivos que no fueran las del líder y la masa, con la lacónica frase: "No había otra cosa". Años después, los críticos de arte confirmaron sus palabras cuando definieron aquella estética visual de ordenada muchedumbre como "la masa como ornamento". Frank Capra emitió su propia opinión en su autobiografía: "*Triunfo de la Voluntad* no disparaba un solo tiro, no dejaba caer una sola bomba. Pero como arma psicológica del 'Herrenvolk', destinada a destruir la voluntad de resistir, era igualmente letal. El asesinato de inocentes esta más allá de la comprensión humana. Pero mirar esa película debería haberlo anticipado a

cualquier mente capaz de imaginarse el horror". El año en que mi padre estuvo en Alemania, el ritual se celebró bajo el lema del "Trabajo" y las fotos que tomó no reflejan la grandiosidad con que uno se imagina aquella ceremonia después de haber visto los documentales propagandísticos de Leni Riefensthal. Nunca conversé con mi padre sobre sus días en Nuremberg y hoy me parece extraño que, habiendo estado allí, él nunca los mencionara ni que se interesara en las películas de Riefenstahl, lo que por otro lado refuerza la opinión general de que la propaganda visual del régimen era más poderosa que la realidad. Estimo que el viaje junto con sus vivencias quedaron ocultos para él en las oscuridades de su vida pasada. Como muchos de los libros que trataban el tema en nuestra biblioteca familiar, era todo parte de un pasado muy lejano, del cual nadie quería hablar, por lo menos conmigo. Hojeando el álbum, y con respecto a mi padre, en las fotos a veces posa orgulloso y, en otras, distante y ensimismado, como si sus pensamientos estuvieran en otro lugar y sólo Dios sabe en qué estaría pensando. Tal vez sea todo esto sólo su actitud personal frente a los fotógrafos en general, pero yo estimo, basado en algunos indicios de su vida posterior, que había algo en esa fastuosa exageración de nacionalismo que no le agradaba o no lograba convencerlo totalmente. Algunos de los demás retratados, en cambio, parecen posar con más convicción.

Álbum de mi padre.

Detrás de la gente, está la geografía. En ese sentido, las fotos van alternando ambas, la americana y la europea, como si fueran un contrapunto a las tribulaciones emocionales e ideológicas que atormentaron a toda esa generación. Una de las fotos del viaje muestra al grupo de jóvenes sobre el barco, junto a miembros de la tripulación, festejando el 9 de julio en alta mar, posando frente a la bandera argentina y la alemana con la svástica. En otra, posa con un grupo de enanos, en una escena que parece sacada de una película del director de cine alemán Werner Herzog. La imagen y los sucesos posteriores disparan la pregunta lógica de cuál habrá sido el destino de los enanos de la foto, en la Alemania xenófoba de aquellos años. En el álbum tampoco faltan las que describen la visita a sus parientes del norte de Alemania, en las cuales posa, junto a dos familiares jóvenes de largas trenzas, frente al edificio de la antigua iglesia medieval de Mildstedt, y también las clásicas que muestran a algún jerarca del régimen que en alguna ciudad se les cruzó saludando con el brazo en alto desde un automóvil. A juzgar por esa increíble colección de fotos, todo el periplo parece una especie de reconocimiento de terreno, un intento por saber qué era exactamente eso de lo cual tanto se hablaba en las lejanas tierras americanas. Algunos epígrafes en alemán, en cambio, delatan al iniciado, la jerga del régimen y la veneración por sus símbolos. Evidentemente, era un viaje de la empresa para que los alemanes étnicos conocieran la nueva Alemania y como todo viaje publicitario mostraba sus mejores obras.

Los campos de concentración de Dachau y Sachsenhausen ya existían y se estaba comenzando con la construcción de Buchewald. No los fueron a visitar, como tampoco los fuimos a visitar nosotros en el viaje familiar del año 1969. Eran, en esa vorágine de exaltado entusiasmo, solo un detalle menor, las oscuridades lógicas de todo régimen autoritario, sobre las cuales no valía la pena hablar, ni en el 37 como tampoco en el 69. Pocos pudieron entrever, en aquellos años, que ese monstruo que se estaba creando en la trastienda del país iba a ser, luego, cuando el sueño terminara, el trauma definitivo con el que íbamos a cargar todos los alemanes y sus descendientes por el resto de nuestros días y una de las razones por las cuales escribo este libro. En 1937, el antisemitismo

visceral todavía no había dado lugar a la implementación de la terrible "solución final". Esta, con el antecedente de varios cientos de miles de víctimas judías de las masacres de civiles del frente este del año 1941, tomó su forma definitiva e industrial en la Conferencia de Wannsee, el 20 de enero de 1942. En el año 1943, el profesor Franz Alfred Six, en una conferencia secreta frente a diplomáticos del régimen, explicaba que la "fuente que alimentaba la fuerza de la judería europea ("Kraftquelle") se encontraba en el este" y "que solo eliminándola físicamente se le quitaba a los judíos su reserva biológica". ("die physische Beseitigung des Ostjudentums entziehe dem Judentum die biologischen Reserven"). Mi padre, para ese entonces, ya había vuelto hacía tiempo a la Argentina, un país en donde convivía con las más diversas culturas y credos. Es difícil creer que, una vez finalizada la guerra, los discursos y los hechos concretos que derivaron de esa filosofía en Europa y que quedaron al descubierto frente a la opinión pública, no hubiesen tenido alguna influencia sobre lo que pensara mi padre.

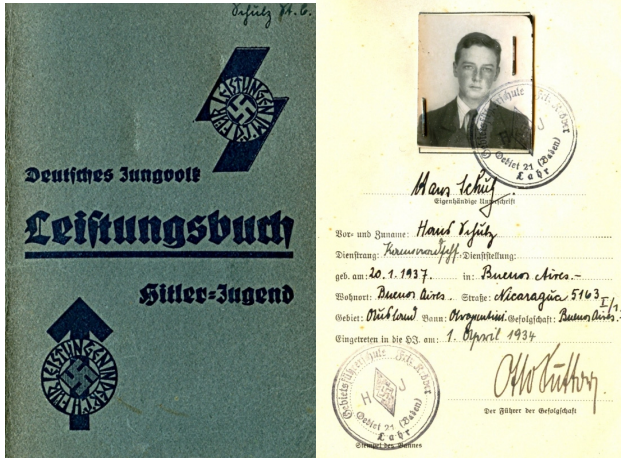
Sin embargo, todavía hoy, como una clara prueba de la increíble persistencia en el tiempo de una cosmovisión excluyente y de la poca predisposición para entender los hechos ocurridos, una gran parte de los descendientes de alemanes de esta tierra y sus hijos y nietos hablan con asombro de la campaña que existía en Argentina en ese año para desacreditar los logros del régimen. Como si el tiempo no hubiese pasado, en mi familia, algunos todavía se asombran sobre los comentarios y las preguntas con las que sus amigos argentinos asediaron a mi padre después del regreso a la Argentina, tales como "¿Es verdad que en Alemania están cerrando las iglesias?". Pocos de los que me rodean, aún hoy, en mi pueblo, siquiera conocen la grave Encíclica Papal "Mit brennender Sorge (Con viva preocupación), que fuera leída desde la mayoría de los púlpitos de los templos católicos de Alemania el 21 de marzo de 1937, el año en que mi padre visitó Alemania, y pocos han escuchado hablar de la "Bekennende Kirche", el grupo de pastores evangélicos que se opusieron a los nazis. Si bien yo sabía de la existencia de la Encíclica, debo reconocer que no la había leído con atención hasta el día de hoy. Su contenido es una condena clara de la concepción panteísta del mundo y

del mito de la sangre y de la raza, que en Alemania abarcaba ya todos los campos de la vida y la cultura. Todavía hoy sigo sorprendiéndome de la clara despreocupación por todas estas cosas, que manifiesta gran parte de los habitantes de habla alemana de mi ciudad y de la Argentina en general, especialmente los que llevan adelante algunas instituciones de peso en la comunidad. Viven refugiados en la atmósfera segura de la identidad ideal, la que está más allá de las contingencias históricas, la que crea ciudadanos desmemoriados, acunados con cuentos de hadas sobre un lejano país ensoñado, en el que todo fue siempre sólo un dulce lecho de rosas. La historia depurada.

El III Reich ignoró la Encíclica y siguió su camino hacia la represión demencial de todo aquel considerado diferente e inferior, entre ellos, naturalmente, los judíos, a los que Rosenberg calificó como "lo más espantoso que uno se pueda imaginar" ("Das grauenhafteste was man sich vorstellen kann"). Pero el antisemitismo no era excluyente de Alemania y tampoco podemos negar que, a partir de la década del 30, la propaganda nazi europea no influyera sobre el antisemitismo en Argentina. Como escribe Ricardo Feierstein: "Noticias, fotografías y caricaturas antisemitas aparecen sistemáticamente en diarios y revistas, muchas veces como reproducciones textuales de publicaciones similares editadas en Alemania. (…) De manera pública, la embajada alemana en Buenos Aires –y su titular Von Thermann– financiaban y alentaban esta ofensiva". También la elección de un nuevo Papa, en el fatídico año de 1939, dio origen a una teoría conspirativa que vinculó la súbita muerte del Papa anterior con la excesiva tolerancia hacia el régimen nacionalsocialista del nuevo Papa, algo que el historiador inglés John Cornwall llamó "el largo viaje de Pacelli hacia el silencio". Pero eso ya es otra historia, que escapa al sentido de este libro.

Lo que no escapa al sentido de este libro son ciertas fotos reveladoras o incluso escritos de aquellos años que involucran a miembros de las iglesias en cuanto a claras simpatías hacia el régimen. En cuanto a las primeras, y para citar un ejemplo local, uno no puede olvidar la clásica foto del entierro de los marineros del Graf Spee en Montevideo en el año 1939, en la que dos religiosos alemanes, uno católico y otro

presbiteriano, levantan con entusiasmo la mano derecha en un saludo nazi, en claro contraste con el saludo militar del capitán de navío Hans Langsdorff. En cuanto a los escritos, podemos mencionar un aviso del Pastor Wilhelm Nelke de Montevideo, aparecido en el Anuario del "Deutscher Volksbund für Argentinien" (DVA) del año 1937, llamando la atención sobre la importancia que reviste, para los alemanes y sus descendientes, el que soliciten su árbol genealógico para conformar el "Libro de las descendencias de los alemanes del Río de la Plata" ("Das Geschlechterbuch der Deutschen am La Plata"). Allí dice: "En donde exista alguna relación con la patria alemana o cuando en el futuro se deba recurrir a ella, la necesidad de probar una descendencia aria, será imprescindible". Se trata, sin ninguna duda, de la aceptación, por parte de un pastor cristiano, del racismo y la exclusión que promovía el régimen. Ronald Newton, en su libro de 1992, considera al pastor Nelke un "caso embarazoso" para las iglesias del Río de la Plata y agrega, como comentario alentador: "Según el interrogatorio que se le hiciera a Von Thermann, el brazo local del partido, la 'Landesgruppe', pidió a miembros del partido que abandonaran toda afiliación a iglesias y que estos en muchos casos se negaron. Esta, dice, fue la única oportunidad en que grandes cantidades de residentes resistieron la presión del partido."



"Libreta de logros", pasaporte, 1937.

En casa todavía conservamos el antiguo primer pasaporte que utilizó mi padre en 1937 y que lleva en su carátula el águila y la svástica. En él consta su ingreso a Alemania por el puerto de Hamburgo el 18 de julio de 1937 y el regreso por el mismo puerto el 5 de noviembre del mismo año. Pasarían más de 30 años para que volviese a Europa. La mayoría de las fotos del álbum no llevan fechas precisas. Hay una sola que lleva la fecha 27.X.37, la de mi padre con las dos mujeres frente a la iglesia del pequeño poblado de Mildstedt, en la cual todavía hoy cuelga un cuadro de mi bisabuelo pastor. Faltaban aún algunos meses para que en Alemania se pasara de la exclusión legal a la violencia física sistemática y la expropiación de las propiedades de los judíos después del horror de la "Noche de los cristales" ("Kristallnacht"). Este verdadero pogromo, ocurrido en Alemania el 9 de noviembre de 1938 y considerado por los historiadores como el primer paso hacia el futuro asesinato sistemático y masivo de los judíos europeos, fue, junto con los incidentes violentos del Luna Park ocurridos en Argentina en el mes de abril de 1938 y las investigaciones sobre los contenidos teñidos de racismo de la enseñanza impartida en los colegios de la comunidad alemana en Argentina, la causa de que se alejara, también aquí y definitivamente, una gran parte de la sociedad, de un posible apoyo a la causa nacionalsocialista. El nuevo gobierno del Dr. Ortiz tampoco mostraba grandes simpatías a las causas nacionalistas y el embajador VonThermann informaba, con una cierta preocupación, a su ministro, en mayo del año 1938, que el nuevo ministro de relaciones exteriores, José Maria Cantilo, era un decidido antifascista. En las sombras de la política local, se reflejaban los conflictos europeos y, como dice el investigador Alain Rouquié: "Las influencias externas, no siempre confesables y la propaganda enemiga, acentúan el desencuentro de las opiniones. Los argentinos luchan entre sí por interpósitos. La Argentina de aquellos años se encuentra sumida en una guerra civil fría". En mayo de 1940, en un mensaje al Congreso, el presidente dice de la guerra: "…que asume las proporciones de una lucha vital donde pugnan dos conceptos antagónicos sobre el ordenamiento social, político y económico de los pueblos". En el interior de la república, las corrientes antagónicas librarán su propia batalla en la que, una vez finalizada la contienda, el peronismo y la llegada de los fugitivos europeos jugarán su

parte. La comunidad de habla alemana, con su abierta simpatía por el régimen nacionalsocialista y siempre indiferente a la política local, mostrará, sin embargo, influida por la filosofía nostálgica de los refugiados, un abierto y consistente apoyo a los regímenes militares que en esta tierra se irán alternando con la democracia a lo largo de la última mitad del siglo XX.

No sé lo que vio mi padre en Alemania, sí sé que hubo algo que no terminó de entusiasmarlo. Si bien en casa poco se habló del tema, algo de ello se pudo intuir entre las líneas del discurso. Cuando en el año 1969, y junto a toda su familia, volvió a Europa por segunda vez, ésta ya incluía una nueva generación nacida en tierra americana y ya todo había cambiado. Pero son las demás fotos del mismo álbum las que describen el recorrido emocional de mi padre al encuentro de esta tierra y las que finalmente dan la pauta de que ésta parece ser la patria que finalmente eligió. Hay fotos de 1939, 1941, 1942. Fotos en la que pareciera internarse, cada vez con mayor intensidad, en el entramado real de este país. Solo unas pocas de ellas, las que se refieren a la visita de los marineros del barco alemán "Erlangen" -que a lo largo de un heroico viaje a través del Pacífico escapó de un bloqueo de los ingleses hasta la costa chilena, llegando finalmente hasta Buenos Aires- se vinculan con el escenario europeo. La mayoría de las fotos, sin embargo, lo muestran a él y a sus amigos, en el año 1941 y 1942, alegres y despreocupados, viajando a lo largo de las provincias de Buenos Aires y Córdoba, disfrutando de las bondades del delta del Paraná, de las sierras cordobesas y del mar. "San Roque", "Cosquín", "La Falda", "La Cumbre", "Pergamino","Luján", "Mercedes", "Sierra de la Ventana". Arroyos, playas, praderas y rutas vacías. En esos años, mi padre también se convertiría, con su Norton 500, en un as del motociclismo porteño. Entre las fotos, un recorte de diario del año 1943 señala: "El joven motociclista Schulz, con un promedio de recorrido de 128 kilómetros por hora, marcó en San Vicente un record sudamericano". 1941, 1942, 1943. En Europa, las naciones se desangraban y, al decir de I. Kershaw: "Las condiciones de la guerra, la conquista brutal y la obsesión por la cuestión judía, estaba dando forma a un asesinato masivo y mecanizado de los mismos que desafiaba la

imaginación.” En comparación, y a medida que el viaje de 1937 se desvanecía en el tiempo, la vida de mi padre en Argentina transcurría en la quietud de un edén. No podía haber destinos más disímiles.

Pilar, 1943. Mi padre con su Norton 500 y un amigo.

LA BITÁCORA DEL FORD DELUXE

Mi padre, a juzgar por la ordenada serie de fotografías del año 1946, comenzó en ese año su definitivo regreso a casa y lo hizo, como muchas veces es el caso, a través de un viaje legendario. La "Bitácora del Ford deluxe" comienza en Buenos Aires el 1 de noviembre de 1946 a las 7 de la mañana en el garaje Monroe. A las 9.30 suena en la radio del auto la canción navideña "Noche de paz" y, luego de buscar al último tripulante en Villa Ballester, a las 10 de la mañana ya están atravesando Pilar. Al día siguiente amanecen bajo el cielo de San Luis y a las 10.10 atraviesan el portal de la frontera provincial, sobre el cual reza el lema "Bienvenido a Mendoza, tierra del sol y del buen vino". Esa misma tarde ingresan a la

capital de la provincia para alojarse en casas de familia de origen alemán, una costumbre que mantendrán a lo largo de todo el viaje. Klaus, uno de los viajeros, ya lleva, por su apariencia, el apodo criollo de "gaucho alambre". Las fotos, algunas de ellas incluidas en este libro, despliegan, ante el que las mira, la majestuosa belleza de los Andes en blanco y negro. Al paso internacional todavía se accedía por el camino de Villavicencio. Tardé algún tiempo en descubrir que la foto de la Cruz de Paramillo, a 3000 metros de altura, fue tomada en ese viejo camino que transcurre al norte de la ciudad de Mendoza. Hoy se va por el sur. El 5 de noviembre, mi padre escribe: "El impresionante Aconcagua, con sus 7035 metros a la vista. Día claro. Cubierto de nieve, el coloso se eleva frente a nosotros". En las cuevas cruzan caminando los 3 kilómetros del túnel internacional ferroviario y, al regreso, vuelve a escribir: "Desde la laguna de los horcones observamos al padre de todas las montañas, el Aconcagua. Un día hermoso e inolvidable." En el año 2007, 61 años después de esas fotos y en un largo viaje que promete ser, en nuestras vidas, otro regreso a casa, nos paramos con mi hijo Jarred, de 8 años, frente al Aconcagua, en el mismo lugar en el que mi padre, a los 26 años, sacó esas fotos, y sacamos la nuestra. Quería así perpetuar una tradición y reafirmar, frente a aquel majestuoso cerro, nuestra pertenencia a esta tierra. El lugar tiene, para los argentinos, un cierto valor histórico. Allí, en 1817 y en su afán por liberar pueblos de la opresión europea, cruzó la Cordillera una de las columnas del sacrificado Ejército de los Andes. Las demás columnas, incluidas las del General San Martín, cruzaron por otros pasos. Recién este año pude finalmente visitar, en las estribaciones de los Andes, al sur del paso principal y cerca de la localidad de Tunuyán, el Manzano Histórico. Allí, en 1823, el General San Martín descansó junto a un grupo de humildes arrieros, a su regreso de la Campaña Libertadora que lo había llevado hasta el Perú. Volvía a su tierra natal como simple ciudadano, después de haber renunciado a la gloria. El monumento, inaugurado en 1950 y que lo muestra con toda su humilde grandeza, lleva el nombre de "Renunciamiento glorioso". Todo un símbolo de lo mejor de nosotros.

En el año del viaje de mi padre y en busca de la titularidad de las tierras que una vez fueron suyas, también "los indios invisibles del Malón

de la Paz" estaban viajando desde el Altiplano hasta Buenos Aires, en lo que Hermogenes Cayo, el entrevistado de Prelorán, "hombre de la tierra innombrada", describió como "bajar desde los paisajes de tolas y arenales hacia el increíble verdor de las tierras llanas". Indiferentes a las guerras europeas, e igual que mi padre y sus amigos, estaban en el camino, pero por razones muy diferentes: los ancestrales para pedir lo que era suyo y los hijos de los inmigrantes para olvidarse de lo suyo.

Las fotos se suceden en el álbum. En San Juan, el auto y mi padre posan al lado de las casas destruidas por el reciente terremoto. A través del contrapunto entre las fotos y el texto, se percibe que el viaje es iniciático. Se está descubriendo un país. Mi padre tiene 26 años y a bordo del Ford y junto a sus amigos, recorre un territorio que, a juzgar por las fotos, todavía está vacío de gente. La visita a familias de origen alemán para comer o dormir sigue siendo una constante a lo largo del viaje. En cada lugar parece haber una que los recibe. En las fotos de las cenas, todos visten traje y corbata y siempre asiste alguna joven. El 8 de noviembre, el viaje prosigue hacia el sur, a Malargüe. Desde allí y después de Bardas Blancas, el camino subía por ese entonces por un valle que se alejaba de lo que hoy es uno de los Parques Provinciales más fascinantes del país, la laguna de Llancanelo y las planicies volcánicas de la Payunia. Enormes bandadas de flamencos anidan en la laguna e interminables manadas de guanacos habitan en las laderas de aquel mar de volcanes. Ellos sin embargo, no hablan de eso. Hoy no podrían ignorarlo, como tampoco podrían ignorar la abrumadora presencia del entramado de nuevos caminos con sus campamentos y torres que nacen de la mano de la exploración petrolera y que hoy cubren el paisaje del sur mendocino. Sin duda, los años han cambiado nuestras percepciones de la geografía de nuestro propio país.

El 11 de Noviembre están cerca de la Provincia de Neuquén y cruzan el Río Barrancas por el viejo puente con su portal de bienvenida al Neuquén, que aún hoy y a pesar de su irremediable deterioro, conserva el aire de su antigua grandeza. Al observar ambos puentes este año, parado en soledad bajo un cielo plomizo e inmerso en el hechizo de la bitácora, surgió de pronto, como un fantasma, el viejo Ford y sus ocupantes y por un fugaz instante tuve la impresión de ver a mi padre saludándome desde

los años de su juventud. Fue sólo un sueño. El viaje prosigue día y noche, como en una novela de Kerouak. “11 de noviembre, 20.45. La radio de Santiago de Chile trasmite con claridad ‘El Holandés errante’, de Richard Wagner”, la opera que recrea la leyenda de aquel capitán condenado a vagar en su espectral barco por los mares del mundo, en busca de redención. Ellos, en cambio, viajan en tierra firme. A lo lejos, al atardecer, aparece el volcán Tromen. “La huella es muy mala”, escribe, “y cuando llegamos al campamento de YPF, nos aclaran que no es el camino. Volvemos. A medianoche cruzamos en balsa el Río Neuquén”. Zapala. Rio Pichi Leufú. El 12 de noviembre están cruzando la vieja balsa del río Collon Curá y el mismo día llegan a San Martín de los Andes. En mi niñez, recorrí con mi padre muchas de estas rutas y todavía hoy son, como la desaparecida geografía urbana de mi pueblo, parte del imaginario colectivo que conservo en algún lugar oculto de mi inconsciente. Suelo mostrárselas a mis hijos cuando viajo con ellos, pero no parecieran interesarles, son solo rastros efímeros de la vida de otros. Nuevamente las familias alemanas: Schumann, Gräf, Müller, Kössler. Las fotos han dejado atrás la estepa y se internan en los bosques andinos. San Martín de los Andes es, todavía, una ordenada simetría de chacras, enmarcadas entre hileras de álamos. El pueblo es casi inexistente. Los alrededores, al igual que las antiguas fotos de Bariloche, muestran los desmanes de la roza de la era de los pioneros, cuando los recursos naturales parecían inacabables. Lago Lolog, Lago Curruhué. Los nombres mapuches comienzan a nombrar las cosas. Es la toponimia que los colonos europeos no pudieron o, por costumbre, no quisieron erradicar. El 17 de noviembre, el Ford ya ha recorrido 4000 kilómetros. En la estancia Lago Hermoso los recibe el abuelo de Carlos Echeverría, el administrador Hans Höbich, al que yo llegaría a ver por primera vez en unas fotos de archivo del documental del año 2006. Conocen, también allí, a una niñera de nombre E. von Nack y a Wolfgang Kuhlmann, al que años después lo uniría una perdurable amistad. En las fotos, los caminos parecen apenas sendas que serpentean a lo largo de valles y praderas siempre vacías. Presiento que la geografía por la que transitan tenía, para ellos, otro significado que para nosotros hoy. Los días 18 y 19 ascienden al Paso Tromen y ven las primeras araucarias. En la Estancia Mamuil Malal, el administrador, un tal Schroeder, les

facilita alojamiento en un humilde galpón de madera. En una de las fotos aparece el galpón con techo de tejas de alerce, el auto con el capó y el baúl abiertos y, a lo lejos, nevado, el volcán Lanín.

Comparado con los suburbios de la ciudad en donde nacieron y viven con sus familias, parecen estar ahora viajando en el entramado de algún otro mundo. En el interior de la vivienda, el fogón y los objetos colgados en las precarias paredes reflejan un verdadero clima de campamento. Las imágenes captan los rostros y la atmósfera con precisión. En esos días, los cerros aparecen nevados y los ríos, cubiertos de fina escarcha. Las fotos y el texto hablan de problemas mecánicos cuando intentan cruzar el vado del cargado arroyo Mamuil Malal. Al regreso, también ascienden al "Cerro Chileno", cubierto de nieve, y una foto los muestra en el filo, al lado de un muñeco de nieve recién hecho. En las noches se conversa hasta tarde con los lugareños, se canta y se escucha la radio. La omnipresente televisión todavía no había comenzado su reinado. Las fotos, en blanco y negro, con sus paisajes y los gestos y las posturas de los retratados, junto con la atmósfera general que irradia su composición evidencian, con toda certeza, que pertenecen a la era de la radio. Trasmiten la extraña sensación de que el viaje sucedió en otro tiempo y en otra dimensión. Se siguen mencionando invitaciones a cenar. En una de ellas conocen a las hijas del Dr. Kössler. La casa en la que

cenaron todavía existe en una esquina del pueblo. Finalmente, se inicia el viaje a Bariloche. Hay varias fotos del ACA de Confluencia. El edificio y los alrededores no cambiaron, exceptuando los cerros sin cipreses que rodean la estación de servicio hacia el Este y el lago artificial que ha inundado los valles de los rios Traful y Limay y que en esos años todavía no existe.

En el Anfiteatro sintonizan la radio de Bariloche: valses de Strauss. La banda de sonido apropiada para un ingreso triunfal a la "Suiza argentina". A las 17.30 escriben: "Aparece frente a nosotros el majestuoso lago Nahuel Huapi". La foto muestra la clásica vista del lago y la escenografía de cerros nevados a la distancia. Lejos estaba mi padre de imaginar que, muchos años después, él volvería para siempre a este lugar para formar una familia y que, por esas increíbles vueltas del destino, tendría nietos que serían parte de la historia legendaria de la región. Cuando el auto ingresa en el pueblo, la radio toca "La entrada de los huéspedes al palacio de Wartburg", la obertura de otra gran opera de Wagner, "Tannhäuser". Todo hace pensar que se trata de una orquestada conspiración internacional y que ya en aquellos tiempos lejanos se estaba trabajando, para que todo viajero que llegara al lugar no dejara de vincular definitivamente a esta geografía con Europa. Cenan en la confitería

Tronador, que la historia se iba a tragar como tantas otras cosas de Bariloche. Aquí realizan una visita obligada al Llao Llao, por una ruta vacía de autos. El 23 de noviembre, visitan el Lago Moreno, "enfrente del lugar del campamento de las juventudes alemanas de 1941". Lugares emblemáticos y parte de una cierta "topografía política" para una generación de descendientes de alemanes de aquellos años. "Encuentro con la familia Schatz. Señor Schulz, muy bien acompañado." Ese mismo día visitan el refugio de Otto Meiling en el Cerro Otto. Conversan con él y hojean el libro de huéspedes. Las fotos del refugio no muestran grandes cambios con respecto a la actualidad. Luego comienza el regreso. La sensación que se desprende de las fotos y los textos en este punto es que abandonan la tierra prometida, como el Denver mítico de Dean Moriarty, en "On the Road". La cordillera en la distancia, la precaria balsa de madera de Paso Flores, los álamos en la orilla del río y los paisanos con sus caballos, reflejan un mundo muy distinto de aquel al cual estaban volviendo. "Viajamos dentro de nuestra propia nube de polvo a lo largo de la interminable estepa", escribe mi padre.

Alemania comenzaba a recuperarse de su casi total destrucción. Escasos dos meses antes, el 1 de octubre de 1946, en Nuremberg, un tribunal había sentenciado a 12 criminales de guerra alemanes a la horca, sentencia que se cumpliría el 16 del mismo mes. El sueño devenido en pesadilla, en esas tierras, había terminado. La "Alemania gloriosa" que mi padre había conocido en su viaje de 1937 yacía en ruinas y los ideólogos que lo habían seducido estaban en franca retirada. Baldur von Schirach, cuyas palabras oficiaban de prólogo en la "libreta de logros" ("Leistungsbuch") que le fuera entregada a mi padre en su viaje de 1937, declaraba durante el juicio en 1946 y luego de que fuera condenado a 20 años de prisión: "Mi culpabilidad radica en que he educado a la juventud para servir a un hombre que era asesino de millones. Yo creí en ese hombre y soy culpable por ello frente a Dios y al pueblo alemán" ("Meine Schuld ist, dass ich die Jugend erzogen habe für einen Mann, der ein millionenfacher Mörder gewesen ist. Ich habe an diesen Mann geblaubt. Es ist meine Schuld, die ich fortan vor Gott und vor meinem deutschen Volke trage"). Liberado en 1966 junto al arquitecto Speer, murió a

comienzos de la década del 70, no sin antes escribir un libro de memorias. Como un mensaje póstumo que invita a reflexionar sobre la culpabilidad colectiva, la lápida de aquel que tuvo a su cargo reducir la distancia entre el hombre y el modelo de hombre del régimen, lleva inscripta sobre el mármol la inquietante frase: "Yo fui uno de ustedes" ("Ich war einer von Euch"). Los demás sentenciados no mostraron mucho remordimiento y algunos de los que medraron bajo el hechizo de aquella filosofía irracional llegarían a estas tierras para seguir alimentando con la llama de la leyenda a un gran número de simpatizantes. Todavía en 1976, una edición de la revista "La Plata Ruf" ("La voz del Plata"), editada en idioma alemán en Buenos Aires, reivindicaba la causa perdida, informando a los desencantados nativos sobre incidentes ocurridos en Alemania frente al edificio en que se ejecutó a los criminales, proclamando: "Viva Alemania, ¡la última palabra todavía no ha sido dicha!".

Balsa de Collón Curá, 1946.

En 1946, mientras tanto, mi padre, junto a cuatro amigos, descubría su país. Un país que mostraba lo mejor de sí mismo y estaba intacto. "Valle de Río Negro. Familias Jürgensmeyer y Flade". Polvo, algo de asfalto, médanos y, a lo largo de la ruta, como durante todo el viaje, las infaltables solitarias estaciones del ACA. Sierra de la Ventana. Foto de grupo frente al "Funke Heim". El 30 de noviembre cruzan el río Salado,

que sólo 66 años atrás había sido la antigua frontera entre la pampa "civilizada" y los territorios en donde los nativos circulaban libremente. Allí, "el medidor indica 7000 kilómetros recorridos y el 'gaucho alambre' está al volante". Al llegar a Villa Ballester, el medidor llega a los 7193 kilómetros. Un escueto resumen final detalla que el coche se vendió el 20 de diciembre del mismo año y que en el viaje recorrieron las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis, Mendoza y San Juan y los Territorios Nacionales de Neuquén, Río Negro y La Pampa. A pesar de que los cinco integrantes del viaje eran descendientes de alemanes, al igual que casi todas las familias a las cuales visitaban, el inmenso país que recorrían se cobraba su tributo. Basta con hojear los dos álbumes de fotos para ver que no se podía ser indiferente ante tanta belleza. Era una tierra que abría los brazos como siempre lo había hecho. Una tierra que, en ese mes, se los tragó. Sin que mi padre lo supiera, el viaje lo había acercado definitivamente al sur. El sur donde naceríamos tres de los hermanos, nos casaríamos y tendríamos nuestros hijos; el sur en el que mi padre pasaría 50 años de su vida y donde junto a mi madre terminaría sus días en este mundo. Sin saberlo, en esos años estaba comenzando a elegir una identidad y en ese proceso me ayudaría a descubrir la mía. Eligió Bariloche y más de uno de los tantos escritores que tejen conspiraciones pueden pensar que fue porque había alemanes, pero alemanes había en todos lados, lo demuestra la sintética "Bitácora del Ford Deluxe". Llegó para asentarse definitivamente en 1952, pero, a diferencia de muchos europeos que llegaron en la misma época, él era argentino, venía de Buenos Aires y no traía las mismas heridas que los europeos. Sin embargo, traía consigo una gran cuota de cultura alemana y el idioma. Así fue como comenzó a participar del proyecto cultural más importante de la comunidad de habla alemana de Bariloche, su escuela.

GUERRA CIVIL IDEOLÓGICA

Revista de la comunidad de habla alemana en Argentina, 1944.

De aquella "guerra civil ideológica" en la que estuvo sumida la generación de mis padres quedaron, en las décadas que siguieron, algunos

indicios en mi familia. Todavía hoy, algunos hablan con encono contra el diario "Crítica" de Botana. Tardé años en darme cuenta de que esto era por la posición crítica hacia Alemania que había adoptado el diario durante la Segunda Guerra, algo que muchos miembros de la comunidad de habla alemana, actuando con un verdadero espíritu de cuerpo, interpretaron como una traición a la madre patria. Lo mismo se puede decir del tratado de Versalles, que en casa siempre fue el "Schandvertrag" (El tratado infame). Algunos libros clásicos de la literatura étnica y nacionalista todavía adornan las repisas. *Kampf um Rom* (*La lucha por Roma*), una novela histórica que Félix Dahn escribió en 1876, sobre la conquista de Roma por los ostrogodos después de la muerte de Teodorico, o los dos tomos de *Volk ohne Raum*, (*Un pueblo sin espacio*), de Hans Grimm, un autor cuyos textos fueron utilizados por los nacionalsocialistas para justificar la expansión alemana hacia el este. Este tema continuó pesando sobre aquellos que fueron afectados por la guerra y es, aún hoy en día, un incansable argumento que utiliza la extrema derecha en sus constantes reclamos de reparación histórica. Estoy hablando de la población alemana que tuvo que dejar los territorios del este una vez finalizada la guerra. En realidad, fue un reflujo de pueblos que tuvo como causa la expansión del ejército alemán hacia el Este a partir de 1939, bajo el lema de la superioridad racial y la conquista de los pueblos considerados inferiores. Con la política de "regreso a casa" ("Heim ins Reich") propuesta para los alemanes étnicos y "la intención de crear una población alemana racial y por ende espiritual-emocional unitaria, con la consecuente separación de todos los elementos no alemanes", el régimen se abalanzó sin piedad sobre los países vecinos en su afán de conquista europea. Revisar los innumerables decretos oficiales, discursos y *memorandum* de los integrantes de la jerarquía nacionalsocialista que se refieren a la población de las tierras polacas conquistadas, es un viaje aterrador por la jerga más xenófoba y racista que se pueda imaginar. "Pueblos inferiores" o "razas despreciables" son tal vez los conceptos más benévolos de la amplia gama que utilizan. Los resultados, sin embargo, no fueron los esperados. En el flujo y reflujo de los pueblos, a partir de 1945, más de 12 millones de alemanes tuvieron que dejar los territorios del Este en una huida desesperada signada por la tragedia. Nadie tuvo compasión

de ellos, porque el dolor ocasionado por la política nacionalsocialista de germanización compulsiva durante la II Guerra había sido, para los pueblos ocupados, demasiado grande. Las imágenes de familias enteras con sus carros repletos de camas, ropa, frazadas y otros pocos enseres que habían podido rescatar, deambulando en largos *convoy* en el tórrido verano y luego en la nieve hacia el Oeste, ya es parte de la iconografía popular de las terribles secuelas que produjo la guerra. Algunas de las familias de mi pueblo son sobrevivientes de aquel forzado desplazamiento. Una de ellas, incluso, ha escrito un emotivo diario sobre el mismo y la larga huida de una parte de la familia, desde los bordes orientales de Prusia, a lo que luego sería Alemania occidental, para migrar años después definitivamente a la Argentina. Son imágenes del naufragio de ese otro mundo que se deshizo para no volver a existir nunca más. Allí se habla de niños muertos de frío y de hambre en la precipitada huida y enterrados al borde de los caminos por sus madres para seguir huyendo; violaciones sistemáticas de mujeres consideradas como botín de guerra; asesinatos selectivos y hambre. La negación de los detalles más trágicos de aquel reflujo y la indiferencia general frente al hecho, fueron siempre el contra-argumento ideal para aquellos que proclamaban que la historia la escriben los vencedores. Como en el caso del bombardeo a la ciudad de Dresden, se podía descubrir, en las discusiones de aquellos años, las secuelas de la guerra ideológica en los argumentos esgrimidos. "Los desplazados del Este" ("Die Heimatvertriebenen der deutschen Ostgebiete") era, sin duda alguna, uno de los argumentos preferidos para desautorizar a los que defendían la pretendida justicia universal que parecían impartir los aliados, como si los alemanes hubieran hecho uso de ella a lo largo de los años en que llevaron a cabo "la guerra ideológica de exterminio" en el Este. Basta con leer la pormenorizada investigación realizada por el historiador inglés Christopher Browning sobre el criminal accionar del batallón 101 y la Solución Final en Polonia para comprender el sentido más profundo de este reflujo inevitable. Como siempre era el caso en aquellas discusiones, el mito prevalecía sobre la historia y no se analizaba el contexto ni los antecedentes de los hechos históricos sobre los cuales se discutía. Todo parecía ser producto de la generación espontánea y las discusiones no llegaban a ahondar en las verdaderas causas. De

Grimm, no es, sin embargo, el único libro en la biblioteca familiar. Allí también llama la atención un libro más reciente, del año 1950, editado en alemán en Buenos Aires, con el título de *Los escritos del Arzobispo. La respuesta de un alemán*. Si bien se trata de una especie de anacrónico panfleto político, en el que el autor delata sus convicciones nacionalsocialistas describiendo la Segunda Guerra Mundial como un intento de Alemania por defender la civilización europea frente al comunismo, su lectura reviste cierto interés dentro del marco de este libro. En él, el autor describe a Hitler como un loco psicópata que traicionó los verdaderos ideales del movimiento y toma una posición crítica frente al genocidio judío. Lo más interesante de estas opiniones es el concepto general que separa los ideales nacionalsocialistas de la figura de Hitler y la aceptación de la existencia del Holocausto como tal. Si bien el libro siempre estuvo en casa, nunca lo leí en aquellos años y lamentablemente nunca pude discutir sobre él con los alemanes que me rodeaban, algo que sin duda hubiera sido interesante. Leerlo hoy es, sin duda, un buen ejercicio de aproximación a la mentalidad de los descendientes de alemanes de la Argentina de los años 50, que seguían siendo fieles a la "filosofía pura" del movimiento y nunca tomaron nota del horror que significó su aplicación real. El libro, verdadera expresión ingenua de idealismo, además de confirmar lealtades ideológicas, cumplía evidentemente una clara función política en los comienzos de la guerra fría global. Grimm, por otro lado, y según el Anuario del "Deutscher Volksbund für Argentinien" del año 1937, visitó la Argentina en ese año, dando conferencias en Clubes y Escuelas Alemanas, señalando el "destino manifiesto" de la Alemania de Hitler y haciendo uso y abuso del concepto de espacio vital en frases como "el alemán necesita espacio a su alrededor y un sol sobre él y libertad interior para ser bueno y hermoso" ("Der deutsche Mensch braucht Raum um sich und Sonne über sich und Freiheit in sich um gut und schön zu werden"). En vista al resultado final de la aplicación de tal filosofía, se trata sin duda de un idealista.

Con fecha manuscrita del 14 de septiembre de 1947 en la primera página, es decir, el mismo año de su publicación, sobresale por su valor de evidencia histórica el libro *Endkampf um Berlin* (*Lucha final por Berlín*)

del autor Wiking Jerk. Su título original en sueco es *Ragnarök,* un concepto que hace alusión al mito nórdico del cataclismo final del ciclo de los tiempos del hombre. En realidad, es la historia de un puñado de héroes que resiste el embate final de sus enemigos rusos en el frente del Este. Una buena elección de la editorial argentina para seguir entusiasmando a un público que siempre estuvo distante de los hechos y que por ello seguía ávido por escuchar historias de héroes y camaradería de guerra y poco de cuentos sobre muertos, mutilados y familias deshechas. Con el arco de triunfo de Berlín envuelto en rojas llamas en la tapa, fue el primer libro que editó en Buenos Aires la editorial "Dürer", fundada por exilados alemanes de claras tendencias nacionalsocialistas. Aparte del completo estudio de Holger Meding sobre la revista "Der Weg", todavía no existe un estudio exhaustivo en castellano de esta editorial de posguerra que publicaba en Argentina libros en alemán y también la revista "Der Weg", pero una revisión somera de sus publicaciones e incluso de las tiradas de los ejemplares editados, demuestra fehacientemente que sus libros eran leídos por una gran parte de la comunidad de habla alemana del país y también del exterior. Todavía es posible encontrar, hoy, uno o varios ejemplares de sus libros en cualquier biblioteca familiar de argentinos de habla alemana. En una referencia final del libro de Wilfred von Oven *Mit Goebbels bis zum Ende* (*Con Goebbels hasta el final*), publicado por esta editorial en el año 1949, se promueve la venta de la segunda edición del libro *Trotzdem* (*A pesar de*), de Hans-Ulrich Rudel, con un comentario de que el libro es un importante aporte a la "verdadera historia de la última guerra" y que la primera edición se agotó en los primeros tres meses de editada, en un claro ejemplo de la efervescencia ideológica algo anacrónica de la comunidad de habla alemana de la Argentina en aquellos años. También hay en la biblioteca familiar otros libros más modernos que tratan la historia de Alemania con un enfoque más actual, como ser *Kaiser im Bann*, del historiador Eduard Hubea, y que trata sobre la vida del emperador Enrique IV y las peripecias de la guerra de las indulgencias, en plena Edad Media. Una edición especial de 1968 dedicada a las Letras Alemanas Contemporáneas de la Revista Sur fue siempre, en casa, mi material de lectura preferido. Sus descarnados cuentos cortos y crudas poesías contaban una historia diferente sobre la guerra y ejercieron por

ello una cierta influencia sobre mis futuras predilecciones. La lengua y la forma de utilizarla y las historias que relataban parecían venir de otro mundo, como si esos autores no tuvieran nada en común con esos otros y con los alemanes que me rodeaban. Parecían haber pasado por todos esos tiempos oscuros en un lugar muy distinto al de estos otros. La deconstrucción meticulosa de los relatos heroicos era lo que prevalecía en aquella literatura. Pesaban en ellos los muertos, las vidas deshechas y la sombría presencia de los campos de concentración. No había dudas de que sus protagonistas habían pasado una temporada en el infierno. Ya en aquellos años de mi juventud podía entrever que en aquellos libros existían dos miradas muy disímiles sobre los mismos hechos. La herida parecía venir de lejos, seguía sangrando aquí y no había forma de cerrarla. El libro *Die letzte Bastion: Nazis in Argentinien,* del periodista alemán Michael Frank, editado en 1962, también forma parte de la biblioteca. Quedó allí entre tantos libros, y a lo largo de tantos años, como una señal de un padre a su hijo y es hoy, para mí, un testimonio de que en casa se buscaba ampliar la mirada o por lo menos se evaluaban otros criterios.

Libro de propaganda del régimen, biblioteca familiar.

Los pocos libros que podría agrupar como de propaganda nacionalsocialista fueron quedando en las repisas como verdaderas piezas de museo. Puestos en contexto, sus cuidadas imágenes propagandísticas

de la nueva Alemania de aquellos años son un material pedagógico invaluable para analizar cómo los ideólogos del régimen, con el afán de fundamentar sus ideas, hicieron uso de las más sofisticada imaginería visual. Hace sólo algunos días, un amigo de Bariloche me acercó otro de esos libros, con una sugestiva dedicatoria en la que aparecía el nombre del Dr. Manuel Fresco, ferviente admirador del fascismo y gobernador de la provincia de Buenos Aires en años previos a la guerra. El libro, que descansaba en las repisas de alguna casa de familia de Bariloche, no deja de ser, décadas después de los hechos, una evidencia cierta de la increíble maquinaria propagandística desplegada por los nacionalsocialistas a escala global. Al hojear estos libros, uno recuerda al director de cine norteamericano Frank Capra, que al haber sido contratado por los aliados para diseñar una campaña de propaganda en contra del nacionalsocialismo, sólo se limitó a buscar las intenciones ocultas del enemigo en su propia propaganda y las invirtió. Nació así la popular serie de documentales propagandísticos "Por qué peleamos", es decir, la otra cara de la moneda. Estos me eran, claro está, totalmente desconocidos cuando los compré en uno de mis viajes a Estados Unidos con la intención de ir completando el rompecabezas que, en mi pueblo natal, por obvias razones, había quedado trunco. En mi casa paterna, los libros sobre la guerra eran, por cierto, una absoluta minoría, pero quedaron allí, como pálidos recuerdos de la conflagración de las ideas. Es interesante observar cómo, lentamente, esas obras se fueron ahogando entre otras, que llevan los más variados títulos, como los dos tomos del fotógrafo alemán Herbert Kirchhoff, *La Argentina,* o una edición de 1922, llena de hermosos grabados evocativos de la niñez perdida, del libro para chicos del escritor sueco Carl Larsson, *Das Haus in der Sonne*, que mi madre siempre citaba, o una edición de *Juvenilia,* de Miguel Cané, con ilustraciones de Raúl Soldi, de 1964. También estaban el clásico *Aku Aku – Das Geheimnis der Osterinsel*, de Thor Heyerdahl; la novela *Der Zauberberg*, de Thomas Mann; un *Martín Fierro* encuadernado en cuero; una bibliografía de la legendaria escultora Lola Mora, que junto a una completa colección de ediciones actuales de novelas policiales de autores suecos y noruegos completan este colorido y significativo rincón de mi casa materna. Visto en perspectiva, es como toda biblioteca familiar que se ha creado con los

años: un verdadero museo en formación. Refleja ciertas preferencias literarias e inquietudes políticas y también ciertos intereses intelectuales, o no tanto. Acumulan indicios de épocas pasadas y esconden algunas joyas que revelan facetas desconocidas de algún familiar cercano. Cuando mueren padres y abuelos, también se deshace ese particular testimonio documental que son las colecciones de libros acumulados en una sola casa y se reparten, entonces, entre familiares y desconocidos y viajan a distintos rincones de los nuevos y distantes hogares. Como los fragmentos de un yacimiento arqueológico visitado por diletantes, los vestigios arrancados de su contexto original quedan repartidos a lo largo y ancho del país, perdiendo así su significado histórico original. Cuando las bibliotecas familiares se deshacen, no hay duda de que se destruye la evidencia arqueológica de aquello que dio sentido a muchas vidas.

Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que muchos lugares comunes en el discurso de los descendientes de alemanes que me rodeaban llevaban, todos, a aquellos años oscuros en que el eje que sustentaba el sentido de las cosas era el concepto de "Blut und Boden" (tierra y sangre), en su sentido más atávico. Detectar, en el discurso de los que me rodean hoy, el uso desaprensivo de ciertos conceptos que fueron utilizados políticamente en aquellas décadas en que se gestó el régimen y que quedaron vinculados por generaciones a esas connotaciones ancestrales, es, todavía hoy, una labor para iniciados. El uso de palabras de connotaciones racistas que cayeron en desuso y ciertas frases pronunciadas sutilmente en alemán revelan, aún hoy, si se ha superado la prueba del arduo trabajo intelectual y emocional requerido entre nosotros para librarse de la pesada carga del nacionalsocialismo. Todavía hoy el uso de ciertos *slogan* políticos como "Blut und Ehre" (Sangre y Honor) está prohibido en Alemania y es tema recurrente en la prensa y la opinión pública de ese país. Hace sólo algunos meses que un grupo de jueces estableció nueva jurisprudencia con respecto a estas prohibiciones, proclamando que el sentido de ciertas palabras utilizadas por el régimen y dispuestas en una determinada conjunción sólo cobra su relevancia política si se expresan en idioma alemán. En inglés, la misma frase sufre un "extrañamiento" y pierde su peso político. Presentes en los más

mínimos detalles de la vida cotidiana, las palabras y sus efectos perduraron a lo largo de los años en la cultura y el idioma. Incluso la palabra "judío" pareciera ser, para muchos descendientes de alemanes, una palabra de difícil pronunciación. Conceptos como "Hetzfilm", por ejemplo, el que traducido al castellano quiere decir algo así como "película tendenciosa" y del cual se podría escribir una verdadera enciclopedia, era utilizado, por algunos de los que me rodeaban en mi juventud, para catalogar aquellas películas americanas en que los soldados alemanes morían como los indios de la pradera, mientras que los americanos parecían estar protegidos de las balas por un mítico sortilegio sobrenatural al estilo de Sigfrido o de Aquiles. Todos podían, en este caso, identificar con total claridad la propaganda política del enemigo. Aplicar el mismo criterio para identificar la propia parecía, en cambio, para ellos, una tarea imposible de realizar, ya que la cosmovisión propia, en uno de los más claros ejemplos del éxito indiscutible de los programadores de mentes del nacionalsocialismo, se asumía en forma de verdad absoluta. La total ausencia de actitud critica hacía imposible siquiera hablar de cine como propaganda política, un campo en el que los nacionalsocialistas, en realidad, habían sido los verdaderos adalides. Tan completa fue la conversión y su posterior persistencia a lo largo de los años. Las discusiones con muchos de ellos siempre terminaban en ese oscuro lugar emocional en el que anidan las ideologías totalitarias. Por ello era más fácil seguir alimentando las leyendas del poder de los judíos en las sombras de los quehaceres internacionales, mezclando el régimen con la guerra, para continuar, de esta manera, con la deliberada confusión que sostenía que los nacionalsocialistas son los verdaderos portadores de la cultura alemana, cuando en realidad la habían destruido. La despreocupación que muestra una parte de mi comunidad por toda esa época es sólo un síntoma de una actitud inconciente que prefiere no hurgar en temas que no se tienen resueltos, además de la consecuencia de muchos años de silencio. La convicción de que se es dueño de la verdad agrega lo suyo, a pesar de que constantemente se filtren algunas dudas. Todavía en el verano del año 2009, cayó en mis manos un panfleto editado en Alemania por una organización de extrema derecha, distribuido por algunos buenos vecinos de mi pueblo. Los "Huttenbriefe", tal su nombre,

son, en su discurso, una síntesis casi caricaturesca de todo lo que he escrito. Sus editores exigen "Leerlo, reproducirlo y distribuirlo". Sin mayores sutilezas, intentan constituirse en únicos guardianes de la memoria histórica alemana, citando para ello cifras de muertos alemanes y mezclándolas con pretendidos crímenes de guerra de los aliados, para seguir alimentando, de esa manera, las creencias de muchos de los que me rodean. La sugerencia para leer y escuchar al obispo Williamson, negador del Holocausto, los sitúa en arenas más peligrosas y como claros e innegables continuadores de la filosofía política de muchos alemanes y descendientes que me rodeaban en los días de mi juventud en Bariloche. El hilo conspirativo, ante la evidencia de la existencia de estas "cartas", no parece haberse cortado. En una filmación de archivo de los años 80, o tal vez incluso de los años 90, utilizada por Carlos Echeverría en su documental "Pacto de Silencio", Erich Priebke, presidente, en aquel entonces, de la "Asociación Cultural Germano Argentina", al leer un discurso en representación de toda la población de habla alemana de Bariloche, durante la conmemoración del día de la unidad alemana en la plazoleta de las colectividades, se refiere a los rusos como "bolcheviques", cuando en realidad habían dejado de serlo hacía ya muchos años. Llama la atención que el uso de este concepto, por parte de uno de los representantes de un importante sector de la comunidad, no haya sido objeto de alguna observación. Para la embajada alemana, seguramente, este pueblo remoto no revestía ninguna importancia. Sin embargo, este hecho, un detalle menor frente a lo que se develaría más adelante, delata, por parte del orador, una clara predisposición ideológica y, por el lado de la comunidad, aceptación y una gran cuota de ignorancia. Continuando con este criterio, Priebke podría tranquilamente haberse referido a la comunidad inglesa de Bariloche como la comunidad de los "anglosajones", completando así, con la mención de otra de las antípodas entre las cuales se debatió el discurso del III Reich a lo largo de su corta existencia, el cuadro político que insinuaba en su discurso, descontando, claro está, a los judíos, que sin duda ocupaban un lugar predilecto como "fuente de todo mal". En realidad, no podemos negar que la palabra 'bolchevique', con las más variadas combinaciones, fue un concepto de uso predilecto por parte de los nacionalsocialistas. El aviador más

condecorado de la guerra, Hans Ulrich Rudel, para el cual Hitler creó una nueva medalla de honor, habitante de nuestras tierras por algunos años y nostálgico militante de los años dorados del Reich, escribió sus memorias de la guerra en el frente ruso, titulándolas "Piloto de Stuka – 2500 vuelos contra el bolchevismo". También los compositores Arnold Schönberg y Paul Hindemith fueron calificados como "bolcheviques de la música", significado que probablemente requeriría años de exhaustiva investigación dilucidar. No cabe duda de que la lengua es uno de los más claros reflejos del complejo mundo de las representaciones políticas. Actualmente, si leemos con atención revistas y diarios alemanes, sabemos que el tema, también en la tierra de la cual una vez vinieron nuestros antepasados, no ha perdido vigencia. Todavía hoy, alemanes prominentes, como los cancilleres o el mismo Papa, visitan los campos de concentración y los memoriales del genocidio. Constantemente, el silencio se rompe con confesiones de crímenes o relatos de sobrevivientes. La reflexión sobre lo ocurrido está lejos de haber concluido y, para la comunidad de habla alemana de Argentina, tal vez recién esté comenzando. Incluso los panfletos que distribuyen los grupos de derecha en calles y algunas escuelas públicas de Alemania utilizan nuevamente un lenguaje que remite a aquellos años. La propuesta de declarar "zonas nacionales libres" ("National befreite Zonen") a los patios de los colegios para distribuir su material es un claro y peligroso ejemplo de la eterna amenaza de los intolerantes. En Argentina, claro está, hubo otras oscuridades, menos impregnadas de racismo y etnicidad, igualmente crueles. Ignorarlas, para muchos que lo quisieran, es una tarea más difícil porque sucedieron aquí. Hace ya un tiempo, el 16 de agosto de 2006, el equipo argentino de arqueología forense volvió, en su triste tarea de identificar los cuerpos de desaparecidos durante la dictadura, a darle nombre a 9 de ellos. Son los cuerpos de algunos de aquellos que, arrojados al mar hace años, regresaron a estas costas, como ahogados que no se resignaron a hundirse en las profundidades del olvido. Testigos molestos de la barbarie en que se sumieron estas tierras. Nueve nombres que nos golpean con su tremenda actualidad. Imposible ignorarlos. Desconocer los horrores europeos es mucho más fácil, porque sus victimas no llegaron flotando a nuestras costas y los testimonios de los sobrevivientes son ignorados por aquellos

que vivieron todo desde la lejanía. Para ellos, además, solo tiene valor el sufrimiento propio, no el infligido; lo prueban los libros que leen y los panfletos que circulan entre ellos.

1969

Con mi padre frente a Río de Janeiro.

Fue el año en que, en familia y a lo largo de cuatro meses, recorrimos Europa en auto. La fotografía estaba dejando lugar a una nueva

forma de registrar las experiencias: las diapositivas y el formato "súper 8". Al auto, un Fiat 1500 familiar, lo llevamos desde Bariloche. Fuimos y volvimos en barco, algo bastante común en esos años. En mi caso, la banda de sonido del viaje fueron el álbum doble blanco de los Beatles y el álbum doble rojo de los Bee Gees, "Odessa". Este último lleva, en su interior, la imagen de un naufragio, algo que durante todo el viaje, y dado a mis inclinaciones supersticiosas, no dejaba de inquietarme. Escuchar hoy los temas de aquellos primeros discos de los Bee Gees, editados recientemente en su formato original y con numerosos cortes inéditos, me lleva, en mis recuerdos y en un viaje sin escalas, a aquel barco que nos llevó a través del mar, por primera vez, a tierras europeas. Una vez allí, el viaje en auto fue un interminable *road movie* familiar, que nos iba llevando de un sitio histórico a otro. A las filmaciones y a las pocas fotos propias, se les agregaron, durante el viaje, las completas colecciones de diapositivas compradas en los museos y en los demás sitios que visitábamos y que todavía descansan en ordenadas cajas en la pieza de mi madre. De España, recuerdo las callejuelas de Toledo y sus negocios llenos de pequeños recuerdos, el Escorial, la catedral de Burgos, la idílica estadía en Mallorca, la costa del Mar Cantábrico y los Pirineos. Del sur de Francia, los pueblos rodeados de viñedos y el coliseo de Nantes. De París, conservamos, entre las clásicas fotos de la torre de Eifel, una foto familiar panorámica en blanco y negro frente al palacio de Versailles. De Holanda, recuerdo los molinos en los pequeños pueblos rurales rodeados de canales, las prostitutas en las vidrieras de Ámsterdam, la visita al villorrio de Marken y la atmósfera de revolución joven en las calles. En Ámsterdam, también, compré mi saco de cuero al estilo David Crosby, que fue la envidia de muchos de mis amigos a nuestro regreso. Viajábamos como una familia argentina que visita Europa, la "cuna de la cultura", donde, según algunos, empezó todo. Alemania ocupó su lugar en el viaje, pero me ha quedado la sensación de que, en esa visita, Alemania solo fue un país más entre muchos otros. En el Norte, todavía había parientes. Visitamos las tumbas del bisabuelo pastor y su mujer en Mildstedt, algo que, a juzgar por las fotos de los álbumes que encontré en casa, se había convertido, para mi padre, a lo largo de su vida, en un verdadero lugar de peregrinación. Allí, sin duda, había poco que recordara a los terribles días

de la II guerra y los faros, el mar y sus bucólicas playas, los pequeños pueblos y su gente y los paisajes en general, parecían ser parte de la Alemania ideal, despolitizada y eterna, es decir, la que uno recuerda cuando la abandona. En uno de aquellos viajes posteriores, también participé de la vida cotidiana de mis primos, acompañándolos a conciertos de rock y a las discotecas. La región, una extensa llanura de mar a mar, no dejaba de tener una cierta similitud con las planicies de nuestra tierra. De aquellos días, escribí con ironía a una amiga: "Bailé con una 'frisia' pura, rubia y de ojos celestes (¿racista?)" y, después de relatar el regreso a la medianoche bajo la luna llena, citaba, otra vez con ironía, a Lorca: "Luna llena, jaca negra y aceitunas en mi alforja, aunque sepa los caminos, yo nunca llegaré a Córdoba, Córdoba, lejana y sola. (Lorca, nada que ver!)". A medida que pasaron los años, descubrí que, en ese particular rincón de Alemania, en donde privaba la presencia del espíritu de mi bisabuelo, el Pastor luterano, estaba, para mi padre, la clave del mandato, la herencia invisible que fluye de generación en generación, lejos de las ideologías y la política. En Baviera todavía visitamos el increíble castillo de "Neuschwanstein", que una vez fuera el hogar de Luís II, un verdadero decorado de cuento de hadas. Continuamos a Austria y luego hacia el sur, cruzando los Alpes rumbo a Italia. Fue un largo viaje y, al recordarlo hoy, puedo unir cada geografía con alguna percepción sensorial definida. Todo me parecía extrañamente familiar. Eran, sin duda, los originales de las copias que habían quedado en casa. Allí estaban las callejuelas de las ciudades medievales de España o Alemania, los bosques de pinos del mediterráneo en Mallorca y las modernas autopistas zigzagueantes que atravesaban los Pirineos o los Alpes, los pintorescos canales de Venecia y las fábricas de vidrio de Murano, las retorcidas figuras humanas petrificadas de Herculano al pie del Vesubio, los incontables palacios y fortalezas de épocas pasadas, los museos, los cafés de Viena y los puertos, en donde comenzó y terminó nuestro viaje. Yo volvería a Europa algunas pocas veces más. En esos otros viajes, visitaría Berlín, cruzando en tren por la vigilada frontera entre la República Democrática y la República Federal, y observaría con asombro los alambrados y las torres de vigilancia de la nueva guerra ideológica, o la vieja reeditada. Visitaría, también, en el Piamonte italiano, al norte de Italia, la ciudad natal de mi

abuelo materno, “Traverse del Perrero”. De ese viaje en particular, a fines de la década del 70, queda en casa una serie de fotografías que nos muestra a mi hermana mayor, a mi cuñado Julián, a su hija Andrea y a mí en los Alpes marítimos y luego paseando en la ciudad de Génova. Un viaje a lo largo de las “*cinque terre*”, en la costa del mar Mediterráneo, completa los registros fotográficos de aquella visita. En otro viaje, la curiosidad histórica y la obsesión por mis raíces también me llevarían, a mí, al igual que a mi padre, al pueblo natal de mi abuelo paterno.

Iglesia San Lamberti, Mildsted, Alemania.

Allí deambularía por las calles del pueblo, que su poeta imaginó gris y envuelto en niebla, y recorrería en soledad las islas frisias del Mar del Norte: Keitum, Sylt, Föhr y Amrun, en donde todavía se podía respirar una historia que hundía sus raíces en los tiempos que las sagas llamaron “de los robles de Odín y del granizo de hierro, pesado, fuerte y largo". En este litoral viven hoy los descendientes de aquel pueblo de navegantes, los frisios, una de las minorías nacionales de Alemania. Según la leyenda, Carlomagno, en los tiempos oscuros del comienzo del medioevo, liberó de la servidumbre de los señores feudales por servicios prestados, “mientras el viento sople desde el paraíso, los niños lloren, el pasto crezca verde, las flores florezcan y el sol salga y el mundo permanezca". Todavía

conservamos en casa una fotografía de mi tía Ana, una de las hermanas de mi abuelo, posando con la vestimenta tradicional de aquellas islas. También en esos viajes haría mi primera incursión a Inglaterra, a la que recuerdo, en aquellos años, como bastante alejada de la perfección del "milagro económico" que aparentaba Alemania y mucho más cercana a nuestra imperfecta realidad sudamericana. Cuando, finalmente, en un frío amanecer, vi a lo lejos, desde el trasbordador, los blancos acantilados de Dover, sentí que estaba llegando a esa tierra legendaria de la cual tanto había leído y en la cual se mezclaban las historias medievales del rey Arturo con las imágenes populares del Londres de los años 60. El tren que desde la costa me llevó a Londres parecía una fiel réplica de los trenes que me llevaban a casa a través de Patagonia. Hasta los uniformes de los guardas eran asombrosamente parecidos. Dicen que ahora todo es distinto. En Londres pude ver una versión en teatro de "Jesucristo Superstar", la obra por la cual, en mi país, se habían quemado cines y destruido teatros. En las planicies de Salisbury pude tocar, con mis propias manos, los megalitos de Stonehenge, cuando todavía eso era posible. De esa visita todavía guardo, entre mis libros, un pequeño folleto que habla del folklore legendario que rodea a esas piedras sagradas. Luego de ese último viaje, a Europa no volví más. Nunca visité los campos de concentración. Tampoco las playas del desembarco aliado en Normandía, que siempre quise conocer. Los cambios se están sucediendo sin respiro y todos me cuentan que ya poco queda de la vieja Europa que expulsó a tantos, que los malos tiempos no volverán y que ahora todos viven en una organizada opulencia. Tal vez. De los europeos que me rodearon en mi juventud, me quedó una cierta aprensión a los países de donde venían, porque nunca pude resolver, en mi interior, el dilema y las contradicciones de tantos siglos de violencia, racismo y xenofobia, junto a tanta abundancia de civilización que envolvían a las tierras de las que venían. Presiento que en algún oscuro lugar todavía duermen agazapados los viejos prejuicios. Muchas veces, durante mis cortas estadías en Europa, intuí la abismal diferencia que había entre la tierra en la que había nacido y la de mis abuelos. Recuerdo una vez en que me senté al lado de un grupo de trabajadores españoles en una mesa de una cafetería y hablé castellano con ellos. Las penetrantes miradas de los parroquianos alemanes expresaban el disgusto

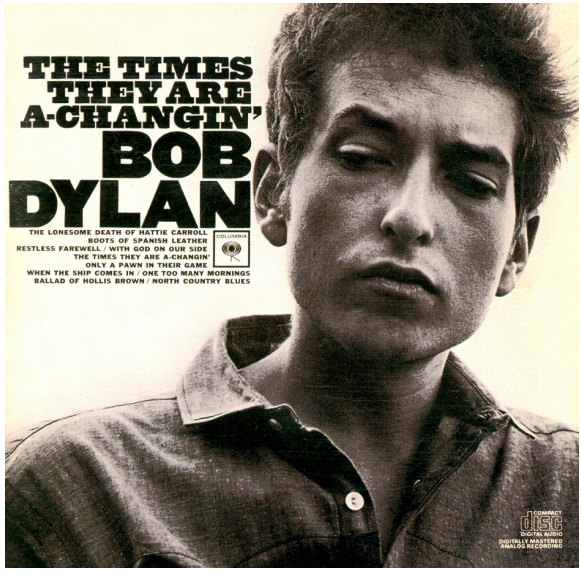
que sentían por verme sentado con ellos, como si hubiera quebrado un mandato ancestral al atravesar la frontera invisible de dos mundos. Hoy, a quienes llegaron a Alemania, hace décadas, como trabajadores de la periferia europea o de Turquía y a los que siguen llegando, ya no les dicen "extranjeros", sino "alemanes con una historia de inmigración" ("Deutsche mit Inmigranten Hintergrund"). Es lo que yo soy en la Argentina, les digo, y me miran asombrados y sin entender, como si los europeos fueran siempre "ciudadanos del mundo" adondequiera que vayan y solo los demás pueden cargar a sus espaldas "una historia de inmigración". En mi caso, en cambio, me considero un argentino con "una historia de inmigración". Los argentinos ancestrales, los que estuvieron siempre, son los habitantes originarios. Nosotros llegamos después. Mi familia es parte de los emigrados que escapaban de las hambrunas, la escasez de tierra, las guerras y demás crueldades, en búsqueda de un futuro mejor. En ese viaje, trajeron consigo la Europa ideal, la que finalmente quedó en su memoria. La otra, la verdadera causa de su desarraigo, quedó del otro lado del mar, olvidada junto a los muertos. En aquel primer viaje de 1969, la Europa histórica de rostro civilizado, la ideal, desplegó, ante nuestros ojos, todo su esplendor. Las contradicciones internas y las tensiones sociales quedaron ocultas a nuestros ojos. En realidad, en la familia, nadie las quería ver. Repetimos, así, la tradición familiar que inauguró mi padre en el año 1937, es decir, la de ver sólo lo que uno va a ver. Lo demás permaneció en la penumbra. Sin embargo, yo ya traía en mi equipaje algunos libros de actualidad y algunos discos de cantantes de protesta alemanes, voces de la vida cotidiana real, que transcurría fuera de los museos, las catedrales y los palacios. Fueron nuevamente la música y la literatura las que me abrieron la puerta para poder ver, entre los decorados y la apariencia, los claroscuros que no mostraba la "Europa soñada". Fue, sin duda, un viaje iniciático para todos. En mi caso, no logré vincularme a esa tierra. La evidencia está, como siempre, en las pequeñas anécdotas cotidianas que recordamos. Un día detuvimos el auto cerca de la ruta, al borde de un oscuro bosque de pinos. Decidí internarme en él para alejarme del ruido de los autos, pero apenas lo hice, pude ver, a lo lejos, una nueva casa, un alambrado, unos galpones y una nueva ruta. Era imposible alejarse de la gente. No hay duda de que,

en mi alma, ya latía la inmensidad de mi tierra, a la que imaginaba más salvaje, más virgen, más real y más vacía.

El viejo Fiat 1500, con su antiguo portaequipaje cromado, todavía circula por las calles de mi pueblo. Como el viejo colectivo gris de la CNEA, que no se resigna a desaparecer y siempre vuelve a surgir detrás de una esquina, son todos fantasmas de otros tiempos, a los cuales nos une el frágil hilo del recuerdo. En 1969, cuando desde Europa regresamos al sur y desde las ventanillas del auto vimos, como lo viera mi padre en 1946, el Lago Nahuel Huapi bajo el marco imponente de la cordillera, sentí que llegaba definitivamente a casa.

Mi familia de regreso a casa, Pampa de Alicurá, 1969.

LOS TIEMPOS ESTÁN CAMBIANDO



Y llegaron los últimos años de la secundaria. Mi grupo de amigos se ampliaba y también mis actividades. En el cine club del Centro Atómico, todos los viernes, podíamos ver un fragmento de las complejidades del mundo y debatirlo. Cine alemán, francés, italiano,

argentino. Los clásicos del cine de autor de la Europa contemporánea y del cine latinoamericano. Allí conocí a Glauber Rocha y su *cowboy* del *sertao* "Antonio Das Mortes"; a Fernando Birri y sus "Inundados"; a Sergei Eisenstein y sus películas épicas de la revolución rusa; a W. Fassbinder, ícono del nuevo cine alemán, con sus películas que parecían salidas de las profundidades insondables de la nueva nación; al director sueco Ingmar Bergman y sus parábolas medievales y a muchos directores norteamericanos que el cine comercial de Hollywood había marginado. No había Internet, no había video caseteras, era nuestra única posibilidad. La música llegaba de la mano de los *long play* de vinilo, de los cuales todavía conservo una gran colección. Un grupo de iniciados conocía a Bob Dylan, Joan Báez, los Beatles y los Rolling Stones. Todavía recuerdo el día en que, en la casa de artículos domésticos "Homes" de la calle Quaglia, compré "Flowers", un compilado de los RS de 1967, de cuya tapa se decía que el único tallo sin hojas de la flor que llevaba en su interior el rostro de Brian Jones anticipaba su prematura y pronta muerte. Al igual que lo sucedido con "Beggers Banquet", pensé que "Flowers" había salido el mismo año que lo compré. Para mi sorpresa, ambos ya llevaban años en el mercado. Tales eran las distancias y los tiempos diferidos de ese otro mundo, el de la aldea. La blanca tapa de "Banquete de Pordioseros", con la frase RSVP como título, convertida en una rara pieza de colección y considerada por muchos como tapa original, era, en realidad, una respuesta a la censura a la tapa original, que era una foto de la pared de un baño público cubierto de *graffities*.

El consenso de la comunidad indicaba que debías trabajar y estudiar y que la revolución de las flores tenía corta vida. Estaban equivocados, era sólo el comienzo y la influencia de la filosofía que la sustentaba todavía persiste hoy en día. El guitarrista de una de aquellas bandas, al que se le pronosticaba una pronta muerte debido a su adicción a las drogas y su desordenada vida, ganará en estos años, con su autobiografía, mucha más plata de la que mi familia ha llegado a ganar a lo largo de varias generaciones. Los amigos que volvían de Europa traían las últimas novedades de la música, entre ellas, los nuevos discos de Yes, Jethro Tull o Génesis, la flor y nata del nuevo rock sinfónico inglés. Las tapas de esos

discos eran parte del cambio de percepción estética de la realidad, al igual que las extrañas vestimentas de sus músicos, que evocaban vagas reminiscencias de los libros de Dickens y otros autores ingleses que teníamos en casa. Sin embargo, esto no era Buenos Aires. Si fuera por el ambiente general, en realidad, los jóvenes tendríamos que haber escuchado solo música *country* o algo por el estilo, como Creedence Clearwater Revival o Johnny Rivers, a cuyos ritmos bailábamos. El *country* más denso y oscuro, al estilo de Hank Williams, una música que bien podría servir de fondo para algunas de las historias familiares de mi pueblo y, de cuyo sonido, Dylan dijo que, al escucharla, "lo había sacudido como una descarga eléctrica", lo conocí recién unos años después. En mi caso, comencé, en aquella época, a desarrollar una pasión por la música popular, que todavía continua. Con ella se abrieron una serie de puertas hacía nuevos universos, en cuyos umbrales la realidad parecía cobrar otro sentido.

Joan Baez, Regreso de las sombras, 1971.

Del *folk* norteamericano rescaté a Woody Guthrie, "el trovador errante de las tormentas de polvo"; al activista político Pete Seeger y a Joan Báez, la incansable militante pacifista de voz "dolorosamente pura". A Pete Seeger, cuyo banjo llevaba la inscripción: "Esta máquina rodea el

odio y lo obliga a capitular", llegué a estrecharle la mano en un auditorio de Los Angeles, California, después de un concierto en el que cantó junto a un grupo de chicanos. Tuvo, aquel memorable recital, un momento en el que aquel pasado, siempre renuente a desaparecer y tan presente en la atmosfera de obligado silencio de mi comunidad natal, hizo nuevamente su irrupción. Seeger pidió a los sobrevivientes del Holocausto que estaban en la sala que cantaran junto a él "Schtille di nacht", una canción compuesta en 1943 por una niña judía polaca de 18 años, miembro de la resistencia. "Silenciosa está la noche y las estrellas brillan sobre la escarcha, ¿te acuerdas?". Todavía recuerdo, como si fuera hoy, a aquella sala en absoluto silencio y las voces de dos o tres mujeres, náufragas de la historia, de pie en la sala, cantando con Seeger esa estremecedora canción, en un idioma tan similar al alemán, pero del cual apenas quedan rastros. Muchos años después, y luego de haberla escuchado por primera vez en la voz de Joan Báez, y memorizado y cantado por años junto a mis amigos, tomé conciencia de que los versos de la canción "Dona Dona", que hablaba del triste destino de los corderos llevados al matadero, fueron también escritos en *jiddisch* bajo similares circunstancias. Con el nombre de "Dos Kelbl", otro judío polaco, el escritor y maestro de escuela Jtschak Katsenelson, los escribió en recuerdo del destino corrido por su mujer y sus dos hijos, que en 1942 fueron deportados a Auschwitz. Demás está decir que, en 1944, él correría el mismo destino que su familia. De Woody Guthrie, leí, con avidez, su autobiografía *Bound for Glory*, en la que relata su vida desde su nacimiento en Oklahoma en 1912 hasta el año 1940. Años después, también pasó por mis manos la completa biografía que de él escribiera Joe Klein: *Woody Guthrie-A life*. Como testigo privilegiado de toda una época, en el libro de Guthrie desfila toda la galería de personajes que uno luego vería en las clásicas películas del cine americano como "Viñas de Ira" o "Gigante", o en las fotos testimoniales de los desarraigados de la "olla de polvo", que recorrían desahuciados las grandes planicies del sudeste de su país, que la fotógrafa Dorotea Lange tomara durante la gran depresión de los años 30. Joan Báez, sin embargo, era otra cosa. Sus discos, sabe Dios por qué vueltas del destino, se editaban en Argentina y todavía hoy, se descubren en muchas casas de Bariloche, bajo su antigua forma de vinilo. Su voz, en una tranquila tarde

de domingo o mientras que en el auto se devoran solitarias rutas patagonicas, puede, aún hoy, conmoverte con una cierta intensidad. Baladas tradicionales como la excepcional “Railroad boy”, una trágica historia de un amor no correspondido, o “Banks of the Ohio”, la clásica balada de amor y celos que termina en crimen, son melodías inmortales que me acompañarán hasta el final de mis días. A ella, también, la alcancé a escuchar en el Luna Park de Buenos Aires, en una de sus pocas visitas que hizo al país, a comienzos de la década del 70. Con mi amigo Alexis, pude participar, luego del concierto, de una reducida rueda de prensa, en la que manifestó, con toda claridad, sus convicciones políticas. A través de las letras de las canciones y del compromiso político de estos cantantes, descubrí otra dimensión de la historia norteamericana, que con el tiempo me ayudó a no incurrir en apresuradas generalizaciones. Todos ellos han mantenido sus ideales a lo largo de estas décadas oscuras y canciones actuales como “Motherland” o “Christmas in Washington”, del disco “Dark Chords from a Big Guitar”, de Joan Báez, todavía llevan la llama que ardió en los tiempos en que el pacifismo y la lucha por los derechos civiles ocupaba una parte esencial de la agenda de aquellos comprometidos músicos norteamericanos. Mucho tiempo después, en mi incansable búsqueda de las raíces folklóricas de las canciones que conocí con Joan Báez, descubrí a los fascinantes músicos irlandeses e ingleses y a la muy americana familia Carter, cuya música parecía nacer de lo más profundo del alma de aquella nación. June Carter iba a terminar, años después, casándose con Johnny Cash y estaría, gracias a una famosa película, en boca de las nuevas generaciones. Los discos que yo tengo la muestran todavía como una pequeña niña de campo y como parte de aquella familia que, en el día en que iban a grabar sus primeras canciones y después de haber viajado por dos días a través de las montañas, no quiso presentarse en el hotel de aquel remoto pueblo de los Apalaches por no tener la ropa adecuada. De algunos de estos discos de mi temprana juventud, hasta recuerdo cómo y dónde los escuché por primera vez. Tal es el caso de Leonard Cohen, el músico y poeta canadiense, hijo de un rabino. Su melancólica voz me llegó en la oscuridad del cine del pueblo, envuelta en paisajes que parecían los nuestros. “Mujer viajera, quédate un rato, quédate hasta que la noche termine.” Así cantaba el trovador,

mientras que la nieve iba cubriendo al pistolero agonizante y su mujer amante se hundía en un trance de opio junto a los trabajadores chinos, en los barracones de un olvidado pueblo minero del lejano oeste canadiense. Era una verdadera sucesión de inolvidables *videoclip* y, a partir de aquella película, nunca pude olvidar su voz. Sus discos, en ese entonces, no eran muchos, pero me decidí a buscarlos. Las letras de sus canciones eran de una belleza espectral, pero su pesimismo proverbial hacía que muchos, en aquellos años, discutieran la fecha de su, al parecer, inevitable suicidio. Hoy vive en un monasterio de Los Ángeles, en la soleada California; una verdadera contradicción a juzgar por las lúgubres letras de sus canciones.

En la oscuridad del cine de ese pueblo, también conocí a Mick Jagger en su papel del bandido australiano Ned Nelly y su impecable interpretación *a capella*, junto a un grupo de colonos irlandeses, de la canción folklórica "The wild colonial boy". "Pelearé pero no me rendiré" cantaba antes de ser ejecutado y, señalando con el dedo hacia el infierno, en un gesto que impresionaba a la audiencia joven, dedicaba la última frase, "Los veré allí", a los muy ingleses miembros del jurado. Claro que

en ese entonces no era todavía un "caballero de la reina", era todo lo contrario, un rebelde que señalaba el camino. Ahora que la vida se le acorta, seguramente maldecirá haber pronunciado esa frase. La inconfundible voz de Johnny Cash me llegó de la mano de Bob Dylan en su balada "Chica del norte del país". Su letra y ambientación llevaron a que, cambiando los puntos cardinales, la utilizara, a lo largo de los años que pasé en Buenos Aires, para añorar a "una chica de cabellos largos que una vez amé en un lugar en que los copos de nieve caen, los ríos se congelan y el verano se muere". Jimi Hendrix me llegó de la mano de Woodstock y su inolvidable interpretación del himno norteamericano, imitando el sonido desgarrado de ametralladoras, un verdadero testimonio del signo de los tiempos. Así iban llegando los discos de la mano de amigos viajeros y azafatas que hacían, del intercambio de estas preciadas mercancías, casi una profesión. The Band, Simon y Garfunkel, Neil Young, Crosby Stills and Nash, la banda de sonido de mi vida. Todavía hoy, cuando despliego ante mí el librito del último disco de Neil Young, "Viento de la Pradera" (2006), y escucho las canciones dedicadas a su padre recién fallecido en las interminables llanuras canadienses en donde nació, y escucho la última versión del tema "Magdalena Laundries", compuesto por la canadiense Joni Mitchell para las mujeres descarriadas de Irlanda que terminaron sus días "sentenciadas a un insomnio sin sueños", en la tensa versión de dientes apretados de Emmylou Harris (que me conmueve hasta las lagrimas); y escucho a Beth Orthon cantando "Las hermanas de la caridad", de Leonard Cohen, o a Patti Smith en la dolorosa despedida a su compañero en "Gone again", pienso que fueron una buena banda de sonido para acompañarme a lo largo de todos estos años. Hoy, con las nuevas tecnologías que se encuentran a nuestra disposición, el mundo parece haberse instalado en nuestra casa y es difícil imaginarse aquel otro mundo en el que vivíamos en ese entonces, un mundo que llegaba a nosotros en cuentagotas y al que se descubría a través de las claves ocultas en las noticias de los diarios, las revistas, los libros o los comentarios personales de los viajeros. Ver a través de una computadora a Judas Priest interpretando en versión lenta y casi acústica aquel clásico de Joan Báez, "Diamonds and Rust", o a los escoceses Nazareth el tema "This Flight tonight", de Joni Mitchell, y al melancólico Townes Von

Zandt, fallecido hace unos años, su tema "Pancho and Lefty", es algo que, de haberlo podido hacer con tanta facilidad en aquel tiempo perdido de la aldea, hubiera cambiado muchas cosas. De la revolución *hippie* nos llegó, además de la música, la moda. Pero era solo un pálido reflejo de lo que sucedía en otros lados, incluso en Buenos Aires. Todavía recuerdo aquella camisa floreada, en que el azul y el blanco se fundían en un diseño psicodélico, que compré en una boutique de moda de la calle Mitre llamada "Quemu Quemu". Vestir aquella camisa junto con el saco de cuero que comprara en Ámsterdam en el año 1969, con sus largos flecos al mejor estilo David Crokett, utilizado por muchos músicos americanos de aquellos años, era una verdadera declaración de principios y una forma de sentirse parte de la revolución joven que estaba sacudiendo a la mayoría de los países de Occidente. Sin embargo, esto era un pueblo y había, en todo, una especie de acuerdo para que nadie se saliera de los carriles; había una fuerte presión social que algunos de mis amigos ignoraron, no hay ninguna duda. Cuando Steven, por ejemplo, volvió de Inglaterra, parecía salido de una tapa de un disco de Jethro Tull. Nosotros lo admirábamos, pero en el aire se respiraba la desaprobación de los aldeanos. La abrumadora presencia actual de lo visual tampoco existía. La reemplazaban las historietas, un formato cuya lectura cultivé desde ese entonces. Primero fueron las historietas alemanas para chicos, como "Fix und Foxi"; luego, los clásicos dibujos animados y los superhéroes, a los que siguió la lectura de los libros de clásicos de la literatura de la editorial Bruguera, que mezclaban texto e historieta. Finalmente, fueron los "álbumes de novelas gráficas", en los que se destacaba Nippur de Lagash y sus relatos legendarios, que bordeaban la crónica histórica, y muchas otras historietas que, en aquella época, saciaban el natural hambre por lo visual, que con el tiempo fue reemplazado por la televisión, los videos y, finalmente, por Internet. Ahora, la preeminencia de la imagen cubre con su manto la totalidad del planeta y, parafraseando al autor norteamericano Neil Postman, podemos, sin siquiera darnos cuenta, morir divirtiéndonos. Hojear esas historietas en aquellas tardes era el equivalente a lo que sería, luego, ver en la televisión del living de casa una sucesión de clásicas series norteamericanas. Entre los dibujantes de aquellas historietas, también estaban las de Gabino Tapia y las de Carlos Casalla, que vivían

en el pueblo. En sus historias, siempre prevalecía la defensa de lo propio y una imagen más realista y menos estereotipada de gauchos y nativos, lo que ayudaba a equilibrar las miradas. Hace pocos años, C. Casalla dibujó, en un mural de la sala del Hotel Nevada, en pleno centro de la ciudad, a todos los personajes que la historia oficial considera parte fundamental de la historia de la región. Allí, en alegre montón, conviven, en un cuadro que bien podría ser un fotograma de alguna película o una estampilla del correo oficial, los personajes notables que dieron forma al entramado histórico de la región. Sin embargo, los procesos e intereses que subyacen a la apariencia, como siempre, permanecen ocultos.

Salvando diferencias, entre las historietas también estaban "Las aventuras de Tin Tin", el joven e intrépido reportero europeo, que nos llegaba en francés. Viéndolo retrospectivamente, supongo que la historieta del dibujante belga Georges Remi, más conocido por su seudónimo Hergé, completaba el cuadro de muchos de los estereotipos culturales que una parte de mi comunidad cultivaba. Basta con hojear "El cetro de Ottokar" o "Tintin en el Congo" para saber de qué estoy hablando. En esta última, una serie de escenas ilustradas muestran, en primer lugar, a Tintin subido a un árbol y taladrando un pequeño agujero en la piel de un rinoceronte para colocar allí un cartucho de dinamita. En las viñetas siguientes, el pobre animal finalmente vuela por el aire y Tintin observa sorprendido los restos de un solitario cuerno que asoma desde la sabana. Reírse ante esta serie de escenas sería, para el lector actual, definitivamente un gesto políticamente incorrecto. La escena siguiente del leopardo huyendo de su propia imagen en el espejo mientras exclama "¡Qué animal más horrible!" es, sin duda, una vuelta a un humor más sano. A "Little Nemo in Slumberland", la historieta del chico soñador, uno de los grandes clásicos de la historia del *comic*, la conocí casi en la misma época, en la contratapa de la revista "El Expreso Imaginario" y me cautivó. Unos años después, mis padres me traerían, en una edición suiza, la versión completa de la tira que el dibujante norteamericano Winsor McCay publicara por primera vez en la edición dominical del *New York Herald*, el 15 de octubre de 1905, y de la cual, con el nombre de "El pequeño Nemo en el país de los sueños", ya existe una versión fílmica con

guión de Ray Bradbury. No hay duda de que la surrealista sucesión de imágenes del libro es parte de la imaginería más creativa de la cultura popular del siglo XX. A pesar de que todos los episodios reflejan, en su maravilloso juego visual, la influencia del mundo de los sueños y la imaginación infantil, hay una tira, la del 31 de diciembre de 1905, que se acerca más a nuestros propios miedos adultos. En ella, el pequeño Nemo, en sueños y a medida que va abriendo casilleros que señalan años, llega al año 1999 transformado en un anciano solitario, ciego y encorvado, que bajo un negro cielo estrellado exclama: "Oh, padre tiempo, ¿dónde estás? ¡Regresa y vuelve a transformarme en el chico que una vez fui!". Al despertar como niño angustiado en brazos de su madre, el autor, en un giro que resta dramatismo al relato, le hace preguntar al pequeño Nemo: "Mamá ¿soy un hombre viejo?". La edición suiza es, sin duda, un hermoso libro que todavía atesoro en mi biblioteca. Hubo, claro, otras historietas que no pasaron inadvertidas. Por ejemplo, las de revistas como "Rico Tipo" (1944-1973) o "Paturuzú" (1936-1977), que en mi imaginación asocio a la peluquería de Tomasello, ubicada en esos años en una galería de la primera cuadra de la Mitre, que todavía existe y en la cual solía cortarme el pelo. Hojeándola, conocí personajes que, en aquellos años y en mi pueblo, me eran extraños, ya que reflejaban tipos sociales de la ciudad de Buenos Aires. Sin embargo, la sátira y la ironía de "El otro yo del doctor Merengue", la trágica figura de "Fúlmine", las insaciables obsesiones gastronómicas de "Pochita Morfoni" y la capacidad inútil de "Tara Service", dieron forma, a través de su lectura en las tardes de siesta de una clásica peluquería de pueblo, a una original forma de ver la realidad que, con su lúcido humor gráfico y muy argentino, ampliaba horizontes.

En el año 2007, en el Centro Cívico del pueblo, se expuso una muestra itinerante de humor gráfico argentino. Con mis hijos recorrí detenidamente los paneles, para compartir con ellos una parte de aquellos personajes de mi infancia, que ahora ya pertenecen al imaginario colectivo de nuestra sociedad. La lectura de estas primeras historietas me llevó, más tarde, a interesarme por una historieta más adulta y oscura, que abordaba otras dimensiones de la realidad política y social en la que vivíamos y de

la cual hablaré más adelante. En esos tiempos, también cantaba en el coro de Niños y Jóvenes Cantores de Bariloche, dirigido en ese entonces por Luscka Kralj de Jerman. Luscka era eslovena, y por algunas charlas aisladas, pude entrever que, de la guerra en su tierra natal, también traía heridas. En el coro estaba representado el amplio espectro de las nacionalidades europeas del pueblo y también sus religiones. Era un claro ejemplo de lo que otro esloveno llamó el "pacto de convivencia", es decir, un acuerdo no escrito que los inmigrantes mantuvieron en esta tierra para olvidarse de las atrocidades europeas y que con el tiempo se fue convirtiendo en un impenetrable "pacto de silencio", verdadero maleficio del cual la comunidad en general no logra desprenderse. Mi participación en el coro la recuerdo como una experiencia muy placentera. En el año 1971, grabamos el disco "Vivimos en nuestras montañas". La tapa del mismo, una gran foto en color, se ha convertido con el tiempo en un ícono del "Bariloche europeo" de aquellos años. No podría haber una imagen más representativa del ambiente centroeuropeo en que transcurrió una parte de mi infancia que aquel grupo de chicos cantores y su directora, sentados sobre un prado de flores amarillas, con las montañas nevadas como fondo y el emblemático hotel Llao Llao en la lejanía. Una imagen que, por otro lado, parece remitir a una escena de la vida de la familia Trapp en "La Novicia Rebelde". Además, allí, en los alrededores del lugar en donde sacamos aquella foto, al oeste del ecumene, se concentraba, como una antípoda geográfica a las estepas de este y los barrios del sur, un grupo significativo de artistas vinculados a la cultura europea, en su sentido más clásico y tradicional. Al igual que los fotógrafos de las montañas, como es, por ejemplo, el caso de Augusto Valmitjana, también los fotógrafos de Bariloche de aquella época documentaron la vida cotidiana de una parte de la comunidad en el marco del paisaje correspondiente, dejando así un claro testimonio visual de que todos parecíamos habitar en la iconografía emblemática de la "Suiza argentina". De esa manera, siguieron alimentando una profecía que nunca deja de cumplirse.

Todo en ese mundo parecía estar en su lugar. En la actualidad, los fragmentos ya comenzaron a mostrar sus contornos y el cuadro empezó a resquebrajarse. En aquella época, la ruta al Llao Llao parecía un solitario

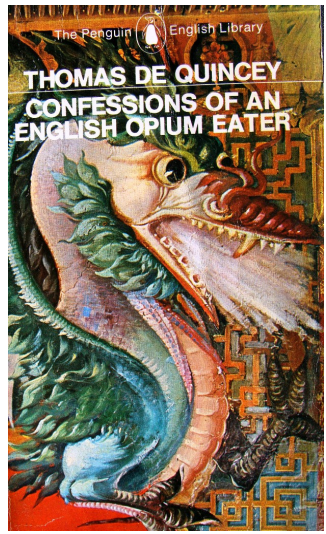
camino de campo, solo transitado por los autos de las pocas familias que vivían en esa dirección y los viejos colectivos Leyland, que en el municipio oficiaban de transporte público. Muchas veces, después de haber visitado a mis amigos de la familia Wesley en el kilómetro 15, ese hogar, que en su estilo era tan distinto al de las casas de las familias centroeuropeas que estaba acostumbrado a frecuentar y en donde se respiraba una clara atmósfera inglesa, yo me paraba, en aquella ruta desprovista de tráfico, para hacer dedo y volver al centro, en un viaje que parecía ser un regreso del campo.

Mi vinculación con el idioma y la cultura inglesa tenía antecedentes familiares, ya que mi madre lo hablaba y lo enseñaba. Pero, si bien el amor a la literatura inglesa y norteamericana, alentado por ella, me acompañó siempre a lo largo de la vida, fue la música la que me abrió las puertas a la comprensión de los cambios que se estaban dando en el mundo y en donde, en esos años, la preeminencia inglesa y norteamericana era indiscutible. La influencia de mi madre hizo que, también en esa época, concurriéramos todos sus hijos a aprender inglés en el Instituto Hudson, de la profesora Ruth Spagat. Al ser una actividad fuera del horario escolar, concurrir a aquellas clases nos hacía sentir como adultos. Todavía recuerdo con absoluta claridad las dos habitaciones del Instituto y su decorado. En una de las paredes, colgaba un afiche del primer "Disneyworld" en California. Nos encantaba imaginarnos allí. El Instituto era una puerta abierta a las vivencias de otra cultura, que llegaba de la mano de otro idioma y de la vasta cultura de Ruth. Había algo absolutamente contemporáneo en aquellas aulas, algo que lo convertía en una ventana abierta al mundo. No se respiraba allí esa atmósfera tan cargada de temas no resueltos que parecía envolver a la enseñanza de ese otro idioma, el que hablaban los que rodeaban a mis padres. Sin embargo, Ruth también cargaba con una historia europea de cierta densidad, pero nunca hablamos al respecto. En retrospectiva, pareciera que las mujeres jugaron, en mi vida, un papel importante en la creación de una visión más rica de la realidad. Ruth, en ese campo, dejó su huella. A medida que mis conocimientos de inglés crecían, mi madre fue reafirmando mi amor a la literatura inglesa y norteamericana. Así accedí, entre otras cosas, a las

obras de escritores como Shakespeare, Dickens o E. Bronte y a poetas como Blake, Keats o Byron, en su idioma original. Entre los libros de mi abuelo, había también una cantidad considerable de autores de ensayos, un género en el que los ingleses parecían descollar. Thomas de Quincey y sus autobiográficas *Confesiones de un fumador de opio*, que se inscriben dentro de los escritos de aquellos que ingresaron en el mundo paralelo de los paraísos artificiales, como Aldous Huxley o Charles Baudelaire, todavía hoy me parecen extraordinarias. Tal vez sea un resabio de la era de la industrialización o de la influencia imperial de los siglos en que Inglaterra dominó el mundo, pero su campiña de verdes prados, sus universidades victorianas y sus ciudades envueltas en un halo de leyenda siempre ejercieron en mí una cierta fascinación. "Y bien, Oxford Street, madrastra de corazón de piedra, tú, que escuchas los suspiros de los huérfanos y bebes las lágrimas de los niños, por fin me he alejado de ti; el tiempo llegó finalmente para que angustiado yo no camine nunca más tus terrazas sin final, para que nunca más sueñe y despierte bajo las garras del hambre." El turbulento páramo inglés de la novela "Cumbres Borrascosas", de la escritora inglesa Emily Brontë, escenario de una cruel historia de pasiones desatadas, me recordaba a muchas historias similares que se cuentan en las desoladas latitudes patagónicas. En la década del 70, la dulce cantante inglesa Kate Bush compuso una canción al respecto, que con la extraña y sensual coreografía del video que acompaña el tema, logra, después de más de 150 años, una actualización estética perturbadora de aquella historia tan inglesa. Yo no dejaba de atar cabos. Buscaba, en los versos de visionarios y poetas como William Blake o Emily Dickinson, alguna clave para entender los misterios del mundo que me rodeaba. Todos aquellos autores me iniciaron en los placeres de disfrutar de un idioma sublime y proyectaron su larga sombra sobre las infinitas versiones que, de la mano del cine y la música, irían apareciendo sobre aquellas obras en el futuro. Accedí así, también, a muchos escritores norteamericanos que utilizaban el inglés de una forma mucho menos barroca, mucho más simple y precisa. Entre ellos estaban Carson Mc Cullers, Truman Capote, Bret Harte, Thornton Wilder, Edgar Lee Masters, John Steinbeck, Ernest Hemighway y Ray Bradbury. Una gran parte de las descripciones de la vida cotidiana de esos pueblos perdidos del medio

oeste norteamericano me recordaban a la vida de mi pequeño pueblo. En aquella época de mi niñez y juventud, en la que los sueños no parecían tener límites, al igual que ese vasto cielo azul que nos cubría a todos, solíamos nadar con mis hermanas y amigos en el río Nirihuau, en las inmediaciones de una solitaria estación de tren y del viejo puente del ferrocarril, donde las aguas trancurren lentas a lo largo de un angosto cañadón en la estepa. En ese entonces, el pasado no parecía preocuparnos, el presente parecía eterno y el futuro era tan solo un punto borroso en el horizonte. Ahora, las imágenes de aquellas calurosas tardes de domingo que vienen a mi memoria parecen sacadas del vasto repertorio de historias y paisajes de aquellos autores norteamericanos. Aquellas lecturas fueron, también, una excelente introducción al clásico cine norteamericano, que describía con precisión poética la vida en ese país. Unía cabos vinculando las baladas que escuchaba con los cuentos que leía, el relato de la cuadrilla de los "doce mortales, siete muchachos negros y cinco muchachos blancos" que, encadenados al costado de aquella carretera de Forks Falls, asumen juntos su trágico destino, con el magnífico fresco de vida sureña que componen las escenas de la película "Al calor de la noche". En esos años, la música, la lectura y el cine nos llegaban por canales diversos. Si al principio me dormía con la lectura de un cuento en la voz de mi madre, con el pasar los años fue normal dormirme en el silencio de mi pieza con un libro en la mano y con la solitaria compañía de mi imaginación. Para la música, estaba la radio y el tocadiscos; para las películas, el viejo cine de pueblo. Mi madre fue siempre una compañera de cine ideal. Para ella, el cine todavía era una continuación natural de la literatura y las películas, meros reflejos de las cosas leídas. Hoy sucede lo contrario: los chicos comienzan por el cine y sólo a veces recurren a los libros. Recuerdo películas como "Los inmigrantes" o "La nueva tierra", de Jan Troell, o "Adalen 31", de Wideberg, o algunas americanas como "La última película", de Peter Bogdanovich, como grandes acontecimientos que compartí con ella. Dentro de su alma tan europea, también latía la fascinación por los grandes espacios americanos, las gestas de la inmigración y la colonización. Como siempre, fue a través de la literatura que ella accedió al vasto continente en el que habitaba. Joven y por su intermedio, llegué a leer *La vorágine* de José Eustaquio Rivera; *Polvo y*

Espanto, de Abelardo Arias, o *Las lanzas coloradas*, de Arturo Uslar-Pietri. No hay duda de que ella recorría ávidamente, con su espíritu, la geografía que no llegó a conocer en forma real. Su riqueza interior era envidiable. Hoy todo ha cambiado y los nuevos mercaderes del templo mediático en el que estamos inmersos lograron inmiscuirse en todos los rincones de nuestra vida y es casi imposible escapar a su influencia. Lo que antes eran pequeñas joyas que descubríamos con gran esfuerzo y disfrutábamos en lentas dosis, hoy son ráfagas rápidas y superficiales que desaparecen fagocitadas por "la próxima gran experiencia". Muchas parecen solo extensiones vivientes del mundo mediático al que reproducen inconcientemente en cada palabra. Conocimientos construidos a lo largo de años, hoy se construyen en días. Además, en el eterno presente del entretenimiento, ya no se distinguen las copias de los originales y, además, a nadie parece importarle. Ya nada es como era. En aquella época, sin embargo, cada puerta que se abría con un libro, con un disco en particular o con una película largamente esperada, alumbraba, con su tenue luz, un pequeño rincón de la oscuridad. Libros, música y películas te abrían la mente; hoy ni siquiera parece ser necesario, ya que todos parecen nacer inmersos en el resplandor de la luz de la sabiduría.



Nicolaus Sombart, sociólogo de la cultura, en un capítulo de su libro *Juventud en Berlín*, habla de la biblioteca de su padre y la llama "santuario" y "cámara de los tesoros", describiéndola como un lugar de infinita riqueza, en donde no solo leía los libros, sino que entraba en contacto físico con ellos, los tocaba, los olía y se familiarizaba con las ilustraciones de sus tapas. Mientras que otros encontraban el máximo placer en escalar montañas, practicar deportes y otras diversiones frívolas, Sombart, al que con propiedad sus críticos llamaron "el último habitante de la vieja Europa", describe el sumo y personal placer que significaba, para él, recluirse, con un libro en la mano, en algún rincón de la biblioteca de su padre para internarse, así, en "el reino del espíritu de la cultura". El libro como fetiche y llave de un reino destinado a unos pocos iniciados. Borges también afirmó que la biblioteca de su padre había sido el hecho capital de su vida, concluyendo que, a partir de esa experiencia, "nunca había salido de ella". En comparación con las bibliotecas que refieren Sombart o Borges, la biblioteca de casa ni siquiera podría considerarse como tal; sin embargo, unos pocos libros hicieron que, a lo largo de mi vida, yo tampoco pudiera salirme de ella.

EL FINAL DE LA NIÑEZ

La montaña también dejó su huella. Los senderos y los refugios construidos por los pioneros significaron, para nosotros, en esos años, una forma de liberación. Salir a la naturaleza no era, para mí y mis amigos, solamente una actividad recreativa, era también una forma de estar entre nosotros y con las chicas, de escuchar nuestra música y de sentirnos libres de las coacciones sociales. Abundan, en casa, las fotos de estas aventuras.

En algunas, también está mi padre junto a Meiling, Schwarzkopf, el Arq. Reichert o el Dr. Schad. El crepitar del fuego por las noches, el sonido de los arroyos, las caminatas por los bosques en la cordillera, trasmitían una sensación de libertad que muchas veces añoré cuando viví en las ciudades. Una caminata memorable fue el cruce desde el Brazo Rincón a Puerto Blest junto a otros tres amigos, a través de un sector de valles y montañas del oeste del Parque Nacional, en una caminata que se realizaba por segunda vez, después de que Otto Meiling la hubiera hecho muchos años antes. El relato de aquella expedición figura en uno de los Anuarios del CAB. Para ese entonces yo ya me había alejado mucho del círculo de influencia de los alemanes de Bariloche.

Fue a fines de la década del 60 cuando finalmente crucé el umbral de mi niñez y comencé a hacerme preguntas sobre la Segunda Gran Guerra y sus terribles consecuencias. No existía, en ese entonces, el aluvión de información de los tiempos actuales, pero nadie podía negar que no hubiera información, sólo había que saber buscarla. Yo concurría al Colegio Nacional "Ángel Gallardo", que en esos tiempos ocupaba unas aulas de madera en el mismo predio en el que había funcionado la vieja escuela alemana de "La Sociedad Escolar", antes de la II Guerra. En realidad, una vez declarada la guerra a Alemania, el Estado Nacional había ocupado el terreno, considerado propiedad enemiga, tardando algunos años en devolverlo. En la secundaria del Colegio Nacional confluían muchos alumnos de colegios primarios del Estado y privados. Allí cursamos juntos, además, los alumnos que venían del "Woodville", el colegio "inglés", y los que veníamos del colegio "alemán", que en esos años no tenía secundaria. El encuentro fue enriquecedor para seguir abriendo puertas. Mis padres se mostraron abiertos y se adaptaban a medida que sus hijos crecían e intuyo que también comenzaron a cambiar convicciones. Para ellos, el mundo ya no volvería hacia atrás.

Sin embargo, una parte de la nueva generación de descendientes de alemanes, los de mi edad, seguían siendo un círculo de gente algo cerrado, rehuían la diversidad cultivando algo parecido a un "nosotros" y a un "ellos", marcando, inconcientemente, diferencias. Además, seguía presente la cuestión política. Los padres, en el silencio de la gran mayoría,

habían logrado transmitir con éxito la negación a la revisión de la historia. Para ellos, la identidad no era histórica, era mítica, y por ello no querían mirar hacia atrás, sólo querían ser dejados en paz para vivir así en el eterno y fugaz presente, habitando en la ilusión de un futuro sin memoria. Así lo expresa, con una ingenuidad casi aterradora, el Dr Werner Schad en una entrevista del año 1998, realizada por periodistas franceses para la televisión de ese país: "Cuando yo era director de la escuela, a fines de la década del 60 y comienzos del 70, yo sabía que había tendencias políticas diferentes entre los miembros de la comunidad y recomendé terminar la enseñanza de la Historia, para los alumnos, antes de la II Guerra Mundial. No insistí en esos temas para dejárselos a los padres o a un tiempo posterior". La escuela, en aquellos años, sólo impartía enseñanza primaria, lo que hace comprensible la inquietud de su director, considerando que se trataba sólo de niños. Pero cuando, finalmente, aquel "tiempo posterior" llegó, el colegio comenzó a impartir enseñanza secundaria con un ex oficial de la SS como presidente de la Asociación que lo gestionaba. El temido "conflicto con los padres" de aquella pequeña comunidad educativa del Dr. Schad de la década del 60, se transformó, entonces, en un pacto más temible, en el que la telaraña de las antiguas relaciones familiares y los ocultos contratos sociales comunitarios, crearon la "impunidad cómplice" que envolvió a la aldea de fines del siglo XX, producto de los "50 años de historia que le faltaron a los alemanes de acá", según expresaba el Dr. Soliverez en el mismo documental.

Años después, en la década del 90, algunos volverían a despertar bruscamente de su largo sueño, cuando, al igual que el príncipe que llega al castillo de la Bella Durmiente atraído por las leyendas de una princesa dormida por el encantamiento de una malvada bruja, la irrupción del pasado los despertó nuevamente y no con un dulce beso, como en el cuento, sino con una violenta sacudida en la puerta. La historia, implacable, siempre destruye al mito, incluso en los cuentos de hadas, en los que algunos creen que están inmersos. Muchos de los que cultivaban la fascinación por el mito que luego la historia deshizo, deberían haber sabido que no existe un imperio de mil años y que todo mágico hechizo tiene un final. Hasta está escrito, en los libros, que la sombra de la

maldición del anillo, forjado por el enano Alberich junto al oro de los nibelungos, se extiende sobre todos por igual. Lo que sucedió debe ser relatado y también exorcizado para que, después del más oscuro de los tiempos, nazcan días más felices. Lo que sucedió también podría habernos pasado a nosotros o a nuestros hijos, o a ellos y a sus hijos, excepto que nos imaginamos siempre en el lugar de los ejecutores, porque crees que pertenecemos al grupo de los elegidos, que nunca pueden ser víctimas.

El autor, su padre y el Dr. Werner Schad, década del 60, Bariloche.

Yo no sé lo que pasó en mi casa, pero, por alguna razón, nos dieron libertad para que investiguemos. Tal vez fueron los años en que ya estábamos en esta tierra o la preeminencia de la flexibilidad, tal vez fueron las inevitables y recurrentes dudas o el peso de las convicciones religiosas, o tal vez incluso el amor, pero el mandato paterno tomó una forma mucho menos extrema que en otras familias. El antisemitismo, que era moneda corriente entre muchas de aquellas familias, en la nuestra se

deshizo por las mismas contingencias de la vida familiar y, con los años, pudimos comenzar a recorrer un camino de tolerancia activa.

Lo que quedó fue una cierta relación preferencial con Europa, un resabio con el que, todavía hoy, tengo que seguir luchando. Para muchos de los que aún hoy me rodean, pareciera que tuviera más consistencia Heidelberg que Ushuaia, que fuera más interesante conocer el Danubio que el Paraná o el Pantanal, o que los canales al norte de Dinamarca fueran más interesantes que el canal de Beagle, una actitud que, por otro lado, es común a una gran parte de los argentinos de las más diversas extracciones, que se sienten como europeos exilados en tierras americanas. Es el mal de esta tierra. Para describirlo en términos más abstractos, aquel distante mundo europeo del cual descendemos todavía sigue siendo, en el fuero interno de muchos y en mi opinión, una tierra más real y ésta, la nuestra, en donde transcurre nuestra vida cotidiana, solo un pálido reflejo de esa otra. Pasaron años hasta que tomé clara conciencia de esa puja interna que nos devoraba. Para poder, finalmente, librarme de esa maldición, tuve que reconstruir pacientemente el mapa de mis afectos, recorrer este bendito país y descubrir, de esa forma, que estos paisajes y su gente son tan reales como los otros, los que, ocultos en algún oscuro lugar de mi alma, seguían reclamando el lugar inalterable que habían ocupado en el alma de las generaciones que me antecedieron en la interminable migración emocional a esta nueva tierra. A lo largo de los años, llevo a mis hijos, en largos viajes a lo largo de esta geografía, desde los límites más australes de los canales fueguinos hasta las profundidades del altiplano, recorriéndola ávido, para mostrarles lo que a mí me fue negado. Luego de un paciente trabajo, me es dado descifrar, ahora, en algunas actitudes y en unas pocas frases dichas, el lugar emocional en el que vive una persona y descubrir, así, si su alma está en donde está su cuerpo o si todavía vaga confundida entre esta tierra y la de sus ancestros. En mi caso, fueron ciertos hechos fortuitos los que indicaron las pertenencias. Cierta vez, en Potosí, mi hijo, que viajaba conmigo, me señaló que él, a sus 8 años de edad, ya estaba visitando lo que yo recién conocía a los 50, contándome también de su sueño de poder ver pronto las ruinas de Machu Pichu. Como siempre, saqué algunas instantáneas de él, posando con una pequeña pobladora sobre el cerro Rico.

A diferencia de las fotos que, como observadores distantes, sacaron mis padres a un grupo de indígenas en Paraguay, estas otras quedarán en la historia de nuestra familia como testimonio del día en qu,e junto a mi hijo Jarred, dimos un paso más hacia el encuentro de América.

Mi hijo Jarred y una amiga en Potosí, Bolivia, 2007.

A pesar de que, en el siglo XX, la metáfora "civilización y barbarie" se tiene que invertir, necesariamente, para condenar la barbarie europea, la asociación simbólica de Europa con la civilización y la de América con la barbarie, en muchos de los que me rodean, no cede, como si en Europa solo se realizaran actos sublimes y como si nuestro destino sudamericano fuera, siempre, como lo fue para Laprida en el "poema conjetural" de Borges: un "íntimo cuchillo en la garganta".

Fue todo esto, tal vez, lo que en forma inconsciente me llevó a finalizar mis estudios secundarios en Buenos Aires, con la intención de obtener el Bachillerato alemán para poder irme luego a estudiar a Europa. Fue mi decisión. Mis padres la respetaron porque era parte del mandato, y me inscribieron en la "Goethe Schule", que en esos años todavía estaba en el barrio de Belgrano, sobre la calle José Hernandez. Tenía 17 años y me

fui. Fue el primer desarraigo. Nunca viajé a Europa al terminar los estudios. Comencé, en cambio, y a partir de los años que pasé en Buenos Aires, mi definitivo viaje de regreso hacia esta tierra. Fue esa la paradójica consecuencia de mi intención original de dejarla para siempre.

BUENOS AIRES

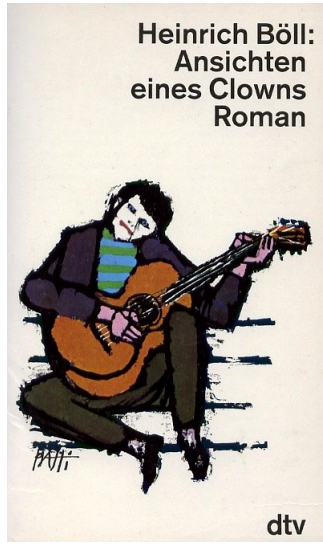
Buenos Aires, terraza del colegio "Goethe", 1975.

Buenos Aires, al igual que Córdoba o Bahía Blanca, era, en ese entonces, un camino casi obligado para todo aquel que quisiera seguir estudiando después de la secundaria. Bariloche no tenía Universidad. Para terminar la secundaria, yo me había ido antes a un colegio alemán de Buenos Aires. Vivía en el gran Buenos Aires, en el barrio de Florida, con mi tia Celina, la hermana de mi padre, y su marido Walter Schulz. Del barrio recuerdo los árboles florecidos en primavera y los pájaros que cantaban en el amanecer, cuando todas las mañanas tomaba el tren en la

estación de Florida del "Mitre", rumbo a Belgrano. El edificio del colegio -cuyo lugar hoy ocupa una clásica torre de departamentos- tenía una monumental entrada y sus amplios pasillos, generosas escaleras y elevados techos parecían salidos de una antigua película inglesa o alemana. Su pasado, como el de la escuela alemana de mi pueblo, también escondía oscuridades de las cuales poco se hablaba. Recién hace poco pude informarme sobre los detalles que rodearon la "alineación voluntaria" (Freiwillige Gleichschaltung) de aquella escuela a los dictados ideológicos del régimen, con la llegada a nuestro país, a fines del año 1933, del nuevo embajador de Alemania, Edmund von Thermann, descripto con detalle en el capítulo "El conflicto alrededor de las escuelas alemanas" del libro *Der Pressekrieg*, del historiador alemán Georg Ismar. Si bien en los años que la visité la filosofía general de la escuela estaba muy lejos de la de aquellos tiempos, llama la atención que los trabajos y las reflexiones sobre el nacionalsocialismo y sus consecuencias se centraran solamente en los sucesos europeos, cuando sus semillas habían germinado dentro de la propia institución. Las comunidades alemanas de Argentina y sus escuelas no estaban todavía preparadas, en aquellos años, para reflexionar sobre su propio pasado en relación con su papel dentro del régimen criminal que había sometido, con un gran consenso popular, a la lejana "madre patria". Si lo están hoy en día es algo que todavía está por verse, exceptuando, claro está, el caso de la escuela "Pestalozzi".

Era fascinante vivir en una ciudad. Había muchas más posibilidades culturales, mucho más gente que pensaba diferente, muchos más cines, muchas más librerías, mucha más acción. Los alumnos del colegio, sin embargo, eran un grupo más homogéneo que aquellos que conocí en el Colegio Nacional de Bariloche. Casi todos eran, en ese entonces, hijos e hijas de familias de origen alemán. A eso se les sumaban los chicos alemanes, hijos de empresarios alemanes y miembros del cuerpo diplomático. Allí, por primera vez, percibí que los europeos, por lo menos esos europeos, eran muy distintos a los argentinos de origen alemán. Trataban ciertos temas con una liberalidad que nosotros no cultivábamos. Era su historia y con respecto a ella parecían más abiertos y dispuestos a reflexiones. Asumían responsabilidades tratando todo sin la pesada carga

que pesaba sobre nuestras almas de chicos descendientes de alemanes criados en la periferia de aquel imperio que nunca fue. No estaban escindidos. Había muchos profesores alemanes y aquellos entre ellos que trataban temas sociales, históricos y también literarios, lo hacían con un enfoque muy distinto al que yo había experimentado en los círculos cerrados de mi ciudad.



Se leía con total normalidad a escritores como Heinrich Böll, Bertolt Brecht, Friedrich Düremattt o Günther Grass, y películas como “El joven Törless” (1966) del director Volker Schlöndorff, basada en un cuento de R. Musil, o “El Puente” (1959), el gran alegato antibélico del director Bernhard Wicki, basado en la novela autobiográfica sobre las experiencias de guerra del escritor Gregor Dorfmeister, eran vistas y discutidas en el colegio con toda naturalidad, algo impensable para los alemanes de Bariloche en ese entonces. La película del director de cine alemán V. Schlöndorf, me llevaría años después a que me interesara por esa obra cumbre del escritor alemán Günter Grass, “El tambor de hojalata”, mala palabra entre los alemanes de mi pueblo natal. Las

imágenes de la película y la lectura de aquel libro autobiográfico ampliaron mi mirada sobre todas las historias que había escuchado en casa de la boca de los testigos presenciales del horror europeo, que en aquellos años se habían erigido en voceros inmutables de la verdad histórica. Aquí había otro testigo, con su rico testimonio, echando luz a lo ocurrido y, por lo visto, no parecía haber estado en la misma guerra. La biblioteca de la escuela estaba muy actualizada y me encantaba frecuentarla y leer en alemán libros que no había visto en la biblioteca de mi escuela, entre ellas, las obras de Günther Eich, de Hans M. Enzensberger o las de Bertolt Brecht, que de alguna manera no podía dejar de relacionar con la música que escuchaba en aquellos años. No se podía negar que había una cierta relación entre el caótico mundo cultural de la República de Weimar, las baladas populares de aquel escritor y el ambiente revolucionario de la cultura juvenil de la década del 60. Muchos versionaron sus baladas y la versión de "Alabama song", de aquel primer y emblemático disco de "The Doors", es considerada, todavía hoy, como una pequeña joya de los dorados años 60.

Había, también allí, un grupo de alumnos algo marginales, los que de una u otra forma tenían relaciones más fluidas con la realidad externa del colegio y todo lo que venía sucediendo en el país en esos años: manifestaciones, cine y teatro de alto contenido político, discusiones, peñas y conciertos. Yo los frecuentaba y había quedado, de esa manera, a merced del fuego cruzado entre los argentinos descendientes de alemanes y los "otros" argentinos del mundo exterior al colegio. Creo que, como era del interior del país, mis compañeros me incorporaron como una excentricidad. Concurría con frecuencia a los eventos del Instituto Goethe de la calle Corrientes. Al escribir estas líneas, leo en los diarios una nota sobre los 80 años de Marielouise Alemann y sobre la inauguración de un ciclo que conmemora los años de cine experimental en el instituto. Yo solía concurrir a estas veladas porque consideraba que formaban parte de una verdadera vanguardia en cuanto a los contenidos y el planteo estético del cine contemporáneo. Para muchos en aquellos años, eran un fragmento accesible del primer mundo. En ese entonces, la sociedad toda estaba en gran efervescencia y muchos de nosotros estábamos ávidos de señales de

las grandes capitales. Junto a la música, llegaban noticias de la escena neoyorquina y de la "Fabrica" de Andy Warhol y sus experimentos audiovisuales. Recuerdo un cortometraje de aquellas noches, que a lo largo de media hora enfocaba solo un charco de agua y, en una sucesión de imágenes reflejadas en él y con el sonido de la calle, retrataba desde el amanecer hasta el atardecer un dia en la ciudad. Otro de los cortometrajes llevaba el sugestivo nombre de "Scenes from under childhood". A través de una lente borrosa que enfocaba varias escenas con chicos jugando, intentaba un extraño viaje surrealista hacia la infancia. De aquel cortometraje, yo solo recuerdo la silueta una niña que se hamacaba interminablemente, detrás de una lluvia de hojas en lo que parecía ser un lejano e interminable otoño. También recuerdo las acaloradas discusiones que suscitaba ese tipo de cine en personas con fuerte compromiso político, que lo catalogaban como "arte burgués". A mí, las películas experimentales me gustaban, pero también podía entender las críticas que se les hacían. Cuando hoy, cualquier joven puede, con la ayuda de una pequeña cámara, filmar y crear cortometrajes, en gran parte de dudosa creatividad, y colocarlos en un instante en la red, para su distribución global y fugaz, es difícil comprender la importancia que tenía, para nosotros, en aquellos tiempos, poder participar de esa experiencia artística tan novedosa, en ese espacio cultural casi único, que había abierto el Instituto Goethe en Buenos Aires. Una de las participantes de aquellos eventos era la artista Narcisa Hirsch, que hoy vive en los alrededores de mi pueblo y que conocí en una de aquellas noches. Hace unos años, en la sala de la pueblerina Biblioteca Sarmiento, pude admirar una de sus obras posteriores: "Rumi". El mediometraje era una pincelada poética sobre la vida y obra de aquel famoso poeta y místico sufi. La sucesión de imágenes de los paisajes familiares que me rodearon a lo largo de mi vida, entremezcladas con las exóticas imágenes del poeta, delataba en el estilo de su alquimia visual, la influencia estética del cine experimental que conocí en aquellos años. "Ramas desnudas que en invierno parecen dormir, pero que laten interiormente dispuestas para otra primavera", no hay duda de que mi interés por las enseñanzas y la poesía de los sufíes se incrementó a partir de aquella película.

Tenía también buenos amigos fuera del colegio. Allí me reencontré con Alexis y mis amigos chilenos, los Araya. Con ellos concurríamos a los recitales de los Quilapayún y los Jaivas, que junto a la familia Parra y a músicos como Ángel Jara, remontaban sus orígenes musicales al movimiento de "la nueva canción chilena". Este último verano, en un largo viaje por varios países vecinos, recorrí las desérticas pampas chilenas del Norte Grande y recordé la "Cantata Popular de la Escuela de Santa Maria de Iquique". Ahora todo tiene otro aspecto, pero observando las minas abandonadas y los inmensos cementerios de aquel desolado territorio, no es difícil imaginar las penurias de los obreros de la era del salitre. Como siempre, libros, películas y fotografías cargan de sentido a la realidad y los resultados se manifiestan muchos años después. Con mi amigo Alexis volvimos a recorrer las calles de Buenos Aires compartiendo miedos y sueños tan típicos de aquella etapa de la juventud. Cuando, unos años después, lo volví a ver en Los Ángeles, California, adonde se había mudado, y paseamos juntos por autopistas y playas, desde los barrios bohemios de "Venice Beach" hasta las sofisticadas tiendas de Rodeo Drive y desde los parques y lujosos suburbios de "Palos Verdes" hasta el desierto del Este y más allá, pensé que él había, finalmente, encontrado un escenario perfecto para una vida que prometía ser intensa.

En las visitas que mi madre me hacía en Buenos Aires, elegía una agenda cultural que era imposible llevar a cabo en el Bariloche de aquellos años. El teatro era una de sus actividades preferidas y valga como ejemplo el nombre de mi hermana Nora, que remite a una obra de Ibsen. Recuerdo una velada en La Boca, en donde asistimos a una mágica representación de "Sueño de una noche de verano", en un pequeño teatro que emulaba la ambientación isabelina, y también una presentación del "Buque Fantasma", de Wagner, en el año 1973, en el teatro Colón.

En los veranos volvía a Bariloche. Me internaba en las montañas y, con mi nueva motocicleta, viajaba hacia la estepa, visitando a sus remotos pobladores y recorriendo todos los caminos posibles de aquellos solitarios valles. Muchas veces volví en tren desde Constitución, porque el lento viaje desde los suburbios de Buenos Aires, a lo largo de la inmensidad de la pampa y las remotas mesetas patagónicas, hasta mi ciudad natal en la

cordillera, se adaptaba, mejor que otros, al viaje interior que significaba cada regreso a casa. En ese lento tránsito, mi alma parecía llegar a casa junto a su cuerpo. Casa era ese lugar remoto al que siempre se terminaba volviendo. También cuando volvía de Europa en avión y observaba desde el cielo, en un claro contraste, el abrumador mar de luces europeas, la oscura sombra negra de la estepa, sólo interrumpida por algunas luces solitarias, sabía que mi hogar estaba cerca. Al regresar a Buenos Aires luego de las vacaciones, volvía a sumergirme en la aventura urbana con mis amigos: cine experimental, conferencias, discusiones políticas, teatro, rock.

Mis tíos y la escuela a la que concurría pertenecían al mundo del cual había salido mi padre: las comunidades de habla alemana del Río de la Plata. Allí también encontré una sutil dualidad, la diferencia eran los números. Allí, los descendientes de alemanes se perdían en ese monstruo de mil cabezas que se extendía desde las orillas del río hasta las inmensidades de la pampa. Todavía conservaban sus instituciones: las escuelas, los centros deportivos, los clubes. Sin embargo, entre tanta gente, desaparecían entre la multitud, se los tragaba el país, como había hecho con mi padre durante el viaje de 1946.

La intensa intranquilidad política de esos años no te permitía ser indiferente a tu entorno y, a veces, tengo vagos recuerdos de que esa escuela era como una isla. Guardo una foto en blanco y negro de mi clase en el último año, sacada en la terraza del colegio. 17 destinos jóvenes. Andreas apoya su brazo en mi hombro. Hoy, casado con Verena, vive en Francia. Detrás de mí está Mónica, que ahora trabaja en la embajada alemana. En el extremo izquierdo, sentada sobre el piso, está Sabine, la hija del que en esos años fuera el agregado cultural de la embajada Alemana, Gottfried Arens, aquel que ayudó al escritor Osvaldo Bayer, en una huida ya legendaria, a cruzar la delgada línea que en esos tiempos separaba la vida segura en el exilio, de un destino incierto. A su muerte, Bayer le dedicó un emotivo recordatorio en el diario "Argentinisches Tageblatt", en el cual relata lo ocurrido y lo honra como persona y como digno representante de la República Federal de Alemania. Por otra parte, Bayer, como periodista, escritor y luchador incansable por los derechos

humanos de las minorías, cruzaría, con sus obras y accionar, muchas veces, mi camino y el de los vinculados a la historia de la Patagonia. En la segunda fila está Klaus, al fondo y con anteojos. Es el único de ellos que en la actualidad vive en Bariloche con su familia. Los demás están repartidos a lo largo del mundo, muchos en Europa y otros en esta orilla del océano, tratando, tal vez, de encontrar aquí su lugar en el mundo. Katya, Alexis y Mónica lo buscaron en 1976 en una ya mítica estadía en Europa, cuyo testimonio es otro álbum de fotos que pude hojear en un viaje reciente a Buenos Aires, en casa de Mónica. Las fotos los retratan despreocupados y jóvenes y con ansias de experimentar. Con títulos como "La nueva generación, desesperada, pero feliz", "El show de Alejo", "Viaje en Combi por Francia en Agosto del 77" y "Argentinos en Alemania", el álbum es una fiel colección de instantáneas de sus vidas. Sólo la foto de Henry, otro ex alumno, le da a esa serie de imágenes únicas un toque sombrío, ya que un año después se lanzaría al vacío en el "Philosophenweg" de Heidelberg, poniendo fin, así, a su joven vida.

Alexis y Mónica en Europa, 1977.

Cuando, hace unos meses, emprendí desde Buenos Aires uno de mis tantos viajes de regreso a mi pueblo natal y mientras el ómnibus se

alejaba de la Terminal y por los altavoces se escuchaba la voz de Patsy Cline cantando "Crazy", observé a unas jóvenes alemanas que, con sus mochilas y sentadas en el piso, esperaban una conexión para iniciar su viaje hacia las inmensidades de nuestro país. Pensé que, seguramente, esas jóvenes estaban por comenzar la búsqueda de su lugar en el mundo y recordé, entonces, el álbum de fotos que, con todos esos fragmentos de la vida de mis amigos que la cámara registró para siempre, descansa en el armario de una casa de los suburbios de Buenos Aires. Pasaron treinta años y tal vez ya no seamos los mismos, pero, por un momento, al mirar a aquellas jóvenes alemanas y recordar el álbum de fotos que había hojeado, pude imaginar por un instante aquel tiempo sin historia en el que fuimos jóvenes y en el que todo en nuestras vidas era solo futuro.

En la foto de la terraza, soy el único que tiene en sus manos un libro: "El país de Octubre", de Ray Bradbury, el más sombrío de todos los que escribió, el que habla "del país donde se demoran la oscuridad y el crepúsculo y la medianoche no se mueve". En la tapa, la muerte, en forma de campesino, con el torso desnudo y con una guadaña en la mano, va cortando espigas doradas, que son gente.

1976

A fines de 1975 volví a mi pueblo natal para cumplir con el servicio militar obligatorio. La suerte estuvo de mi lado y me quedé en Bariloche. Digo la suerte porque otros, como soldados, se fueron muy lejos y a

lugares en donde la violencia en que se sumió el país estuvo más cerca de tocarlos. Yo pasé un año entre militares. Fui soldado y luego me ascendieron a dragoneante. Junto con otros dos compañeros, fui chofer del Coronel Rubén Castelli. La experiencia de la vida militar me ayudó a entender un tipo de mentalidad muy distinta al resto de la gente. Y no estoy hablando de ideologías en un sentido estricto sino más bien en formas de ver y vivir la vida cotidiana. Cuando hoy observo la rápida militarización del mundo y de muchas organizaciones, recuerdo las experiencias de ese año y me ayuda a comprender. Con esto estoy muy lejos de aprobar cualquier tipo de represión ilegal en la forma atroz que se desarrolló en nuestro país. Debo decir, sin embargo, que muchas veces, a lo largo de los años y exceptuando a los consabidos "salvadores de la patria", afuera de los cuarteles percibí más aprobación de esos métodos crueles que adentro de los mismos. Sin entrar en un análisis más profundo de sus implicancias, no puedo dejar de pensar en las ideas del "teórico de la guerra", el prusiano Carl Von Clausewitz, que en su tratado de ocho tomos *Sobre la Guerra*, escribía: "*la guerra es la continuación de la política por otros medios"*. El día del golpe, patrullamos las calles de mi ciudad esperando una rebelión popular. Como siempre, en Bariloche, no pasó nada. Bueno, pasaron algunas cosas. Había gente detenida que no llegamos a ver y un año después desapareció Juan Herman, un hecho que, en cuanto al hábito del olvido que esta comunidad cultiva, pareciera no haber sucedido nunca. Los escasos carteles que pueblan la ruta a El Bolsón, que lleva su nombre, se están desvaneciendo en un mudo testimonio de lo que algunos llaman su segunda desaparición. Hay personas que insinúan que algo similar pasó en Alemania, que la gente no sabía. Es verdad que sin la violenta manipulación del Congreso para obtener la mayoría en 1933 y la aprobación posterior de los poderes especiales, Hitler no habría podido erigirse en dictador. Luego, las cosas siguieron un curso imparable. Igualmente, nadie en su sano juicio puede negar que *Mi lucha*, el libro escrito por Hitler en prisión, y todos sus discursos y accionar previos a la toma del poder, nos estaban mostrando el inevitable camino hacia la instalación de los campos de exterminio y un futuro enfrentamiento europeo. En "Pueblo y Raza", uno de los capítulos de su libro, Hitler, que en algunas ediciones hasta parece haber tomado

prestado de la Biblia un cierto estilo de edición, manifiesta sus visiones políticas y antropológicas como si fuera un profeta de antaño y es imposible que una persona en su sano juicio haya podido creer que ese discurso sin asidero en la realidad no representaba un peligro futuro para la nación alemana. En su falsedad, ya en 1933, su nacionalismo étnico anticipaba el horror y la muerte por venir. Acá, en estas tierras, el discurso no estuvo tan cargado de etnicidad, nosotros no éramos un pueblo, éramos un Estado y todo pareció ser más un enfrentamiento civil dentro del marco de la guerra fría global. Cargado de implicancias económicas, de eso no hay ninguna duda.

Del servicio militar recuerdo una anécdota que vincula mi paso por el ejército con las guerras europeas. Por esas extrañas vueltas de la vida, uno de los soldados era hijo de uno de los integrantes del viaje que mi padre hiciera en 1946. No podemos negar que ambos, en cuanto a nuestra apariencia física, nos acercábamos bastante al estereotipo alemán. En uno de los fines de semana en que padres, familiares y amigos nos podían visitar, vino también la directora de la academia de idiomas del colegio alemán con su madre y su marido, mi padrino. Nosotros veníamos trotando desde los cuarteles a la capilla. Cuando llegamos, la madre de la directora estaba llorando. Había visto, en nosotros, vestidos de uniforme, al hijo perdido en el frente ruso que nunca más volvería a ver. Es verdad, traían muchas heridas los europeos y nosotros estábamos comenzando a abrirlas en una escala nunca antes vista en el país.

EL HOMBRE Y SUS OBRAS

Así se llamaba uno de mis libros de cabecera en los años en que me dediqué a estudiar Antropología. Su autor, Melville J. Herskovits, lo escribió en el año 1948 y lleva el subtítulo de “La ciencia de la antropología cultural”. Se trata de esos manuales básicos que, en este

campo, dan un panorama general sobre el material de estudio de la carrera. Forman parte de toda una tradición de esta ciencia, que remonta sus orígenes y como tal al descubrimiento de los pueblos remotos que los europeos iban encontrando en sus viajes por el mundo. Claro que hay antecedentes anteriores al Renacimiento, entre los cuales se cuenta el griego Heródoto de Halicarnaso y el viajero árabe Ibn Batuta, que recorría el mundo antiguo amparado por la sombra del "Señor de los Mundos". Ambos son claros ejemplos de la mezcla inicial entre Historia y primitiva etnografía que practicaban estos curiosos en sus descripciones de los "mundos bárbaros". Encontrar recientemente el libro de Herskovitz en la vidriera de la tradicional "Librería de Avila", de la calle Alsina, junto a otros libros que llevaban los títulos de *Yo fui cazador de cabezas*, *Doscientos días de Matto Grosso*, *La atracción de la selva* y *Selvas y fieras del Africa Ecuatorial*, es un claro indicio de que todavía hoy es moneda corriente, en nuestra sociedad, relacionar esa ciencia con los lugares remotos y misteriosos del planeta. En realidad, existe una relación cierta entre lo distante, lo exótico y lo salvaje y la Antropología como ciencia europea, como también existe entre las culturas que se deshacen y los antropólogos que registran su ocaso y, por ende, entre el colonialismo y esa ciencia. Abocados en la urgente tarea de proporcionar informaciones de los pueblos en vías de extinción, la mayoría no encontró tiempo para reflexionar sobre las causas de la degradación, que había que buscarlas dentro de su propia cultura. Como dice Paul Mercier: "Evidentemente no existe una frontera entre antropología 'utilitaria' y antropología 'desinteresada', por lo menos en referencia a la recolección de datos. Naturalmente que a la luz del imperialismo y el colonialismo y su sistema de control de los mercados e inversiones y el consecuente subyugamiento de pueblos y naciones, el accionar de los antropólogos adquiere otro carácter. No es casual que, en el imaginario de los pueblos nativos, al empresario capitalista y al misionero los siga muy de cerca un tercer personaje: el antropólogo. En la incorporación de la isla de Tierra del Fuego a la economía global y sólo para mencionar un ejemplo de nuestra propia historia, no hay más que estancieros y buscadores de oro que buscaban tierras y riqueza; anglicanos y salesianos que buscaban almas y, finalmente, Martín Gusinde, que registró el ocaso. En la actualidad, una

nueva generación de investigadores, entre los cuales se encuentran también integrantes de pueblos originarios, están revisando los marcos conceptuales bajo los cuales transcurrió la historia de la Antropología científica, proclamando que las investigaciones ya no pueden llevarse a cabo sin la participación de las comunidades indígenas o como si sus puntos de vista o sus vidas no importaran. *Descolonizando metodologías*, el elocuente título del libro de la investigadora maorí Linda Tuhiwai Smith, resume en dos palabras el espíritu de los tiempos. Pero volvamos nuevamente a los clásicos catálogos de la antropología colonial. Uno de estos manuales, que solía hojear en la casa de mi novia Teresa, en Belgrano, cayó nuevamente en mis manos en Bariloche cuando, luego de su muerte, una familia de habla alemana me llamó para ponerme a disposición la biblioteca del padre. Allí estaba, entre muchos otros libros, la *Historia de la cultura – Una Etnografía General* de Birket-Smith, un verdadero muestrario de lo exótico en la mirada de los europeos.

Fig. 15. Ona-Indianer von Feuerland mit Mütze und Mantel aus Fell. (Nach Koppers.)

Fig. 16. Sara-Frau vom Schari mit riesigen hölzernen Lippenscheiben. (Nach Bernatzik.)

Fig. 17 (links). Ahnenfigur des Bakutistammes, Kongo. Ohne triftigen Grund werden solche stark stilisierten Figuren Zeichnungen schizophrener Patienten zur Seite gestellt. (Nationalmuseum Kopenhagen.)

Fig. 18 (oben). Kopftrophäe mit gemalten Ornamenten und eingelegten Augen. Dajak, Borneo. (Nationalmuseum Kopenhagen.)

Birket-Smith, 1946.

Esta joya del año 1946 es uno de esos libros que son museos en un doble sentido. Por un lado, porque como documento escrito ya tiene una cierta antigüedad dentro del transcurrir de las ciencias sociales y, por el otro, porque las cosas que muestra y la forma en que las muestra, junto con toda la estructura de su contenido, corresponden a una visión de otros tiempos. Como *La sociedad Primitiva,* del año 1877, del etnógrafo norteamericano Lewis Morgan, utilizado por Marx y Engels como fundamento empírico de su teoría de la construcción evolucionista de la historia de la humanidad, y también *Cultura Primitiva,* del antropólogo inglés E.B.Taylor, del año 1871, otro clásico de aquella época en la que algunos -como los muy victorianos banqueros de Mary Poppins que custodiaban las infinitas riquezas que, fruto de las consolidadas inversiones del imperio, no dejaban de fluir a sus arcas- creían que habían llegado a la cúspide del desarrollo de la civilización y miraban todo desde arriba, estos libros ya forman parte del etnocéntrico catálogo general de las miradas históricas europeas. Son museos y, con respecto a este tema, sería apropiado volver por un instante a mi pueblo y a mi amiga Mónica, la artista. Ella sostenía, con cierta tristeza, que el viejo Museo de la Patagonia del Centro Cívico de mi ciudad, al haber sido expuesto en las últimas décadas a las nuevas exigencias de la museología moderna, había sufrido un cambio radical, cambiando para siempre su antigua identidad. En ese proceso de cambio radical, se había destruido la visión de las cosas con que los fundadores del museo, en la década del 30, habían expuesto los pocos fragmentos disponibles de la corta historia europea de la Patagonia. Yo recuerdo el viejo museo como un verdadero caos de rifles, uniformes, animales embalsamados, pergaminos, canoas, lanzas, pipas, quillangos y otros botines de la Conquista que, distribuidos en forma desordenada a través de las salas, reflejaba el espíritu de otros tiempos, es decir, la vida en todo su esplendor caótico, muy distante del orden político y científicamente correcto que imponen los ascépticos teóricos de la museología moderna. Sin embargo, el viejo museo aún no ha perdido su alma. Hay una nueva revisión en curso y los que estudiaron para ordenar y clasificar patrimonios han comprendido, finalmente, la necesidad urgente del momento de cogestionar, con la comunidad, la exposición de los restos. La reciente presentación de un libro sobre la “resistencia mapuche”

y la conmovedora exposición de algunos de ellos sobre algunos temas de su propia cultura evidencian estos cambios. Los libros que mencioné evocan el antiguo museo. Son, desde la visión europea, una ventana abierta al mundo y a la diversidad de las manifestaciones culturales del hombre y revelan, todavía hoy, sin haberlo querido sus autores, la subjetividad de su mirada. La lámina "Amerikanische Altertümer I" de la Enciclopedia alemana *Meyers Lexikon,* de principios del siglo XX, es un claro ejemplo de lo dicho: la mágica fascinación por el caos incomprensible de los universos ajenos, es decir, el hechizo de la diversidad. Además, no es difícil inferir que una ilustración de estas características a veces despierta, en forma más vital, la natural curiosidad por el hombre y sus obras, algo que las colecciones científicamente ordenadas de muchos museos modernos no logran. Desconozco si en los últimos años se ha realizado algún cambio en el Museo Etnográfico de Buenos Aires. En mis recuerdos, todavía imagino sus salas poco iluminadas y misteriosas, en donde los restos de lo exótico, las máscaras, los tambores, los trajes y demás utensilios de la vida cotidiana de los tiempos del mito, expuestos a lo largo de las salas para el visitante, invitaban a un fascinante viaje hacia lo desconocido, en algo que podríamos llamar, con un dejo de ironía etnocéntrica, como "el auténtico llamado de la selva". La ciencia no atrae a los futuros investigadores sociales, los atrae la multiplicidad de las culturas, los misterios que laten detrás de los rostros desconocidos, la vida de los hombres distantes, los objetos extraños y los viajes a países lejanos.

A diferencia de la carrera de Arqueología que se dictaba en La Plata, Ciencias Antropológicas se dictaba en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Decían, en aquella época, que la carrera no se había cerrado porque algunos de los Directores habían llegado a un acuerdo con el régimen, para que la carrera no incursionara en temas sociales o políticamente comprometidos. También se decía que algunos de los antiguos profesores, como el arqueólogo austriaco Oswaldo Menghin, habían tenido claras vinculaciones con los regímenes totalitarios de la Europa de la II Guerra. Esto último era evidente en el enfoque general de la carrera y en el uso limitado de cierta bibliografía. Había

muchos libros que circulaban afuera de las aulas. Marx y Freud, por ejemplo, eran casi malas palabras. El movimiento estructuralista, que en Antropología y de la mano de Levi Strauss se había convertido en una herramienta fundamental para comprender los fenómenos culturales, brillaba por su ausencia. La fenomenología era la estrella del momento.

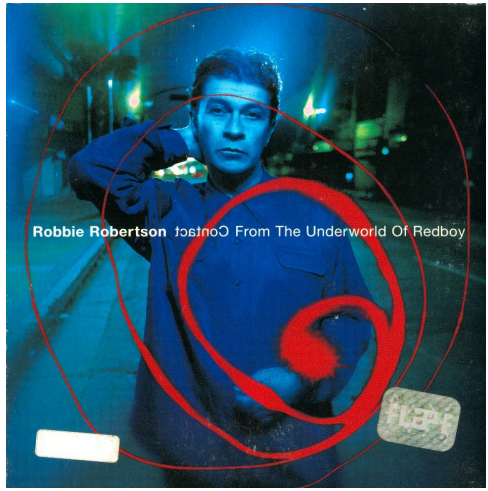
Meyers Lexikon, 1907.

El círculo de amigos se amplió. Para ese entonces vivía en pleno centro, cerca de la Facultad, que en esos años cambió dos veces de dirección. Yo no hacía militancia política. No era indiferente a lo que sucedía, pero no tuve una clara conciencia de lo que sucedió realmente hasta el final de la dictadura. En aquellos años, que luego se llamaron "de plomo", la presencia policial y militar en las calles era parte del paisaje urbano. En realidad, se vivía con la impresión de que estábamos en un

estado de guerra. Parece ingenuo decir que muchos de nosotros no teníamos idea de lo que estaba sucediendo en las mazmorras de la dictadura, o que había tantas. Cuando todo apareció a la luz, no hubo palabras para describirlo. ¿Qué nos pasó que no pudimos ver? Los años de silencio en los que nos criamos cobraron así su tributo.

En Buenos Aires, seguí apasionado por el cine, la literatura y los estudios. La ciudad me atrapó y la recorrí una y otra vez desde los suburbios del sur hasta el Delta. Hubo noviazgos y amigos trascendentales. Esa extraña mezcla de fatalidad y elecciones concientes que conforman la vida y que, junto con las personas que vas conociendo, condicionan tu destino y tus percepciones, me fue marcando a mí también. Jorge me fue sugiriendo textos, poesías, películas y canciones y no quedaban dudas de que había que escucharlo. Entre tanta vulgaridad mediática, en la que todos parecen saber mucho de nada, sus sugerencias valían oro. Si logras escuchar las asombrosas baladas "Willy of Winsbury" o "Cruel sister" de la mano de Pentangle o "As I roved out" y "The Well bellow the valley", en la impecable interpretación de Planxty, sabrás de lo que te estoy hablando. Debo aclarar que Jorge viene del campo de las letras y cuando te recomienda algo, es siempre una sublime combinación de música y texto. Tal es el caso de la canción "Willy of Winsbury", en la cual el rey, al encontrar al culpable de la pérdida de la virginidad de su hija, un hermoso joven con cabellos como hebras de oro y una piel blanca como la leche, exclama admirado: "Si yo fuera una mujer como ahora soy un hombre, tu amante seguramente hubiera sido". La imagen del joven rechazando la tierra que le ofrece el rey, aceptando sólo a su hija "para convertirla en dueña de tanta tierra como la que se puede recorrer en un largo día de verano", tal vez complete el cuadro de lo que estoy contando. Es fácil extraviarse hoy en el campo de la música y deambular a lo largo de un mar de canciones sin esencia. Por eso es bueno reconocer a lo maestros que te señalan el camino. Años después, cuando en Bariloche trabajamos juntos con Marcelo en su programa de radio "Pura Vida", los conocimientos y las sugerencias puntuales que me hacía me recordaban el estilo de Jorge y era imposible ignorarlo. Descubrir un nombre o una obra de la mano de los que más saben es ampliar los

conocimientos de la rica trama de creaciones artísticas que fuimos acumulando pacientemente desde nuestra niñez y que sin duda enriquecieron nuestras percepciones. Claro que eso sucede solamente si estás abierto al aprendizaje. Las canciones y sus letras pueden ampliar muchos horizontes.



Robbie Robertsen, 1998.

Sólo a título de ejemplo de este encadenamiento que enriquece, quiero relatar la sucesión de hechos que se desencadenaron a partir de que Marcelo me mostrara el primer disco solista de Robbie Robertson, de 1987, producido por Daniel Lanois. Muchos sabemos que Robertson es el gran compositor de las canciones más emblemáticas de "The Band", pero yo desconocía su carrera de solista. A partir de ese momento, le presté más atención y es así como llegué al disco "Contact from the underworld of Red Boy", de 1998, en el cual Robertson, recuperando una dimensión negada de su identidad, se interna en el mundo de sus antepasados nativos, con los que había pasado largos veranos de su temprana niñez, en la reserva canadiense en donde vivían. Allí descubrí la canción "Sacrificio", que trata la situación política de Leonard Peltier, el preso norteamericano

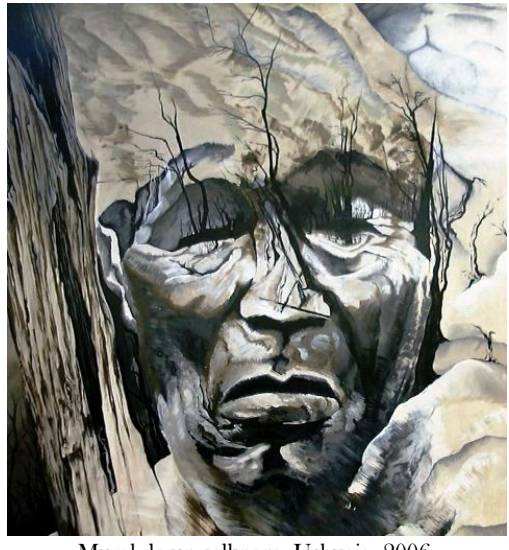
Nro 89637-132, que en una de sus poesías escibió: “Silencio dicen es la voz de la complicidad pero es imposible el silencio. El silencio grita, el silencio es un mensaje, así como no hacer nada es un acto.” El músico había establecido un contacto telefónico con Peltier en su prisión y, para desgracia de sus carceleros, la incluyó en el entramado de la canción, creando de esa manera una especie de “documental musical” que despertaba adormecidas conciencias. Muchos años después, en un viaje a los Estados Unidos, pasé por las tierras del norte de la inmensa reserva indígena de Pine Ridge, en Dakota del Sur, donde, en el “tiroteo de Oglala”, en junio del año 1975, habían ocurrido los incidentes que llevaron al lakota Leonard Peltier a la prisión. Pine Ridge tenía una historia legendaria, ya que hasta allí mudaron a los pocos sobrevivientes de la infame Masacre de “Wounded Knee” del año 1890. No entré en la reserva pero pude observar la repetición de nuestra historia en otras geografías. Ante mí se extendía una inmensa y desolada planicie. Hasta los “badlands”, las “tierras malas de Dakota”, un territorio absolutamente inservible en el límite noreste de la reserva, se las habían robado para crear un Parque Nacional. Las sagradas “Montañas Negras” que se extendían hacia el oeste de la reserva contra el límite este del estado de Wyoming y que los colonos, en su insaciable sed de oro, también les habían arrebatado a los Sioux, las había conocido antes, tarareando la letra de uno de los temas del álbum blanco de los Beatles: “Rocky Racoon”. El *puzzle* que fui armando a lo largo de los años con todos estos fragmentos se completó cuando, años después, un amigo norteamericano me trajo: “Escritos de la prisión, mi vida es una danza del sol” del lakota Leonard Peltier.

Todo era parte de la misma pulsión y de esta forma también fui descubriendo las sombras que me rodeaban aquí, en éste, mi lugar. No habían sido despojados de su tierra solamente, sino vaciados de su cultura. La lucha por su identidad y sus derechos es de vieja data, pero, para algunos, recién esta comenzando. A invitación de ellos, un día crucé nuevamente los límites de la percepción usual de las cosas. Desde una ancestral ceremonia de bienvenida al sol hasta la llegada de las estrellas, compartí con ellos su año nuevo e intuí el despojo al que habían sido expuestos. Cuando volví a cruzar el umbral y salí del círculo

sagrado en el que había estado inmerso aquel día, la realidad había perdido su brillo. Sentí, en ese momento y en forma inesperada, el deseo vital inicial que me llevó a estudiar aquella carrera: la fascinación por la diversidad de las culturas y sus creaciones y el deseo de futuros viajes a lugares lejanos y exóticos. Como Bronislaw Malinowski, que, a causa de una de las grandes guerras europeas que nos ocupan, vivió con los argonautas del sur del Pacífico por años, yo también quería conocer el mundo y sus habitantes. Sin embargo, soñar con lugares lejanos o caer bajo el hechizo de edenes exóticos no es algo privativo de los etnólogos. Basta con recordar la increíble historia de los marineros del Bounty o la vida del pintor Paul Gauguin. Los ejemplos sobran. También F. W. Murnau, ícono del cine expresionista alemán durante la República de Weimar, seducido por los misterios de los mundos lejanos, llegó a embarcarse en un viaje hacia las islas del Pacífico sur, a pesar de las advertencias de un amigo astrólogo. Cuenta la leyenda que, una vez allí y mientras sucedía el rodaje de "Tabú, una historia de los mares del sur", un nombre que por cierto ya encerraba un presagio de desastre, no prestó la menor atención a las advertencias de los nativos y desplazó unas piedras sagradas para construir un decorado. Al regresar a Los Ángeles, aquel director de cine que, atormentado por una insatisfacción vital, había dejado de filmar pesadillas góticas en Alemania, para buscar horizontes menos oscuros en lugares paradisíacos del planeta, murió en un accidente automovilístico sobre una autopista de la soleada California, en un hecho que algunos vinculan a aquel sacrilegio. A su muerte, el eco de la última palabra de su obra emblemática "Fausto", "amor", escrita en la pantalla debajo de la imagen de un temible ángel de la luz, hace ya mucho tiempo que había dejado de sonar en tierras alemanas.

Es cierto, tardé muchos años en poder dilucidar las contradicciones que teñían mi vinculación con la carrera porque en Antropología siempre se mezclan estrechamente el itinerario científico con el personal. Finalmente, comprendí lo que sucedía: no quería estudiar a los que eran diferentes, quería conocerlos. Los que nos hemos dedicado a las ciencias sociales nunca perdemos de vista nuestra vocación, aunque nos alejemos del universo académico.

RAGNARÓK



Mural de un selknam, Ushuaia, 2006.

Del mundo mítico nórdico o tal vez de aquella historia alemana tan impregnada de connotaciones legendarias que describían los libros de la aldea y la literatura inglesa que leía con mi madre, nacieron muchas inquietudes sobre esos universos que se escondían detrás de los aparentes

y encontré un campo propicio en algunas materias de la Facultad para responderlas: Mircea Eliade y su profusa literatura sobre religión comparada; James Frazer y su *Rama Dorada*; Georges Dumézil y sus escritos sobre héroes legendarios y la religiosidad indoeuropea; G. Van der Leeuw y su *Fenomenología de la Religión*; De Vries y su *Investigación sobre Mitología*; Rudolph Otto y su libro fundamental: *Lo Sagrado*; Edwin Rohde y su exhaustivo estudio del fenómeno dionisíaco en *Psique*; Lucien Levy Bruhl y sus teorías sobre la mentalidad primitiva; Maurice Godelier y la interpretación materialista de la religiosidad. Estos investigadores, junto con muchos otros que sería tedioso enumerar, me llevaron a transitar un camino de aprendizaje sin final. El haber convivido en mi propio pueblo y sus alrededores con los fragmentos de una cosmovisión muy distinta a la nuestra, recién me fue revelado en esos años, cuando las sombras comenzaron a tomar forma.

Fueron nuevamente los viajes hacia el país interior, en busca de mitologías perdidas del Chaco, los que me llevaron a encontrar dimensiones impensadas de todo ello, en mi propia tierra natal. El Chaco era, para un sureño, como lo es la Patagonia para un norteño, una tierra exótica, cuyas fronteras, además, se extendían hacia el norte, atravesando países hasta las tierras cenagosas del Gran Pantanal y las mesetas del Matto Grosso al sur de la Amazonía. Allí por donde anduviera Levi Strauss en pos de los caduveos y los bororó. Era lo que son el desierto de Atacama o las planicies del Altiplano: completos universos. Por una polvorienta ruta que atraviesa la provincia de Formosa, llegamos a Las Lomitas y desde allí nos fuimos al norte, a las orillas del río Pilcomayo, cerca de la misión anglicana de San Andrés. Si bien era nuestra patria, se respiraba en todas partes la tensión de la dictadura y regularmente debíamos informar a las autoridades cuál era realmente nuestro propósito. Nos limitamos a ser "etnógrafos clásicos" en búsqueda de arcaicos relatos sagrados entre las bandas errantes de los wichí. No incursionamos en los dominios de lo ordinario como hubiésemos querido hacer y permanecimos anclados en lo extraordinario. Era un mundo trastocado pero en su aislamiento conservaba todavía mucho de lo que una vez había sido. A pesar del despojo y el confinamiento y el deambular regular entre la

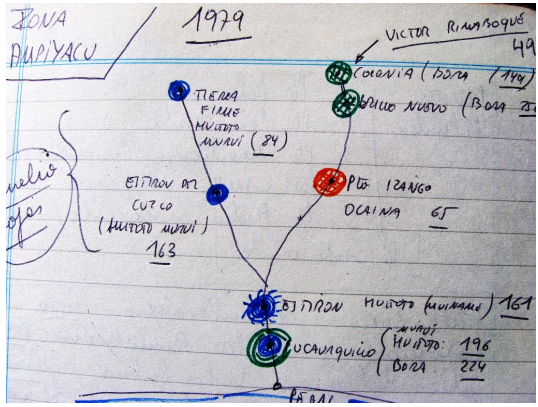
algarroba y el algodón, el azúcar y los obrajes, el calendario circular de las cuatro lunas permanecía vigente en las conciencias. No recuerdo si nosotros estuvimos allí en la estación de la "luna de la algarroba" o de la "luna de las heladas" o en "la estación del año cuando los peces remontan los ríos". Hacía décadas, ya, que los "cosechadores de almas" de las más diversas religiones habían quebrado la antigua armonía y desordenado el equilibrio del poder disponible. A pesar de eso, no era un mundo desencantado, al contrario, era un mundo en ebullición. Los wichí, como todas las culturas del mito degradado, estaban atrapados en el entramado de los mundos. Las historias son muchas, como las que cuenta el investigador Elmer Miller de aquellos que enseñaban el sueño y el espíritu santo y quemaban hojas de la Biblia para sanar con el humo, o los que decían que Dios hablaba por el viento y las nubes. En mis recuerdos de aquella temporada en el Chaco, se mezclan solitarios senderos de tierra seca a lo largo de matorrales y bosques de árboles espaciados, chozas de ramas y adobe y un gran río que fluye lento al atardecer. Más allá del río estaba Paraguay y, como siempre sucede cuando se está en el campo, nuestros informantes nos señalaban que allí estaban los "verdaderos salvajes", los que no habían sido tocados. Tal vez era debido al clima, pero todo parecía revivir a la noche. En las orillas del río estaban los pescadores con sus pequeñas fogatas contando historias en idiomas ininteligibles. Cuando alguien traducía, sabíamos que hablaban del tiempo de los antiguos, del eterno pasar de las estaciones, del vasto anecdotario de las migraciones a las cosechas del azúcar y el algodón, del poder de los jóvenes y de la sabiduría de los viejos, de cuando los misioneros se pelearon por el alma de los indios, del terror a las almas errantes de los muertos y los espíritus en el bosque y de las extrañas vicisitudes de la mujer estrella y la eterna competencia entre el sol y la luna. El Chaco fue para mí, como luego lo sería Potosí, el encuentro con el rostro develado de América. A la distancia de los años, la vida de aquellos extraños personajes cuyos días transcurrían bajo un inmenso cielo estrellado en su propio laberinto cultural, parece volverse más real que muchas de las vidas de los que me rodean hoy en mi vida cotidiana. En aquel viaje dejamos el Chaco por Embarcación, es decir, por el oeste. En aquella ciudad se podía observar más de cerca lo que E. Miller llamó "la

disonancia de una sociedad", es decir, la ruptura de la armonía o lo que Carlos Masotta llamó el "pasaje del robo del alma a su venta". Cuando, hace unos años, cerca de Calilegua, en las afueras de la ciudad de Gobernador General San Martín, volví a rozar el límite occidental del Gran Chaco, observé, en una tarde de calor sofocante, a las familias indígenas que trabajan en los ingenios azucareros y en la industria del petróleo de las selvas salteñas, sentadas lejos del monte ancestral, frente a las modestas casas de los inmensos barrios construidos por el gobierno, recordé aquel primer viaje. Seguramente las estrellas no se verán tan nítidas en el cielo de Gobernador San Martín como en los bosques del Chaco oriental por los que anduvimos en aquellos años y la fragilidad del "tiempo sagrado del mito" que investigamos en ese entonces, seguramente ya habrá cedido ante nuevas mitologías o ante una inevitable y atroz certeza.

Amazonía peruana. Aldea sobre el Ucayali, 1979.

Y luego vino el gran viaje, casi como aquellos que uno imagina como de fin de curso, el iniciático. Fue a la Amazonía peruana, a un lugar al cual sólo se llegaba en barco. Desde Lima hasta Pucalpa, sobre el Ucayali, cruzamos el altiplano y la cordillera entre paisajes que, comparados con casa, parecían ser de otro mundo. Luego navegamos a lo largo del río hasta llegar a su confluencia con el Marañon, donde se transforma en el Amazonas. Desde las hamacas del bote observábamos el

muro impenetrable de la selva. La aldea elegida, Pucaurquillo, sobre el Ampiyacu, estaba cerca de la frontera con Colombia, río adentro del villorrio de Pebas, más allá de Iquitos, al borde del ecumene. Werner Herzog había filmado en esta región una de sus obras maestras: "Aguirre, la ira de Dios". El actor Klaus Kinski lo había secundado en la empresa, que estuvo envuelta, desde sus inicios, en un denso clima de locura, lo que de alguna manera quedó reflejado en la película. Para nosotros, el ambiente general de la región reflejaba una atmósfera de densidad similar a la de aquella película. En todos lados se respiraba una atmósfera de violencia contenida y de tensa calma, como si las oscuridades de la era del caucho y las guerras de la selva no hubiesen terminado. Cuando nos internábamos por las callejuelas de los poblados ribereños, no fueron pocas las veces que nos gritaban "pela caras", un concepto que remitía a la leyenda ampliamente difundida en la Amazonía, sobre los "pistacos", los "gringos blancos" que matan nativos para extraer la grasa de sus cuerpos. Como estudiantes de Antropología y en base a las experiencias que habían tenido con exponentes anteriores de nuestra profesión, nos consideraban buscadores de "salvajes" y, muchas veces, al preguntar sobre las diversas comunidades que habitaban sobre los ríos, nos contestaban: "no, estos ya están civilizados". En cierto sentido estaban en lo cierto y hacían honor a nuestra bien adquirida fama de insaciables buscadores del "primitivo ideal".



Los ríos eran las venas abiertas por las que fluía la vida de los hombres en la selva. Nativos, colonos, mercaderes, traficantes, todos circulaban por ellos. A sus orillas, como enormes heridas en la selva, también se divisaban grandes "fundos ganaderos" con sus caseríos y aeródromos particulares. Flora, fauna y muchas de las costumbres nos eran ajenas. En mi diario escribo: "Hoy vimos las tortugas despellejadas, que son un espectáculo cruel y desagradable. Las extraen del caparazón sin antes matarlas. Así desprovistas de él, pasan a la cocina. Quiero creer que los movimientos después de despellejadas son sólo reflejos". De la "era dorada del caucho" quedaban en pie pocas cosas. Una de ellas era el edificio de la Opera en Iquitos. Recuerdo el intenso calor y las asombrosas similitudes con la atmósfera general descripta en aquella novela de Eustasio Rivera, *La vorágine*. Y allí fuimos, junto a algunos estudiantes más con los cuales nos repartimos en la selva. Todavía hoy me parece increíble que nada nos sucediera. La amenaza de Sendero Luminoso y la presencia invisible de los narcotraficantes nos acompañaban a lo largo de los ríos. De ellos, recuerdo la lentitud de las barcazas, las hamacas, los muelles de palafitos, el infinito cielo tropical y las lejanas tormentas, que nunca nos tocaban. En aquella aldea nos quedamos casi dos meses, mi novia Teresa y yo. Relevamos mitos para un Centro de Investigación etnográfica de Buenos Aires. Relevar mitos es relevar visiones del mundo, es decir, develar la estructura íntima de lo real, lo que da sentido a la vida, y las que al lego semejan cuentos, pero no lo son. Con los mitos se cruza el umbral hacia un mundo paralelo en donde se esconden "las verdades de la estructura de lo real". Y es allí, también, donde siempre se pelea la última gran batalla. En las atmósferas creadas por películas como "La Selva Esmeralda", del director inglés John Boorman, o "El señor de los Anillos", de Peter Jackson, podemos, todavía hoy, en la sala de un cine y con un poco de imaginación, tener una vivencia bastante cercana a lo que significa vivir en un universo mítico, en el cual el estado de las cosas que da sentido al mundo parece depender solo de un frágil equilibrio de fuerzas irracionales y en donde un anillo cargado de poder puede llevar al abismo a todo un mundo.

En aquella aldea, muy lejos de casa y a lo largo de varias semanas,

nos dedicamos a relevar "historias sagradas" con informantes calificados. La vida cotidiana transcurría en una repetición interminable de rituales diarios que se sucedían como gestos arquetípicos. Las mujeres, cocinando yuca y lavando la ropa; los hombres, cazando en el monte o trabajando en las chacras y los chicos, jugando y bañándose en los arroyos cercanos. Nuestra informante, Doña Lorenza, una anciana nacida en el Caquetá, Colombia, casi no hablaba el castellano y tuvimos que recurrir a traductores. En mi diario escribo: "Con su rostro sufrido pero sin haber perdido su nobleza y su amor a la vida cuenta sobre el traslado de su gente por Don Loaysa desde el otro lado del Putumayo. Vivió la época del caucho, imita a los hombres en el cepo y nos señala a una niña de 10 años para indicarnos la edad que tenía en esos tiempos. Ella misma trabajó en el caucho. Cuando cuenta las historias, no nos parece estar escuchando "cuentos de antiguos", ella misma "es" el tiempo mítico. Nos cuenta 'que antes los Bora se comían entre ellos, que los curacas de una aldea buscaban a los de la otra para matarlos y llevarse la cabeza como trofeo colgándola frente a la maloca sobre el techo'". Todas las tardes, después de las lluvias, visitábamos a Doña Lorenza y grabábamos las "historias de los antiguos", sobre el tiempo de los comienzos del mundo. El mundo de aquella anciana hablaba a través de los mitos que en un tiempo habían sido el sostén de la vida cotidiana de aquellos hombres, antes de que comenzara la degradación de lo sagrado. Pasaron los días hasta que percibimos una cierta intranquilidad entre ellos. Por las noches, cuando los hombres volvían de la selva, se reunían y coqueaban en la casa comunal y, al ritmo del mortero y de un canto monótono, conversaban hasta muy entrada la noche, mientras que a lo lejos se escuchaban las campanas de la iglesia evangélica y los cantos del culto. Las discusiones parecían volverse más intensas a medida que transcurría el tiempo. Finalmente, rompieron el silencio y nos pidieron si podían escuchar las grabaciones. En mi diario escribí entonces: "Escuchamos la grabación de Doña Lorenza a través del solitario grabador colocado en el centro de la ronda. Comienzan a corregirnos y a decir que la historia está incompleta. Cae la noche y sólo se escucha el rumor de las hojas de coca secándose y el golpeteo monótono del mortero. Entonces todos nos comenzamos a sumir en un extraño sopor y poco a poco comienzan a hablar. Nos dicen

que hay que grabar de otra manera para que las historias 'sean lo que tienen que ser'. Nos proponen trabajar en comunidad para que entre todos se llegue a la verdad olvidada." Sin habérnoslo propuesto, habíamos llegado al umbral de la herida. Las historias que ya no pertenecían más a este tiempo habían cobrado nueva vida. Nosotros estábamos intranquilos. Habíamos convocado a los espíritus y, sin quererlo, todos habíamos llegado a aquel frágil lugar del alma en donde la vida cobra o pierde su sentido. Nunca conoceremos con certeza los resultados de nuestra acción porque transcurrido un tiempo nos fuimos para no volver nunca más. Si bien "el recuerdo es para los que han olvidado", debo reconocer que en Pucaurquillo estuvimos en ese preciso lugar en el que se encuentra la mayoría de los etnógrafos cuando se decide a investigar, es decir, en la conjunción de la vocación científica y las consecuencias del daño irreparable. Desde la superficie, aquel grupo de habitantes de la aldea que nos rodeaban analizaban el estado de su cultura desintegrada con una extraña y fría tranquilidad. Sigo escribiendo: "Nos dicen que Doña Lorenza nos está contando la verdad pero que el informante, José Quevaré, es evangelista y le agrega historias de la Biblia en 'lengua de predicador' y que según ellos 'son bien fáciles de confundir con nuestras historias'. El traductor ha realizado un 'sincretismo genial', asumiendo como verdad la nueva 'mitología' para volver así a la armonía y creo que no tenemos el derecho de remover sus nuevas creencias. Comenzó entonces la segunda parte de nuestro trabajo, dilucidar las complejidades de las historias, que no eran otra cosa que el reflejo de las complejidades de la vida en ese lugar".

En los recuerdos de aquella estadía, de la cual conservo algunas fotos y las anotaciones, veo la pequeña aldea en la selva, el puerto, las hamacas, los mosquiteros y la voz de la anciana y sus estilizadas manos cuando, al atardecer, señalaban el cielo, mientras nos contaba historias de la luna y las estrellas. Fue lo más cerca que estuvimos de la noche de los tiempos. En esa aldea, la batalla estaba perdida. Con la llegada de los europeos y sus descendientes, se había deshecho la trama original que alguna vez dio sustento a sus vidas. Mientras incorporaban la nueva mitología, la propia se derrumbaba. Algunas veces me pregunto si nuestra

presencia en aquella aldea no provocó algún daño en aquella gente, al recordarles lo que alguna vez fueron y lo que ya no eran.

Pucaurquille sobre el Ampivazu.

Durante la última noche, aquellos que nos habían señalado a la anciana nos prometieron la recreación de un ritual, una danza. La hicieron en una gran choza comunal a la luz de una fogata. Tenían sus rostros pintados de rojo y danzaban al son de unas mazas con las cuales golpeaban un largo tronco que hacía de tambor, el "manguaré". A medida que bailaban, el hechizo de la danza impregnaba la atmósfera de la casa comunal. Teresa y yo cruzamos en ese momento la delgada pared que separa los universos paralelos y pudimos percibir un destello de ese otro mundo en el que habían vivido a lo largo de tantos siglos, antes de que los despojaran del mito y comenzara para ellos "la gran tristeza" o, para ponerlo en términos nórdicos, antes de que comenzara "el tiempo de las espadas" y se soltara el lobo Fenris de sus pesadas ligaduras y se devorara al sol y a la luna y antes de que las estrellas que brillan se cayeran del cielo.

1982 - EL CORTE FINAL

Ailin y la carta de Savage.

En 1982, las estrellas que brillan se cayeron del cielo para algunos. Para los que ahora descansan debajo de los prados de las islas y para aquellos que yacen en sus tumbas en el fondo del mar.

Hace unos meses, en Buenos Aires, pude observar una instalación de fotos que ocupaba el acceso al monumento a los caídos de Malvinas en la Plaza San Martín y el de una plazoleta ubicada al comienzo de la calle

Florida. Me acompañaban mi hija y unos alemanes. Estos útimos, con tantas guerras encima, no alcanzaban a entender esa exposición tan osada y tan pública de una guerra tan cercana. Gente de todas las edades se sacaba fotos junto a los paneles de los aviones despegando hacia las islas, las madres despidiendo a sus hijos y el solitario cementerio de Darwin con sus blancas cruces. Reconocimiento al heroísmo, horror ante la improvisación, conciencia de la persistencia del colonialismo, simple curiosidad, orgullo, compasión ante los veteranos, todo estaba presente en esa escena. A los alemanes les costó comprender la situación. Percibí que las guerras para ellos todavía siguen teniendo otro significado. Con respecto al mismo tema, también descubrí en casa una carta manuscrita con fecha de aquel año, enviada por Christel, una amiga alemana de mi padre, que decía: "Respiramos de alivio cuando supimos que esa guerra inútil había terminado. Teníamos miedo por vuestro hijo. Tal vez para ustedes la derrota sea difícil de soportar pero nosotros sabemos lo que significa una guerra. El patriotismo se ha desvanecido de mi alma. Nuestra generación ha sufrido demasiadas victimas y perdido demasiada gente valiosa." Sobran ejemplos de los que comparten estas opiniones en nuestra propia tierra, como fue el caso del alemán Joaquín Hardt, que en plena dictadura y durante el conflicto con la vecina República de Chile por las islas del canal de Beagle, en 1978 concurrió a los cuarteles de mi pueblo mostrando sus heridas y acusando a los jóvenes militares argentinos de no tener una idea muy clara de lo que es una guerra. Con respecto a la Guerra de Malvinas en 1982, basta con recordar el caso de Miguel Savage, aquel soldado argentino que robó un pulóver de una casa de isleños cercana al río Murrell y que regresó para devolverlo 20 años después. En declaraciones posteriores a un periodista, dijo: "Este pulóver forma más parte de mi historia que la de ellos. En el momento de ponérmelo, en aquel fatídico día, sentí una enorme paz. Sentí una energía especial, como que alguien de esa casa me decía que volvería con vida, que volvería a casa y que esta guerra que nunca debió ocurrir se estaba terminando". Yo me crucé con su historia en la misma muestra de fotografías que visité con los alemanes en Buenos Aires. Allí le saqué una foto a mi hija frente a esa otra foto del pulóver y la carta que Savage le había escrito a aquella familia de isleños. Sólo años después y al volver a

observarlo y preguntarme por qué había decidido utilizar esa imagen como fondo de la foto a mi hija frente a todas las demás que formaban parte de la exposición, me di cuenta de que era por las guardas del pulóver. Eran idénticas a las de los pulóveres que usábamos en nuestra niñez y juventud en los fríos inviernos del sur. Savage había dicho: "Cuando me lo puse, fue como estar de vuelta en casa. Me saque la ropa mojada y me puse ese pulóver y una bufanda y un gorro y medias de lana. Ese momento fue mágico." Inconcientemente, y al ver la foto, yo también había recordado algo que había olvidado. Todos, sin siquiera haber estado allí, tenemos algo que nos conduce a las islas. En mi caso es la similitud del paisaje y el haber sido soldado. También lo alimentan todos estos fragmentos de recuerdos personales que año tras año y desde las atormentadas almas de los protagonistas no dejan nunca de aparecer.

Es cierto, fue una guerra que se desarrolló´en un escenario complejo; de un lado la democracia inglesa y del otro, la dictadura de los generales. De todas maneras, inocentes fueron los soldados que, atrapados en la encrucijada de políticos y militares, dieron su vida o volvieron atormentados por los recuerdos. El músico inglés Roger Waters escribió en un réquiem su visión de los hechos y el horror ante el eterno retorno del hábito de la guerra: "Desembarcaron en el 45, nadie hablaba y nadie reía, había demasiados espacios entre las filas. Reunidos en el cine todos prometieron con la mano en el corazón, enterrar los cuchillos de sacrificio. Pero ahora, ella está parada sobre el muelle de Southhampton, con su pañuelo y su vestido de verano que se moja con la lluvia y despide valientemente a los muchachos de nuevo." En otra de sus canciones proponía crear un asilo para todos los tiranos del momento, no sólo los dictadores, y dejarlos jugar allí a la guerra como chicos. Waters, que perdió a su padre en la Segunda Guerra Mundial, ya había abierto el juego en su obra autobiográfica, "The Wall", desde donde recorrió un largo camino analizando en profundidad muchas de las causas invisibles de los hechos actuales, algo poco frecuente entre la mayoría de los músicos de hoy en día, que suelen juntarse sin problemas de conciencia, con líderes de dudosa reputación. En una conmovedora escena de aquella película, el protagonista, niño aún, descubre, en una cómoda del dormitorio de su

madre, la carta que el rey Jorge le enviara para notificarle la muerte heroica de su marido. En términos visuales recuerda a la triste caricatura, "la cruz de hierro", que el dibujante y artista gráfico berlinés Heinirich Zille realizara en 1916. En ella un niño mira una cómoda similar sobre la cual se distingue una pequeña cruz de hierro, único recuerdo de su padre muerto en la guerra. Sentada sobre la cama, la madre, junto a otros tres pequeños hijos, observa la escena, preocupada ahora por un futuro de hambre y desempleo.

Zille, 1916, La cruz de hierro.

Ambos artistas, testigos y víctimas de las dos guerras mundiales, expresaban así su desazón ante ellas. Dentro del campo de la cultura popular y con referencia directa a la Guerra de Malvinas, tampoco podemos olvidarnos de otro inglés, el dibujante Raymond Briggs, que dibujó "The Snowman", una historia de navidad para chicos que recuerda al "Pequeño Nemo en el país de los sueños", de W. McCay, e ilustró

también aquella otra historia tragicómica sobre un ataque nuclear a Inglaterra, "When the Wind Blows" (1982), luego convertida en película con música de D. Bowie, Génesis y, casualmente, R. Waters. En cuanto a esta otra guerra, Briggs expresó, con terrible simpleza y en pocos trazos, su versión gráfica de los hechos en el libro: *The tin pot Foreign General and the old iron woman*, traducida aquí como *El general Extranjero de hojalata y la vieja dama de hierro*. La vieja dama de hierro ya era, para ese entonces, una figura que despertaba un abierto rencor entre las clases populares de su propio país, entre los músicos punk y heavy de la, por ese entonces, no tan alegre Inglaterra. El arte de tapa de uno de los discos de la época muestra a una tenebrosa mascota llamada Eddy, mirando al público en un callejón, luego de haber acuchillado a la Primera Ministra por tratar de descolgar un afiche de la banda. Junto al texto de una de las canciones que incluye el disco y que dice sugestivamente: "nunca he matado a una mujer antes, pero ahora sé como se siente", la imagen permanecerá como un testimonio elocuente más de los sentimientos encontrados que provocaba, en su propia tierra, una de las responsables de aquella guerra sin sentido y de la que sus propios compatriotas dicen que fue la artífice del milagro económico inglés, robándose, en el proceso, el alma de la nación.

Cuando viajo con mis hijos por la Patagonía, siempre nos detenemos frente a los monumentos a los caídos y memoriales de ésta, nuestra reciente guerra, que hay en cada ciudad. Tenemos fotos de todos ellos. Pueblan la costa del Atlántico sur y las ciudades del interior con sus soldados de cemento y sus maquetas de aviones a escala, dando un nuevo significado a esa desolada geografía. Una vez nos topamos con un gran grupo de familiares de los caídos frente al Glaciar Moreno. Estaban recorriendo el país con una virgen destinada al conmovedor cementerio de cruces blancas de aquellas lejanas islas. En otra ocasión, participamos de la vigilia del 2 de abril en Ushuaia y fuimos testigos del homenaje anual que le hacían los pilotos de la fuerza aérea a sus camaradas caídos, sobrevolando el Canal de Beagle, desde el extremo este hasta la frontera con Chile, sobre una nueva y majestuosa bandera argentina. Son experiencias difíciles de olvidar. No se puede ser indiferente ante tanto

dolor. Haber hecho el servicio militar y haber sido soldado hace conocer mejor la trama interna del ejército. El horror de la querra que nos llega a través de los testimonios de los veteranos, los libros, las películas y las fotografías, tiene otra consistencia. Indudablemente incomparable a la de los que estuvieron allí, en el breve otoño en que las islas fueron un infierno.

PERRAMUS

Perramus, una historieta argentina.

Todos podemos elegir. Un hombre, en su huida, entre las tres mujeres que se le ofrecen en aquel oscuro burdel del puerto de la Santa María del Buen Ayre y que lleva el enigmático nombre de El Aleph**,** eligió a Margarita, el olvido. Y el olvido le fue concedido. Fue en el año 1985, en que "Perramus", con guión de Juan Sasturain y dibujo de Alberto

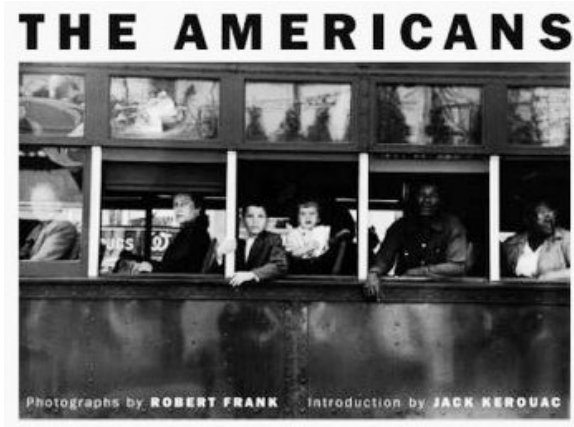
Breccia, se editó en la Argentina por primera vez. Lleva el nombre de aquella marca de sobretodos que forma parte del imaginario colectivo de los argentinos de una cierta edad, porque esa es la única identificación que ese hombre porta en su largo y oscuro viaje al olvido. La historieta, impregnada de lúgubre realismo mágico sudamericano, es una perfecta metáfora de los años vividos bajo el régimen de los generales. Nadie sabe cuánto quisieron olvidar los náufragos de la historia que llegaron a nuestra ciudad de ese infierno europeo o si quisieron hacerlo, pero los recuerdos y el viaje que emprendieron deben haber sido muy similares a los de Perramus y el olvido para ellos tampoco fue inocente. Perramus me llegó de la mano de la revista Fierro a mediados de la década del 80, un hito de la cultura popular de aquellos años. Yo guardo la colección completa, prolijamente encuadernada. Como todos los libros que me rodean y para utilizar la metáfora de aquel hombre ilustrado de R. Brandbury que, con un temblor de su piel, conjuraba las ilustraciones que portaba como tatuajes y las animaba, cuando hojeo hoy las páginas de estas revistas pareciera que sus ilustraciones, en su violenta y terrible densidad, no quisieran resignarse a morir. En aquellos años, era como si esas historias hubieran querido exorcizar el pasado, como si con la visualización de los apenas soportables horrores que se iban develando, podíamos finalmente iniciar la catarsis. Allí está "El sueñero" de A. Breccia; "Evaristo" con guión de C. Sampayo y dibujos de Solano Lopez; las cortas y violentas acuarelas negras de Peiro: "Dos Pajaros", "Hermandad" o "Historia de Ana"; las de Saccomanno y Fried como "Desierto Negro" y las de Muñoz y Sampayo en "Alack Sinner". Luego estaban las recreaciones gráficas de la historia del país en la serie "La argentina en pedazos, una historia de la violencia argentina a través de la ficción"; "La batalla de Malvinas" de Barreito, Macagno y Pérez; "Operación masacre" de Rodolfo Walsh, en una adaptación de O. Panosetti y dibujos de S. Lopez, y "El Matadero" de Esteban Echeverría, en dibujos de A Breccia. La revista también comenzó a difundir "Los mitos y las leyendas de Parque Chas" de Barreiro y Rizzo, con cuyos guiones e ilustraciones ingresabas a los misterios de un barrio real de Buenos Aires. La mayoría de aquellas historias reflejaba la actualidad pero, muchas veces, como en el caso de "Batalla de otoño" de la serie Parque Chas, eran también un anticipo de los tiempos que

vendrían. Si en aquel capítulo los pibes del barrio Chas se preguntaban de qué barrio podrían venir los prolijos miembros de aquella otra patota con la que se enfrentaban, nosotros ahora les podríamos dar la respuesta.

Hoy, que es 10 de julio de 2007 y la tapa del diario Página 12 se titula "Buenos Aires Eternauta", toda la fuerza de esas imágenes que pasaron por mis manos a lo largo de los años y se fueron acumulando en algún lugar de mi memoria, cobra ahora su íntimo sentido. "Cincuenta años después de que Héctor Oesterheld imaginara una Buenos Aires cubierta de nieve, la historieta se hizo realidad", dice el diario. Cuando ayer, en la televisión, vi los copos de nieve cayendo cerca del Obelisco y la gente jugando, pensé lo mismo y me invadió el vago terror de que esa nieve fuera esa otra nieve. La fuerza visual de la saga de Juan Salvo y la invasión extraterrestre, con todas sus connotaciones políticas, cobró repentinamente una actualidad asombrosa. Recordé también que Germán Oesterheld, junto a todas sus hijas, desapareció en las oscuridades de los

campos clandestinos para no volver nunca más. Recién unos días después de la edición de este ejemplar, vuelvo a mirarlo y leo, arriba de la figura de Salvo, que con traje y escafandra avanza con firmeza hacia el lector a través de la nevada letal, un titular que recuerda a la Biblia: "El día del juicio". Hace referencia a los procesos contra los militares indultados, que se vuelven a iniciar después de la anulación de las leyes de impunidad. Dentro del texto se destaca el nombre del cura Von Wernich. Recién ahora descubro la íntima relación entre los titulares y la figura triunfante, una verdadera declaración de principios. Los dos nombres también remiten a una relación, son apellidos alemanes, ambos. Ninguna mirada es inocente. Ese "objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres" y a través del cual Borges vio la circulación de su propia sangre en aquel sótano de la calle Garay, tampoco nombra sin inocencia al Burdel en el que Perramus se desliza hacia su largo viaje sin historia. No es casual que Tomas Eloy Martínez, en su novela del año 2004, aloje al protagonista en una pensión de la misma calle en la que Borges ubica aquel sótano y que, a través de los fugaces conciertos sin aparente sentido del cantor de tangos, descubra, a lo largo de la ciudad, el entramado de una interminable geografía del horror. No existe tal cosa como el eterno presente. El pasado siempre te alcanza. Sin embargo, en mi pueblo, muchos piensan, erróneamente, que "al cabo de algunas noches de insomnio, te trabaja otra vez el olvido".

USA



Tapa de la edición original.

"Yo he visto las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura." Así comienza "Aullido", el largo poema que Allen Ginsberg escribiera en 1956 sobre su visión de las cosas. Kerouac escribiría la suya en "On the Road" y Robert Frank, el fotógrafo suizo devenido en norteamericano, agregaría, con su serie de fotografías "The Americans", su propia cuota de triste poesía al país que lo cobijo. Todo ello, junto a la música, desembocaría luego en un largo despertar de las conciencias, que

tendría su apogeo en la década del 60, un mundo que ya no existe. Con todos esos destellos de cultura americana, libros, música, poemas, cine, yo construí mi propio mito de esa tierra. La pisé por primera vez en Los Ángeles, California, porque allí vivían mis amigos de Bariloche, Andrés y Alexis. Al ingresar, un incidente me confrontó nuevamente con el tema que nos convoca. En Buenos Aires llovía, en Los Ángeles, como era de esperar, brillaba el sol. Ingresé en la aduana hablando un perfecto inglés y con un largo sobretodo que, en sus bolsillos, tenía dos pasaportes. El joven guardia pensó lo peor y me sometió a una prolija requisa. Al finalizar me dijo con un dejo de ironía: "¿No serás el hijo de uno de esos nazis que se escondieron en la Argentina?". Tal vez le mencioné Bariloche y ese nombre disparó la reflexión, no lo recuerdo. Mis amigos me esperaban y salimos al mar de autopistas. En la primera, pasó, como una visión, un "Ángel del infierno" en su pesada moto. Todo se daba como había esperado. Recorrimos Sunset Boulevard y paseamos por las playas de Venice, en donde compré toda mi colección de libros de Ginsberg. Allí también conocí a los primeros *surfers*, un grupo de jóvenes que parecían salidos de la tapa de un disco de los Beach Boys, sobrevivientes míticos del eterno verano de la soñada era dorada de California. Todavía recuerdo la sonrisa de un joven mesero al que le preguntamos por su futuro y su despreocupada respuesta: "No me interesa, soy un *surfer*". Una noche, al regresar de un largo periplo, me perdí con el coche de Andrés en los extensos suburbios del este. Me di cuenta de que estaba en el barrio equivocado y a la hora equivocada cuando todo lo que me rodeaba era de color negro, hasta los carteles de publicidad. Cuando me detuve en un semáforo de una amplia avenida, percibí, por las miradas, que mi presencia despertaba una cierta tensión en el aire. Seguramente no me querían por allí. Otra noche, Alexis me llevó al corazón de la ciudad, y en un breve recorrido, viajamos en su coche a lo largo de las calles de centro. Lo que durante el día era un hormiguero de hombres de negocios, mujeres, gente joven y comerciantes, a partir de la caída del sol sufría una profunda mutación. Un mar de marginados "sin hogar", sentados y acostados sobre las veredas, nos miraban pasar con sus ojos vacíos. Estábamos muy lejos de la excéntrica opulencia de Rodeo Drive y más lejos aún del corazón del sueño americano. Recordé a Robert Frank. No

fue la última vez que, en mis viajes a lo largo de su extensa geografía y detrás del vanagloriado esplendor, asomaron sus miserias. Puedo agregar un barrio en la periferia de Memphis, Tenessee, el hogar del rey, a la colección de tales experiencias. Por ello, cuando sucedió la tragedia de Nueva Orleáns, no fue una sorpresa para mí. No todo lo que brilla es oro. Cuando, en estos últimos tiempos, viajo a Buenos Aires, el mar de cartoneros que invade la ciudad una vez que cae el sol me recuerda a esa noche en Los Ángeles. Luego crucé el desierto y visité Las Vegas, esa ciudad que es puro decorado y parece flotar suspendida en un mar de luces de neón. Visitar sus casinos fue internarse en las fauces más aberrantes de la alienación capitalista. Seguí hacia el Norte, al país de los vaqueros. Allí, en un rancho perdido entre bosques y montañas, busqué a Carol y volvimos a Los Ángeles, donde pasamos algunos días entre mis amigos y algunos latinos que trataban desesperadamente por ser parte del sueño. Luego, iniciamos nuestra propia "experiencia en la carretera", a través de desiertos interminables, praderas y noches de motel. El formato súper 8 había sido reemplazado por el video y, a lo largo de varias horas, mi cámara apuntaba hacia fuera del auto para registrar la inmensidad del paisaje, las ciudades y los coloridos carteles de publicidad de "ese hondo continente", que al decir de Borges, "abarcó tantas mitologías". En Arizona visitamos el "Cañón del Río Colorado", que todavía hoy considero como una de las experiencias esenciales de mi vida. Una verdadera maravilla de la naturaleza. California, Arizona, Nuevo México y Texas. "No te metas con Texas" ("Dont mess with Texas"), decía un cartel al ingresar a este último estado, en una grave humorada de vaqueros que no quisimos poner a prueba. La música *country* fue la banda de sonido de todo el recorrido. En Amarillo, Texas, visitamos a los parientes de Carol. Todavía recuerdo una cena en el edificio más alto de la ciudad y la luna llena brillando sobre la pradera. Con ellos también visitamos el "Palo duro Canyon", una depresión repentina al sudeste de aquella inmensa planicie, en el cual los Comanches desaparecían como fantasmas de la vista de sus perseguidores, durante los tiempos que los historiadores llamaron de las "guerras indias". El bisabuelo materno de mis hijos había nacido en Texas y había participado junto a su familia del lento avance de los pioneros desde el este del Missisippi hasta las planicies del oeste. A

través de las fechas de nacimiento de sus hermanos, que abarcan varios estados, se puede inferir el largo viaje de la familia desde el este hacia la tierra prometida. En un increíble giro del destino, el joven cowboy de Texas, Jarred, la encontró a fines del siglo XIX en la Argentina. En Lubbock recordé a Buddy Holly. Otras ciudades, que aparecían envueltas en nubes de polvo, me recordaban a los billares y los moteles de películas legendarias como "The last Picture show" de Peter Bogdanovich o "Hud" de Martin Ritt. Las oscuras revelaciones que se escondían detrás del ilusorio decorado de aquel mundo perfecto de pueblo chico, que describió el novelista tejano Larry McMurty y sobre las cuales se basaron aquellas películas, impregnaron mi mirada del oeste a lo largo de aquel viaje y los siguientes. Asistimos, rodeados de *cowboys*, a los clásicos rodeos, en pueblos que no figuraban siquiera en los mapas. Los perfiles de las ciudades, con sus iluminados edificios de vidrio, aparecían repentinamente sobre las praderas, como aparecía Bahía Blanca en los viajes de mi niñez. Así recuerdo a Dallas y Forth Worth. En esta última ciudad, en una tarde de sábado, nos topamos inesperadamente, en el centro desolado, con el museo Amon Carter, donde se exponían, por primera vez, los retratos que el fotógrafo Richard Avedon había realizado a lo largo de varios años de viajes por el oeste de su país. "In the American West" se llamaba esa increíble serie de retratos de camioneros, obreros de la industria del petróleo, vaqueros, mineros, vagabundos, prostitutas y demás personajes que habitaban esas tierras. No había nada romántico en aquellos registros que delataban el rostro oculto del oeste legendario en la mejor tradición del maestro Robert Frank. De los "Old Stockyards", los antiguos corrales de la vieja ciudad de Fort Worth, quedan los recuerdos de otra concurrida noche de sábado americano en los que se confunden hileras interminables de camionetas, botas sobre ajustados vaqueros azules, sombreros tejanos y mucha cerveza. Vivimos así, y bajo la vasta inmensidad del cielo de Texas, en la legendaria "gran noche americana" del escritor Jack Kerouac, sobre la cual tanto había leído en mi juventud. Luego, nos entretuvimos con amigos en algunos de los Estados del sur profundo. Visitamos el Delta del Mississippi, Graceland y Nueva Orleáns. Desde Miami viajamos a Key West, a lo largo de interminables puentes sobre el collar de cayos que cubre las

aguas esmeraldas de los confines de la Florida. Desde la ciudad que una vez fuera hogar del escritor Ernest Hemingway, miramos hacia el sur, en donde se extendía, en algún lugar detrás del mar azul, la isla de Cuba. Desde aquí, los millonarios americanos en viaje desde Nueva York, abordaban el ferry que los llevaba a los casinos de la gran noche cubana de los 50. Ahora, otra frontera ideológica invisible se extiende a lo largo del mar.

Algunas veces en casa vuelvo a mirar aquellas películas que fui filmando desde el auto. No se diferencian mucho de la sucesión de escenas que fuimos almacenando en la oscuridad de los cines a lo largo de los años. Es como si con mi cámara hubiera querido reproducir, en un extraño ritual, lo que ya había visto tantas veces en aquellas salas.

A los Estados Unidos volví algunas veces más y cada vez que lo visitaba, el país reflejaba fielmente las imágenes míticas que yo había construido sobre él. Sin embargo, ya a partir de los últimos viajes, tuve la sensación de que algo estaba desapareciendo, que se acercaban otros tiempos y que la América legendaria se estaba ahogando bajo un manto de artificialidades de la mano de la codicia de los comerciantes y los poderosos medios omnipresentes. Se presentía la llegada de aquello que Allen Ginsberg llamó “la muerte de América, lágrimas fuera de tiempo por los amores intuidos pero no realizados”.

III PARTE

“DIESE GANZE POLITIK” – TODA ESA POLÍTICA

Juventudes alemanas desfilando en Palermo, Buenos Aires, década del 30.

Hay libros que caen en nuestras manos en el momento indicado. Tal es el caso del libro *De Alemanes a Nazis. 1914-1933,* del historiador norteamericano Peter Fritzsche, publicado en el año 1998. Digo en el momento indicado, no porque trate el tema general de este libro, sino por el enfoque novedoso con que lo aborda. Al hacerlo de una manera tan particular, arroja luz sobre el contexto histórico e ideológico del cual provienen algunos de los personajes que llegaron a mi tierra. Uno de ellos es el andinista Otto Meiling, que a lo largo de los años ha sido objeto de innumerables entrevistas, una biografía, un documental y una famosa

sesión fotográfica. Meiling, el andinista, también forma parte de aquellos personajes tan particulares que poblaron los días de mi infancia y mi juventud. Él solía guiar las excursiones que el Club Andino organizaba a las montañas los fines de semana, y con alumnos de la escuela o con mi padre muchas veces lo visitamos en su refugio.

Pero volvamos a P. Frietzsche. El historiador considera que el nazismo fue la "culminación de una revolución nacional que se comenzó a gestar en el estallido de la guerra de 1914", un concepto que, por otro lado, no es novedoso en la profusa historiografía de la Alemania del siglo XX. Según los representantes de esta historiografía, en esos años se sembraron las semillas de un gran movimiento popular que comenzó a tomar su forma definitiva con el acceso al poder de Hitler en 1933. Para demostrar su tesis y a partir de documentos escritos y fotografías, el autor analiza cuatro puntos de inflexión en la historia alemana. Esos momentos son: Julio 1914, Noviembre 1918, Enero 1933 y Mayo 1933. A nosotros nos interesan, para este caso, los dos primeros. En el verano europeo de 1914, Alemania declara la guerra a sus nuevos enemigos europeos y la decisión es acompañada por inmensas multitudes que apoyan a su emperador en la empresa. La documentación de los testigos aportada por el historiador es elocuente. Podemos agregar a ellas el testimonio invaluable del escritor Stefan Zweig, que desde Austria describe como testigo presencial las mismas escenas en ese caluroso verano europeo en que todos marchan a la primera gran guerra europea del siglo XX en un frenesí de entusiasmo: "Demostraciones colmaron las calles. De pronto en todos lados flamearon banderas y las bandas comenzaron a tocar. Los jóvenes recrutas marchaban triunfalmente y sus rostros eran alegres porque se los aclamaba, a ellos, los insignificantes hombres de la vida cotidiana a los cuales normalmente nadie consideraba ni festejaba". Como espectador lúcido de los hechos, Stefan Zweig agrega en el mismo capítulo: "Pero tal vez era todo este frenesí obra de un poder más profundo y más oscuro. Tan repentinamente golpeó esta ola sobre los hombres que trajo a la superficie los deseos más ancestrales y los instintos más oscuros del alma animal de los hombres, aquello que Freud llamó "el malestar de la cultura", el deseo de quebrar todos las leyes y los

parágrafos del mundo burgués y liberar los antiguos instintos de la sangre". La siguiente guerra fue en parte una continuación de los problemas no resueltos de la primera o, por lo menos, esa fue la percepción compartida por la mayoría el pueblo alemán. Envuelta en un manto de lúgubre racismo, llevaría a Stefan Zweig, de origen judío, a su exilio en Brasil y a su posterior suicidio.

En otras latitudes y según los testigos de la época, mi bisabuelo pastor saludó la guerra como una causa noble para "la patria y el emperador" ("Für Vaterland und Kaiser") y fue luego criticado por ello. El tributo que pagó fue la vida de uno de sus hijos. En mi familia, la oscura trama del nacionalismo alemán no murió allí y siguió su camino a través de las historias de mi abuelo y mi padre. Con el tiempo y pasadas las dos grandes guerras europeas, el fervor político dio lugar a la veneración por el idioma y la cultura.

Pero volvamos a la segunda de las fechas que analiza el historiador Fritsch, el final de la primera gran guerra del siglo XX en el mes de noviembre de 1918, cuando el panorama resplandeciente de 1914 ya es otro. "Los batallones y batallones marcados por el fuego del infierno, el ejército sin regreso que fue esa juventud, las legiones que padecieron y polvo son" del poeta Sasoon y "la juventud condenada" de Wilfred Owen eran todo lo que había quedado del entusiasmo pasado. Este último, asqueado por lo vivido, se atrevió incluso a criticar preceptos sagrados del nacionalismo europeo cuando proclamó: "Mi amigo, vos no dirás con tal gusto a los niños que arden por algo de deseperada gloria la vieja mentira: dulce y decoroso es morir por la patria".

Los pueblos europeos, desgastados por los años de lucha y la inútil carnicería, se lanzan a las calles. En Alemania se produce la "Revolución de Noviembre" y como consecuencia cae el Imperio. Soldados, obreros y burgueses convergen entremezclados, en el Posdamer Platz de Berlín, para demostrar su frustración frente al resultado de la guerra. Entre esas dos fechas, toda Europa fue arrasada por una guerra de proporciones no imaginadas hasta ese entonces y, en los años que siguieron, Alemania, agobiada por los artículos del Tratado de Versalles, una especie de nuevo y brutal Congreso de Viena, en el cual según un periodista americano, el

presidente Wilson, en su afán por quebrar la cadena del mal que producía las guerras europeas, parecía "un predicador puritano extraviado en un garito", comenzó a contruir su endeble primera República. La partición de Silecia, la cesión de una parte de su territorio del este, la ocupación del Ruhr por los franceses y luego la hiperinflación, generaron una atmósfera enrarecida y difícil de sobrellevar.

Esos fueron los años a lo largo de los cuales transcurrió la infancia y la temprana juventud de O. Meiling. Había nacido en Alemanía en el año 1902 y llegó a la Argentina en 1924, a bordo del "Werra". Exceptuando un viaje que hiciera entre los años 1934 y 1935, nunca más volvió a su patria. El año en el que llegó a Argentina, Hitler, en prisión, comenzó a escribir la primera parte de *Mi Lucha*, Stalin fue elegido Secretario General del Partido Comunista y se celebraron los Juegos Olímpicos en los cuales Alemania todavía estaba excluida. También murieron en ese año Kafka y Joseph Conrad. Los densos laberintos existenciales del primero de estos escritores y los viajes al corazón de las tinieblas del segundo, bien podrían ser un telón de fondo para todo este relato. El Werra, curiosamente, también aparece en una foto de uno de nuestros álbumes familiares, que muestra a mi padre, de 5 años, junto a su hermana Celina, camino a Alemania a bordo del mismo barco en 1925. En la foto, está vestido con un anticuado sobretodo que lo retrata como un niño adulto. Es interesante vincular esta curiosa coincidencia de fechas y lugares, para analizar los destinos tan diversos de los alemanes y sus descendientes, en función de los contextos históricos. La familia de mi padre ya llevaba, por línea materna, dos generaciones en Argentina. El padre, sin embargo, era alemán y había perdido a su hermano, el tío de mi padre, en algún campo de batalla de esa primera gran guerra del siglo XX. A pesar de sus raíces europeas, y exceptuando este último caso, la guerra, en esta tierra, no había siquiera rozado a mi familia. En una buena situación económica, mi abuela y sus hijos viajaban a Europa en 1925 para visitar parientes. De Meiling, en camino desde Europa, también se conserva una foto sobre el Werra. No podemos negar que su viaje era muy distinto. Era alemán, había visto la guerra arrasar con el mundo en el cual había nacido, asistido a los aciagos años de la posguerra incluyendo la

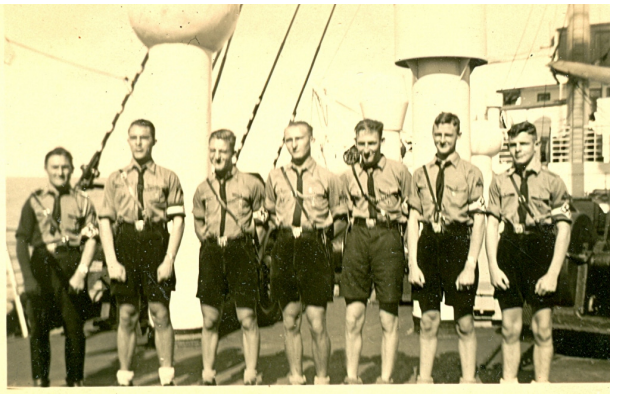
hiperinflación y cargaba por ello con otra historia. Era parte de la primera gran oleada de inmigrantes del siglo XX que abandonaba Alemania luego de una guerra. Después de una corta estadía en Buenos Aires, su amor por las montañas lo llevó al sur. En 1931 fundó, con otros tres notables amantes de la montaña, el Club Andino Bariloche. Realizó incontables expediciones patagónicas y, en el año 1952, junto con andinistas de mi pueblo, una ascensión mítica al Monte San Valentín sobre el Hielo Continental Norte. Pero es su aparición políticamente comprometida en algunas de las fotos del documental "Pacto de Silencio" y las consecuencias que esto produjo en la opinión pública, lo que me llevó a una reflexión más profunda sobre su figura. Esta reflexión encierra ciertas complejidades, que además obligan a un análisis histórico más detenido sobre el uso de las fotografías, que no son otra cosa que recortes siempre arbitrarios de una realidad más amplia. Por ello, la interpretación de las mismas no está exenta de juicios superficiales que, con algo de liviandad, hacen aquellos que no tienen la totalidad de la información. Sin ninguna duda, la aparición de las fotos ya han agregado un nuevo significado a la historia de nuestro pueblo y sería de sumo interés completar el anáilis político que plantea el director, con documentos escritos, como ser diarios personales o cartas de los retratados.

Escuela alemana, Bariloche, década del '30.

Estas fotos tienen un antecedente en la clásica foto del archivo de la familia Kaltschmidt mostrando la bandera con la svástica en su interior ondeando en el patio del colegio alemán de Bariloche antes de la II guerra, algo por cierto bastante común en otras escuelas alemanas de la Argentina. Sin embargo, la opinión pública, en general, no había visto nunca una colección de fotos tan evidentes sobre las claras simpatías de una parte de la comunidad de alemanes y argentinos de habla alemana (Volksdeutsche) de la región del Nahuel Huapi, hacia el régimen que imperaba en ese entonces en Alemania, como las de los álbumes de fotos de las colecciones privadas, que muestra el documental "Pacto de Silencio". En el documental, también aparece una sucesión de imágenes de archivo, de los grupos de *scouts* argentinos de origen alemán, en vistosos desfiles en varios lugares del Parque Nacional y en el Centro Cívico. Meiling, entre ellos, parece cumplir el papel de un entrenador, vínculo evidente entre la naturaleza reverenciada y los jóvenes entusiastas. En palabras del investigador Ariel Barbieri, no hay duda de que todas estas fotos "abrieron una reflexión sobre aquello que la comunidad toda secretamente había "olvidado", creando de esta forma "una nueva memoria" sobre la cual podemos comenzar a reescribir nuestra historia.

Juventudes alemanas, Palermo, Buenos Aires, década del 30.

Como las fotos de mi padre, estas otras también fueron clasificadas con un cierto orden en álbumes familiares para que sobrevivan al tiempo y puedan mostrar así, a las futuras generaciones, lo que esa generación consideró necesario recordar. Como documentos almacenados para el recuerdo con una cierta intención, se convirtieron con los años en evidencia histórica relevante de la vida cotidiana de una parte de los pobladores de la aldea. No son pocas las que muestran a las organizaciones juveniles que agrupaban a los jóvenes de la comunidad de habla alemana, especie de "Boy Scouts Argentinos de la Colectividad Alemana" ("Deutsch-Argentinische Pfadfinderkorps"), integrados al movimiento nacionalsocialista. Como consecuencia de la actitud defensiva de las comunidades de habla alemana frente al clima hostil al movimiento nacionalsocialista que comenzó a vivirse en estas latitudes a partir del año 1938 y específicamente a partir de promulgarse el decreto 31321, que reglamentaba el accionar de las asociaciones de origen extranjero en el país, prohibiéndoles la exhibición pública de uniformes, banderas y demás símbolos que remitieran a partidos políticos de sus países de origen, los descendientes de alemanes se cuidaban de utilizar emblemas o distintivos partidarios y usaban aquí, con preferencia, sólo la palabra "Pfadfinder" y no la de "Hitlerjugend", que era de uso común en Alemania para este tipo de organizaciones. Con respecto a este tema, Volberg, con su estilo de pretendida objetividad histórica, asegura que nadie en aquellos años usaba brazaletes. Es cierto, en las fotos de los grandes desfiles de *Boy Scouts* en Palermo, Buenos Aires, no los usan. Pero, como siempre, algunas fotografías cuentan otra historia. Sobre el barco y de regreso a casa, mi padre y sus compañeros llevan en el brazo izquierdo y sobre sus uniformes de *Boy Scouts* los brazaletes con una svástica, tal vez destinados en Argentina, para reuniones más íntimas.



Regresando a casa, noviembre de 1937.

Como todas las cosas vinculadas a estos temas, a medida que pasan los años, es cada vez más difícil descubrir, en el discurso de los sobrevivientes de aquellos tiempos, los verdaderos nombres de las cosas. Los gloriosos conceptos y las acciones aparentemente inocuas del pasado adquirieron, a medida que la realidad fue cambiando su sentido, una connotación sombría que muchos quisieron negar. Al observar hoy a estos jóvenes uniformados, es imposible olvidarse de las terribles palabras del dirigente Robert Ley cuando decía: "Nosotros comenzamos con los chicos de tres años. Apenas comienza a pensar, recibe una banderita en su mano. Nosotros no dejamos ir a las personas hasta que llegan a su tumba, lo quieran o no". Estas palabras no podían llegar a estas latitudes con la misma fuerza que tenían en Alemania. Aquí, gracias a Dios, era imposible no dejarlos ir, porque todos vivían muy entremezclados. En 1945, ocho años después del viaje de mi padre a la tierra de sus abuelos, Ley, el seductor de las almas, fue procesado en Nuremberg como uno de los 24 mayores criminales de guerra y se ahorcó en su celda.

Las fotos, que pertenecen a álbumes de familias de Bariloche, despertaron en mí la curiosidad por saber más de aquellas actividades y comencé la búsqueda. Varios volúmenes encuadernados de "Junges Volk" (Gente Joven) y "Der Deutsche in Argentinien" (El Alemán en Argentina), dos revistas argentinas en idioma alemán que se editaron durante la guerra

para la comunidad de habla alemana, aportaron datos reveladores. Las tapas de varias ediciones muestran paisajes del Parque Nacional Nahuel Huapi y, en casi todas ellas, hay relatos sobre el sur. Un artículo, acompañado por una serie de fotos, describe en detalle, el campamento de verano de los "Pfadfinder" sobre el Lago Moreno que mi padre también menciona en sus relatos de 1946. En muchas de las notas de estas revistas se habla de las visitas al "Berghof" de Meiling, sobre las laderas del cerro Otto. Las revistas y el contenido de sus historias tienen, curiosamente, pocas referencias políticas sobre las actividades que describen. Puesto en contexto, su significado político hay que imaginárselo. En otro momento histórico, una foto de un grupo de niñas jóvenes practicando bailes folklóricos en el jardín de una casa no identificada del pueblo, con el lago de fondo y evocando una clara atmósfera étnica, no llamaría la atención, pero, dadas las circunstancias generales de la época, es difícil abstraerse de una clara lectura política. La ausencia de símbolos o textos políticos en estas revistas de orden público, a diferencia de los álbumes de fotos que están en propiedad de las familias, es, sin duda alguna, un claro indicio de una cierta cautela general y de que los protagonistas tenían clara conciencia de que aquellos ideales no estaban en consonancia con la filosofía general del país que los albergaba. Solo las transcripciones de los discursos o la descripción de los eventos alemanes llevan, en un marcado contraste con las inocentes descripciones locales, la pesada carga de la ideología racista imperante en Alemania. La ideología que los cubría a todos por igual mostraba, en ambas latitudes, rostros muy diversos. Allí, nadie pudo sustraerse de las brutales consecuencias de todo el horror desplegado, mientras que, aquí, la guerra y sus consecuencias parecen vivirse como algo muy lejano y el racismo quedó relegado a algún oscuro rincón del alma, del cual lamentablemente ya no saldría más. No hay duda que, en el entramado oculto de la tranquila y plácida vida cotidiana de las comunidades locales, aquella filosofía que nació en Europa en la primera mitad del siglo XX dejaría sus huellas.

Después de la guerra, relata el documental de Echeverría, "la comunidad del Nahuel Huapi se mostraba indiferente a lo que había sucedido en Europa, pero las fotos de sus álbumes familiares contaban

otra historia". Si bien el documental muestra, con incuestionable certeza, que los eventos posteriores que culminan con Erich Priebke como presidente de la Asociación Cultural, revelan, por parte de una gran parte de los integrantes de esta comunidad, una cierta simpatía hacia la filosofía que subyace al nacionalsocialismo y, como lógica consecuencia, que esa indiferencia no era tal, es apresurado formular un juicio generalizador sobre cuán profundas eran realmente las convicciones ideológicas de la gente retratada en aquellas fotos y cuán duradera sus simpatías a aquella filosofía, a lo largo del tiempo, una vez finalizada la guerra.

Para completar el cuadro, volvamos un instante a la historia de Alemania. Ésta, bajo la férrea tutela de su canciller Otto Bismarck, había comenzado un accidentado camino político como nación posible, desde su unificación como imperio a fines del siglo XIX hasta su consolidación como potencia europea. Una vez finalizada la Primera Guerra Mundial y disuelta la monarquía, se instituyó la primera República alemana que se llamó de "Weimar", un proyecto político que fue calificado irónicamente, por algunos, como "puro Estado y nada de pueblo". Lo asombroso es que la República Alemana se siguiera llamando "Imperio" (Reich), algo que, según algunos historiadores, condicionó su destino. Problemas nunca resueltos, caos político y la frustración causada por un imperio que no se realizaba, llevó al país, en un viaje sin retorno, al régimen liderado por Adolf Hitler. Para muchos, este último fue sólo un reemplazo revolucionario del exilado emperador y, al contrario de la república que lo antecedió, líder de un régimen que fue "puro pueblo y poco Estado", poco Estado del que conocemos actualmente como democrático y respetuoso de los derechos humanos inalienables de sus ciudadanos. Debajo de la apariencia de la política corría también la oscura sangre de los movimientos "Völkisch", que con su antisemitismo y veneración por la pureza de la sangre remontaban sus orígenes al romanticismo tardío y algo enfermizo de fines del siglo XIX, al cual agregaron lo suyo personajes folkóricos y siniestros como el arqueólogo diletante Guido Von List. De ellos adoptó el nacionalsocialismo la svástica y los SS, algunos de sus rituales y esotérica simbología. Como lo formuló el historiador Golo Mann: "Desde que Max Weber a fines del siglo XIX hablara de la

nostalgia de la burguesía alemana por un César, desde las febriles actividades de los 'absolutamente alemanes' y las viscicitudes de la I Guerra, había una oscura corriente de la vida alemana que llevaba en forma directa a la hojarasca del nacionalsocialismo ("Seit Max Weber in den neunziger Jahren von der Sehnsucht des deutschen Bürgertums nach einem neuen Cäsar sprach, seit den Umtrieben der Alldeutschen, der Entartung des ersten Krieges trieb eine Strömung des deutschen Lebens dem Morast des Nazismus zu")". Sebastián Haffner, un lúcido testigo de la época, le agrega a la interpretación una perspectiva histórica cuando dice: "El imperio fue vencido pero sobrevivió. Gente con una predisposición e identificación amigable con Europa podría haber tomado las riendas. Pero el Imperio fue más poderoso que ellos. Este increíble y poderoso edificio, que desde las conquistas de Prusia del siglo XIX se fundara sobre la guerra y la expansión, pedía líderes a la medida de aquello para lo cual fuera creado. Su destino manifiesto había quedado expuesto cuando la nueva democracia volvió a incluir el nombre 'Imperio alemán' en su nueva constitución". ("Das Reich wurde besiegt, aber es überlebte. Leute mir freundlicher Gesinnung und einer friedlichen Identifizierung mit Europa hätten an der Macht sein können. Aber das Reich war stärker als Sie. Dieses ungeheuer mächtige Gebäude, das für Krieg und Expansion errichtet worden war, verlangte dass Seine Machthaber eine Politik verfolgten, für die es geschaffen worden war. Sie waren bereits geschlagen, als sie den Namen "Deutsches Reich" wieder in die Verfassung aufnahmen.") La II Guerra, que destruyó definitivamente los sueños de aquella "Europa, cumbre de la civilización", llevó finalmente al pueblo alemán, bajo la presión de gran parte de las naciones vencedoras, a instituir dos nuevas segundas repúblicas en el año 1949.

Este accidentado camino de la que algunos consideraban, aquí, "la Patria lejana" y que acabamos de resumir en sólo algunos párrafos, dejaría su confusa impronta en los habitantes de raíces alemanas de esta aldea remota. Ante la confusión reinante, imposible de dilucidar sin una mirada critica, la mayoría optó por ignorar los hechos y se sumió en el silencio; y el silencio, con el tiempo, se convirtió en un hábito que los igualó. La pérdida paulatina del idioma también significó la ruptura de los dos

mundos. La vida cotidiana de los europeos, los cambios de mentalidad y sus conflictos sociales y políticos se fueron alejando junto al idioma incomprensible y solo quedó el refugio de los recuerdos de lo que una vez hubo: los de la Alemania ideal. Dentro de esta imaginería heredada de la vieja patria, están las excelentes fotografías que el fotógrafo Kaltschmidt tomara a lo largo de varias décadas del siglo XX. No hay duda alguna de que una geografía idéntica reprodujo en los inmigrantes miradas idénticas. En los años 50, su serie de postales de los paisajes de la aldea pueden intercambiarse con postales alemanas como figuritas, sin que nadie perciba la diferencia.

Tal vez Otto Meiling, como uno de los fundadores del primer club de montaña de nuestro país, sumado a sus peculiaridades personales de ermitaño filósofo, sea solo un exponente de la adhesión acrítica a un clima de ideas predominantes que hundían sus raíces a la época de su niñez. Su figura me es familiar y debo admitir que, durante las visitas a su refugio, coincidiendo en esto con las opiniones del esloveno Arko, nunca lo escuché emitir alguna opinión política, exceptuando frases sueltas que denotaban su desengaño con el mundo de los hombres. Basta con visitar su refugio para percibir cuánto se había alejado de las bondades de la civilización. La frase "Heil Ski", inscripta en el interior del refugio sobre la puerta de entrada, es, sin embargo, un claro indicio de sus simpatías por los viejos ideales. Tampoco podemos negar que su filosofía de montaña, al igual que la filosofía que subyace a varias de las excelentes filmaciones que Guzzi Lantschner, junto a Rodolfo Matzi, realizó en nuestra zona, tenía una clara vinculación con la mirada irracional y teñida de heroísmo que inspiró a los seguidores del movimiento nacionalsocialista. Estos, en años anteriores a la II Guerra, consideraron a los deportes de montaña como una de las actividades más importantes para recomponer la fuerza moral del pueblo alemán. Películas como "La montaña en llamas" (Berge in Flammen) de Luis Trenker, eran verdaderos elogios a las virtudes marciales que glorificaban al "soldado ideal", del cual se suponía "que no se inmiscuía en política", motivo recurrente de los que me rodeaban cuando se hablaba de la guerra: "él era soldado, sólo cumplía ordenes", es decir, era casi otra víctima. El alpinismo, que era además una actividad

favorita de los jóvenes que buscaban en ella una superación física, e incluso metafísica, fue así utilizada para los fines del régimen, que durante la década del treinta apoyó incontables expediciones a los lugares más alejados del planeta. Algunas cumbres distantes, como el Nanga Parbat en Kashmir, se convirtieron, en los años previos a la guerra, en una meta anhelada por el régimen, que veía su ascenso como una verdadera misión patriótica, buscando contrarrestar, de esa manera, las exitosas expediciones de los ingleses al Everest, los italianos al K2 y los franceses al Annapurna. En la historia del andinismo y a consecuencia de los sucesivos y trágicos ascensos, la fatídica montaña se convirtió para los alemanes en una "Montaña del destino" ("Schicksalsberg"). El teórico de cine alemán Sigfrido Kracauer, que lleva él mismo un nombre de connotaciones mitológicas, describe a estos jóvenes como "llenos de deseos prometeicos, que luego de subir una montaña a lo largo de alguna peligrosa chimenea, fumarían en la cumbre tranquilamente su pipa y con infinito orgullo mirarían con desprecio a los que ellos llamaban los 'habitantes del valle', aquellas muchedumbres plebeyas que nunca harían un mínimo esfuerzo para elevarse a estas alturas". Debo admitir que, al leer estas frases, recordé momentos en que Otto Meiling desde su refugio de montaña y con palabras y gestos tan peculiares de él, señalaba el valle y se refería, en términos similares, a los habitantes de Bariloche. Todavía hoy, un diploma de 1939, enmarcado y colgado en su refugio de montaña, como atemporal objeto de museo, delata claramente esa filosofía cuando dice que "el 23 de enero de 1939 se realizó en el Cerro López el bautismo de nieve de los scouts por parte del 'espíritu de la montaña', para que puedan liberarse del polvo terreno y purificarse definitivamente". Un inocente ritual que, puesto en un cierto contexto histórico, esconde un significado político evidente. También Guzzi Lantschner, famoso como esquiador y ganador de medallas de plata y bronce en las Olimpíadas de Invierno de 1936, camarógrafo estrella de la controvertida directora de cine alemana Leni Riefenstahl y, finalmente, camarógrafo de los programas semanales de propaganda del régimen durante la guerra, migra a Bariloche, desde su Austria natal, por temor a caer prisionero de los aliados. En Alemania había compartido sus trabajos como camarógrafo durante las Olimpíadas y, luego, durante la confección de los noticieros

oficiales del régimen (Tagesschau), con personajes como Walter Frentz, fotógrafo personal de Hitler y al que la historia conoció como "el ojo del III Reich", por ser sus fotos una parte fundamental de la representación visual del régimen que hoy hemos conservado en nuestro imaginario colectivo. Al igual que Riefenstahl y Lantschner, Frentz fue cultor de un documentalismo desapegado y apolítico, si es que lo hay. De sus fotos, los críticos dijeron que delataban "una excelente composición pero no mostraban empatía", agregando el comentario de que eran un ejemplo de "la banalidad del poder". En Mintz, Frentz asistió a una masacre de judios programada por Himmler y algunas horas después ya estaba sacando fotos a un grupo de chicos rusos. Riefenstahl, Lantschner y Frentz estaban obsesionados por la imagen y como dijo uno de sus críticos: "sus fotografías eran bellas e impecables. Al mal, el observador se lo tiene que imaginar".

Leni Riefenstahl y Guzzi Lantschner, década del 30.

La vinculación de Lantschner con la directora de cine no solo data de la época en que participaron juntos como actores de la serie de películas de montaña que el director de cine alemán Arnold Fanck realizara en la década del 20 y los primeros años de la década del 30, sino que continuó hasta el proyecto monumental de filmar la Olimpíada del año 1936 en Berlín. En este último proyecto, L. Riefenstahl participa como directora y Guzzi Lantschner, como uno de sus varios camarógrafos, lo que no dice poco sobre sus habilidades, ya que la alemana era, en ese momento, una de las más importantes directoras de cine del mundo. En el documental de Ray Müller "El poder de las imágenes" todavía se lo ve, en el cumpleaños número 90 de la directora, hablando con uno de los atletas japoneses de aquella Olimpíada. Por otra parte, "La montaña sagrada", una película de 1926 dirigida por Arnold Fanck, en la que esta directora participa como actriz, es, en relación con todo este tema, digna de estudio, ya que encierra en sus sorprendentes imágenes y sus austeros diálogos, lo esencial de la filosofía de montaña que claramente compartieron no solo Otto Meiling o Guzzi Lantschner, sino casi todos los andinistas de la era dorada de las ascensiones en Patagonia: camaradería y lealtad entre hombres y poco espacio para las mujeres. Estas últimas suelen aparecer como "el reposo del guerrero" de los mitos heroicos y siempre representan una amenaza irracional a los ideales masculinos, algo que también se insinúa ingenuamente en las películas que Lantschner filmó en nuestras montañas. Dos libros del actor y alpinista tirolés Luis Trenker, con una dedicatoria personal a un tal Hünemann, de Buenos Aires, llegaron también a mis manos en los últimos meses. Se trata de *Kameraden der Berge* (*Camaradas de la montaña*), editado en Berlín en el año 1935, y *Berge und Heimat* (*Montañas y Hogar*), del año 1937. Del texto y las 62 fotografías del primero y del texto y las 258 del segundo, exceptuando las usuales loas a la camaradería entre hombres y la adoración irracional por la naturaleza y la fascinación por el mito, no se desprende ninguna actitud ideológica declarada, aunque la glorificación del montañés no deja de parecerse a la glorificación del soldado ideal que mencionáramos en párrafos anteriores, aquel que sólo cumple con su deber y no se inmiscuye en política. Esta no parece existir en el enrarecido aire de la alta montaña. No hay duda de que el espíritu de mi aldea se nutrió de esta gente, que

nunca se pregunta quién construye el mundo político en el que viven. Solo cuando el cerco se cierra y hacen advertencias sobre los enemigos de su mundo, hacen política sin querer saberlo. No hay duda de que cuando el autor esgrime su amor irracional a la tierra y proclama la visión estática de la cultura de los pueblos de la montaña, hay una clara vinculación a la filosofía mítica general de la cosmovisión del régimen. "La madre, el padre, el prado, la montaña, el camino y las flores: ellos son la patria (…) La patria es algo grande, sagrado e irremplazable, es la felicidad sobre la tierra, la raíz del ser y debe coronar todos los deseos, por ello escribimos este libro y lo colocamos sobre vuestro corazón alemán." En el primer libro, entre las numerosas fotos de escenas de montaña, hay unas pocas que ilustran los capítulos sobre su estadía en los Estados Unidos, en donde filmó "Der verlorene Sohn" (El hijo perdido). Las vías de tren que atraviesan el desierto, una ruta vacía que se pierde en el horizonte y los rascacielos de Nueva York, son un anticipo visual temprano de "Alicia en las ciudades" o de "París, Texas" de Wenders y remiten a la eterna fascinación de los europeos por la inmensidad americana. El segundo es un verdadero tratado de "antropología de la montaña" en el sentido tradicional del término, un verdadero manual de etnografía clásica. Hojear ambos libros en el contexto de éste lleva a reflexionar sobre la forma en que el nacionalsocialismo, en su afán de abarcar todo aquello que de alguna manera coincidiera con su filosofía, se devoró todo el material disponible, destruyendo, en el proceso, los destinos de hombres y mujeres. Es por ello que, en aquellos montañistas de origen alemán, que conforman una parte considerable de nuestros andinistas, no podemos dejar de vincular una determinada filosofía de montaña con el movimiento nacionalsocialista, algo que tal vez no esté en relación directa con las filosofías personales de gran parte de ellos. Por otra parte, que grandes diseñadores de ropa contemporáneos, e incluso marcas, que tienen su origen en la Alemania del III Reich, hayan perfeccionado la estética de la fascinación erótica por el culto del cuerpo, que Leni Riefensthal llevó en esos años hasta el paroxismo, no parece preocupar a nadie. En Bariloche, pocos jóvenes conocen las películas de montaña de Guzzi Lantschner y, también en este caso, debo manifestar mi asombro sobre el olvido en que se sumió su obra local, algo que seguramente es consecuencia de la forma

en que una gran parte de mi comunidad ha elegido procesar su historia, olvidándola.

La historia de Meiling, que ahora descansa en su tumba de la montaña, es una de las tantas historias de otro inmigrante alemán de entreguerras que llegó a nuestras latitudes. Fue fundador, en 1931, junto con otros tres amantes de los deportes de montaña, del Club Andino Bariloche, que tiene una historia trascendente dentro del montañismo de nuestro país. En fotos comprometidas y con su mirada perdida hacia la lontananza, posó antes de la guerra, frente a símbolos que no resisten ningún tipo de crítica. Es la historia de un andinista legendario y un ermitaño, algo que sin duda tiene en común con la mayoría de los escaladores. Basta con recordar a Reinhold Messner cuando, en su libro autobiográfico de 1994, *13 Spiegel meiner Seele* (*Los 13 espejos de mi alma*), escribe: "Nosotros no sobrevivimos en la montaña como 'club de montaña' o como una especie de 'seres marginales' u 'hombres de montaña'. Sobrevivimos como seres individuales y como tales nos hundimos, con nuestras propias limitaciones".

Una carta de 1918, que cita el historiador Fritzsche, nos lleva en un viaje sin escalas hacia el Bariloche de los años 80, en que Meiling fue entrevistado por el documentalista Carlos Echeverría. En aquella carta, Bertha Haendlicke, una testigo circunstancial de los hechos, escribe a un pariente: "Todo ha dependido siempre de los de arriba y todo fracasó arriba: el Kaiser, el gobierno, el Reichstag y toda esta política ('die ganze Politik'). Si el pueblo alemán tomase el destino en sus manos, esto sería distinto". Cuando lo leí, vino a mi memoria la imagen del documental que muestra a Meiling en su refugio del cerro Otto, expresando, muchos años después y en similares palabras, la misma desazón. El andinista, en aquel testimonio de 1984, ampliaría el sentido de la palabra "Politik" a "Weltpolitik" (Política mundial), porque ya hablaba desde otra perspectiva y con otra guerra encima. Meiling en fotos públicas; Meiling en álbumes familiares; Meiling en un homenaje en la escuela alemana junto a mi padre y Meiling durmiendo el sueño eterno bajo un bosque de pinos en su solitaria tumba del cerro Otto. Yo lo recuerdo en su refugio de nombre fatídico, de la misma manera en que lo retrató Echeverría en el invierno del 84, como un hombre de montaña, excéntrico para los habitantes del

pueblo y exótico para los que nos visitan desde las ciudades lejanas. Un alemán cuya vida estuvo plagada de las complejidades políticas de otros tiempos.

UNA HISTORIA ALEMANA

Diario: "Argentinisches Tageblatt", edición 24 de diciembre 1982. La Asociación Cultural Germano Argentina celebra los 75 desde la fundación en 1907 de la Escuela Alemana de Bariloche. En la foto posan de izquierda a derecha, Omar Barberis, Intendente de Bariloche, el Dr. Hermann Saumweber, representante de la Embajada Alemana de Argentina, el Sr. Hans Schulz, Presidente de la Asociación Cultural Germano Argentina y Erico Priebke, su Vicepresidente. A finales del mismo año, el Embajador de Alemania, el Dr. P Verbeek, junto a su esposa visitaron la Asociación y su escuela. Las fotos pueden verse en la edición del día 22 de Enero del año 1983 del mismo diario.

La vieja escuela alemana, fundada en 1907 por aquellos inmigrantes de origen alemán llegados de Chile, festejó en el año 2007

los cien años desde su primera fundación. En los comienzos, sus alumnos eran casi todos hijos de las familias de habla alemana que habitaban los alrededores del lago, aquellas que aparecen en las tempranas fotos de la crónica del pueblo, las que registran la era de los pioneros. Estas incontables fotos en blanco y negro, verdaderos "sustitutos de la memoria", crean la impresión de que aquella primera época fue un tiempo cotidiano apacible que transcurría en un pueblo que era casi todo campo. Las casas se distribuían aisladas y, en base a las fotos, podemos imaginarnos a los chicos caminando a la escuela o jugando en los jardines, como en una vieja película del oeste norteamericano. Así la describió todavía Roberto Arlt, cuando la visitó a comienzos de los años '30. Durante mi concurrencia a la primaria, en la década del '60, ya el campo se había desplazado unas cuadras hacia arriba, pero los que hablábamos alemán éramos, todavía, casi la mitad de los alumnos de aquella escuela. En mis recuerdos, el pueblo, que en ese entonces no tenía más de veinte mil habitantes, era una prolongación de la aldea. De mi etapa por la escuela, quedan en mi memoria, además de los maestros, unos pocos personajes significativos, como la legendaria "Tante" Hamann, el maestro de alemán "Herr Schneider", la Directora, la Sra. Pefaure, y el director de la academia de idiomas de aquellos años, el Dr. Werner Schad. Desde mi casa, caminábamos solos a la escuela y durante los recreos jugábamos en lo que nos parecía un inmenso patio. A veces hacíamos excursiones escolares al campo de las margaritas, que a los ojos de un chico parecían expediciones a la alta montaña. Aquella pradera de flores es ahora un nuevo suburbio de la ciudad y el pueblo de entonces ya no es una aldea.

Durante el transcurso de la segunda parte del siglo XX, Alemania dejó de expulsar gente y, a regañadientes, se tuvo que resignar a recibirla, como lo hizo la Argentina a lo largo de los siglos. Ahora, en las almas de muchos de sus habitantes, todo es una extraña mezcla de sentimientos atávicos y convicciones inevitablemente cambiadas. Sus habitantes originarios debieron ceder espacio a los expulsados del orbe y saben que los tiempos del mito nacionalista está llegando a su fin. Mi familia, en cambio, forma parte aquí del tejido social de los que construyeron este

país de brazos abiertos, algo que parecen haber olvidado los expulsados europeos de otros tiempos, que han perdido la perspectiva histórica y que profesan tanto anhelo de volver a ser europeos. Basta una mirada al penoso camino recorrido por ese "pueblo en movimiento" que son los "Alemanes del Wolga", para comprender que, comparada con su historia europea, los años que llevan en suelo argentino parecen una estadía en el paraíso. Hoy, una mirada a los rostros de tantos alumnos de esa escuela a la que asistí hace décadas y entre los cuales estuvieron mis hijos, puede llevarte a descubrir los orígenes familiares más insospechados. No hay duda de que allí se está cumpliendo la profecía de los soñadores del país abierto. En otros lados, el país soñado se ha convertido en una pesadilla.

Pero volvamos por un momento a las reflexiones con las cuales iniciamos este libro. Carla del Ponte ya ha sido designada embajadora suiza en nuestro país y la renovada mirada del imaginario colectivo global no deja de ver, a muchos de los habitantes de habla alemana que vivimos aquí, como cultores nostálgicos y tardíos de aquella vieja ideología que promovía la destrucción de los diferentes, y tal vez estén en lo cierto. No hay duda de que un grupo de alemanes pudo más que unos cuantos que, sumados a algunos otros de diferentes nacionalidades y en claro contrapunto con los paisajes sublimes que la rodean, crearon esa atmósfera de ciudad oscura que sentenció a Bariloche a su destino. No hay duda de que "Bariloche fue y es una ciudad con nazis", como dijera, en una entrevista, el que era por aquel entonces Presidente del Consejo Municipal, el Dr. Soliverez. Si a mediados de los años 90 del siglo pasado, un grupo de ciudadanos de mi ciudad pudo firmar una solicitada pública en defensa de un ex SS, partícipe de la masacre de civiles más importante en suelo italiano, titulándola "Que prescriba la impiedad" y en cuyo texto se lee: "Comprendemos que nuestros hermanos judíos no puedan desprenderse de la ley del talión, porque el misterio de la redención les es ajeno", no hay duda de que las cartas están sobre la mesa. Que fuera la cancillería italiana la que solicitara la extradición y que se tratara de una masacre de civiles italianos, entre los cuales se encontraban algunos judíos, parecía no distraer del objetivo final a los firmantes de la carta: acusar al viejo enemigo ancestral que imaginan escondido en las sombras,

ignorando el hecho de que en realidad ese enemigo fue la víctima casi terminal del genocidio europeo y no su ejecutor.

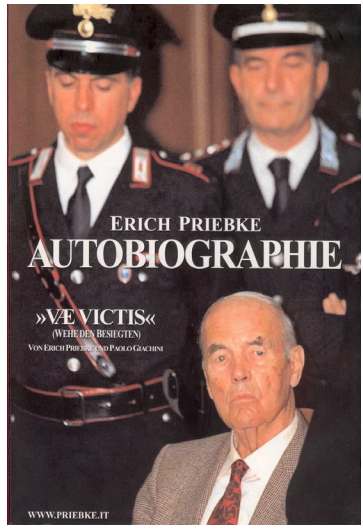
Frente a las nuevas generaciones que llenan las aulas de nuestras escuelas, entre las que están mis hijos, es hora de asumir responsabilidades y comenzar a escribir una historia con el rigor de las fuentes confiables. El olvido no es sólo un privilegio de nosotros. Hace un tiempo, una famosa moderadora de la televisión pública alemana, la escritora Eva Herman, fue dejada cesante de su puesto por haber dejado entrever la opinión de que durante el régimen nacionalsocialista ciertos valores vinculados a la familia gozaban de más prestigio que en la actualidad. Se trata de un comentario que llama la atención, porque remite a la vieja visión de que familias eran sólo las que se incluían dentro de la comunidad del pueblo alemán y no aquellas que vieron morir a sus hijos en los campos de concentración o murieron en ellos. Por otro lado, la detención en Israel de ocho integrantes de un grupo neonazi responsable de ataques contra extranjeros, drogadictos y judíos ortodoxos, pone a prueba cualquier interpretación política posible. Sin embargo, ambos hechos, demuestran, por parte de sus protagonistas, la fragilidad de la memoria colectiva de los hombres y un increíble desconocimiento de la historia, haciendo renacer en algunos el temor de que lo que ocurrió una vez vuelva a repetirse.

En dos etapas de su historia, la oscura sombra del nacionalsocialismo se extendió sobre la escuela alemana de Bariloche. En la primera, la escuela se alineó, junto con muchas otras escuelas alemanas de Argentina al movimiento político totalizador que sumergió a Alemania en una tormenta de crudo racismo y falsos ideales, condenándola así a un oscuro futuro. En su caída, el régimen imperante en Alemania arrastró a la mayoría de las escuelas alemanas de nuestro país. Estas, compartiendo un destino y bajo un decreto presidencial, cerraron sus puertas en el año 1945 y volvieron a abrirlas algunos años después. La idea original de los pioneros de conservar lengua y cultura se había impregnado, en los años previos a la segunda guerra, de una ideología que era incompatible con la filosofía política de nuestro país y la de cualquier otra nación civilizada del mundo, y la comunidad de habla alemana tuvo que pagar el precio por

su error. Los resultados de esta dualidad vivencial en la que vivían estos hijos de inmigrantes, que fluctuaba entre una realidad cotidiana local y otra imaginada, que se nutría las filosofías reinantes en la tierra de sus abuelos, es un claro ejemplo de las complejidades políticas que conlleva una doble identidad cuando el clima internacional se enrarece. En realidad, todo este tema, visto desde una cierta perspectiva, no se diferencia mucho de los problemas políticos actuales, que ahora se desarrollan en suelo europeo. La figura del cineasta alemán de origen turco Fatih Akin y sus últimas películas, que tratan sobre el desafío que implica ser portador de múltiples identidades, son un claro ejemplo actual de aquel antiguo dilema que ahora se desarrolla en tierras europeas, claro está, en un ambiente democrático. Por otro lado, el que una nueva futura película de este director tenga como escenario a los Estados Unidos y que sea catalogada por él mismo, en una reciente entrevista, como su primer "*western*", solo es una evidencia más de la persistente influencia de los mitos del oeste, que tanto han impactado en mi propia vida.

En 1953 y con las heridas de la guerra ideológica a cuestas, la comunidad de habla alemana local volvió a fundar la escuela, porque volvió a prevalecer la idea de conservar lengua y cultura. Fue así que ese calidoscopio de personalidades y culturas políticas del que hablamos en uno de los capítulos anteriores, estrechó filas nuevamente, con la mira puesta en la educación de sus hijos. La multiplicidad de ideologías y los secretos de familia eran, en ese entonces, al igual que lo son hoy, un hecho evidente, a pesar de que desde afuera todo parecía uniforme. La institución educativa creció rápidamente y nunca más pudo volver a ser aquella escuela pequeña de aldea remota tan conservadora en su identidad alemana. La ciudad y el país, con su diversidad de culturas y como siempre, se cobraba su tributo; mientras que, en Europa, Alemania seguía cambiando. En todos lados acechaba la diversidad. A fines de la década del '60, una polarización creciente dentro de la comunidad de habla alemana produjo una crisis. Un grupo que sostenía una posición más conservadora pretendió, en un giro cargado de nostalgia, volver atrás el reloj del tiempo y la fractura produjo heridas. Las actas de aquella turbulenta época y los recuerdos subjetivos de sus protagonistas es todo lo

que queda. La escuela siguió su camino, inaugurando, a fines de la década del ‘70, el nuevo secundario. Crecer era su destino. Sin embargo, un giro en los acontecimientos internos hizo que, a mediados de la década del 80, Erich Priebke sucediese a mi padre en la Presidencia de la Asociación Cultural. La escuela, de alguna manera indiferente a ese acontecer, seguía su camino. La Asociación Cultural que la administraba comenzaba a escribir un nuevo capítulo de su historia, que no dejaba de ser también una historia alemana. Esta historia tuvo en esos años a Erich Priebke como protagonista principal. “Figura consular” de la comunidad, al decir de algunos vecinos, y “miembro de una asociación criminal, elite ideológica de los nazis”, al decir de otros, el “buen vecino” fue la culminación del pacto de convivencia que con complicidad de los vecinos habían celebrado los inmigrantes centroeuropeos a su llegada a la aldea. De aquel que todavía en 1994 dijo “que las matanzas en las fosas ardeatinas habían sido una represalia muy dura, pero ‘justa’”, se escribieron interminables notas periodísticas en todo el mundo, se hicieron importantes documentales y se lo llamó con cierta propiedad “el último nazi”. Sin embargo, debemos reconocer que no todos los historiadores comparten la misma opinión cuando se trata su caso. En una entrevista del semanario Der Spiegel del año 1998, el historiador aleman Holger Meding decía al respecto: “Yo conocí a Erich Priebke cuando todavía no era un ‘caso’. En Bariloche era un ciudadano respetable que paradójicamente hablaba abiertamente de su pasado, algo que luego lamentó. Que la causa de las ejecuciones en las fosas ardeatinas en Roma, en 1944, fuera reabierta medio siglo después, seguramente lo tomó por sorpresa. Él no debe ser incluido en una misma lista con Mengele o Eichmann. En mi opinión, Priebke es ‘un criminal de guerra construido’ (‘Konstruierter Kriegsverbrecher’). El juicio revistió una complejidad inusual y tuvo una fuerte connotación política”.



Autobiografía de E. Priebke.

Hace algunos años, vio la luz su autobiografía, que lleva el sugestivo nombre de *Vae Victis* (*Ay de los vencidos*). No es mucho lo que se puede agregar a lo que ya se ha escrito. Detenido y deportado por crímenes de guerra, mientras escribo estas líneas pasa los últimos días de su vida preso en Italia. Debo decir que, en los álbumes de fotos de casa anteriores a su designación como presidente de la Asociación Cultural, en la etapa que transcurría bajo el velo de ese sombrío olvido, también está presente en reuniones, fiestas o en alguna cena, junto a muchos otros vecinos de origen alemán. Antes de revisar estas líneas y hace sólo unas semanas, he vuelto a hablar con él por teléfono. Tardé unos meses antes de hacer la llamada. Ahora parece una figura olvidada que se va transformando en otra sombra de un pasado que muchos quieren olvidar. Y cuando digo muchos, hablo no sólo de los que lo sentenciaron, sino también de los indiferentes y los que lo elogiaron. Su voz me llegó desde Roma con una claridad asombrosa. Hablamos alemán y me reconoció al instante, preguntando por mi familia. Sabía que mi madre había muerto hacía poco más de un año. Le pregunté su edad: 96 años. Luego hablamos de la Argentina y me comentó que había escuchado que la situación

económica no era la mejor. También me dijo que muchos de sus viejos amigos de la aldea ya no lo llamaban, insinuando que tal vez lo habían olvidado. Sus mejores amigos están ahora en Italia, me dijo. La escuela alemana, a la que había dedicado 40 años de su vida sin percibir compensación alguna, también lo había olvidado, comentó con un dejo de tristeza. Me contó que estaba bien pero que lamentaba no tener libertad, que dos veces a la semana le permitían salir a caminar a un parque cercano y que también limitaban las visitas a lo largo de la semana. Parecía contento de escuchar una voz de tiempos más felices. Mi padre también había dedicado muchos años de su vida a la escuela alemana y para todos nosotros Priebke es una parte de los personajes habituales de la vida cotidiana del otro Bariloche, el del silencio, el anterior a aquel otro que comenzó con la visita que el mundo nos hiciera a mediados de la década del '90, cuando despertaron y tuvieron que acomodarse a los nuevos tiempos. Llamémoslo simplemente "el fin de la aldea". Cuando se despidió con la conocida frase "saludos a la familia", fue como si nada nunca hubiera sucedido, ni el régimen, ni la guerra, ni los crímenes. Colgué el teléfono y quedé en silencio un largo rato. Había llamado de la casa vacía de mis padres. De aquel círculo cerrado de alemanes de la aldea entre los cuales me crié, ya quedan pocos con vida y, de los que quedan, nadie con esta historia a cuestas. Anduve todo el día abrumado por los recuerdos, inmerso en una incómoda sensación difícil de definir.

Desde una mirada ingenua, este hecho puede nuevamente inducir a un equívoco: el que se crea que todos piensan igual. No es cierto, las diferencias entre nosotros, los simples mortales, son abismales. Las fotos oficiales de la escuela en la que posa con líderes de la comunidad y representantes de la Embajada Alemana en Argentina, ya revisten otro sentido. El "buen vecino" de Bariloche, del que luego del pedido de extradición una vecina dijo con acentuado énfasis: "¡Acá fue un señor!", fue, sin duda, un hombre ambicioso al que un grupo de amigos catapultó a una fama deseada, pero que, vista desde la perspectiva actual, tuvo, para todos los implicados, resultados dudosos.

Erich Priebke, cuando dialogó ayer con "Río Negro". "Tengo la conciencia limpia". (Foto AB)

Revuelo por confesiones de ex nazi que vive en Bariloche

El alemán residente en Bariloch, Erich Priebke, admitió a "Río Negro" que en 1943 se vio obligado a cumplir una orden del alto mando para matar a 330 prisioneros italianos. Las confesiones de Priebke fueron descubiertas por la cadena norteamericana televisiva ABC, que lo acusó también de deportar a miles de judíos, cosa que negó. (Páginas 6, 7 y 8)

RIO NEGRO
DIARIO DE LA MAÑANA

Año 83 - N° 16.341 - Propiedad Intelectual N° 333.985
General Roca, sábado 7 de mayo de 1994 - 56 Págs. - $ 1.-

Tapa del diario regional Río Negro.

Pero volvamos un instante a 1994, cuando su historia argentina fue alcanzada por la historia alemana y el pasado golpeó nuevamente a las puertas. Los miembros de mi comunidad, que ingenuamente pensaron que el olvido, al igual que la blanca nieve que cubre los prados en el invierno, cubre todos los crímenes, despertaron sobresaltados. Los cultores de la ingenua filosofía de "la guerra es la guerra" se indignaron y entre algunos habitantes del pueblo se generó algo así como una actitud de familia atacada, un espíritu de cuerpo algo exacerbado que evidenciaba claras y no tan ocultas simpatías ideológicas. Entre algunos de los vecinos indignados se volvió a hablar del tiempo que cura todas las heridas y de aquellos que no pueden perdonar y cuyo nombre les cuesta pronunciar. El ancestral concepto de tribu, que cultivaban algunos descendientes de alemanes, se extendió sobre toda la comunidad. La informe penumbra exterior cobró repentinamente una nitidez amenazadora para muchos de los habitantes de la ensoñada aldea. Los malos espíritus, convocados por aquellos que en esos años administraban la escuela, no los abandonarían más, no había dudas de que el día del juicio finalmente había llegado. Su Presidente era un hombre con el destino marcado y ya nadie pudo borrar su nombre de la lista de los condenados. La escuela sufrió las acusaciones más variadas y se sumió en el silencio. Se recurrió a la vieja estrategia de los aldeanos y se "escondió el esqueleto en el armario". El caso se convirtió en otro secreto de familia más. Repentinamente, como todos

estaban implicados, el proyecto quedó trunco de pasado y el futuro se volvió incierto. Visto en retrospectiva, a través de la figura de Erich Priebke, la escuela y los habitantes de habla alemana habían vivido por décadas en la penumbra de un cierto pasado nacionalsocialista. En retrospectiva y dentro de un marco temporal más amplio, el hecho no deja de ser un mero capítulo más de lo que el periodista alemán Michael Frank, en su libro de 1962, llamó "la lucha por las escuelas", es decir, la lucha por los valores que se van a trasmitir a la juventud. Se abrió, entonces, para la institución, una oportunidad que muchos, como sucede usualmente, tomaron como una amenaza. Parecía que, para ese grupo de nostálgicos anacrónicos que rodearon al ex presidente, el enemigo ancestral seguía acechando, pero el enemigo, como en la Alemania de entonces, había estado adentro. Acusaciones, viejos fantasmas, sospechas infundadas y el silencio de los cementerios. Una mala combinación.

Sin embargo, la idea originaria de los pioneros de transmitir lengua y cultura volvió a prevalecer y la escuela, herida, siguió su camino.

Ahora llegan las nuevas generaciones y los desafíos de los tiempos actuales son otros. La diversidad asoma en todos lados. Estados Unidos eligió al primer presidente negro de su historia. Europa es un Estado confederado y Alemania se está convirtiendo lentamente en un país de inmigrantes. Los expulsados de otros siglos y sus descendientes, repartidos en el mundo como una verdadera diáspora, observamos ahora cómo la tierra ancestral se sumerge en una nueva e inevitable mutación. El cambio es inminente, se percibe en el aire que se respira, pero los viejos fantasmas acechan mutados en su piel.

Ahora, que los materiales con los cuales fui construyendo este relato, es decir, las fotos, los recuerdos y los libros, se van amontonando a mi alrededor, hay unos pocos objetos que parecen indicarme el camino que conduce al final de esta historia: el libro *Una historia de dos ciudades,* escrito en el siglo XIX por el escritor ingles Charles Dickens; el ensayo *Israel y Alemania*, del escritor israelí Amos Oz, del año 2005; *La gran migración*, un libro del escritor alemán Hans M. Enzensberger, del año 1992; las grabaciones completas del oscuro cantante norteamericano de *blues* Robert Johnson y una foto familiar, que muestra a mis padres con

toda su familia, incluyendo a todos sus hijos y nietos, reunidos durante el festejo de las bodas de oro de mis padres, en Bariloche en el año 2000. A Dickens lo recuerdo en la voz de mi madre, que nos lo leía con frecuencia. El libro, que se refiere a la turbulenta época de cambio de la Revolución Francesa, tiene un comienzo que se aplica a toda época, incluso la nuestra: "Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, era la estación de la luz, era la estación de la oscuridad (…) era la primavera de la esperanza, era el invierno de la desesperación; teníamos todo delante nuestro, no teníamos nada delante nuestro". El ensayo de Oz es un doloroso relato de la superación del horror, en el que el autor habla de intensificar relaciones, que difícilmente puedan ser normales, entre los descendientes de aquellos que provocaron el holocausto y los descendientes de aquellos que lo sufrieron. Seguramente, y sin siquiera haber pensado que el libro caería en mis manos, mi sobrina Andrea, que vive en Alemania, incluyó en el mismo un señalador, que muestra a un avestruz hundiendo su cabeza en la tierra, con la leyenda en alemán "Para ver con claridad, a veces solo se necesita un cambio de perspectiva". Sin duda un aporte visual cargado de ironía, que bien se aplica a algunos de los miembros de mi comunidad. Las reflexiones de Enzensberger al referirse a la humanidad en movimiento, transitan otras miradas. Se refieren a la construcción de las naciones, a los que quedan adentro y a los que dejan afuera, a los miedos europeos al extranjero y al inevitable avance de la diversidad. Robert Johnson, el músico, está allí, sobre la mesa, porque al igual que aquellos que convocaron a los demonios en la Alemania del siglo XX, él convocó a los suyos en una olvidada y polvorienta encrucijada de caminos del viejo sur y, gracias a un pacto, al igual que Fausto, vendió su alma al diablo y se convirtió en el más grande de los oscuros guitarristas cantores que dio el delta. Su vida transcurrió en sórdidas tabernas rurales y entre destinos malgastados y, al contrario del Fausto legendario, no pudo redimirse en el amor muriendo asesinado cuando el diablo volvió para cobrar la deuda. El diablo siempre vuelve para cobrar sus deudas.

Finalmente, la foto familiar, tomada en Bariloche 147 años después de que el primer descendiente de europeos de nuestra familia pisara suelo

argentino, es el mudo y definitivo registro visual que da sentido a esta historia. Allí esta mi padre, al que no puedo dejar de imaginar llegando por primera vez, en aquel viejo Ford, a las orillas del gran lago en 1946. Mi madre, acompañada por sus cuatro hijos con sus respectivos esposos, tiene un nieto en brazos. Los demás nietos, excepto Andrea, que vive en Alemania, posan para el fotógrafo sentados en el piso. Una memorable celebración familiar. La imagen de la nueva tierra, en donde los lazos que se fueron creando incluyeron a las más variadas culturas en un claro anticipo de un futuro posible. Afuera, como telón de fondo mientras escribo estas líneas, se levantan, detrás del lago, cubiertas por el fino polvo blanco de la última nevada, las mismas mudas montañas de siempre.

Pero la historia de mi familia en la Argentina, que quedó resigistrada en fotos, recuerdos y cartas, es también una historia alemana. Como parte de la diáspora de ese pueblo y por los vínculos que honramos, debemos asumir ciertas responsabilidades. Intuyo que en mi pueblo tenemos una asignatura pendiente con las viejas y las nuevas generaciones. Nos hemos callado demasiado tiempo y solo hablando podemos prepararnos para el eterno retorno de los tiempos oscuros. Se lo debemos también a los primeros inmigrantes y fundadores de escuelas, que, lejos de las ideologías que cautivaron a algunos de sus descendientes y sin siquiera pensarlo, sembraron, en aquellos primeros tiempos porque así lo exigía esta tierra, las simientes de la diversidad. Si no lo hacemos, estaremos siempre, como describen los últimos versos de “Shipbuilding”, aquella magnífica canción inglesa, sutil crítica a todas las guerras y que conocí hace muchos años en la voz de Robert Wyatt: “Solo buceando a lo largo de la vida y nunca buceando por perlas”.

IV PARTE

LOS CAZADORES DE SOMBRAS

El hombre sin sombra.

En un relato del siglo XIX del científico y viajero alemán Adalbert Von Chamisso, Peter Schlemhil, el protagonista de esta original historia, vende su sombra a un hombre anónimo y gris, que a cambio le entrega riqueza. Una vez concluida la operación, éste enrolla la sombra con cuidado como se enrolla una alfombra y se la lleva. El autor de esta extraña historia emprendió, en el año 1815, un viaje alrededor del mundo

del cual queda una extensa crónica y las litografías etnográficas de su acompañante, el dibujante Ludwig Choris. Chamisso, a lo largo de su interesante vida, pareció no poder encontrar un hogar y dijo de él mismo: "Soy un francés en Alemania y un alemán en Francia, un católico entre protestantes y un protestante entre los católicos, Jacobino entre los aristócratas y un noble para los demócratas, a ningún lado pertenezco, en todos lados soy un extranjero". En una opera de Richard Strauss, "La mujer sin sombra", basada en un oscuro cuento de Hugo von Hofmansthal, la sombra se vende junto con los hijos que todavía no se tuvieron. Sombras de una segunda guerra vio el escritor austriaco Stefan Zweig entre las sombras de la primera. Sombras o espectros son, también, según los estudios de los antropólogos, los extranjeros que vivían afuera del círculo sagrado de los verdaderos hombres. "Mankacen", cazador de sombras, llamaron los Selknam, a principios del siglo XX, al padre alemán de la orden del Verbo Divino Martín Gusinde, cuando éste comenzó a relevar los fragmentos difusos de aquel universo cultural que se encaminaba sin retorno al olvido. El mundo verdadero, con sus bosques y lagos, sus espíritus y sus mitologías, se derrumbaba indefectiblemente y no es difícil imaginarse a aquellos nativos del último confín tratando de comprender, con un dejo de fatalidad irónica, la obsesión de este investigador por rescatar con extremo detalle lo que otros "civilizados" como él habían logrado destruir en solo unas pocas décadas. Gusinde traía consigo sus propias sombras y dedicó su monumental obra a dos de sus jóvenes hermanos caídos en la primera gran Guerra Europea. En el prólogo de su obra, dedica "un saludo perpetuo a sus Amigos de Tierra del Fuego, cuyas tumbas pronto darán testimonio del ocaso de un pueblo". Los dados en aquel archipiélago habían estado cargados desde el comienzo y solo era una cuestión de tiempo para que todo ese mundo de gallardos cazadores desapareciera definitivamente y, junto con él, una mirada original de ver las cosas. Eduard Sheriff Curtis se llamaba el fotógrafo norteamericano que recorrió el vasto continente norteamericano con la misma obsesión que el padre Martín Gusinde, que era la de conservar en meticulosos registros visuales la vida "tal cual había sido" de los habitantes originarios de aquellas latitudes. Se encontró, sin embargo, con la misma situación en que se vio envuelto Gusinde, es decir, con las

sombras de lo que una vez fue. También allí, y en otro de los ancestrales idiomas americanos, lo llamaron "el cazador de sombras", es decir, el buscador de ilusiones. Por extraña coincidencia, ambos participaron de ceremonias ancestrales e ingresaron en su oculto íntimo sentido. Gusinde participó del "Hain" de los Selknam y se dice de Curtis que fue uno de los pocos blancos que compartió con los nativos el Manitu, es decir, el "Gran Misterio". Ambos, a su manera, fueron, como el gran naturalista alemán Alexander von Humboldt, humanistas de la vieja escuela. Viajaban asombrados entre los mundos y registraban su ocaso. Sus interminables colecciones de imágenes fotográficas iluminan con su luz los universos de aquellos que se hundieron en las sombras del olvido e invitan a soñar con la multiplicidad que alguna vez hubo. Levi Strauss, deambulando con los nativos por las planicies del Matto Grosso brasilero, mostró, al igual que ellos, su interés por las sombras y una sincera empatía hacia la tragedia de la disolución cultural. Bronislaw Malinowski, el arquetipo de los antropólogos de campo del siglo XX, cuyos libros también son una invitación a viajar a los paraísos perdidos, refleja paradójicamente, a través de sus "diarios, en el estricto sentido del término", editados en 1967, muchos años después de su muerte, una sensibilidad mucho menos desarrollada hacia las "sombras" que lo rodeaban. Así se leen también las fotografías de su estadía en las islas del Pacífico Occidental, en las que siempre parece guardar una prudencial distancia de su objeto de estudio, es decir, de los otros hombres. Joan Báez, en un alegato pacifista de comienzos de los años 70, que plasmó en un disco, pedía a sus congéneres que se armaran de amor y que volvieran de las sombras en las cuales estaban sumidos por la interminable guerra colonial en el sudeste asiático.

Sombras, fantasmas, espectros, destellos de lo misterioso, lo desconocido, lo ambiguo, lo oscuro, reflejos de algo que alguna vez fue. En mi pueblo, los antiguos habitantes, los que tuvieron que enrollar su sombra para dejar paso a los nuevos dueños de la tierra, en un eco tardío al llamado de la cantante, también están volviendo de las sombras. En acciones que desconciertan a muchos de los actuales habitantes de la aldea, recuperan tierras que consideran ancestrales, vuelven a celebrar sus rituales y retoman la dura senda de reconstruir su identidad robada. Lo

que siglos atrás comenzara en Patagonia con los grilletes colocados con saña maliciosa en los pies de los ingenuos tehuelches de San Julián, no ha concluido aún. Acto de rapiña de la temprana antropología colonial para suplir la colección del museo de los reyes, los tres nativos y su mundo se desvanecieron también como sombras sobre el ancho mar. Difícil imaginar el dolor de los desarraigados muriendo lejos de su tierra, sobre la cubierta de naves que navegaban hacia rumbos desconocidos. En sombras se convirtieron los Quilmes de los valles calchaquíes después de su éxodo forzado rumbo al olvido a lo largo de su propio y único "camino de las lagrimas". Sólo su nombre dejaron a un suburbio de la ciudad que se extiende sobre el ancho río. Como sombras también, vagaron por estas tierras las últimas machis mapuches, sostén espiritual del verdadero mundo, en los últimos años del exterminio planificado. Envuelto por sombras terminó sus días el Coronel Kurtz, en su apostadero europeo a orillas de un río en la selva que rodea al corazón de las tinieblas de cualquier continente y tal vez encontró así la perla de la que habló Jack Kerouac en los inicios del relato sobre aquello que él llamó "mi vida en la carretera". Despidiéndose de unos amigos en el Chelsea Hotel de Nueva York con la lacónica frase "me voy a Patagonia", también Bruce Chatwin, caminando por Broadway vestido con unos pantalones cortos de explorador y dando la sensación de que iba a caminar hasta allí, comenzó su viaje hacia unas tierras que eran, para él, en ese entonces, sombras nada más. *The songlines*, su último libro escrito, no es otra cosa que una búsqueda obsesiva de las otras sombras que fueron y todavía son el sostén de la vida aborigen del continente australiano. Fueron sombras, también, las que envolvieron el avión de aquel errante piloto solitario en su último vuelo nocturno y sombras las que no dejaban de aparecerle a Carlos Gradin mientras investigaba las manos de otros tiempos dibujadas sobre las rocas y a las que llamó, poéticamente, "los fantasmas del río Pinturas".

Cuando comencé a escribir este relato, mucho de aquello sobre lo cual iba a escribir también estaba envuelto en sombras. Me rodeaban fotos, libros, cartas, diarios, cuadernos, discos, revistas, películas, grabados, ilustraciones, en síntesis, un mar de objetos al que los recuerdos de toda una vida daban una cierta coherencia. Una coherencia imperfecta,

subjetiva, como la vida misma, que mi madre, parafraseando a Goethe, solía llamar "esa mezcla perfecta de 'Poesía y Verdad' ("Dichtung und Wahrheit"). Muchos de estos documentos antiguos comenzaban a cobrar relevancia luego de una charla con ella u otros testigos de los tiempos en los que yo estuve ausente. Hojeábamos conmovidos los libros de mi abuelo, que con sus dedicatorias y notas, daban claros indicios sobre las pasiones de su vida y parecían enviarnos señales de otros tiempos. Un libro como *Die Welt von gestern*, de Stefan Zweig, en una edición sueca de 1944 y con una dedicatoria de mi padre de 1946, adquiere, hoy, como documento, una relevancia difícil de ignorar. Mi madre daba nombre a los retratados anónimos de las fotos, agregaba un marco temporal a los hechos y me contaba anécdotas a través de las cuales sus vidas cobraban sentido y adquirían un significado histórico relevante. En un vano intento de reconstruir un rompecabezas a través del frágil hilo del recuerdo, ambos nos convertimos entonces en cazadores de sombras. Las fotos, sin embargo, no delataban pensamientos, sueños, deseos ni frustraciones que nos quedaban ajenos. La fascinación por estos registros visuales que capturan la apariencia no revelan el insondable misterio de los sentimientos más profundos de los retratados. Sin embargo, esos fragmentos remanentes, que son todo lo que queda, ejercen un extraño hechizo sobre los que los observan. Yo he visto a algunos historiadores de mi pueblo coleccionar imágenes en forma obsesiva como si estuvieran presos de una maldición. Querían poseer la imagen porque creían que de esa forma se adueñaban del objeto. En un acto inverso a la extraña superstición de que el fotógrafo roba el alma, ellos piensan que, al poseer la foto, poseen el alma. En realidad, es sólo otro vano intento más de querer adueñarse de un momento fugaz de la historia del pueblo. Debo reconocer que yo también fui víctima de ese hechizo y en mi propio vano intento de reconstruir, con las sombras del pasado, alguna interpretación coherente del mismo, me encuentro trabajando actualmente en un archivo de fotos antiguas.

Debo reconocer que a diferencia del naturalista europeo que citamos a los comienzos de este capítulo, el que al igual que "el extranjero" de Georges Moustaki, no encontró la paz en ninguna

geografía, yo pude, a medida que reconstruía el complejo entramado de destinos familiares con mi frágil memoria, encontrar un hogar en una cierta identidad. Cuando observaba las fotos de 1920, las del año 1937 o las de 1946, perseguía, salvando las distancias, el mismo objetivo que Curtis, el de tratar de imaginarme la vida de entonces, libre de las subjetividades de la mirada actual. El fotógrafo Curtis, en el oeste norteamericano, el Padre M. Gusinde en Tierra del Fuego o el antropólogo Levi Strauss en el Matto Grosso, se encontraban frente a un universo cultural condenado a desaparecer rápidamente junto con su idioma, sus costumbres y su espiritualidad. En cierto sentido y dejando de lado evidentes interpretaciones políticas particulares, su intención fue similar a la de la directora Leni Riefenstahl, que también quiso mostrar las cosas como eran. Todos manipularon la realidad, Edward Curtis y Martín Gusinde, porque buscaban la "cultura original" y el arquetipo que se desvanecía, y en ese intento tan característico de un cierto tipo de etnología dejaron de registrar lo que sucedía en el momento, dedicándose con ciega obsesión a la reconstrucción de un pasado ideal y legendario, y Leni Riefenstahl, porque, en su irracional fascinación por la maquinaria monumental del régimen, tampoco registró los rostros ocultos del mismo y los claroscuros del mundo real y, bajo la pretendida aspiración de filmar solo lo estéticamente sublime, es decir, el ideal y la pretendida gloria, terminó filmando solo el mito. En este último punto, y dejando nuevamente en claro las diferencias políticas, Curtis sufrió, por parte de los nativos y sus descendientes, las mismas críticas a las que estuvo expuesta la directora de cine alemana. Levi Strauss, en cambio, víctima él mismo de los prejuicios y los vaivenes políticos de su trágica época, fluctuó, en sus reflexiones, entre los clásicos cargos de conciencia de todo antropólogo lúcido y la irremediable vocación científica que lo movía a registrar lo que desaparecía.

En sombras está envuelto nuestro pasado y cazadores de sombras somos todos. Envuelto en las sombras fluctuantes de "la poesía y la verdad", escribió Goethe su autobiografía. Comenzamos la búsqueda en las penumbras y sin una meta clara y mientras vamos tras las sombras vamos descubriendo nuestras propias obsesiones. En los viajes de mis

abuelos desde Europa y en sus regresos, en los de mis padres al interior de esta tierra y en los míos y en los de mis hijos, nos acechan los fantasmas de lo que una vez fuimos o lo que pudimos ser y no fuimos. A lo largo de este libro, intenté descubrir los deseos y las aspiraciones de algunos de los integrantes de mi familia. Necesitaba hacerlo porque ahora comienza el viaje de mis hijos y ellos, seguramente en unos pocos años más, también mirarán hacia atrás y se harán preguntas sobre los fantasmas que a mí me atormentaron y sobre las sombras que yo no pude conjurar. Es mi deseo que tengan su cuota de sana poesía como la tuve yo y que no pierdan de vista la verdad. Pocos de mis antepasados escribieron. Dejaron algunas notas, diarios incompletos y unas pocas cartas. "Los preciosos detalles de sus vidas" se hundieron en el olvido eterno. Percibo que con este relato estoy sentando un precedente familiar, aligerándoles la carga a los que vendrán. Cuando con los años inevitablemente ellos también se conviertan en cazadores de sombras, una parte del trabajo ya estará hecho.

MODERN TIMES

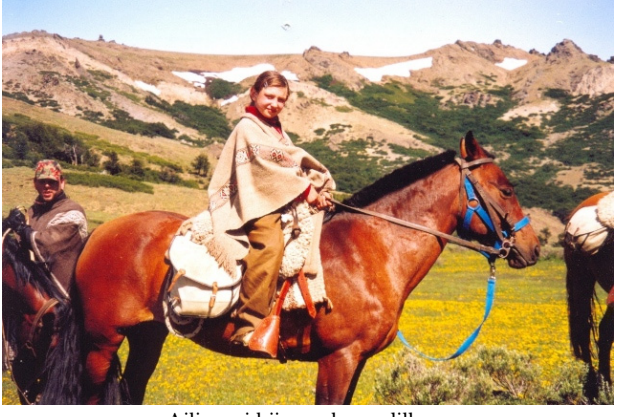
Jarred, mi hijo.

Los tiempos cambiaron, no hay duda, y a la ciudad se la está tragando la modernidad. El pueblo que conocí ya no existe, solo se vislumbran los fragmentos que los recuerdos van enhebrando. Pero no son los tiempos modernos de las fábricas satánicas de aquella famosa película de Chaplin ni el Moloch de aquella visión infernal de Johan Federsenen, ni "Metropolis", aquella parábola post industrial del magistral director de

cine austriaco Fritz Lang los que se tragaron a mi ciudad, sino la modernidad de los versos del último Dylan, que hablan de "ciudades atormentadas por las epidemias y tan llenas de especulación que no dejan que tu mente pueda sumirse en algún tipo de tranquila contemplación". Así es mi ciudad ahora o en ello se está convirtiendo. El apacible pueblo de casas de madera del tiempo de los pioneros y el que yo conocí en mi niñez y juventud se va deshaciendo. En realidad, refleja todas las penurias de la Argentina de las últimas décadas. Los antiguos habitantes parecen náufragos en un mar de recién llegados, como aquel tango que vaticinaba un futuro de caras extrañas. Los "fanzines" que yo compraba en Buenos Aires hace mucho tiempo y que describían la otra cara de la moneda ya existen en mi pueblo y los hay de todo tipo. Algunos como "Mapurbe zine" esbozan miradas étnicas; otros, como "Al margen", hablan desde la marginalidad de los barrios del alto y todos juntos dan voz a los que parecieran no tenerla. Nuevos libros que basan sus estudios en testimonios de los marginales aportan su mirada a la historia de Bariloche y a su compleja identidad cultural. Los documentales van tejiendo interpretaciones de los hechos. La ciudad se ha vuelto grande y peligrosa. Pasan cosas. Ya no es la ciudad de antaño, pero es la ciudad de mis hijos, la única que conocen. Tampoco la Patagonia es ya aquel territorio lejano que mi padre cruzaba solitario, como viajante, en jornadas que no parecían tener fin. Ahora, la llegada de las ballenas a los golfos que rodean a la famosa península o la de los pingüinos a las bahías que una vez fueran parte de una inalcanzable costa, se pueden ver, a través de la red, simultáneamente en todo el mundo. La temida "sociedad de control", con sus cámaras y grabadoras, está a las puertas de las casas de la antigua aldea y la manipulación de las mentes hace que las advertencias de Neil Postman parezcan una excursión familiar de campo en un tranquilo día de verano.

Nosotros, con mis hijos, todavía miramos antiguas películas de vaqueros, como "Más corazón que odio" o "Río Bravo", del director John Ford. Todavía soñamos con otros mundos, en donde los verdaderos dueños de la tierra triunfan sobre aquellos que osaron fumar la pipa de la paz del búfalo blanco en los tiempos "del pasto abierto a todos" y

rompieron su juramento invadiendo las ancestrales tierras sagradas. Seguimos yendo al viejo cine del pueblo para ver los estrenos de Walt Disney y por algunas de las razones que han sido expuestas en este libro ya no concurren a aquella escuela que cumplió 100 años y en la cual transcurrió una parte de mi niñez y a la que mi padre le dedicara tantos años de su vida. Seguimos cruzando la provincia por remotas rutas polvorientas para poder ver el mar y seguimos caminando por estas calles, concientes de ser ya una parte de su historia. Fascinados por el cambio que inevitablemente traen los años y, junto con la llegada de las nuevas generaciones, intentamos aprehender estos nuevos tiempos con los ojos abiertos. Todavía escucho con asombro los discos de mi juventud como aquel verdadero ícono de los descastados, grabado en un oscuro sótano de un castillo francés a comienzos de los 70, y sigo mirando con cierta curiosidad los registros fotográficos en blanco y negro del legendario fotógrafo Robert Frank que componen el original collage de su tapa. A lo largo de mi vida cotidiana me siguen acompañado las exquisitas melodías del folklore anglosajón que me acompañaron desde que tengo uso de razón y todavía escucho y miro, a través de las maravillas de la red, a los sobrevivientes de otras épocas que continúan con la tradición del oscuro hilo que une todas las músicas, invisible a los recién llegados.



Ailin, mi hija, en la cordillera.

Más allá del pueblo, hacia el este, donde los bosques se convierten en estepa y el tiempo parece no haber pasado, están las montañas donde nacen los grandes ríos. Hace algunos años, a caballo y en compañía de Carol y algunos gauchos, pude vislumbrar, en aquellos valles y entre paisajes de sorprendente belleza, el comienzo del ocaso de la era de los últimos trashumantes. Allí también cruzamos los umbrales de los mundos y, desde las alturas de aquella cordillera, vislumbré hacia el este las grandes planicies que tanto amaba y el calor del sol y la vida. En los largos días de verano, mis hijos todavía se internan en aquellos valles, para volver con su madre a los tiempos de los pioneros y poder así, en el silencio de las pocas palabras, ver cómo cae la tarde bajo ese cielo que cubre mi tierra y dormir bajo sus estrellas. Los tiempos modernos han llegado para ellos, pero el deseo vital que nos movió a todos hacia esta geografía todavía late en nuestras almas.

EL ANILLO

Bariloche, 2008, Intendencia local.
Jornadas contra la discriminación y el antisemitismo.

Cuando este libro esté en las librerías, muchos pensarán, para sus adentros: cuándo dejaran de hablar sobre todas estas cosas. Otros, al leerlo, dirán: por fin se está escribiendo algo sobre el tema. Otros especularán sobre cuántas cosas habré dejado afuera o cuántas cosas habrá de las cuales no hablo. Otros lo leerán, reconocerán lugares y personas, y tal vez comprendan la íntima necesidad que tuve de escribir sobre estos hechos para exorcizarlos definitivamente. Tuve que detenerme en esta etapa de mi vida para analizar una de las dimensiones del mandato paterno, un concepto que, paradójicamente, es difícil de traducir a otros

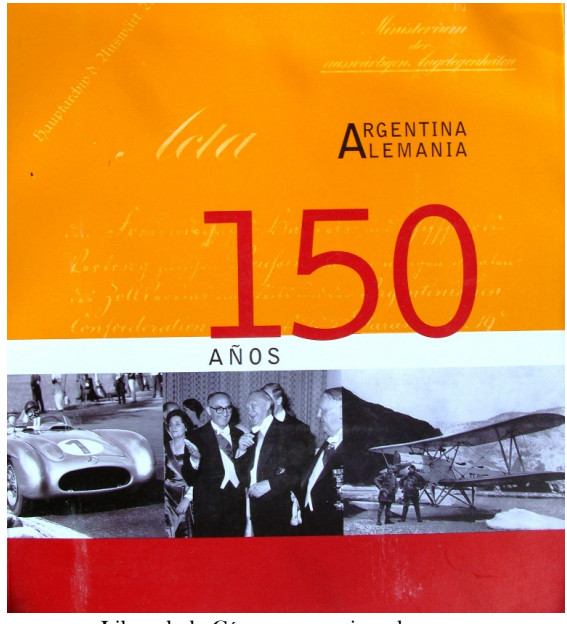
idiomas, incluso al alemán, algo que en cierta forma no deja de ser revelador. Sacudido por tantas reflexiones que me arrojaban de un lado a otro en busca de identidad, fue tal vez la conciencia de mi propia paternidad la que me llevó a este punto. ¿No es acaso el mandato paterno, en el sentido que he intentado darle en este libro, algo que parece venir de la noche de los tiempos y que se revela con más intensidad cuando debemos elegir lo que hay que transmitir? ¿Qué es el mandato sino un idioma, una cultura, una identidad, un destino? ¿Cuánto margen nos queda dentro de ese mandato para comenzar a descubrir nuestras propias pasiones, las que nos hacen libres? ¿En qué momento comienza a filtrarse la luz a través del anillo? ¿Qué es lo que debemos conservar del antiguo legado y cuánto debemos desechar para ser nosotros mismos y cuándo deberán desechar nuestros hijos para ser ellos mismos?

Por mi lado, solo diré que el próximo libro tratará del futuro y del largo viaje a casa que mi hijo Jarred y yo hicimos en el verano del 2006, atravesando la vasta e increíble geografía de nuestro país. Se compondrá de una sucesión de fotos y hablará de esta tierra, es decir, la mía y la de mis hijos. En el vértigo inicial de elegir sus nombres, ya habíamos tomado decisiones inconscientes. Jarred, una extraña mezcla de antiguo nombre bíblico y clara referencia a su bisabuelo, el colono tejano del Nahuel Huapi, y Ailin, un nombre de origen mapuche, tributo tardío a los primeros habitantes, los originarios. No pude mirar hacia adelante sin mirar primero hacia atrás. Para poder escribir el próximo libro, tuve que escribir éste y poner así las cosas en claro.

A mí también me trabaja el olvido, pero es otro olvido, el de los años. Susan Sontag, citando al filósofo alemán F. Nietsche, escribió, en 1996, en su introducción a la reedición de su libro *Contra la interpretación*: “No hay hechos, solo interpretaciones”. Esta es la mía.

V PARTE

2009 - CABOS SUELTOS



Libro de la Cámara argentino-alemana.

Cuando finalmente el libro estuvo terminado, murió mi madre. Con ella moría, también, en la familia, el vínculo con una época en la historia

de los alemanes de la Argentina. Si pudiéramos utilizar una metáfora para describirla, sería la del "fin de la hermandad del anillo". Ahora la hermandad se deshace y la integración ya es un hecho. Ha terminado, entre nosotros, los descendientes de alemanes de esta tierra, un cierto sentimiento de familia que cultivábamos y cada cual parece seguir ahora su camino.

En cuanto a lo que quedó atrás, es innegable que la gran mayoría de los argentinos de habla alemana dio su apoyo incondicional al régimen demencial de los nacionalsocialistas, antes y durante la guerra. En los años siguientes, una parte se desentendió del tema, pero otros se adhirieron a la filosofía de aquellos pocos que llegaron a estas costas para continuar viviendo en la nostalgia de las "viejas glorias". Revistas como "Der Weg", diarios como "La Plata Ruf" y panfletos en alemán de los más diversos contenidos, circularon por años entre la comunidad y algunos, como los "Huttenbriefe", todavía lo siguen haciendo. El antisemitismo visceral que alguna vez se forjó en las tinieblas de la II guerra sigue su curso y todavía hunde su acerado filo en las almas de algunos. Ya pronto termina la primera década del siglo XXI, pero detrás del indiferente escenario de una ciudad que ya suma más de 100.000 habitantes y en la que los alemanes y sus descendientes son sólo una mínima fracción del total, todavía laten los sentimientos heredados. Mientras escribo estas líneas, una extraña sensación de zozobra vuelve a conmover nuestros corazones. El Papa, un alemán, ha rehabilitado a un grupo de obispos que se niega a reconocer la dimensión del Holocausto y, en el plano local, manos anónimas han dejado, en la casilla de correo de un maestro alemán de la escuela alemana, una copia de una gacetilla en idioma alemán**:** "Huttenbriefe – für Volkstum, Kultur, Wahrheit und Recht" ("Las cartas de Hutten para la esencia popular, la cultura, la verdad y el derecho"). El panfleto pertenece a uno de los grupos de derecha más extremos de Alemania, el "Freundeskreis Ulrico von Hutten", negadores de la existencia del Holocausto y considerados grupos contrarios a la filosofía democrática de la Republica Federal de Alemania y, por ende, sometidos a la observación de su gobierno. Entre algunos de sus objetivos figura la supresión de la democracia, la creación de una nueva comunidad de

pueblo enteramente germana, la rehabilitación del ejército del III Reich y el retorno a las fronteras de la "Gran Alemania" anterior a la II Guerra. En realidad, este inquietante hecho, que puede verse como una amenaza, un gesto de clara impunidad o una adhesión a dichos principios de un grupo actual de descendientes de alemanes de la Argentina, es solo otro capítulo más en la historia de los alemanes de mi pueblo, una historia que, por otro lado, parece no querer terminar más.

Para completar el cuadro, debo agregar que, el año pasado, el INADI, una agencia gubernamental que lucha contra la discriminación, el racismo y la xenofobia, organizó, junto con la DAIA, la institución que nuclea a la comunidad judía de Argentina, una serie de proyecciones del documental "Mujeres de la Shoá", destinada a los alumnos y docentes de escuelas secundarias de Bariloche. La Embajada alemana y la directora del Museo del Holocausto de Buenos Aires participaron junto con otras autoridades. El Colegio Alemán de Bariloche no participó y, a puertas cerradas, las viejas heridas volvieron a sangrar. Cartas abiertas, represalias y discusiones fueron el preludio y la consecuencia de la ausencia de sus alumnos en las proyecciones.

No hay duda de que la influencia de ciertos procesos históricos o, mejor dicho, la influencia de los hechos y la filosofía política que los rodea, no es algo que ceda fácilmente. El nacionalsocialismo ha dejado su oscura impronta en las comunidades de habla alemana de la Argentina, un país que, por otro lado, mantuvo, durante la II Guerra Mundial, una posición decididamente neutral, practicando, una gran parte de su población, algo así como una actitud de "indiferencia aparente". Hasta el final de la misma, editoriales independientes seguían publicando revistas y diarios en idioma alemán, que con una clara convicción ideológica, seguían defendiendo lo indefendible. Es imposible desconocer su influencia sobre una comunidad, que, lejos de los hechos, siguió confundiendo hasta el final la veneración de una "Alemania eterna e ideal", heredada de sus padres y abuelos, con la ideología nacionalsocialista que, para el final de sus días, se había fagocitado hasta el último retazo de su cultura.

La llegada del submarino alemán U 530 a Mar del Plata, el 10 de

julio del año 1945, a más de dos meses de la rendición Alemania, y la del submarino U 977, al mando del Capitán Heinz Schaeffer, al mismo puerto de este lejano país el día 17 de agosto del mismo año, fueron sin duda dos hechos históricos que agregaron su innegable cuota de misterio a los que imaginaban a esta tierra como destino final de un "convoy fantasma" que, entre sus pasajeros, traía al mismísimo "Führer". El hecho confirmó la idea de la Argentina como simpatizante de la causa perdida, que tenía la opinión pública mundial. Dentro de la comunidad de habla alemana, el libro del capitán Schaeffer, editado originalmente en Buenos Aires en el año 1950 por la editorial "Prometheus", con el nombre de *Geheimnis um U-977* (*Los secretos del U-977*), fue, junto con los libros de Hans Rudel, el héroe-aviador paradigmático, un importante complemento a la abundante literatura idealista, nostálgica y negacionista de gran parte de esta comunidad en Argentina, cuya máxima aspiración fue siempre recordar sólo los hechos de "la guerra heroica". "En aquellos días en Mar del Plata", escribe Schaeffer, "nadie nos consideró 'Bárbaros' o criminales de guerra, sino simplemente patriotas que habían cumplido con su deber y así se nos trató. El U977 ingresó al puerto casualmente el 17 de Agosto, el día en que los argentinos veneraban a su héroe nacional. Los oficiales argentinos nos lo mencionaron y estaban sorprendidos de que conociéramos a San Martín. También nos aclararon que el 'gran Capitán de los Andes', que supo tratar con honor y generosidad a los vencidos, les había dejado esta tradición, que cultivaba hasta el último hijo de esa gran nación de la Pampa. Argentina continuaba así con esta tradición de caballeros y eso impidió que entre las dos naciones se creara una barrera de odio." Pero también, entre esa literatura heroica de posguerra, había diferencias que, en aquellos años, muchos no quisieron advertir. Como siempre sucedió aquí, la comunidad de descendientes de alemanes navegaba solitaria y ensimismada en el mar de las complejidades políticas internacionales. Distante y nostálgica, alimentó sus visiones con los fragmentos del estallido que más le convenían. Las cartas escritas y conservadas por las familias dan claros indicios de estas actitudes que negaban los hechos y adherían con tozudez a las propias visiones. Citar parte del contenido de una carta de un cuñado de mi padre, enviada desde Brasil en el año 1949, es un buen ejemplo del estado de las

cosas entre algunos de los miembros de la comunidad en aquellos años de posguerra. “En ninguna parte del mundo, exceptuando tal vez a España, les va a los alemanes o descendientes de ellos, tan bien como en la Argentina”, escribe el cuñado, “y no hay ningún lugar en el que se les permita hacer y escribir con tanta libertad como allí. Fíjate solo en un ejemplo: ‘Der Weg’. ¡Qué valor incalculable tiene esa excepcional revista para nosotros, los alemanes del exterior, y también para los propios alemanes! Para nosotros, aquí en Brasil, es siempre un acontecimiento cuando la recibimos.”

La información veraz de los pasaportes extendidos y la captura de nazis prominentes, como fueron los casos de Adolf Eichmann en Buenos Aires en el año 1960 y el de Walter Kutschmann en el año 1985 en Córdoba, junto con las sucesivas extradiciones de Gerhard Bohne en el año 1966, la de Josef Leo Schwammberger en el año 1987 y la de Erich Priebke en 1995, sin duda agregaron su cuota de verdad histórica a las leyendas, confirmando la idea de que éste había sido un lugar predilecto para los nostálgicos del régimen. Por otro lado, lo que a mediados del año 1945 comenzó con versiones periodísticas que hablaban de Hitler huyendo en submarino hacia alguna base secreta en el sur del continente, también terminó creando, a medida que pasaban los años, una verdadera avalancha de literatura de corte fantasioso, que tiene, en el Bariloche de la actualidad, algunos exponentes dignos de mención.

Pero, como siempre sucede, esa es la historia evidente, lo que ingenuamente se lee en la superficie. Hay otra historia que subyace a lo aparente y es la que de vez en cuando vuelve a la superficie, como la de los panfletos que circulan en las sombras y la negación a participar del debate necesario. Es una historia que se dirime en el interior de la comunidad, en cada una de sus familias y en sus escuelas y sus organizaciones repartidas a lo largo y ancho del país. Recién en estos años estamos asistiendo a los primeros atisbos por abordar las contradicciones inherentes a esta historia. Si los libros editados por Manrique Zago en los años 1984 y 1992 con el apoyo de la Embajada Alemana, las organizaciones de la comunidad y las empresas de origen alemán con sede en el país, bajo el nombre de “Presencia Alemana en la Argentina” (“Deutsche Präsenz in Argentinien”)

son representativos de la filosofía de "historia oficial" que subyace a este tipo de publicaciones, el libro publicado por la Embajada Alemana en el año 2007 bajo el título de *Argentina Alemania-150 años* y el que publicó la Cámara Argentino Alemana de Argentina bajo el título de *Asociaciones Argentinas de Lengua Alemana – Un aporte a la Responsabilidad Social* en el mismo año, ya revisten ambos otro carácter y delatan un definitivo cambio en la mirada.

La inclusión de ciertos temas políticamente comprometidos pero inherentes a la historia de los alemanes y sus descendientes en el primero de estos libros es algo que nunca antes había sucedido en forma tan evidente en una publicación oficial. El éxodo de los judíos alemanes a la Argentina, el caso Eichmann, los "años de plomo" y entrevistas a personajes de la vida política y social del país como Osvaldo Bayer, se entrelazan con registros fotográficos que, sin duda alguna, deben haber generado un cierto malestar en los miembros más conservadores de la comunidad. Por otro lado, la filosofía de acercamiento definitivo entre las organizaciones alemanas del país y las organizaciones de las comunidades judías alemanas y judías en general, algo impensable durante la II Guerra y también en décadas posteriores, que plantea el libro editado por la Cámara, señala el inevitable camino a seguir en aras de curar las heridas que los años de fanatismo racial y mutua desconfianza han dejado entre los protagonistas.

Ambos libros, junto con el mar de publicaciones, documentales varios y artículos de diario de los últimos años, son, sin duda, un importante aporte al inminente cambio que se avecina en cuanto a la discusión sobre la historia de las comunidades de origen alemán en la Argentina. Si la forma en que hemos escrito nuestra historia, negando ciertos hechos y resaltando otros, determina las percepciones que de nosotros mismos hemos cultivado a lo largo de los años, no hay duda de que estamos asistiendo a un interesante punto de inflexión. Es evidente que está llegando a su fin la época de solemnes homenajes frente a monumentos y tumbas del pasado "glorioso" y ha llegado la hora de reflexiones más profundas y esclarecedoras. Esto es evidente no sólo por los cambios a escala global sino también por el inevitable recambio

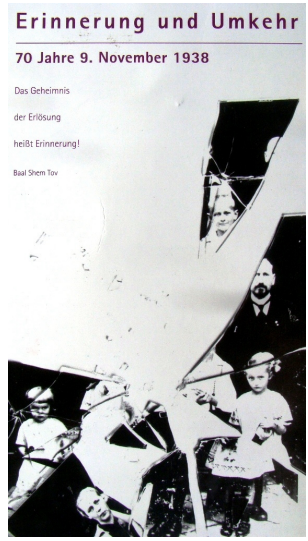
generacional dentro de algunas instituciones, en las que algunos miembros siguen viviendo bajo la sombra de viejos fantasmas e ideales quebrados y resistiendo a la memoria responsable.

En el año 2007, el Embajador alemán Rolf Schumacher expuso, en una lúcida nota en alemán del diario Argentinische Tageblatt, que las organizaciones de la comunidad alemana en Argentina solo sobrevivirán si continúan siendo atractivas para la juventud. Paradójicamente, fue lo mismo que pensaron los nacionalsocialistas cuando incluyeron a la juventud de origen alemán de la Argentina, como mi padre, en sus nuevas y altamente politizadas organizaciones juveniles, a imagen y semejanza de su país de origen. Claro que es impensable hacer hoy una comparación con aquellos años. La sola idea que expone el embajador Schumacher en su escrito, de que cada generación tiene el derecho a y la libertad de autodefinirse, contradice la filosofía de los ideólogos de aquellos años, para los cuales solo existía una forma de ser alemán. Paradójicamente, y sin que lo dijera, la idea general que subyace a lo expuesto es un reclamo de que las instituciones acepten el cambio y dejen de lado las viejas tradiciones étnicas que "la juventud del Imperio" ("Reichsjugend"), como se llamaba a los jóvenes de aquellos años, habían incorporado junto con su pertenencia a aquella entidad supranacional de sangre que habían imaginado los dirigentes de la lejana patria de los padres y los abuelos, y de la que todos conservamos en casa diplomas y reconocimientos varios firmados por el entonces omnipotente embajador de Alemania en la Argentina, el SS Edmund Von Thermann, y en donde a los nombres de nuestros padres los precede una svástica. Todos conservamos algunos ejemplares del "Jahrbuch des Deutschen Volksbunds für Argentinien" en donde se sugiere a nuestros antepasados construir su "árbol de descendencia" dentro del "libro general de las descendencias de los alemanes del Río de La Plata" ("Geschlechterbuch der Deutschen am La Plata") para establecer la pureza de su filiación aria, y poder mantenerla, así, incontaminada, dentro del vasto crisol de razas de la república. Pero esa filosofía de la "alemanidad de sangre y pueblo", con toda su carga de sentimentalismo romántico que conlleva, ya ha sido dejada atrás y así deben leerse las palabras del ex embajador. Ahora corren otros tiempos y

Alemania, con sus innumerables memoriales que recuerdan el terror, repartidos a lo largo de su geografía, ya forma parte del concierto de las "Naciones Civilizadas". En ese entonces, su tenebroso e impensado "salto fuera de la historia", la ubicó muy lejos de ellas. Por otro lado, la juventud de habla alemana de aquellos años que retratan las fotos que componen los álbumes de mi familia, algo aislada y volcada en sí misma, ya no existe más. Está integrada. Europa ya no expulsó a más gente en la segunda mitad del siglo XX, ahora la recibe. Desde la II Guerra ha pasado mucha agua bajo el puente y la vivencia del horror propio nos ha hecho más sensibles al horror europeo. La expulsión de la Argentína del Obispo "negacionista" Richard Williamson es tal vez el resultado de años de reflexiones sobre las terribles consecuencias de nuestra propia dictadura. También en nuestro país los márgenes de la tolerancia frente a la maldad se han reducido o eso parece.

En estas latitudes, detrás del paisaje inmaculado, duermen todavía penas densas y viejos prejuicios que nadie puede exorcizar y menos aún los que no pueden desprenderse del hilo de la vida que une a los padres con sus hijos y a los nietos con sus abuelos. Todos, adormecidos bajo una pretendida indiferencia, son prisioneros de la historia. En la periferia, donde hace años yo me había refugiado con la mujer de los caballos, todo esto parecía ser solo un lejano mal sueño. Con los años, sin embargo, lo oculto se hizo presente. Para otros, claro está, siempre lo estuvo. Lo estuvo en los recuerdos, en perceptibles pequeños gestos o en repentinas revelaciones. Tal es el caso de Ricardo y la biblioteca perdida que, en algunas cajas, almacena los destinos de las vidas perdidas de los judíos europeos. Sus fotos y textos en jidisch y hebreo cuentan una historia muy distinta a la de algunos de los libros de la biblioteca de mi propia casa. Son retazos del lado oscuro de la moneda, las historias de los condenados, los seleccionados por el régimen, los desamparados, la dimensión del proyecto que mi padre no vio o no quiso ver cuando fue seducido por el brillo de los ideales. Mientras que el pacto se resquebraja y algunos de nosotros ya no somos como hubiesen querido que fuéramos, la biblioteca aguarda su momento.

REDENCIÓN A TRAVÉS DE LA MEMORIA



Cristales rotos.

Estaba desayunando en mi nueva casa y afuera brillaba el sol de la mañana. Mis hijos estaban durmiendo. Hacía unos pocos días había estado trabajando sobre la historia de una familia italiana de mi pueblo y, hojeado sus álbumes de fotos, que llegaban hasta los comienzos del siglo XX,

volví a recordar los de mi familia. Y como el olvido o la imposibilidad de practicarlo es el tema recurrente de este libro, debo agregar que, en una frase de Baal Shem Tov en un folleto sobre los trágicos hechos del 9 de noviembre de 1938 en Alemania, que trajo mi hermana Nora en uno de sus tantos viajes, encontré una de las claves que arroja luz a la intención última de escribir este libro: "El secreto de la redención está en la memoria" ("Das Geheimnis der Erlösung heisst Erinnerung"). Mi hermana adjuntó también algunos recortes de diario que hablaban de "la noche de los cristales" junto a algunos testimonios de voces disidentes dentro de la iglesia, entre ellos, la del sermón del 16 de noviembre de 1938, del Padre Julios von Jan, en la "Martinskirche" de Lenningen. A lo largo del mismo, el religioso habló de la penitencia frente a Dios, del reconocimiento de la culpa y de la consecuente importancia que tiene el desprenderse de esa enorme carga. Demás está decir que esta acción lo llevó, en corto tiempo, a la prisión. En mi caso, no pude dejar de relacionar el contenido del sermón con una de las primeras fotos que colgué en mi casa nueva, la de la "Lamberti-Kirche" en Mildstedt, donde mi bisabuelo ofició de pastor luterano en las primeras décadas del siglo XX. Había sido un claro lugar de peregrinaje de mi padre, en los pocos viajes que hizo a la tierra de sus abuelos, comenzando por el de 1937. No hay duda de que hay algo, en la forma en que se acumularon las evidencias en mi casa paterna, que señala la influencia del viejo pastor sobre todos nosotros, comenzando por mi padre. Se trata de algo imperceptible, un invisible manto siempre presente a lo largo de los años y a lo largo de varias vidas. El camino que recorrió mi propia familia en la Argentina, que he tratado de reseñar, es un claro ejemplo de la conjunción entre las contingencias ocurridas en nuestra propia tierra y las complejidades europeas heredadas, de cuya influencia todavía no nos hemos liberado totalmente.

Mi madre solía citar un viejo proverbio inglés cuando me veía dedicado a estos menesteres: "Let sleeping dogs lie", "No molestes a los perros que están durmiendo", lo que confirmaba la filosofía general de su generación en cuanto a estos temas. En ella, sin embargo, esa filosofía revestía otro carácter, porque yo sé que el horror la había conmovido.

Cuando callaba, ella sólo pensaba en la gente con la que había compartido sus días en la aldea que ahora ya es ciudad. Pensaba en los hijos y en los nietos y que el hecho de remover todo ese oscuro pasado en que se vieron envueltos los abuelos y los padres solo traería malestar y provocaría zozobra en las almas. Tal vez tuviera razón, pero es difícil saberlo ahora. Como escribí, al comienzo del libro y en contraste con aquellos que cultivan la filosofia "del olvido permanente", yo pertenezco a aquellos que promueven la filosofía de la "memoria permanente", para ponerlo en otras palabras, la de aquellos que creen que no hay futuro sin reflexión responsable.

Cada tanto vuelvo a recorrer escritos, fotos reveladoras y demás recuerdos que componen la trama de más de un siglo de historia familiar en Argentina. Recorriendo, entonces, el frágil hilo del recuerdo, intuyo que ésta, nuestra íntima historia, al parecer y vista a la distancia, no ha dejado nada al azar. También pienso que el haber escrito este libro ahora es casi demasiado tarde, porque lo que podríamos haber aprendido hace años, tal vez ya no revista, en la actualidad, la misma importancia. No lo sé.

Y como el amor a las palabras fue el gran legado de mi madre, me gustaría citar aquí al poeta cuando dice: "Liviana como la nieve sobre el párpado de los muertos es el olvido, y pesada como el último adiós de aquellos que fueron enviados al gas es la memoria"[1] dice el poeta. El Holocausto y los demás crímenes de aquella terrible guerra se alejan rápidamente con el tiempo y a veces me pregunto si, entre los míos, después de tanto silencio, no triunfó finalmente la indiferencia.

Hans Schulz

Bariloche, mayo 2009

[1] Rudolf Leder, Die Asche von Birkenau, Verano 1949

BIBLIOGRAFIA

Abelardo Ramos, Jorge, "La factoría pampeana 1922-1943, Buenos Aires, Editorial Galerna, 1984

Appelt Martin, Orienta, "Mapudugun. Lenguas y costumbres Mapuches", Temuco, Imprenta Austral, 2005.

Arendt, Hannah, "La tradición oculta", Buenos Aires, Paidos, 2004

Arko Vojko, "Un pionero de Bariloche. Otto Mailing", Editorial Caleuche, Bariloche, 2006.

Arlt, Roberto, "En el país del viento. Viaje a la Patagonia (1934)", Buenos Aires, Ed. Simurg, 1997.

Bayer, Osvaldo y Gelman Juan, "Exilio", Buenos Aires, Editorial Planeta, 2006.

Bettelheim, Bruno, "The uses of enchantment: The meaning and importance of fairy tales", Knopf, New York, 1976. (Psicoanalisis de los cuentos de hadas)

Berger, Wolfgang, "Als die Nazis ins Gebet genommen wurden", En: Stuttgarter Zeitung, Noviembre 2007.

Birket-Smith, Kaj, "Geschichte der Kultur. Eine allgemeine Ethnologie". Zürich, Orell Füssli Verlag, 1946.

Bioy Casares, Adolfo, "Historias fantásticas, Buenos Aires", Emecé, 2004

Bradbury, Ray, "Crónicas Marcianas", Buenos Aires, Minotauro, 1986.

Bradbury, Ray, "El País de Octubre", Buenos Aires, Minotauro, 1971.

Bradbury, Ray, "La feria de las tinieblas", Buenos Aires, Minotauro, 1982.

Bridges, Thomas, "Los indios del último confín. Sus escritos para la South American Missionary Society", Buenos Aires, Zagier & Urruty, 2001.

Browning, Christopher R. "Aquellos hombres grises. El batallón 101 y la Solución Final en Polonia, Barcelona, Edhasa, 2002 (Original "Ordinary man, 1998)

Borges, Jorge Luis, "El otro, el mismo", Buenos Aires, Emece, 1969

Borges, Jorge Luis, "El Aleph", Buenos Aires, Emecé Editores, 1962

Borges, Jorge Luis, "Prólogos, con un prólogo de prólogos", Buenos

Aires, Torres Agüero Editor, 1975.
Camarasa, Jorge, "Odessa al Sur – La Argentina como refugio de nazis y criminales de guerra, Buenos Aires, Planeta, 1995
Camarasa, Jorge, "Puerto Seguro. Desembarcos clandestinos en la Patagonia", Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2006.
Chatwin, Bruce, "The Songlines", London, Penguin Books, 1987
Chatwin, Bruce, "In Patagonia", London, Jonathan Cape, 1977
Capra, Frank, "The name above the title-An Autobiography", New York, Macmillan Company, 1971
Crespo, Julio, Las maestras de Sarmiento, Buenos Aires, Grupo Abierto Comunicaciones,2007
Conrad, Joseph, "Victory, an island tale". London, Penguin classics, 1995. Edición original 1915.
Conrad, Joseph, "Heart of Darkness", London, Penguin Books, 1994. Edición original 1902
Cornwell, John, "El papa de Hitler. La verdadera historia de Pío XII". Barcelona, Editorial Planeta, 2003. Ed. Original 1999.
Curtis, Edward S., "Los Indios de Norteamérica-Las carpetas completas", Köln, Taschen, 1998.
De Quincy, Thomas,"Confessions of an English Opium Eater", London, Penguin classics, 1971. Edición Original 1822.
De Napoli, Carlos, "Nazis en el Sur. La expansión alemana sobre el Cono Sur y la Antártica", Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2005.
Dylan, Bob, "Crónicas. Volumen I", Barcelona, Global rhythm, 2006.
Eliade, Mircea, "Lo sagrado y lo profane", Madrid, Guadarrama, 1973. Ed. Original 1957.
Enzensberger, H. M., "Die Grosse Wanderung. 33 Markierungen, Frankfurt, Suhrkamp, 1993.
Feierstein, Ricardo, "Historia de los judíos argentinos", Buenos Aires, Ameghino, 1999.
Fischer,Hügli,Ischi,Schärer, "Der Nationalsozialismus. 12 dunkle Jahre deutscher Geschichte, Bonn, InterNationes, 1987
Frank, Michael, "Die letzte Bastion: Nazis in Argentinien. Hamburg, Rütten & Loening Verlag, 1962
Freund, Gisele, "La fotografía como documento social", Barcelona, Ed.

Gustavo Gilli, 2004. Ed. Original 1974.

Fritzsche, Peter, "De Alemanes a Nazis 1914-1933 », Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2006.

Fontán Marcelino, "Oswald Menghin. Ciencia y Nazismo. El Antisemitismo como imperativo moral", Bs. As. Fundación memoria del Holocausto, 2005

Fuentes, R.D. y Nuñez P.G. "Sectores populares: identidad cultural e historia en Bariloche", Bariloche, Editorial Núcleo Patagonico, 2007.

Gibbon, Edward, "The history of the Decline and Fall of the Roman Empire". Edición original 1776-1788.

Gilbey, Joseph, "Langsdorff del Graf Spee. Principe de Honor", Instituto de Publicaciones Navales, Buenos Aires, 2000.

Ginsberg, Allen, "Howl and other Poems", San Francisco, City Lights Books, 1959

Goñi, Uki, "Perón y los Alemanes. La verdad sobre el espionaje nazi y los fugitivos del Reich", Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998.

Gradin, Carlos J., "Recuerdos del Río Pinturas, Buenos Aires, Nuevo Offset, 1999

Grimm, Hans, „Die Erzbischofschrift – Antwort eines Deutschen – Buenos Aires, Editorial El Buen Libro, 1950

Gusinde, Martin, "Die Feuerland Indianer", Wien, Verlag St.Gabriel, 1974

Guthrie, Woody, "Bound for glory", London, Picador, 1977. Edición original: 1943

Haffner, Sebastián, "Germany: Jeckyll & Hyde. 1939 – Deutschland von innen betrachtet", Berlin, Knaur, 1996. (Original 1940)

Halperin Donghi, Tulio, "La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945", Bs.As., Siglo XXI Editores, 2003.

Herskovitz, Melville J., "El hombre y sus obras. La ciencia de la antropología cultural". Mexico, Fondo de cultura Económica, 1952. Edición Original 1948.

Hobsbawm, Eric, "Historia del siglo XX", Buenos Aires, Critica, 1998.

Ismar, Georg, "Der Pressekrieg. Argentinisches Tageblatt und Deutsche La Plata Zeitung, 1933-1945". Berlín, Wissenschaftlicher Verlag, 2006.

Jackisch, Carlota, „El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina“, Buenos Aires, Editorial de belgrano, 1997

Jerk, Wiking, „Endkampf um Berlin“, Buenos Aires, Dürer Verlag, 1947

Kerouac,Jack, “On the Road”, London, Penguin Books, 1976.

Kershaw, Ian, “La dictadura Nazi. Problemas y perspectivas de interpretación”. Buenos Aires, Siglo veintiuno ediciones Argentina, 2004. Edición original 1985.

Kracauer, Siegfried, “De Caligari a Hitler. Una historia psicológica del cine alemán”, Barcelona, Paidós Comunicación cine, 1985. Edición original 1947.

Kuron, Victor, “Deutschland ich liebe dich”, VuV;Berlin, 1935.

Kuper, Adam, “Anthropologist and Anthropology. The British School 1922-1972”, London, Penguin, 1973

Levi-Strauss Claude, “El Pensamiento Salvaje”, México, Fondo de Cultura Económica, 1975. Ed. Original 1962.

Levi-Strauss Claude, “Tristes Trópicos”, Barcelona, Paidos, 2006

Lolich, Liliana y otros, “Patrimonio Arquitectónico y Urbano de Bariloche. Inventario de edificios y sitios del centro de la ciudad”. Ed. Municipalidad, 1991.

Lozada, Martín, “Sobre el Genocidio. El crimen fundamental”, Buenos Aires, Clave para todos, 2008

Lüthi, Max, “Es war einmal. Vom Wesen des Volksmärchen”, Göttingen, Vandenhoeck, 1977

Luthi, Max, “Das europäische Volksmärchen”, Bern, Francke Verlag, 1981

Lütge, Wilhelm, “Argentinien im Aufstieg – Geschichte und Ringen einer jungen Nation”, Buenos Aires, Editorial el Buen Libro, 1952

Lütge, W y otros, “Deutsche in Argentinien”, Buenos Aires, Verlag Alemann, 1980

Maler, Juan, “Die Grosse Rebellion, Studienreise durch eine Welt am Abgrund”, Edición del Autor, Buenos Aires, 1969

Maler, Juan, “Gegen Gott und die Natur, Beitrage zu einer Analyse unserer historisch-politischen Situation, Edición del Autor, Buenos Aires, 1971

Maler, Juan, “Einst sangen die Wälder”, Edicion del Autor, Buenos Aires, 1985

Malinowski, Bronislaw, "Los argonautas del Pacifico Occidental. Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica". Barcelona, Ediciones Peninsula,1975. Ed. Original 1922.

Mann, Golo, "Deutsche Geschichte 1919-1945, Frankfurt, Fischer Verlag, 1961

McCullers, Carson. "La balada del café triste", Colombia, Seix Barral,1984

McMurtry, Larry, "The last picture show", New York, Penguin, 1971.

Meding, Holger M., "Der Weg. Eine deutsche Emigrantenzeitschrift in Buenos Aires 1947-1957", Berlin, Wissenschaftlicher Verlag, 1997.

Medina, Holger, Ismar Georg (Hg.) "Argentinien und das Dritte Reich. Mediale und reale Präsenz, Ideologietransfer, Folgewirkung, Berlin, wvb, 2008

Messner, Reinhold, "13 Spiegel meiner Seele", Manchen, Piper Verlag, 1994

Newton, C. Ronald, "El cuarto lado del Triangulo – La amenaza nazi en la Argentina (1931-1947), Bs As, Editorial Sudamericana, 1995 (Original: "The nazi menace in Argentina – 1931-1947", Stanford,C.A.,Stanford University Press, 1992)

Otto, Rudolf, "Das Heilige. Über das irrationale in der Idee des Göttlichen und sein Verhältnis zum Ratonalen", München, Verlag Beck, 1963. Ed original 1917.

Oz, Amos, Israel und Deutschland. Vierzig Jahre nach Aufnahme diplomatischer Beziehungen, Bonn, Suhrkhamp Verlag, 2005

Oz, Amos, Eine Geschichte von Liebe und Finsternis, Frankfurt, Suhrkamp, 2004

Parker de Bassi, Maria Teresa, Kreuzer Dresden-Odysee ohne Wiederkehr, Berlin, Ullstein, 1999

Payró, J. Roberto, "La Australia Argentina", 2 Volúmenes, Buenos Aires, CEAL, 1982

Pino, Graciela, "Boleto de 1965", Bariloche, Ediciones de autor, 2004.

Pino, Graciela, "El Picadero. Personas y lugares de Bariloche de los años 1950 y 1960. Ediciones de autor, 2006.

Propp, Vladimir JA., "Morfología del cuento", Buenos Aires, Juan Goyanarte Editor, 1972

Posner, Gerald, "Los hijos de Hitler. Los hijos de los jerarcas del tercer Reich hablan de sus padres", Buenos Aires, Planeta, 1992

Postman, Neil, "Wir amüsieren uns zu tode", Frankfurt, Fischer Verlag, 1985. Título original: "Amusing ourselves to death. Public discourse in the Age of Show Business"

Peltier, Leonard, "Prison writings - My life is my Sun Dance", New York, St. Martins Griffin, 1999.

Ramos, Jorge Abelardo, "La factoría pampeana 1922-1943, Buenos Aires, Editorial Galerna, 1984

Rivera, José Eustacio, "La Vorágine", Barcelona, Edicomunicacion S.A.,2002,

Saer, Juan Jose, "El entenado". Buenos Aires, Seix Barral, 2002.

Schaeffer, H. Geheimnis um U-977, Buenos Aires, Ed. "Prometheus", 1950

Schnorbach,Hermann, "Für ein "Anderes Detuschland", Die Pestalozzischule in Buenos Aires (1934-1958), Buenos Aires, Asociación Cultural Pestalozzi, 2005.

Schnorbach, Hermann, "Por "La otra Alemania". El Colegio Pestalozzi en Buenos Aires (1934-2004)

Schulz, August, "Mitteilungen aus der Vergangenheit der Stadt Husum und Umgebung", Bredstedt, Nordfriisk Instituut, 2003.

Schulz, Hans, "Bariloche, breve historia de la comunidad alemana y su escuela 1907-2004". Bariloche, Libros del Mediodia, 2005.

Shakespeare, Nicholas, "Bruce Chatwin. A Biography", New York, Anchor Books, 2006

Sontag, Susan, "Contra la interpretación", Buenos Aires, Alfaguara, 2005. Edición original 1961.

Sontag, Susan,"Sobre la fotografía", Buenos Aires, Alfaguara, 2006. Ed. Original 1973

Sontag, Susan,"Fascinating Fascism",New York review of Books, Febuary 6, 1975

Sombart, Nicolaus, "Jugend in Berlin 1933-1945 - Ein Bericht, Frankfurt, Fischer Verlag, 1984

Sturluson, Snorri, "La alucinación de Gylfi", Buenos Aires, Alianza Bolsillo, 1984.

Thornton, M.J., El Nazismo 1918-1945 – Aparición, auge y caída del Partido Nacionalsocialista Alemán, Madrid, Globus, 1994

Trenker, Luis, "Kameraden der Berge", Berlin, Verlag Th. Knaur, 1935

Trenker, Luis, "Berge und Heimat – Das Buch von den Bergen und ihren Menschen"**,** Berlin, Verlag Th Knaur, 1937

Tuhiwai Smith, Linda, "Decolonizing Methodologies. Research and indigenous peoples, Dunedin, University of Otago Press, 2003

Valko, Marcelo, "Los indios invisibles del Malón de la Paz". De la apoteosis al confinamiento, secuestro y destierro". Buenos Aires, Edición Madres de Plaza de Mayo, 2007.

Vallmitjana, Ricardo, "Bariloche, mi pueblo". Buenos Aires, Fundación Antorchas, 1995. Edición Original 1989.

Volberg, Heinrich, „Auslandsdeutschtum und Drittes Reich – Der Fall Argentinien, Köln, Böhlau Verlag, 1981

Von Oven, Wilfred, „Mit Goebbels bis zum Ende", Buenos Aires, Dürer Verlag, 1949

Von Oven, Wilfred, „Hitler y la guerra civil española. Misión y destino de la legión Cóndor, Buenos Aires, Editorial Revisión, 1987

Wiesenthal, Simon, „Justicia no venganza", Buenos Aires, Amorrortu, 1989

Zweig, Stefan, Die Welt von Gestern. Erinnerungen eines Europäers, Stockholm, Fischer Verlag, 1944